3 -

DE BOGOTÁ AL ATLÁNTICO

Al Sr. James Carleton Young
Inatto y S. S.
Sanz Triana
Londres Sept 30 - 1909

HSAm
P438871d

DE

BOGOTÁ AL ATLÁNTICO

POR LA VÍA DE LOS RÍOS

META, VICHADA Y ORINOCO

POR

S. PÉREZ TRIANA

TORONTO UNIVERSITY LIBRARY

SEGUNDA EDICIÓN

357481
23. 11. 38.

MADRID
EST. TIP. DE LA «REV. DE ARCHIVOS, BIBL. Y MUS.»
Calle de Olid, núm. 8.

1905

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

PRÓLOGO

HEINEMANN publicó en Londres un libro titulado *Down the Orinoco in a Canoe* no hace aun mucho tiempo. De esta obra hay también una edición hecha en Francia. Otra, castellana, va á aparecer ahora en Madrid y el autor me ha hecho la honra de pedirme para ella un prólogo. He accedido gustoso. Primero, por ser quien la ha escrito persona de mi estimación mental. Luego, porque me da ocasión de hablar de dos conceptos para mí atrayentes y gratos, cuales son la Universidad y el bosque. *Alma Mater* y *Mater Natura*. El autor que escribió su libro directamente en inglés como lo hubiera podido escribir en alemán, en francés, ó en castizo español, no es ni español, ni francés, ni inglés, ni alemán. Es sudamericano. Es el señor Santiago Pérez Triana, natural de Santa Fé de Bogotá, capital de la República de Colombia. Este escritor poliglota y cosmopolita á quien España conoce por haberse establecido en Madrid con cargos diplomáticos hace ya años y por haber sido dignamente presentado en el mundo de las letras peninsulares por el ilustre D. Juan Valera, puede

decirse que no es de ninguna manera extranjero en esta generosa tierra. A mi entender, la república hispano-americana más semejante á la madre patria es la antígua Nueva Granada. Bogotá tiene más de un punto de igualdad con la capital de España, siquiera fuese por haber sido llamada un tiempo, á causa de su preponderancia literaria y de sus ufanias académicas, la Atenas de la América española. Ciudad desde antaño famosa por el cultivo de intelectuales disciplinas, ciudad de griego y de latín, y que á pesar de haber estado siempre al tanto de lo nuevo del mundo, ha hecho gala, por bizarra coquetería, de pasados gestos señoriales y maneras antíguas, sabia é ingenua al mismo tiempo, cordial y llena de coloniales gracias, así la ha pintado, entre otros, en páginas finas, un eminente argentino que estuvo allá de representante de su país, el Doctor Miguel Cané. Ceremoniosa y franca, doctoral y alegre, manejando lo mismo el tirso que el bastón borlado, criadora de las águilas de la oda y de los gorriones del epigrama, vestida de gramática y coronada de lírica, muy llena de los pergaminos de sus Varones Ilustres de Indias, con eruditos licenciados y bachilleres que en su lejano nido mediterráneo nunca han visto el azul del mar, y con viajeros cultos como el Padre Eizaguirre que á principios del siglo pasado hizo á lo Chateaubriand su itinerario á Jerusalén, ó como Tanco, llamado el Chino, porque fué al extremo Oriente é importó á Colombia el gusto por el arte

y por las chucherías nipones y celestes mucho antes de que los Goncourt impusiesen esa moda en Francia, Bogotá ha sido digna primera maestra del Sr. Pérez Triana, que á su seriedad y saber ha unido la gentileza de un carácter amable y ameno, la pasión de los viajes y la tentación de las aventuras. Su prologuista inglés, el gran escritor londinense R. B. Cunninghame Graham, le aplica con justicia este verso de *La Araucana* de Ercilla:

> Climas pasé, mudé constelaciones,
> Golfos innavegables navegando.

Mas ante todo, habrá que ver en el autor de que trato, al *scholar*. En él, ya entrado en la plena madurez de la vida, perdura el pasado universitario, el estudiante de Leipzig que se nutría de letras humanas y apuraba portentosas series de vasos de cerveza en clásicos «salamander» y «kneips.» Guarda con amor sus reminiscencias tudescas, y con ayuda de su admirable memoria, ha compuesto un libro que se lee con gran gusto, libro sin didactismos ni consideraciones á lo Didon, antes bien fragmentarias narraciones de vida íntima, nostalgias de momentos que no pueden volver porque pertenecieron al imperio irreemplazable de la juventud. Cuerdo en medio de los entusiasmos naturales de la edad y del ambiente, no tiene la cara señalada por las pueriles carnicerías de los duelos de ritual. Mas la existencia escolar dióle para lo futuro lo asentado del carácter, la firmeza en el estudio, la seguridad en el pensamiento y cierta be-

névola tolerancia que suele venir en los suaves espíritus, del contacto cordial con nobles profesores y ecuánimes compañeros. Allí aprendió mucho de lo que sabe, al halago de la ilusión y de la tradicion. Allí supo de filosofías y entonó el *Gaudeamus igitur*. Alemania hace el gran bien de infundir la ciencia y de enseñar el arte bajo un palio de poesía. Los viejos castillos feudales, el Rhin pausado, dicen leyendas y cuentos. Cada soplo del aire repite una balada. De las tabernas históricas y dignas brotan coros armoniosos. Un eterno ruiseñor vierte en el claro de luna las inacabables gotas de cristal de su ensueño infinito; y el alma de la Música se desprende del seno fuerte del vasto Imperio de hierro.

Un día el estudiante de la Universidad teutónica, en forzada odisea á través de los bosques de su patria, en navegaciones fluviales de explorador y aventuras selváticas de misionero, obligado por las cosas políticas, renovando la empresa de fray Gaspar de Carvajal, entre noches de América llenas de extraños ruidos y del insomnio de las fieras, en compañía de hombres bravos y naturales, tiene que contar algún cuento ó historia que ayude á pasar las horas solitarias de la selva. Y entonces vienen á su memoria los recuerdos del florido antes, de la época primaveral de los estudios, de la Alma Mater alemana en que se formara su virilidad espiritual. Y he allí un ejemplo que aduna dos cosas tan dispares, la Universidad y el bosque. Así

solemos ser ciertos americanos de países de selvas y grandes ríos, hechos por lo que al alma toca á los fuegos invisibles de las doctrinas aprendidas en aulas y libros y en contacto con la vida universal de la naturaleza por los soplos que nos inician en montañas y pampas, cataratas sonoras é inmensas palpitaciones de la tierra. ¡Grande y fecunda mina para nuestros artistas el prodigioso reino de nuestra Demeter maternal! No para la la rapsodia delilliana ó bélica que catalogue productos de zona tórrida, ó las tentativas de una estética mulata que quiera dar de beber agua castalia al ganado criollo de cualquier Tirsis semibozal; mas para el que sepa percibir con ojos mágicos el corazón de nuestros montes, lo inmemorial de las razas autóctonas preñado de legendarios milagros, el secreto de las ruinas y la visión de un porvenir incubado desde el pasado más recóndito, y para cuyo fatal advenimiento Colón mismo es un accidente. Mas entre tanto que los poetas empiezan, hombres de pensamiento y pluma, «pioneers» ú ocasionales incursores, nos van dejando páginas saludables, valientes y pintorescas. Han ido á ver. Han explorado. Han contado lo que han visto. Han sido ya prácticos, ya líricos, ya pintores, ya geógrafos, ya simples periodistas, ó anotadores de impresiones. De ellos, los ha habido eficaces y admirables. Yo admiro, por ejemplo, á un colombiano ilustre, el General Rafael Reyes, en cuyas páginas de explorador por las regiones amazónicas he creí-

do ver renacer la figura de los antiguos capitanes de la Conquista, que iban en los rigores de las tierras desconocidas y de las tribus hostiles con mucho aliento y gran coraje, y luego narraban sus hazañas con una lengua llena del ímpetu de los osados y de la simplicidad de los fuertes. Admiro á Roberto J. Payró, ese vigoroso y bello talento argentino que supo traer de las lejanías patagónicas y del extremo Sur de su patria inmensa, una obra en que á través de las precisiones del diarista y de las observaciones del etnólogo, surgen de repente las flores de oro de un decir de artista. Y á Clemente Onelli que, sabidor, estudioso y poeta, narra sus incursiones por las montañas nacionales, sus giras por los Andes, sus impresiones hondas de vuelos de condores, lagos de hielo, cimas abruptas, misteriosos poemas de piedra, roncos aires, almas de indios y mañanas de cristal.

Por eso he leído con fijo interés y placer sincero, el libro del Sr. Pérez Triana, su paso de Bogotá al Atlántico, por los ríos Meta, Vichada y Orinoco. Le he seguido. Le he acompañado en sus nocturnas salidas á la luz de aquellas lunas extraordinarias. He sentido la magnitud de la selva y he respirado el perfume de los pebeteros de las orquídeas y he recordado entonces al sabio tio, al Triana de la botánica, conocido de los sabios de Europa. Los expedicionarios pasan bajo los árboles del bosque. Los paisajes son prestigiosos. Leal aparece, singular personaje, providencial y perspicuo,

hombre de orden y de previsión, arreglador de armas é impagable para la cocina silvestre de asados y barbacoas. Interesan y divierten azañas cinegéticas y charlas de campamento. Más reales que en Maine Reid, se presentan los cazadores de tigres, como ese audaz Secundino que tiene por sencilla costumbre el peligroso deporte; é Higinio el domador de potros, alma bravía y piernas aceradas. En medio de las rudezas montañeras, las humanidades persiguen al Sr. Pérez Triana, y como el Tajo de Fray Luis, un río saca fuera el pecho y le habla en retóricos períodos. El Meta finge en veces rabias marinas. Sobre las corrientes aguas se entralazan las ramas de los árboles de que cuelgan horribles nudos de víboras; y en otros puntos, en los anchos cristales fluviales, surge la evocación antigua del delfín del mito en un escenario lleno de gracia mitológica. Luego será el atravesar la selva que pueblan los indios; la flora profusa, la fauna rara; y se hará visible la lección de fiereza y orgullo incontaminados del animal humano en la posesión y dominio de su naturaleza y de su libertad. Y es en una de las estaciones del fatigante y peligroso viaje, al amor de la paz nocturna y sílvica, cuando se entabla entre el ex-estudiante de Alemania y sus bizarros acompañantes, indoctos y sencillos, el más inaudito de los decamerones. El cazador contará cosas de la «jungle» americana que complacerían á Rudyard Kipling; otro dirá un cuento rústico; el hombre culto, el «Scholar», rememorará la vida

de los antíguos compañeros de sus estudios europeos, y, como buen bogotano, agregará unas cuantas anécdotas en que habrá chistes y versos. Para la salvaje selva serán iguales el parlar de los hombres, el grito del ave de la noche, el ruído del raudal, la vaga palabra del viento. Por fin, después de curiosas escenas y uno que otro percance, el viajero llega al término de su empresa.

Ya filosófico, ya irónico, ya jovial, el autor desenvuelve en su narración, hecha de modo tradicional y castizo, más de una idea profunda. Su libro es como un árbol del bosque. Sabed apartar la ramazón copiosa y hallaréis el fruto dulce, ó el nido en que va á nacer el pájaro de la aurora. Este libro no es para los que gustan de los que escriben de este modo, ó de este otro, ó del otro modo de más allá. Hay que saber saborear lo bueno de todo. No buscar maneras de literatos sino revelaciones humanas. Y este es un libro de origen noble, de intención alta, de dignidad verbal. Buena acogida tenga en la tierra de Don Gonzalo Jiménez de Quesada.

RUBÉN DARÍO.

PRÓLOGO

DEL LIBRO EN INGLÉS TITULADO «DOWN THE ORINOCO IN A CANOE»

> Climas pasé, mudé constelaciones, golfos innavegables navegando. Ercilla. La Araucana.

Leer un libro para el cual algún amigo nos ha pedido que escribamos un prólogo, es cosa inusitada, más aun, cosa pedantesca. Es de usanza entre los zurcidores de prólogos, mirar despectivamente el montón intacto de las pruebas enviadas por el amigo solicitante, y luego sentarse á abundar en la propia opinión sobre todas las cosas creadas y aun sobre aquellas que al Creador ha dejado en el caos.

Me confieso culpable del pecado de excentricidad, que es peor que el de brujería, porque esta última en algún tiempo pudo haber expuesto á quien en ella incurrió, al peligro de la hoguera, en tanto que la excentricidad en todo tiempo colocada al que de ella es culpable, fuera del palio de los hombres de buen sentido.

Llevar un sombrero, un chaleco ó un cuello distintos de los que privan entre los Apolos que circulan por nuestras calles, cortarse el pelo demasiado corto ó usarlo un vigésimo de pulgada más largo que ellos, es *scandalum magnatum* insoportable.

Al confesar, pues, que he leído el libro *Down the Orinoco in a canoe*, no solamente en el original español, como apareció primero, sino en su ropaje inglés, me condeno por mi propia boca á que se me clasifique de pedante, tal vez de falseador de la verdad y cuando menos de hombre tan enamorado de las cosas antiguas, que casi pudiera llamárseme socialista.

En verdad que Bogotá queda muy lejos. Mas bien por suerte que por esfuerzo propio, sucede que yo sé con algún grado de certeza en donde cae el dicho lugar y que la ciudad no está construída sobre el mar. Mi abuelo fué llamado para mediar entre Bolivar y el general Páez, y creo que llenó su cometido al más completo descontento de los dos personajes. Tal es la suerte de todo componedor.

El gran público, de quien (ó del cual) quiero hablar con mucho respeto, generalmente se halla en la posición del secretario de Estado de los Estados Unidos, á quien un empleomaniaco pedía que le nombrase vice-cónsul en la ciudad en Bogotá; la solicitud fué concedida; al retirarse el futuro Cónsul de la presencia del Secretario, éste, dirigién-

dose al autor del presente libro, dijo: «Triana, ¿en dónde diablos cae Bogotá?» A pesar de ello, Bogotá es sin duda el centro literario más importante que hay en América, al Sur de Panamá. Dejando á un lado los turbiones de versos balbucientes que, como una especie de disentería mental afligen á todos los miembros de la raza hispano-parlante, se hace en Bogotá mayor cantidad de trabajo serio literario durante un mes, que en todo el resto de las Repúblicas durante un año. El mismo Presidente, D. José Manuel Marroquín, en los intervalos de paz que en los últimos tiempos, de vez en cuando, han sobrevenido en la República que él gobierna, ha hallado tiempo para escribir un libro, *El Moro*, en que narra las aventuras de un caballo. La obra no carece de habilidad literaria. Contiene la doctrina del arte de cabalgar y es una positiva mina en cuanto á costumbres locales. En cuanto á su moraleja, porque seguramente los Presidentes, aunque no estén ungidos como lo están los Reyes, deben tener la moral en todo lo que escriban, hagan ó digan, es bastante para inducir al que lo lee, á irse inmediatamente á empeñar las espuelas.

Así Bogotá, enclavada en su altiplanicie, allá en las vastas soledades colombianas, es una especie de Atenas chibcha. En Bogotá todo el mundo escribe y los poetas deliran y se enfurecen en toda la amplitud del país, y solamente las benéficas y necesarias revoluciones son capaces de disminuir

su número. Sin embargo, entre la muchedumbre de versificadores, hay alguno, como Obeso, el poeta negro, cuyas producciones se elevan por encima del común de las rimas en español. Como á Obeso le fuera negado el acercarse á la dueña de sus pensamientos,—porque el color constituye línea de demarcación social rígidamente trazada en Bogotá, como es bien que así suceda bajo un Gobierno democrático,—se dedicó á publicar un semanario intitulado *Lecturas para tí*, dedicado á la dicha dama.

Hay otros poetas, como Gregorio Gutiérrez González y Samuel Uribe Velázquez, que han escrito con acierto sobre temas locales. Carrasquilla ha escrito una novela, *Frutos de mi tierra*, muy superior al común de aquellas novelas de que se dice que «hacen época», en que tanto abundan nuestra prensa y nuestras librerías circulantes.

Pérez Triana es hijo de un ex-presidente de Colombia; habla inglés y español con igual fluencia: es un hijo genuino de Bogotá y escribe con la facilidad con que otras gentes hablan. Su libro vino á nacer de esta suerte: sucedió que la consuetudinaria revolución bienal trajo á sus enemigos al poder, lo cual implicaba la necesidad para él de alejarse del país con toda rapidez. Como los puertos de mar estaban vigilados, resolvió, como Fray Gaspar de Carbajal, lanzar su barca al Orinoco, y para que el paralelo resultara más exacto, escribir la narración de cuanto vió en su camino.

Pocos libros de viajes me he echado yo á la cara que contengan menos detalles del viajero, ¡cosa extraña!, no rescató á ninguna persona de grandes peligros; su fuerza, su valor, la fertilidad de su ingenio en la hora del peligro, junto con su paciencia, muy superior á la de los faquires indios, no son infligidos al desconcertado lector, como es de usanza en tales casos. Aunque armado y portador en ciertas ocasiones de tanto material mortífero que podía comparársele, como él mismo dice, á un arsenal ambulante, no mató á nadie, ni tuvo aquellas aventuras de amor que con tanta facilidad acontecen á los hombres en extrañas tierras, á aquellos mismos de quienes en su propio pueblo se desviaría con desprecio cualquiera maritornes de cocina. Nada hay de imperialismo y muy poco de patriotismo en su libro; en una palabra, dice que son sus compatriotas aquellos que tienen los mismos ideales que él. Teoría nefanda que, si llegara á privar entre la gente, muy pronto aboliría las Aduanas, haría inútiles los Ejércitos y resultaría en que las Armadas tendrían que ser vendidas como ferralla vieja, lo que dejaría á un sinnúmero de asiduos patrioteros sin convencionalismo trivial que explotar.

Lo que parece haber llamado mayormente la atención de este viajero raro, fueron lo extraño y lo bello de los vastos espacios en las interminables vías de agua, la brillantez de la luna, los mil ruidos de la noche en el desierto, los pájaros brillan-

tes, los peces kaleidoscópicos y la magia de un mundo remoto, de todo aquello que hace la vida soportable á los hombres modernos, de espíritu bien reglamentado. A veces,—y tiemblo al escribirlo,—me parece que hasta duda de cosas en que nos fiamos del todo, como la Bolsa de valores, por ejemplo; ni siquiera la institución del ejército es cosa sagrada para este demócrata nacido de un Estado sinvergüenza en que no hay rey, y que, por consiguiente, no puede esperar ver nunca lo que es una coronación. Se permite narrar un cuento popular en Colombia, pero que creo que á ser investigado en su origen, pudiera encontrarse en Menandro ó por lo menos en Aristófanes. Este es el cuento: el alcalde de cierta población colombiana envió al Presidente cien voluntarios, con la súplica de que se le devolvieran las sogas. Chistes de esta especie no pueden ser benéficos para el Estado; en una palabra, todo chiste es para la gente seria, una imperdonable impertinencia, y si su autor quiere hallar un puesto en la literatura anglo-sajona, no debe permitirse chistes de ninguna especie, ó si se los permite deben ser sobre hombres gordos ó flacos, sobre cabezas calvas, ó sobre el mareo ó sobre cualquiera de aquellos asuntos que la gran mente del público ha encasillado como objeto especial para el chiste. Sin embargo, siendo miembro de la raza latina no puede esperarse racionalmente que de un solo salto llegue á la plenitud de nuestra gracia anglo-sajona.

Quien lea este libro atentamente, advertirá el punto de vista tan distinto de un latino en cuanto á cuestiones que para un inglés son tan inconmovibles como las fundaciones del mundo, y que están incrustadas en la pasta de nuestras preocupaciones.

Por ejemplo, al llegar á las llanuras escampadas después de un penoso viaje en las cordilleras por sendas perdidas en los bosques, lo que más interesa al autor es que la tierra en los llanos colombianos, en muchos casos, no es propiedad individual, siendo tan escasa la población que puede tomarla el que quiera hacerlo. Esto no le choca como locura, ni le da pie para especulaciones mentales, sino simplemente como un hecho que más bien parece aprobar sin entusiasmo, considerándolo como una generalidad curiosa, sin preocuparse de afinar su investigación hasta sacar de él una teoría particular. Ese es un estado mental casi imposible para un sajón (anglicano ó celta), gente, por lo general, incapaz de tomar una proposición por sí sola en su totalidad y que siente la necesidad de reducirla á sus partes componentes.

El viaje en sí mismo fué digno de memoria porque ninguno de los que lo hicieron parece haber salido de la clase de hombres que generalmente corren esta clase de aventuras, y también porque desde que los primeros conquistadores bajaron el río, animados de una fe que en su caso al haberla usado acertadamente hubiera podido aplanar to-

das las cordilleras del mundo, nadie, excepto algún descarriado aventurero ó traficante en goma, ha recorrido esa vía.

Leal, el cazador de jaguares, que mataba sus tigres como los he visto matar en el Paraguay, á pie, con una horqueta de palo en una mano y una lanza de bambú en la otra; el guía indio Gatiño y el joven gobernador de un Estado venezolano que, sitiado en su propia casa, luchó hasta morir en tanto que su querida, ex-bailarina de teatro, le alcanzaba los rifles cargados, son personajes que se destacan con tanta nitidez como los que más de cuantos he hallado en otros libros de viaje, excepción hecha de los tipos que se codean en las páginas de los conquistadores de América. El indio desnudo en su canoa, ante cuyos ojos fueron desplegadas riquezas inmensurables, consistentes en pólvora, espejos, una camisa de franela roja y otros tesoros ricos y raros para él, y que, sin embargo, tuvo fuerza de voluntad para despreciarlos mas bien que empeñar su libertad comprometiéndose á remar por dos dias, es de la clase de indios que merecen un cronista como el que á éste le ha cabido en suerte.

¡Plegue al cielo que por mucho tiempo navegue él en los *caños* y *aguapeyes* de sus ríos!, y que muera coronado todavía de plumas en plena libertad, como murieron sus padres, en alguna playa olvidada ó bajo algún morichal en donde charlen los loros y brillen los tucanes por entre

las ramas y los sinsontes se ciernan como abejas sobre los flores tropicales!

Lo que más me encanta en el libro es que el autor no tiene plan ninguno para hallarle la cuadratura al círculo del globo. «Viajábamos, dice él, con el objeto definido de llegar al Océano Atlántico; fuera de ésto no nos atrevíamos á investigar con demasiada curiosidad las misteriosas y maravillosas manifestaciones de la Naturaleza; las tomábamos como aparecían á nuestros medios limitados de observación y de interpretación; no pretendíamos ir más allá». Ese es un método encantador de viajar y un método sabio que si no será provechoso para el comercio, sí lo será para la literatura, porque los libros escritos á la manera de este breve recuento de un viaje á través de las grandes vías acuáticas de los desiertos venezolanos y colombianos, aunque tal vez, «no hagan época» vivirán y florecerán cuando las narraciones de viajeros inteligentes, erizadas de hechos triviales y de cifras fútiles que durante una estación son á manera de serpientes marinas en el mundo de la prensa, hayan sido reducidas á pulpa para fabricar con ellas suelas de calzado de munición.

R. B. Cunninghame Graham.

DE BOGOTÁ AL ATLÁNTICO

POR LA VÍA DE LOS RÍOS

META, VICHADA Y ORINOCO

CAPÍTULO PRIMERO

A las diez de la noche del día veintiuno de Diciembre de mil ochocientos noventa y tres, atravesábamos el portal de la hacienda de Boitá, mansión hospitalaria de gente hidalga, situada cerca de Chocontá en Cundinamarca. A diestra y á siniestra aparecía como una ancha faja blanquecina sobre el fondo verde-oscuro de La Sabana, la carretera del Norte. Las sombras de los escasos árboles y las nuestras propias, así como las de nuestras cabalgaduras, se destacaban con la nitidez de las producidas por un poderoso foco eléctrico á los rayos de la luna, que es proverbialmente esplendorosa en aquella región y en aquella época del año.

Dimos la cara al Norte y la rienda á nuestras cabalgaduras y emprendimos la marcha á paso largo. El golpe de los herrados cascos sobre la reseca arcilla del camino, resonaba como el de un martillo sobre pedazos de bronce resquebrajados. A uno y otro lado del camino se alzaban en interminable línea las dos paralelas de cercas de piedra, interrumpidas á trechos desiguales por los portales ó entradas de las distintas fincas ó haciendas. De vez en cuando, á cierta distancia del camino, se erguía sombría y muda como un gran túmulo, alguna casa campestre envuelta en el silencio y misteriosa á la luz de la luna. Todo era quietud en nuestro alrededor, salvo el mugir del ganado, bien de las reses mayores, bien de los becerros encerrados en los apriscos. Varias veces, alguna res asomaba por encima de las cercas de piedra su rostro y nos miraba con ojos llenos de admiración; de sus narices se desprendían dos pequeñas columnas de vapor condensado, que ascendían perdiéndose en el aire frío de la noche.

Atravesamos algunos puentes, y advertimos, más que por el murmullo de sus aguas, por el cabrilleo de la luna en los menudos pliegues de las ondas, la existencia de pequeños arroyos que cruzaban los campos. En las largas horas

de nuestra marcha no encontramos un solo ser humano; tal se diría que nos hallábamos entre vestigios de un mundo muerto y que éramos nosotros los únicos seres animados, peregrinos en aquella vasta y desierta soledad.

La situación no podía menos de impresionarnos. Al principio el pensamiento se contrajo á lo que teníamos delante de nosotros y á los incidentes de ese mismo día, al adios desgarrador y triste como todos los adioses, pero mayormente en nuestro caso, por razón de las circunstancias que lo caracterizaban; á lo incierto del viaje que emprendíamos hacia regiones desconocidas, acaso nunca holladas por la planta del hombre civilizado. Luego, como ave que torna al nido, el pensamiento venció la distancia recorrida el día anterior, llegó hasta el paterno y huérfano hogar —un instante se detuvo allí como implorando para él bendiciones del Cielo,—fué hasta el cementerio en donde tranquilos y fuera del alcance de los hombres reposan los seres queridos cuya peregrinación sobre la tierra ya terminó, y luego se cernió sobre la vasta ciudad, dormida entonces, pero mar tempestuoso de pasiones y de ambiciones, como toda agrupación humana. Como en medio de la borrasca buscan las aves marinas el mástil hospitalario de algún barco

en que posarse á descansar las fatigadas alas, en medio de esos hogares buscó nuestro pensamiento uno en que poder descansar al abrigo de simpatía y de cariño; mas ¡ay, cuán pocos de entre todos ellos le brindaban tal hospitalidad!

Vuelto el espíritu de esa dolorosa peregrinación, nos dimos á contemplar lo que nos rodeaba y alzando la vista advertimos la presencia del hilo telegráfico que une en lazo estrecho de instantánea comunicación todos los centros poblados de la República. Al mirarlo no pudimos menos de pensar con Hamlet lo que éste al contemplar el cráneo de Yorick; «A qué tristes usos, á qué míseras aplicaciones hemos de llegar algún día,» dice ese loco pensador ó gran filósofo á quien Shakespeare ha querido llamar Hamlet. El polvo del César imperial puede servir, andando el tiempo, para tapar una rendija é impedir que por ella se cuele el viento. Triste es esto, más en verdad que Shakespeare no agotó el pensamiento, porque hay algo peor que las aplicaciones ó usos humildes ó míseros á que está sujeta la materia, y ese algo peor son las aplicaciones ó usos infamantes, aquellos que degradan la materia, por decirlo así. El hierro que sirve para la cadena con la cual se sostiene el barco sobre el áncora, es un hierro bendito, como lo es también

el que corta el surco fecundando el suelo; pero ¡ay de él! cuando en las mutaciones de la materia se le degrada y se le convierte en hacha de verdugo ó en grillete de presidiario; noble es el leño de la quilla del barco peregrino de los mares, noble el del altivo mástil que se humilla al soplo de la brisa, pero infamado está aquel que fué tallado para árbol de horca; noble es el acero de la espada, arma franca; vil, infame, el del puñal del asesino; el hilo telegráfico que transmite el pensamiento de modo que por él circule la vida de un país y el espíritu palpitante del mundo, desempeña nobilísima misión; cuando forma parte de un sistema que lo degrada para que sirva á los de arriba como instrumento de espionaje y á los de abajo como medio de hacer acto de diaria lisonja y de diario servilismo á guisa de inmenso incensario puesto al alcance de todos, es un hilo telegráfico infamado. Díaz Mirón apostrofa así á las cosas sin alma:

«Cosas sin alma que os mostráis á ella
Y la servís en muchedumbre tanta,
¡Temblad!, la débil hora no adelanta
Sin imprimiros destructora huella.
De la materia resistente y bella
Tomad lo que más dura y más encanta;
Si sois piedra, sed mármol; si sois planta,
Sed laurel; si sois llama, sed estrella.»

Si esas cosas sin alma tuvieran sensibilidad y volición propias, preferirían el anonadamiento á ser rebajadas á los usos viles, á los usos infamantes; y de todos ellos ninguno peor que aquellos que son privativos de la lisonja y del servilismo.

En los actos de violencia, aun en los más brutales, hay para quien los ejecuta algo de peligro y de franqueza, que si no los redime, por lo menos en algo los atenúa. Bajo el imperio de la lisonja y del servilismo erigidos en sistema, todo es farsa, todo es falsedad. De los tiranos, es preferible un Guillermo el Conquistador, cruel, pero valiente, que sabe dar la cara al enemigo, á un Felipe II que asesina desde su palacio y con suaves palabras manda atormentar y quemar á las gentes y recomienda á los verdugos que traten con cariño á las víctimas. Los prototipos de estos tiranos en la evolución de la historia permanecen los mismos, y hoy como siempre son menos execrables los tiranos de combate que los tiranos de bufete, pues estos últimos á más de tiranos son siempre farsantes. La pertinencia de estas observaciones se impone á todos aquellos que conozcan el país de que se trata y la situación política de él.

Siguiendo, no ya el curso del hilo telegráfico que tan tristes reflexiones despertaba en

nuestro ánimo, sino nuestra propia fantasía, dimos el espíritu á volar por todo el ámbito de la República. Consideramos ese inmenso país en el cual la naturaleza ha prodigado todos sus dones á tal punto que si él fuese encerrado como por medio de la renombrada muralla china, hallaría sobre su suelo los productos de todas las zonas y dentro de su seno, en las entrañas de sus montes, todos los minerales y las riquezas conocidas por el hombre. Veíamos esas ilimitadas llanuras atravesadas por multitud de ríos navegables; las faldas de esos montes, en donde en graduación lenta se encuentran todos los climas, desde el tropical hasta llegar á las nieves polares; las aguas que descienden cargadas de fuerza vivificante, que se pierden en torrentes ignorados, sin que el hombre sepa ó quiera hacer uso de ellas; y al ver todo aquello y al considerar que la mano del hombre ó su huella se encuentra solamente marcada en esas vastas soledades por veredas casi intransitables que unen unos centros con otros y por multitud de campos de batalla donde blanquean las osamentas de los hijos de un pueblo que no alcanza á ocupar ni con mucho la vasta extensión que es suya, no pudimos reprimir un profundo sentimiento de melancolía ante tanto poder y tanta riqueza malgastados.

Nuestros caballos seguían andando. La luna había tomado ya un color blanco y parecía una nube que se perdía en el espacio. Por el horizonte, al Oriente, se veían grises y confusos los albores del nuevo día, y nosotros, cansados y ateridos por el frío, vimos al lado del camino, como bienvenida aparición, una pajiza choza, á la cual dirigimos nuestros pasos.

CAPÍTULO SEGUNDO

La choza á que llegamos era de humildísima apariencia; en realidad constaba de una sola pieza dividida en dos por un delgado tabique. Sobre el suelo estaban tendidos diez ó doce labriegos que habían pasado allí la noche; iban de las tierras frías á las templadas á ocuparse en la cosecha de café. En un rincón ardía entre tres piedras — las tradicionales del hogar, — un fuego que regocijó nuestos ojos. Después de la larga noche de vigilia, el frío y el hambre eran dueños de nuestro ser. Ni la belleza del amanecer ni el espectáculo que teníamos á nuestro alrededor, del panorama que crecía instante por instante á medida que la luz lo inundaba, fueron parte á llamar nuestra atención. Lo que nos preocupaba era el deseo punzante de tomar algún refrigerio, y para satisfacerlo, saltamos á tierra y emprendimos su

preparación. Muy pronto estuvo listo; ávidos lo despachamos, y aunque de buena gana nos hubiéramos tendido al lado de los labriegos que roncaban á pierna suelta, comprendimos que para llegar hasta el punto que nos proponíamos ese día, no había tiempo que perder. Así pues, con gran dolor de nuestra alma, montamos en otras cabalgaduras, y cuando el sol ya empezaba á derramar sus rubicundos rayos, vistiendo con matices dorados y reflejos damantinos los prados y los árboles, en cuyas hojas temblaba el rocío de la mañana, emprendimos de nuevo la marcha.

El escenario había cambiado notablemente. Atravesábamos un terreno más quebrado y ondulante, en el cual no se veía choza ni casa ninguna. Así continuamos todo el día sin incidente de ninguna especie, y ya al caer de la tarde, entre las cuatro y las cinco, arribamos molidos y maltrechos á la hacienda de Gámbita, cerca de Tunja, en Boyacá, después de diecinueve horas de jornada no interrumpida sino por los breves instantes pasados en la choza en donde al amanecer nos habíamos detenido.

En Gámbita encontramos á R., quien se había ofrecido á acompañarnos en el proyectado viaje. Allí mismo tenía él los animales ó bestias mulares que debíamos emplear, tanto para

nosotros mismos como para el trasporte de nuestro equipaje en lo que aún nos faltaba de camino para llegar al río Meta, hacia el cual nos dirigíamos. Al desmontarnos después de tan largo viaje, sentimos un cansancio infinito; la fatiga y el sueño fueron más poderosos que el hambre, y como el Dante, después de escuchar la narración de Francesca, caímos «como cae un cuerpo muerto».

A eso de las diez de la noche, R., que no había pasado las veinticuatro horas como nosotros, á guisa de caballeros andantes recorriendo campos y prados, nos despertó y nos dijo que era preciso prepararnos para la marcha. A las once emprendió camino nuestra cabalgata, esta vez más numerosa que el día anterior, pues nos acompañaban los arrieros que llevaban diez ó doce cargas de equipaje, enseres y provisiones para nuestro largo viaje.

Durante dos días, viajando de noche y de día, casi sin descanso, continuamos nuestra marcha hasta llegar á la casa de don P. A., enfrente de la ciudad de Miraflores. Nada especial ocurrió durante aquellos días. Las gentes en los caminos y las de los pequeños caseríos que atravesábamos, veían la larga fila que formábamos nosotros entre viajeros y arrieros, y las muchas bestias que llevábamos, y no se explica-

ban qué quería decir aquello. Viendo el porte corpulento de alguno de nosotros, no faltó labriego que dijera que el Sr. Arzobispo andaba en misión. Perdóneles el Sr. Arzobispo á dichos labriegos el que se hubieran atrevido á hacer comparación para él tan poco favorable y que nosotros sí supimos agradecer hasta el punto, en algunos casos, de impartir nuestra bendición por lo que ella pudiera valer y con intenciones buenas aunque desprovista de carácter episcopal ó apostólico. ¡Ojalá á pesar de esto, sí les alcanzara dicha bendición á aquellas pobres gentes para «espantar los veniales» de que hablaba cierto chusco antioqueño!

Los caballos que nos habían servido para llegar hasta Gámbita habían quedado atrás. En Gámbita tomamos las mulas enviadas por algunos bondadosos amigos, y entre todas y sobre todas ellas mencionaremos un animal negro, perteneciente á un generoso y galante amigo nuestro, *el de su silla*, según la expresión consagrada, quien nos lo había enviado garantizándonos que por donde él no pasara, no pasaría nadie. Carecemos en absoluto de toda erudición en achaques de caballos ó de mulas. Nunca hemos sabido distinguir una mula de un macho, ni un caballo de una yegua, salvo en el caso en que el sexo de esta última es procla-

mado en resonante relincho por su progenie que le sigue de cerca. Ahora mismo no pudiéramos asegurar si el hermoso animal que llevó nuestra persona durante tantos días por entre precipicios y veredas, cuasi intransitables, era mula ó macho. Si se nos forzara en algún caso á decidir tan ardua cuestión, no podríamos hacer como tantas gentes en nuestro país que con un solo vistazo fallan sin riesgo de error; nosotros tendríamos que proceder á un examen anatomo-fisiológico demasiado peligroso para intentado dada la proximidad y contacto indispensables para una feliz y acertada solución del problema. Pero puesto que tal averiguación está por lo pronto fuera de nuestro alcance, vaya nuestra infinita gratitud para toda la raza mular, que si bien es cierto presenta á veces entre sus miembros, individuos rehacios, testarudos, coceadores, y, en una palabra, malvados, en otros casos llega á eminencias como en el del animal de que venimos tratando. Tenía la paciencia de un santo; en las cosas de su pertenencia, de su profesión por decirlo así, demostraba la ciencia de un Néstor, la prudencia de un Ulises. Ascendía los escarpados montes con seguridad y cautela, con una serenidad majestuosa; los descendía con igual seguridad y no erraba ni equivocaba

un solo paso. Y todo esto, téngase presente, llevándonos á cuestas, lo que observado por alguno, le hizo prorrumpir en esta exclamación: «¡y la maleta no es de hojas!»

A veces, muy al principio de nuestro compañerismo, tratamos de imponerle nuestro propio juicio sobre el modo de bajar un escalón ó el de vadear un charco de barro, ó de salvar una valla cualquiera. Las insinuaciones que para tal efecto hacíamos con las bridas, fueron siempre desechadas, y muy en breve aprendimos dos cosas: primera, que el animal sabía más que nosotros; segunda, que aunque nosotros hubiéramos sabido más, él podía más, y por ende, toda lucha era inútil, Así, pasamos por la humillación, salvadora en este caso, de ser guiados en aquella peregrinación por una bestia mular, cosa que no es ni nueva ni extraña para los colombianos, individual, colectiva ó nacionalmente considerados. Y si el éxito en esta ocasión, como en todas, según el criterio que priva entre los hombres, es la mejor comprobación, no solamente del acierto sino del mérito, el animal que nos llevó, merece los más calurosos aplausos.

Si fuéramos millonarios, ó siquiera de los bendecidos por la fortuna, crearíamos una pensión para el animal supradicho, le compraría-

mos una rebosante dehesa exclusivamente para él, en donde pudiera pacer, refocilarse y revolcarse á todas sus anchas, por todo el resto de su vida mulística natural.

La luna que tan bondadosa había sido con nosotros la primera noche, seguía acompañándonos con igual cariño; se diría que tomaba especial interés en nuestra peregrinación. Sabiendo que no deseábamos entrar en relación con los habitantes de dos ó tres villas por las cuales pasamos en altas horas de la noche, con una discreción exquisita, se daba sus trazas de ocultarse detrás de negros nubarrones en el momento en que penetrábamos en poblado y dejaba á la sombra su absoluto imperio; apenas salíamos otra vez á campo libre, estallaba su luz con doble brío como queriendo resarcir los instantes perdidos. Gracias á esta decidida cooperación de la pálida reina de las noches, pudimos adelantar nuestra vía por aquellas malísimas veredas, llamadas caminos, á todas horas de la noche sin rompernos la crisma ni ser interrumpidos por la gente.

El tercer día llegamos á la casa de don P. A. enfrente de Miraflores. Fuimos recibidos en ella con franca y generosa hospitalidad. De allí devolvimos los peones que desde la Sabana

nos habían acompañado, y buscamos nuevos guías para llegar al Llano, hacia el cual emprendimos viaje un día después de nuestra llegada al hospitalario techo, bajo el cual nos hallábamos.

CAPÍTULO TERCERO

HASTA entonces y para llegar al punto en que nos hallábamos, habíamos recorrido lo que en Colombia llamamos caminos por antonomasia; malos ó buenos, ellos son los únicos que hay, y quien quiera viajar, necesita valerse de ellos. Empero ahora no podíamos contar ni siquiera con tan rudimentarias vías de comunicación. Para llegar al Llano, que era el objetivo inmediato de nuestro viaje, nos era preciso seguir las llamadas trochas, veredas angostas que se perdían en el seno de los bosques transitados por las partidas de ganado que de las llanuras vienen á la altiplanicie. Necesitábamos guías especiales, habituados al terreno, y baquianos en aquel laberinto de árboles, de malezas y de rocas.

Nada de esto, sin embargo, fué parte á detenernos. Proseguimos nuestra marcha hacia

adelante con la mayor rapidez posible, escoltados por los guías, cuyos servicios pudimos contratar. Después de algunas horas de marcha por un angosto sendero que costeaba el flanco de la montaña á una grande altura, teniendo á un lado el muro granítico de la cordillera y al otro un precipicio de muchos cientos de metros de profundidad, empezamos el descenso, á veces tan abrupto, que nos era preciso desmontarnos y recorrer el camino á pie. Los guías y los arrieros, ágiles como ciervos, y tan seguros sobre sus pies como si fueran gamos, viajaban con rapidez; nosotros, inexpertos y lerdos, nos vimos precisados á situarnos entre dos de esos guías, asiéndonos de los brazos de ellos, de modo que aun cuando nuestros pies tropezaban, nuestro cuerpo no caía al suelo. Así anduvimos legua tras legua, aprovechando los cortos espacios en que nuestra mula nos podía llevar para montarla, y adelantando siempre lo más que nos era posible. La larga fila que formaba nuestra comitiva, vista á alguna distancia sobre el flanco inclinado de la montaña, semejaba á una hilera de moscas que recorrieran la superficie de un muro, pues era tan fuerte la inclinación, que de lejos se diría que ese flanco era vertical. Pasada esta parte del camino, llegamos á un

ancho río, el primero de los grandes afluentes del sistema hidrográfico de la hoya del Orinoco, que encontramos á nuestro paso. Era el Upía, turbulento y de poderoso caudal. Le atravesamos sobre un puente colgante, construído de la manera más elemental. Los dos cables que lo sostenían eran hechos cada uno de cuatro hilos de alambre telegráfico, retorcidos entre sí y tendidos por encima del río á cuatro metros de altura sobre la corriente misma. De estos cables pendían tablas de madera atadas con bejuco, y sujetadas á ellos por medio de hilos simples del mismo alambre. En ambas orillas los cables principales estaban atados á soportes de madera enclavados en el suelo. La estructura era frágil en extremo; por ella sólo podían atravesar las gentes una á una, y bajo el peso de los transeuntes toda ella se mecía con el vaivén de un inmenso columpio. Asiéndonos con entrambas manos de los alambres principales, nos lanzamos al puente y atravesamos el río. Cuando nos hallamos en la opuesta orilla, nos causó maravilla el ver cómo el balanceo de todo el puente no nos había lanzado á la rápida corriente que rugía debajo de nuestros pies. Todos los animales vadearon el río, y cuando llegamos al otro lado, ya estaban otra vez listos para continuar la marcha.

El descenso de nivel era constante. Una vez atravesado el río, empezamos á internarnos en bosques tupidos, en los cuales nos hubiéramos perdido sin la ayuda de los guías. El principal de éstos organizó nuestra caravana para la marcha, poniéndose él al frente. Después le seguíamos los demás uno á uno, en fila india. Adelante de todos iban dos peones haciendo el oficio de zapadores, cortando la maleza por encima y por debajo, á golpe de machete. Con frecuencia algún tronco caído impedía todo progreso y nos era preciso detenernos hasta que los zapadores encontraban modo de abrirnos paso. El viaje en estas circunstancias tenía al principio su seducción y encanto. La luz penetraba tamizada por entre el follaje, y era tan tibia y suave, que se diría que nos hallábamos detrás del rosetón multicoloro de alguna inmensa catedral. Los árboles corpulentos semejaban ingentes columnas festonadas de vistosos cortinajes formados por las abigarradas enredaderas. Las orquídeas, como pebeteros colgantes, lucían con profusión sus magníficas y variadas flores, y un perfume penetrante, como de un incienso desconocido, poblaba el espacio. Mas estas bellezas estaban acompañadas de inconvenientes graves que les hacían contrapeso. En el suelo, húmedo y esponjoso, adelantaba

con dificultad nuestra recua; los guías nos advertían que permaneciésemos lejos de ciertos árboles, de los cuales había muchos, llamados «palo santo», sobre cuya corteza se veía la activa y afanada marcha de cierta clase de hormigas, cuya picadura es dolorosa en extremo. Y para colmo de todo esto, al segundo día de viaje por entre el bosque, uno de nuestros guías descargó su escopeta, y cuando le preguntamos cuál era el motivo, dijo con un laconismo que nos hizo estremecer: «Nada, una cascabel.» En efecto: á sus pies yacía una culebra de la dicha denominación, de gran tamaño y de bastante edad, al decir de los guías, quienes le arrancaron siete cascabeles de la cola. Además, nuestros ojos ansiaban ver el cielo que sólo divisábamos como á girones por entre el follaje, y aquel manto de hojas nos parecía robarnos el aire, de modo que por un fenómeno de pura imaginación, creíamos que éste faltaba á nuestros pulmones.

Los guías nos dijeron que en cuatro días llegaríamos al límite del bosque, y con impaciencia aguardábamos nosotros la llegada al punto donde éste terminara y empezara el Llano. En efecto: el cuarto día, de acuerdo con la predicción que se nos había hecho, llegamos al borde del bosque. Delante de nosotros estaba ten-

dido, como un mar verde, sin ondas, sin rumor y sin límites, el Llano en toda su espléndida desnudez. Aquel océano de verdura que se presentaba ante nuestros ojos, nos llenó de indecible regocijo. Lo contemplamos extasiados y respiramos á pleno pulmón el aire libre que de él nos venía, aire cuyas inmensas alas encontraban campo en esos espacios inconmensurables; aire que venía de lejos, de muy lejos, cargado con los mensajes de ignotas y vastas regiones, y salpicado con los salinos efluvios del distante mar, rugiente y majestuoso, hacia el cual tendíamos nuestros pasos.

Los árboles del bosque parecían alineados como un ejército en fila de batalla enfrente del Llano, que, como circo infinito, se tendía delante de ellos. En todas direcciones, la bóveda azul del cielo y el fondo verde de la pampa, se confundían y hacían horizonte. La monotonía del paisaje se veía interrumpida en algunos puntos por pequeños bosques de palmas de moriche, cuyo aspecto sugería la idea de haber sido ellos plantados por la mano del hombre, detrás de los cuales la imaginación levantaba casas señoriales ó castillos que nunca habían de encontrarse fuera de la fantasía. Bajo el claro sol del día, brillaban, como cintas bru-

ñidas de plata, de distintas anchuras, los ríos y los caños y las aguas aposentadas, y sus rayos parecían acariciar toda la extensión, en la cual no se veía ni el humo del hogar, que en espiral asciende sobre el techo de las chozas, ni la erguida torre de alguna catedral. Diríase que el sitio estaba preparado para una gran ciudad que aguardaba á sus arquitectos y futuros moradores, como la página blanca el pensamiento que sobre ella ha de trazar la inspirada pluma.

Nuestros guías nos condujeron adelante en el Llano, en donde su ayuda era todavía más necesaria que en medio del bosque. Pretender recorrer el Llano sin guía, valdría tanto como querer navegar sin brújula en el mar. A pocas horas de nuestra salida del bosque, llegamos á una agrupación de doce casas, llamada San Pedro de Túa, en la cual debíamos de prepararnos para la gran peregrinación á través de la Pampa, en vía hacia el Orinoco.

Era el día de Año Nuevo de 1894. Atrás de nosotros quedaban el bosque intrincado, las veredas tortuosas, los montes escarpados, la alta y fría Sabana, la ciudad natal y el año muerto. Delante teníamos la Pampa sin límites, los ríos errantes, y allá, como una promesa, el mar «eterno, inmenso y solo», vía

franca para las innúmeras playas, muchas de ellas libres, tal vez hospitalarias, en donde, según sus tempestades y sus calmas, se estrellan sus rugientes ondas ó se esparcen como encajes sus espumas.

CAPÍTULO CUARTO

Diez ó doce casuchas pajizas formaban el caserío conocido con el nombre de San Pedro del Túa; esparcidas éstas irregularmente sobre la llanura y sin tendencia á formar, ni en embrión siquiera, trazado de pueblo, como es de costumbre en Colombia, alrededor de un centro ó plaza común. Nuestra caravana llamó la atención de los escasos moradores de aquel lugar; al primero á quien encontramos le preguntamos nos indicara dónde podríamos hallar albergue. No tardó en presentársenos el señor corregidor, quien nos tomó bajo su protección. Justamente llevábamos una carta de recomendación para él. Se puso á nuestras órdenes, y nos condujo á una casa, la de mejor aspecto y más amplia de todas las del lugar, que le pertenecía. Nuestros arrieros descargaron equipaje y enseres de todo género, colga-

ron las hamacas y se aprestaron á preparar la cena. El corregidor nos preguntó cuál era el objeto de nuestro viaje, y en qué podía servirnos. No queriendo revelar nuestro plan inmediatamente sin saber á qué atenernos, alguno de nosotros le manifestó que habíamos venido al llano con el objeto de buscar terreno, pues deseábamos comprarlo para fundar una gran hacienda. Nada contestó nuestro interlocutor, aunque sí nos pareció advertir en sus labios una sonrisa maliciosa. Cuando estuvimos más familiarizados con las costumbres imperantes en el Llano, causónos risa á nosotros á nuestra vez el subterfugio ó excusa empleado para no revelar nuestra verdadera intención, que era la de llegar á Venezuela. En efecto, comprar tierras en el Llano vale tanto como comprar agua en el mar. Estas son del que las toma y su usufructo es libre. Lo que allí vale son los semovientes, ganados de todo género, que pacen en la abundosa y rica grama que como tapiz de verdura cubre toda la amplitud de aquellas vastas llanuras.

No pasaban de quince personas las que á la sazón se hallaban en San Pedro del Túa. Este lugar sirve de sitio de reunión en determinadas épocas á los ganaderos, quienes vienen allí para sus cambios, compras y ventas de gana-

do, y para surtirse de las mercancías fabriles que consumen; pero á la sazón, sólo quedaban allí aquellos pocos individuos cuyos recursos no les habían alcanzado para trasladarse á alguna de las poblaciones cercanas á pasar en ellas las fiestas de Noche-buena y Año Nuevo. Cuando nos quedamos solos con el corregidor, le manifestamos francamente que basados en la carta de recomendación que para él traíamos, solicitábamos su ayuda para nuestro verdadero objeto, que era el de llegar á Venezuela. El corregidor, cuyo nombre era Higinio Leal, nos manifestó que nos ayudaría con todas veras. El nombre de «Leal» sonó bien en nuestros oídos; pareciónos de buen presagio, y en verdad que los acontecimientos subsiguientes comprobaron con abundancia que ese nombre estaba muy bien puesto. En breve nos entendimos con él, y su buena voluntad no se limitó á promesas ni á palabras vacías. Nos hizo comprender que la realización de nuestro proyecto no era cosa fácil ni que pudiera llevarse á cabo bajo la dirección de personas inexpertas ó poco escrupulosas. Díjonos que por el momento él no tenía ocupación mayor, pues su empleo oficial era poco menos que platónico, y sus labores de ganadero podía muy bien encomendarlas á su esposa, y que por estas ra-

zones se ofrecía á acompañarnos y á servirnos de guía. Acogimos su propuesta sin vacilación. Le nombramos jefe de la expedición, y por consejo de él decidimos seguir adelante al día siguiente sin pérdida de tiempo.

Para llegar á San Pedro del Túa, después de salidos del bosque, habíamos tenido que recorrer varias leguas de Llano. El aspecto que éste presentaba, no ya desde el borde de la selva desde donde le habíamos contemplado tendido ante nuestros pies, sino en su propio centro, por decirlo así, andando sobre él, era bien diverso de la primera impresión causada en nosotros. Sobre el suelo se alza una grama verde que alcanza distintas alturas, según las épocas del año, en la cual á veces se encuentran unos como senderos menudos formados por el tránsito de animales. Con frecuencia se atraviesan los llamados *caños*, que son especie de canales naturales tendidos entre unos ríos y otros. Diríase que el agua en ellos está estancada, tan lento es el curso de sus ondas; en la época lluviosa, estos caños toman proporciones de ríos. El tránsito por el Llano es entonces en extremo dificultoso, y á veces imposible. A trechos desiguales se encuentran sobre la llanura agrupaciones de palmas, cuyo follaje se destaca en el aire á manera de cimera

de casco; al pie de las palmas crecen arbustos y plantas de menores dimensiones, y en el centro del boscaje así formado, generalmente se encuentran depósitos de un agua clara y fresca, preferida para el uso por las gentes que habitan esas regiones y conocida como agua de morichal. Para el ojo inexperto, la monotonía del Llano y la escasez de puntos de comparación que puedan servir de guía ó facilitar la orientación, es más peligrosa que las vueltas y revueltas del más intrincado de los laberintos. Pasado un morichal, el novicio que sin guía quisiera seguir, no sabría qué dirección tomar para llegar á un punto dado. Para el llanero, familiarizado con esa naturaleza, hay en esos mismos morichales, en el curso de las aguas, en la posición del sol, de la luna y de las estrellas, en el vuelo de las aves y en las huellas de los animales, guías inequívocos que le permiten trasladarse de un punto á otro con igual seguridad á la del marino que surca el Océano provisto de brújula y de carta de marear.

Bajo la dirección de Leal se empezó el arreglo de cuanto poseíamos para el viaje. Se hizo un inventario, del cual resultó que estábamos bastante bien provistos. Teníamos lo siguiente: ocho cajas, cada una de un peso de cinco arrobas, en las cuales traíamos desde Bogotá toda

clase de conservas alimenticias empacadas en latas; varias grandes botijas de anisado ó aguardiente del país; cosa de veinte á veinticinco arrobas de sal, artículo precioso en aquellos parajes, en donde no hay ni vetas de sal mineral ni fuentes salinas. Además de esto, suficientes enseres de cama, adáptados á las exigencias del viaje, tales como cobertores, telas impermeables y esteras para tender por el suelo, llamadas petates. Eso en cuanto á lo indispensable para alimentación y para abrigo. Teníamos, además, cuatro escopetas, cinco ó seis rifles «Remington» y dos rifles «Spencer,» abundancia de municiones, pólvora y cápsulas para las armas de retrocarga. Una docena de machetes y seis ú ocho revolwers. Una caja de libros, y nuestros baules llenos de ropa. Entre nuestras propiedades, lo que resultó, según los acontecimientos de valor más precioso, fué un servicio de mesa y una pequeña batería de cocina, arreglados con maestría en una canasta de mimbre, fuertemente tejida, que merece especial descripción. Tenía la canasta cosa de ochenta centímetros de largo por cincuenta de ancho. Su altura era de cuarenta centímetros. Dentro de este espacio estaba arreglado un servicio completo para seis personas, compuesto de seis platos para sopa, seis platos comunes,

seis tazas con sus platillos, seis vasos, mas los cubiertos necesarios. La batería de cocina consistía en seis ollas de metal, que iban de mayor á menor, de modo que cabían las unas dentro de las otras, dos sartenes con mangos de quitar y poner, para economizar espacio, cuchillos de cocina, tirabuzón, abridor de latas, botes para pimienta, mostaza y otras especias. Platos, vasos, tazas, etc., todo era de metal vidriado con loza. Las ollas y demás enseres también eran de metal sólido y fuerte, y la canasta completa pesaba cosa de diez y ocho kilogr.s

Al contemplar todos los objetos que llevávamos, Leal nos manifestó que éramos demasiado ricos, y que nuestro equipaje tendería á dificultar nuestros movimientos. Le argüímos que habiendo pasado ya la parte más difícil para los transportes, que era el trayecto donde no había más vías de comunicación que las trochas de ganado, sería lástima grande la de abandonar algunos de aquellos artículos que en el largo camino que teníamos por delante pudieran sernos útiles ó necesarios.

Olvidábamos mencionar un bien surtido botiquín de viaje, abundante acopio de puros y cigarrillos, y dos tiples, fabricados en Bogotá por el más afamado artífice de cuantos manufacturan esa clase de instrumentos nacionales.

Leal nos indicó que era preciso hacer una jornada de cuatro á cinco leguas para llegar á la hacienda de Santa Rosa en el río Túa, en donde esperaba él encontrar canoas para seguir hasta el río Meta.

Entretanto, para festejar el día de Año Nuevo y nuestra llegada, á un mismo tiempo, procedió enteramente según la costumbre de la localidad.

Hizo matar un becerro, y vimos entonces por primera vez la preparación de la carne á la llanera. Leal hizo encender una gran hoguera, tomó una vara de tres ó cuatro metros de longitud y de un centímetro de diámetro, más ó menos. En esta vara ensartó, á manera de asador, todo un costado del becerro, la clavó en tierra á un ángulo inclinado, de modo de dejar por la parte inferior un medio metro libre. Acercó su asador á la hoguera, y comenzó á darle vueltas dejando unas veces que las llamas vinieran en contacto con la carne, otras veces sometiéndola solamente al calor. Cuando la presa estuvo asada, retiró el asador y sacó del cinto el inevitable machete, afilado como una navaja de barba. Descuartizó sobre grandes hojas de plátano tendidas á guisa de bandejas, toda la pieza, y nos invitó á que con nuestras propias manos nos sirviéramos. No

nos hicimos de rogar, y á fe que nunca hemos probado bocado más suculento ni más delicado. En calidad de pan se nos dieron plátanos verdes asados al rescoldo, y el festín terminó con café, servido en pequeñas totumas ó coyabras, y preparado también á la llanera, que es del modo siguiente: se endulza el agua al gusto con panela, como decimos en Colombia, ó papelón, como dicen en Venezuela, y esta agua dulce llamada guarapo se pone al fuego, habiendo depositado en ella de antemano el café tostado y molido en un polvo no muy fino. Apenas empieza el guarapo á entrar en ebullición, se retira la vasija del fuego y se echa un poco de agua fría encima de ella. El efecto de esto es el de precipitar el café al fondo. Así se obtiene un café que, aunque no muy fuerte, es de un sabor delicioso y de muy fácil preparación en aquellas regiones en donde el sistema de la destilación usual en las ciudades sería muy difícil por la falta de utensilios adecuados. Este método es el mismo que se usa en Turquía, á juzgar por lo que en los grandes establecimientos de Europa llaman café turco. Al festín ofrecido por Leal, al cual asistieron los pocos moradores del lugar, añadimos nosotros un ron magnífico de Papares, del cual teníamos algunas botellas entre nuestras provisio-

nes. Cuando quedamos solos con Leal, entramos en conversación con él sobre el mejor modo de llegar á Venezuela, y nos causó maravilla el perfecto conocimiento que él tenía de toda aquella inmensa región.

Nacido á orillas del río Guárico, tributario del Orinoco, desde su niñez, el Llano y sus amplios horizontes y los caudalosos ríos y los enmarañados bosques, eran para él objeto familiar; había hecho numerosas excursiones al fondo de las selvas, que en inviolada majestad se yerguen á uno y otro lado del Orinoco, y á orillas de los innúmeros afluentes de esa poderosa corriente de agua. Nos dijo: En el Meta desembocan y confunden sus aguas con él, de aquí para abajo, el Upía, el Cravo, el Manacacía y el Pauto, fuera de muchos otros ríos de menor importancia. Lo mejor que podemos hacer es tomar el Túa aguas abajo para llegar al Meta, buscar allí embarcaciones mayores para seguir la corriente de ese río hasta entrar al Orinoco. Una vez en el Orinoco, llegaremos á la Urbana, en donde obtendremos mejores embarcaciones para seguir hasta Caicara, en donde ya es posible aguardar el vapor que va hasta Ciudad Bolívar. Cuando le preguntamos cuál sería el tiempo necesario para esta excursión, añadió que si no había tropiezo, en cin-

cuenta días llegaríamos á esta última ciudad. Nos indicó además, que en el curso del Meta encontraríamos primero á San Pedro del Arrastradero, luego á Orocué y después á un resguardo de tropas colombianas en el punto denominado «San Rafael.» Le preguntamos si no había allí caños del río Meta que nos evitaran el paso por las poblaciones colombianas que él había mencionado. Nos contestó que aquello era imposible, pues por una rareza en ese punto especial no había caños laterales que pudieran servir á nuestro objeto, pero que si tal era nuestro deseo, en lo cual había también la ventaja de no pasar por la región habitada por ciertas tribus salvajes conocidamente peligrosas, al llegar á San Pedro del Arrastradero nos sería fácil, haciendo un corto trayecto de dos kilómetros por tierra, encontrar el caño de Caracarate, que nos llevaría al río Muco, el cual á su vez nos conduciría al Vichada, y éste al alto Orinoco. Solamente, observó Leal, que si bien así se evitaría la parte baja del río Meta y los poblaciones y las tropas colombianas, sería preciso afrontar el paso de los raudales del Orinoco, lo que exigiría de treinta á cuarenta días más de viaje. Nada determinamos entonces; lo importante era llegar al río Meta, y allí veríamos lo que más nos conviniera hacer.

CAPÍTULO QUINTO

El día 2 de Enero emprendimos marcha á través del Llano hasta llegar á Santa Rosa del Túa. Tuvimos la fortuna de encontrar allí dos pequeñas canoas, que alquilamos de sus dueños y empezamos á prepararlas para seguir al otro día.

Nos albergamos en una casa perteneciente á la hacienda ó estancia de ganado llamada Santa Rosa del Túa. Nada más rudimentario que lo que en el Llano llaman casas. Estas se edifican de acuerdo con los principios elementales de la más primitiva arquitectura. Para construirlas se enclavan en el suelo á distancia conveniente, según el tamaño de la estructura proyectada, postes de madera á uno y otro lado, y sobre éstos se tienden otros que cruzan en ángulo más ó menos agudo, sirviendo así de base á la techumbre. Fórmase ésta por me-

dio de pequeñas varas transversales, sobre las cuales se tienden hojas de palma de moriche, y así, resguardada del sol y abierta á todos los vientos, queda completa la casa del llanero. En la época lluviosa, se cubren los costados con la misma hoja para impedir la salpicadura de las aguas. Como nos hallábamos en la estación seca, no se había preparado este abrigo de los costados, y desde las hamacas ó chinchorros, en donde pasamos la noche, veíamos el titilar de las estrellas y sentíamos el soplo de la brisa nocturna. Es preciso advertir que el llanero duerme á la pampa siempre que así puede hacerlo. Diríase que todo techo le oprime, y que sólo se halla á gusto durmiendo *á la belle étoile*, bajo la mismísima bóveda celeste.

Aquí conviene decir una palabra sobre quienes formaban la expedición. Los personajes, como dicen los carteles de teatro, éramos Alex., R., de quien ya hemos hablado, y el autor de estos mal perjeñados renglones. Además, iba con nosotros, en calidad de *factotum* y de compañero, un joven antioqueño, cuyo nombre era Fermín, y de quien ya tendremos ocasión de hablar más adelante. Leal había logrado contratar los servicios de ocho ó diez peones, los que antes de llegar al Meta completó con otros, de modo que nuestra expedición vino á

formar un pequeño grupo de veintidós personas.

R. tenía veleidades de cazador. Muchas veces había hecho armas en la Sabana de Bogotá contra los patos que anidan en las lagunas cercanas á la ciudad. Sus habilidades en este arte parece que eran de algún valor, según él mismo lo dejaba comprender modestamente. De esto no dudábamos nosotros, pues sabíamos que la veracidad y la modestia son condiciones distintivas de todo cazador. Apenas pisamos el Llano nos hizo observar la gran variedad de aves que se ofrecían allí al alcance de su escopeta. Cuando llegamos á la orilla del río Túa pareció apoderarse un vértigo de él. Seguido de uno de los mozos, se internó en el bosque vecino, y á poco empezamos á oir la detonación de su escopeta con tal frecuencia, que se diría que se entretenía en dispararla por el mero placer de oir repercutir los ecos. Media hora después de salido, se presentó, trayendo entre él y el mozo que le acompañaba, cosa de dieciseis aves muertas, de distintos tamaños y especies. Quería emprender una nueva campaña, cuando le dijimos que era inútil la inmolación de mayor número de animales, pues con los que traía tendríamos para alimentar á toda nuestra gente durante dos ó tres días. Leal nos

hizo notar que si en esa proporción continuábamos gastando las municiones y la pólvora, bien pronto nos quedaríamos sin esos indispensabilísimos artículos; falta que pudiera sernos de graves consecuencias cuando menos lo pensáramos. Y aprovechó la ocasión para sugerir el que adoptáramos cierta especie de organización militar, y estableciéramos reglas para cuanto hubiéramos de hacer, pues de otro modo corríamos el riesgo de crearnos dificultades adicionales á las que de suyo nos presentaría el viaje.

Siendo amigos del orden y de las cosas claras, y acaso no exentos de cierto prurito de mando ó de gobierno cuando quiera que para ello resultará la oportunidad propicia, acogimos las indicaciones de Leal, y poniéndonos de acuerdo con Alex, resolvimos fijar reglas relativas á la cacería y á otros asuntos. Estudiado y analizado el punto, acabamos por darles á nuestras ideas forma por escrito, y para mayor abundamiento las expusimos en un documento á guisa de decreto, en el cual comenzamos por intitularnos jefes de la expedición, como se verá por la transcripción que sigue:

LOS JEFES DE LA EXPEDICIÓN

Considerando, Primero: que el hombre es dueño y señor de la creación por derecho divino, en virtud del cual está facultado para servirse de los elementos naturales y de las demás criaturas, según sus necesidades, sus conveniencias y sus legítimos placeres; Segundo: que el signo distintivo y característico de ese derecho, lo que le da efectividad y eficacia, es la fuerza; y que la fuerza es el factor supremo regulador de las relaciones entre unos hombres y otros, entre los hombres y las demás criaturas, entre unas clases y especies de seres y otros, en el reino animal, y unas clases y especies de organismos y otros, en el reino vegetal, en ambos casos, desde los más embrionarios hasta los más desarrollados; y que, sin duda, como será comprobado cuando hasta ese punto pueda llegar la investigación humana, es la fuerza también el supremo factor regulador de las acciones y reacciones á que obedecen los innúmeros fenómenos á que está sujeta la materia llamada inerte ó inanimada, según las cuales cambian sus formas y propiedades; Tercero: que en virtud de estas verdades tan evidentes que pueden llamarse axiomáticas, dadas las circunstancias y condiciones en que nos en-

contramos, debemos tener en cuenta toda la responsabilidad que pesa sobre nosotros; Cuarto: que por estas razones nos incumbe reglamentar en lo posible el ejercicio de nuestro derecho, y que al someternos á la ineludible ley que hace de la fuerza y del dolor, el eslabón que une todos los seres de la creación, los unos con los otros, debemos mantenernos dentro de los límites de la más estricta necesidad, sin traspasarlos de modo que degeneren en abuso ó en crueldad, DECRETAMOS:

Art. 1.° Declárase inviolable la vida de los peces, la de los anfibios, los animales terrestres y las aves que pueblan los aires, en cuanto no fueren necesarios para nuestro propio sustento.

Se exceptúan las bestias feroces, los reptiles y bichos dañinos y venenosos, el exterminio de los cuales se nos impone por ley de conservación.

Art. 2.° Decláranse cubiertos bajo nuestra protección los salvajes aborígenes habitantes de estas regiones, sin que sea permitido molestarlos ni obligarlos á prestar servicio alguno contra su voluntad ó sin equitativa remuneración, debiendo nuestra conducta para con ellos ser guiada por los más severos principios de equidad.

Art. Q. En el caso de que fuere necesario matar mayor número de animales ú obligar á los aborígenes á prestar servicio por medio de la fuerza, á juicio de los jefes de la expedición, éstos podrán hacer ú ordenar lo que juzgaren conveniente, sin dar explicaciones ni quedar obligados á justificar su conducta; pues estando ellos investidos de suprema virtud y de suprema ciencia, providencialmente respaldadas por la fuerza, que es también su comprobación, cuanto hagan será muy bien hecho.

Dado en Santa Rosa del Túa, el día dos de Enero de mil ochocientos noventa y cuatro.

Leído que le fué este decreto jocoserio á R., observó él, entre risueño y mohíno: «ese decreto, como todos los que se expiden en nuestras tierras por gobiernos, sean ellos de juguete ó de machete, es una pura farsa, en la cual, bajo pretextos altisonantes de filantropía y de justicia, se encubre la tiranía de los que mandan.»

Causónos pena el oirle expresarse así, pues aunque el decreto era de mentira ó de pura fantasía, nos hería esa crítica que falseaba nuestras buenas intenciones.

En las mentiras hay siempre un adminículo de verdad, que es el que les da verosimilitud, ó sea viabilidad, como da el almidón rigidez á las telas; y nosotros, autores del decreto preci-

tado, meditando sobre las amargas palabras de R., representante allí de la oposición, comprendimos y experimentamos en propia persona lo innatamente perversas que son todas las oposiciones en nuestros países. ¡Qué mucho, nos dijimos, que si así son de mal interpretados nuestros hermosos propósitos, también sean tergiversadas las palabras y calumniadas las intenciones de nuestros probos y patriotas gobernantes, por oposiciones tan interesadas y tan egoístas como la de R., en el caso presente!

CAPÍTULO SEXTO

En dos pequeñas curiaras, que es como son llamadas las canoas en aquellas regiones, empezamos la navegación del río Túa al día siguiente. Apenas cabíamos dentro de ellas, y aunque íbamos con la corriente, adelantábamos con notable lentitud. Siendo el cauce de poca profundidad, con frecuencia nos era preciso saltar de las curiaras y con el agua á la rodilla, empujarlas ó arrastrarlas. Nos impedían el paso los frecuentes *carameros,* vallas formadas en medio del río por ramas de árboles caídos, ó por troncos arrancados, que la poca fuerza de la corriente no había podido arrastrar. La tarea de dar impulso á las canoas en la forma expresada, que al principio tenía cierta novedad, bien pronto perdió su poco atractivo cuando uno de nuestros tripulantes

fué picado por una especie de pez llamado *raya*, que clava en la planta del pie ó en la pantorrilla su agudo arpón, dejando la punta de él en la herida y causando intenso dolor. Tal es éste, que la víctima en el caso que citamos, á pesar de ser hombre fuerte y habituado á la ruda vida del llanero, se quejaba á grito herido y se retorcía sobre la arena.

A medida que adelantábamos se ahondaba el cauce del río, y al caer de la tarde de aquel mismo día, la navegación se había hecho ya bastante fácil. A eso de las cuatro, Leal empezó á buscar la playa en donde deberíamos pasar la noche. Sensación especial experimentamos entonces por primera vez, al pensar que al fin de aquella jornada no encontraríamos techo ninguno bajo el cual abrigarnos. Comprendimos entonces y sentimos en toda su plenitud el amor innato del hombre civilizado á un albergue; y la fuerza del hábito nos hizo contemplar con cierto pavor la perspectiva de dormir enteramente á la pampa, como las aves y los brutos. Pronto fué hallada una playa arenosa y seca, en la cual nos detuvimos. Las curiaras fueron arrastradas en parte fuera del agua, y atadas á postes enclavados en tierra para impedir que se les llevara la corriente, y de ellas se tomaron los enseres necesarios para

preparar las camas y para aderezar la cena. Sobre la arena misma fueron tendidos los petates y cobertores que debían formar nuestro lecho. Como había gran abundancia de zancudos, sobre todo de la clase llamada *puyón*, nombre adecuadísimo, era indispensable el uso del mosquitero, hecho de tela de algodón. Debíamos, pues, tendernos debajo de esta débil protección, sin tener otra cosa sobre nuestra cabeza.

Fermín se encargó de preparar la cena para nosotros, en tanto que nuestros tripulantes aderezaban la suya en una olla de metal de regulares proporciones, que constituía toda su batería de cocina, y que ellos llamaban la *marma*, palabra que sin duda es contracción de la de marmita.

Cuatro días gastamos en navegar el río Túa. Durante la mayor parte de su trayecto, les fué imposible á nuestros marineros ó bogas el servirse de sus canaletes, y adelantábamos á fuerza de palanca, método empleado para la navegación en los ríos cuyas aguas son demasiado bajas. Cuando llegamos al Meta, ya habíamos pasado cuatro noches en las playas, y la rutina ó disciplina á que debían sujetarse nuestros movimientos, estaba completamente definida, de modo que sin variación alguna, la observa-

mos durante todo el resto de aquel largo viaje Una vez por todas, vamos á describirla:

A las tres de la mañana, Leal, siempre activo y vigilante, despertaba á todo el campamento. Cada uno de los tripulantes ó bogas que nos acompañaban, tenía tarea definida; unos se ocupaban en preparar el café á la llanera, según el sistema ya descrito; otros en transportar á las curiaras los enseres desembarcados para formar el campamento. Nosotros mismos, de pie sobre las orillas, nos hacíamos dar un baño por dos de los bogas que arrojaban sobre nosotros agua en grandes cantidades, sirviéndose para ello de las vasijas especiales llamadas coyabras ó totumas, de grandes dimensiones. El pretender entrar al río hubiera sido locura extrema, pues había en él grande abundancia de caimanes y de *rayas*, y y no pocas culebras.

La ventaja de las playas arenosas para dormir, es la de que entre la arena no hay reptiles venenosos ni animales dañinos de ninguna especie, los cuales buscan la costa húmeda cubierta de hierbas y malezas. Entre las cuatro y las cinco de la mañana, tomábamos el café, acompañado de un gran trago de anisado que se repartía á todos los miembros de la expedición, y que es, según voz general, preventivo

eficacísimo del paludismo. A las cinco ó antes, empezaba la navegación, contenida á eso de las once de la mañana, en la primera playa adecuada que se encontraba, en la que nos deteníamos á dejar pasar las horas medias del día, durante las cuales el sol cae á plomo sobre las reverberantes aguas que despiden reflejos que hieren los ojos y casi los ciegan. Diríase que de la bóveda celeste se desprenden rayos de fuego que son devueltos por las ondas del río.

A eso de las dos de la tarde volvíamos á las canoas, adelantando camino hasta las cinco, hora en que empezábamos á buscar la playa donde debíamos pasar la noche. Al encontrarla, inmediatamente procedíamos á arreglar el campamento. Mientras unos de nuestros tripulantes atracaban las curiaras, otros buscaban leña y otros tendían las camas sobre la arena. En breve se veían las llamas de dos grandes hogueras, cuyo humo servía para ahuyentar los enjambres de zancudos y demás pequeñas alimañas aladas que hacen la vida casi insoportable al caer de la tarde en la orilla de esos ríos. Apenas estaba lista la cena, la despachábamos y no tardábamos mucho en tendernos debajo de nuestros mosquiteros.

Viajábamos en la estación seca, durante la cual las lluvias son muy escasas; sin embargo,

en más de una ocasión en medio de la noche nos sorprendían fuertes aguaceros que en pocos minutos nos empapaban, de modo que parecía que hubiéramos caído al fondo del río. En estos casos, no nos quedaba más remedio que cubrirnos con las telas impermeables, *encauchados*, que llevábamos, y allí, sentados sobre la arena, aguardar que pasara la borrasca. El plano de las playas era generalmente inclinado; el peso de nuestro cuerpo formaba cierta cavidad en la arena, y á lado y lado nuestro, el agua recogida en la parte más alta de la playa, corría á veces con fuerza de torrente. La primera vez que esto nos aconteció, experimentamos, como es de presumirse, gran sorpresa y desagrado. Empero, haciendo de la necesidad virtud, aguardamos resignados á que cesara la lluvia para acercarnos á la hoguera que no tardaba en lanzar su alegre llamarada hacia lo alto, y junto de la cual bebíamos el café preparado *ad hoc* para recalentar nuestras ateridas humanidades. Al día siguiente, en vez de emprender marcha inmediatamente, aguardábamos la salida del sol, y apenas apuntaba éste en el horizonte, tendíamos sobre la playa todos nuestros enseres, que muy en breve bajo sus benéficos rayos quedaban secos y blandos, como si nada hubiera sucedido, y la lluvia, la

desazón y la noche pasada en vela quedaban olvidadas como las playas y los bosques que dejábamos atrás.

Nuestra alimentación no dejaba nada que desear; casi no se pasó día sin que tuviéramos suculentas aves que aderezar, y de vez en cuando, algunos animales de mayor importancia, especialmente zahínos, ó marranos de monte, como son generalmente llamados.

Nuestros cazadores, obedientes al decreto ya citado, se limitaban á matar lo indispensable, pues aunque teníamos sal en abundancia, éste era artículo demasiado precioso para gastarlo en conservar carnes, de las cuales podíamos obtener fresco acopio todos los días.

Además de la caza, teníamos buena provisión de carne salada, tasajo, preparado en San Pedro del Túa, antes de nuestra salida.

En materia de aves, las que con más frecuencia caían bajo la escopeta de los cazadores, eran patos *carreteros*, patos *reales*, paugiles y pavas de monte.

Cabe aquí referir un incidente que demuestra cómo aun las labores más humildes requieren cierta habilidad y práctica para ser ejecutadas con acierto.

Durante los días de nuestra navegación en el Túa, R., quien, como ya hemos dicho, era fer-

voroso sectario de Diana en su advocación — valga la frase — de diosa de la caza, pues poca ó ninguna admiración profesaba á las demás virtudes personificadas en tan estimable deidad, había logrado matar un hermoso pato real de excepcionales dimensiones. No contento con su triunfo de cazador, se propuso prepararlo él mismo para nuestra cena, añadiendo así á sus ya ganados laureles, los triunfos que corresponden á un Valtel ó un Carême.

Para proceder á cocinar el pato, era preciso, en primer lugar, desplumarlo, y según consejo de Fermín, más experimentado en esta clase de faenas, R., procedió á hacer preparar una gran cantidad de agua caliente, en la cual fué sumergido el animal muerto.

Invitado que fué Alex por R. y por nosotros, para aguardar al suculento festín que estaba en vía de preparación, contestó que él era veterano de varias campañas y prefería atenerse á la cena de los marineros, si bien más humilde, más segura que la ofrecida por R. Empezó R. á desplumar el pato consabido, y las plumas negras y azulosas caían de sus manos sobre el suelo con la abundancia de copos de nieve en una tempestad invernal. Cuando se hubo cansado de su labor, tomamos nosotros el pato, y las plumas continuaban cayendo y

cayendo, tan numerosas todavía como las hojas secas en el bosque otoñal, después de una hora de esta faena, estando el suelo literalmente cubierto de plumas negras, el ave parecía intacta, y el hambre era á cada minuto más y más punzante. El humillo que se desprendía de la marma de los bogas, llegaba hasta nuestras narices con invitaciones tentadoras, y aguzaba nuestro apetito. Empero aquello era cuestión de honor, y cuando Alex con sorna irónica nos invitó á tomar un plato del sancocho de pescado de los bogas que ya estaba listo, le repusimos que no queríamos dañar nuestro buen apetito, el cual pensábamos reservar en absoluto para el pato real, que teníamos entre manos. Manifestónos que si nos aguardábamos á que ese animal estuviese listo, á buen seguro que tendríamos apetito suficiente para devorarlo, no sólo á él, si no á varios de su especie. Alternativamente nos sustituímos con R. en la labor de desplumar al bendito animal, haciendo progreso muy lento en todo menos en la acumulación de plumas negras. Como refuerzo vino á la postre Fermín, quien declaró que habíamos dejado *pasmar* el ave, y que la labor de desplumarla era ya poco menos que imposible. La acometió él, sin embargo, con brío, y por fin á las dos horas y media de trabajo incesan-

te, validos de la oscuridad de la noche, apenas vencida por la incierta luz de las hogueras, entramos en transacciones con nosotros mismos, y zampamos el pato á medio desplumar entre la olla. De si le comimos ó no, no es preciso entrar á decir nada más aquí; el hecho es que nuestra cena aquella noche fué muy parca y que nos acostamos con hambre. Nunca más después intentamos entrometernos en labores culinarias, y R. se contentó de ahí en adelante con su misión de cazador, y de proveedor de carne fresca para nuestra expedición.

A más de las aves y de los animales terrestres, teníamos abundancia de pescado. Nuestros marineros lo sacaban de todos tamaños, y tenían tal seguridad de encontrarlo apenas atracábamos las curiaras, que arrojaban sus anzuelos al río con la confianza del repostero que busca en su despensa lo que en ella ha guardado de antemano.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Cercanos á la boca del Túa, á pocas horas de distancia del río Meta, llegamos á la hacienda de Santa Bárbara, en la cual nos detuvimos algunas horas. Los dueños de ésta nos acogieron con la hospitalidad proverbial en el Llano. Nos invitaron á comer los invariables manjares del llanero: carne, plátano y café, y nos surtieron de carne salada para seguir adelante.

En aquel lugar encontramos al primer cazador de tigres, genuino y legítimo, de los varios con quienes trabamos relaciones durante aquella peregrinación. Se llamaba Secundino. Explicando, á solicitud nuestra, la vida semisalvaje que allí se llevaba, y las rudas faenas que la constituían, consistentes en apartar, herrar, colear ganado, y en muchas otras labores de la laya, observamos que omitía descri-

bir lo que hacía los domingos, pues para cada uno de los otros días de la semana había mencionado ocupaciones especiales, distintas según la estación del año. A nuestra pregunta sobre este punto, contestó así, con sencillez que por entonces nos pareció tener algo de fanfarrona: «El domingo mato tigres,» como quien dice, «el domingo voy á misa». Acaso advirtió alguna señal de incredulidad en nuestra fisonomía. Nada dijo por entonces. Después de la comida que nos había ofrecido, nos llevó un poco afuera del *caney* en que estábamos, y allí nos mostró diez cabezas de tigres, los últimos que él había matado, algunas de ellas, frescas todavía, observando: «tal vez ahora ya no duden ustedes de que yo sí mato tigres.» La prueba era contundente y abrumadora. Le presentamos nuestras excusas por la sombra de duda que había atravesado nuestro espíritu, y que se había traslucido en nuestros ojos, á nuestro pesar.

Secundino nos dijo que el tigre era el peor de los animales contra quienes tenía que luchar el ganadero. Es feroz y cruel, añadió. No se contenta con lo que necesita, sino que mata y destruye por el mero placer de matar y de destruir; y vivimos en guerra abierta con él. Sobre el método de matarlo, dijo que aunque

el mejor y el más seguro era el de emplear rifles ó armas de precisión, por ser la pólvora y las municiones escasas y caras, y las cápsulas, á más de costosas difíciles de procurar, la lanza monda y lironda venía á ser el medio preferido; y con la mayor tranquilidad, como si se tratara de la cosa más simple, prosiguió así: «me pongo en marcha llevando siempre el rifle cargado, por lo que pueda suceder, pero fiado principalmente en mi lanza. Los perros husmean el rastro y me sirven de guía. Apenas descubren al tigre, comienzan á ladrarle y lo encaraman, es decir, lo obligan á trepar sobre un árbol ó sobre una roca. Empieza la lucha entre los perros y el tigre. Estos le atacan tratando de morderle y de esquivar sus manotones. En lo general, son muy expertos, y aunque algunos sucumben á sus golpes, esto no sucede con frecuencia. Yo me *aguaito* á que me lo tengan aturdido y empeñado, y le barajusto el golpe con la lanza, tratando de que ahí quede. A veces me he visto en apuros. En otras, después de herido y enfurecido el bicho, le he tenido que acabar con el rifle; pero en lo general, si el lanzazo ha sido bueno, no hay más que decir.»

El hombre que así nos hablaba y cuyo dialecto especial no podemos transcribir, lo que

hace perder á su explicación todo su colorido y su hermosa nitidez, era de pequeña estatura, nervudo, y más bien delgado que grueso. Sus ojos diminutos brillaban como chispas, y narraba aquellos pormenores de una lucha temeraria, aquellos actos de heroísmo repetidos día tras día, y ejecutados á sangre fría, con la misma sencillez que si se tratara de describir el modo de colear una res, ó de apartar una manada de ganado. ¡Qué mucho pues, que Páez, á la cabeza de huestes formadas por esta clase de hombres, venciera á los tercios españoles, á esa infantería aguerrida, triunfadora á través de los siglos en todos los campos de Europa!

Al despedirnos de Secundino, alcanzamos á oír esta conversación entre él é Higinio:

—Zambo Higinio, ¿hasta dónde vás?

—Hasta el río Orinoco, á llevar á estos blancos.

—¿Y cómo te vuelves, por el río ó por tierra?

—Todavía no sé, depende.

—Pues mira, vente por aquí para que amanses tú un caballo tan resabiado que no me le atrevo yo.

—No hay cuidado, que yo lo arreglaré.

Esto nos hizo meditar que mucho tendría que valer Higinio, para que todo un matador

de tigres comprobado, y con un diploma refrendado, por decirlo así, por las diez calaveras que habíamos visto, le pidiese auxilio. Ya entonces habíamos alcanzado á concebir cariño y admiración por Leal, y esta última creció no poco, en atención á lo que acabábamos de oir.

Salidos de la hacienda de Santa Bárbara, seguimos aguas abajo. Nuestra curiara se adelantó á la otra en que iban los equipajes y las camas. Anocheció antes de lo que esperábamos y nos fué preciso arribar á una playa que resultó, como pudimos advertirlo luego, hallarse en la propia confluencia de los dos ríos Túa y Meta. La otra curiera se vió forzada á quedarse atrás, lo que nos dejó sin camas y sin cena.

Como Fermín nos oyese hablar de lo temprano que había oscurecido, observó que en efecto, el sol, para nosotros, se había puesto aquel día antes de la hora acostumbrada, acentuando especialmente las palabras «para nosotros,» y cuando R. le preguntó ¿y por qué no para todos?, replicóle así: «lo que ha habido es una oscuridad causada por una nube que se interpuso entre nosotros y el sol poniente, y trajo la noche antes de tiempo.»

—Qué nube ni qué pan caliente, dijo R., fué que nos olvidamos de la hora, y nos sorpren-

dieron las sombras.—No señor, le contestó Fermín, fué que con el viento se levantaron las plumas del pato de ayer, y oscurecieron el espacio!

Hasta este día, nos sería imposible declarar lo que pasó en realidad; si fué que nos equivocamos con respecto á la hora del día y nos dejamos sorprender por la noche, ó si fué que en verdad los airados manes del pato inmolado esparcieron sus negras plumas por los ámbitos del cielo, formando con ellas el manto que, hecho de dardos, pedían los guerreros lacedemonios de marras á los invasores persas, para poder combatir á la sombra. La aclaración de este punto histórico-astronómico-atmosférico, quedará siempre sumida en un misterio más negro que las plumas del ave muerta.

CAPÍTULO OCTAVO

Obrando de acuerdo con el proverbio que aconseja ponerle buena cara al mal que no tiene remedio, buscamos en la playa en que nos hallábamos el punto más cómodo para tendernos sobre la mismísima arena, ya que nuestros enseres de cama habían quedado atrás. En verdad que no teníamos lo que los franceses llaman el embarazo ó la dificultad para la selección «l' embarras du choix,» nacido de la abundancia ó variedad de cosas buenas, pues la playa era en toda su extensión igualmente arenosa y descubierta; empero, por cambiar en algo, ya que tantas noches habíamos pasado en las playas del Túa, nos trasladamos al lado del río Meta, y nos tendimos por el suelo, resueltos á dormir y á pasar tan buena noche como si descansáramos en mullido lecho, provisto de cobertores de fini-

sima lana y de sábanas del mejor tejido de lino.

La noche era espléndida; soplaba una brisa ténue en la cual nos llegaban los mil rumores peculiares de la zona tórrida en las primeras horas que siguen á la puesta del sol. Delante de nosotros, sin ruido y sin murmullo, arrastraba el río Meta el poderoso caudal de sus aguas. Los astros del cielo se reflejaban en sus ondas produciendo pequeños relámpagos quebradizos de luz, como si partieran de una cota de acero amartelado y bruñido. Tuvo entonces lugar un fenómeno, único en nuestra experiencia, y que pasamos á narrar. Seguían nuestros ojos la corriente de las aguas que se extendían hasta perderse en el horizonte ó se confundían con las orillas, y las acompañaba nuestro espíritu más adelante en su peregrinación, como deseoso de indagar cuáles serían sus aventuras y su fin. Pregunta era ésta vana á que no podíamos dar respuesta alguna, lo que nos hizo abandonar la solución de tan arduo y tan difícil problema, para entregarnos al sueño.

En este punto el río, escogiendo para ello mejor oportunidad que el Tajo para hablarle al rey D. Rodrigo, según narra fray Luis de León, — pues en verdad que si la nobleza obli-

ga también obligan las circunstancias, — sacó el pecho afuera, y nos habló de esta manera: «Oh mortal errante y peregrino que vagas como perdido por estas soledades, en donde á través de las selvas y de las pampas, vagamos también los ríos, escucha mis palabras, ya que la suerte te ha traído á estas orillas, y que durante luengos días habrás de compartir sobre ellas con el ave y con el bruto, la íntima comunión en que ellos están con la naturaleza; trata de aprender la lección escrita, en todo cuanto aquí te rodea, por la misma mano del Creador; trata de que en tu corazón y en tu memoria se graben las enseñanzas de nuestra madre inmortal naturaleza, y que no sea perdida tu peregrinación entre nosotros.

»Escucha de mi boca las palabras de las aguas corrientes, las palabras de los ríos, hijos de las montañas, fecundadores de los valles, mensajeros de los continentes y benefactores de los hombres.

»El poderoso caudal que arrastro ahora, se forma de innúmeros arroyos y riachuelos, que juguetones y llenos de rumores y de espuma, descienden de los altos riscos de las montañas y vivifican sus flancos. Vienen de todas partes á reunirse en un mismo cauce, sujetos á la inexorable ley de la gravedad, que

regulariza y concentra los movimientos de la materia sobre el orbe terrestre. Atentos á su meta prosiguen su curso; á veces, cuando las fuerzas les faltan los detienen obstáculos imprevistos, los ahogan los arenales, ó los estancan entre el lodo los pantanos; mas con la persistencia de la fuerza de atracción, fieles á su destino, llegan á despertarse, se libertan y se unen los unos á los otros, hasta que al fin, sobre la amplia llanura, en el tendido valle, en magestuoso caudal, ruedan triunfadores, y llevan su corriente como llevo yo la mía, en marcha vencedora hacia adelante.

»Como de las aguas, así de la verdad. Estalla en cerebros aislados, y por ley natural de expansión, busca su centro, que está en la mente de todos los hombres. Sus enemigos la detienen y le obstruyen el paso. Durante generaciones enteras apenas si logra adelantar; mas al fin vence, y unida en los corazones y en las mentes, forma corriente poderosa que todo lo arrolla, hasta que con la serenidad de los grandes ríos, llega á ser conquista de la humanidad, y tiende, como nosotros nuestras ondas, sus beneficios sobre toda la raza.

»Tú has de seguir el curso de mis aguas, me verás atravesar las pampas en donde la verde grama apenas si alcanza más altura que la de

mis espumas cuando el viento agita mis ondas. Verás que á mí se unen mis hermanos que vienen de las montañas y de las lejanas selvas. A diestra y á siniestra los verás entrar y confundir sus aguas con las mías, hasta que, unidos todos, rendimos tributo al padre Orinoco, en cuyo cauce se confunde con la suya, nuestra vida.

»Le encontrarás magnífico y sublime en su potente desarrollo, que á él llegan antes de que yo toque sus ondas, las corrientes de cien y cien ríos que vienen de otras tantas selvas, y de otros tantos montes.

»Durante tu navegación, con frecuencia verás esos ríos que se abren paso por entre hendiduras del llano, ó bajo los arcos de la selva agreste, ó por entre las rocas de la montaña abrupta, y que penetran á la gran corriente á confundirse con ella, como si fueran sacerdotes que en el atrio se confunden con la muchedumbre, salidos de las profundidades de la selva, como de templos en donde se practican los ritos ignorados de cultos desconocidos y misteriosos.

«Hallarás entre mis hermanos la misma variedad que hay entre los hombres; unos serán poderosos y vendrán desde muy lejos, otros serán apenas arroyos; los habrá calmados y

tranquilos, los habrá turbulentos y rugientes, como el Caura y el Caroní, de poderosísimo caudal entrambos, pero indómitos hasta el postrer momento, semejantes á aquellos hombres que alcanzan á la edad madura y aun á la vejez, cuyos días son intranquilos y de combate, y cuyas horas, hasta las últimas, son de tormenta. De estos habrá pocos, porque el caudal de años para los hombres, que es caudal de desengaños y de tristezas, lo mismo que el caudal de agua para los ríos, impone la tranquilidad y la calma.

»Para que te puedas formar una idea, sabe que conmigo llegan al Orinoco, el Upía, el Cravo, el Pauto, el Manacacía, todos ellos formados por cien y mil diversas corrientes de agua. Antes de recibirme á mí, ya el Orinoco ha confundido sus aguas con el Guaviare, el Casiquiare, el Arauca, el Atabapo, el Tuparro, el Cataniapo; y después se le unen el Apure, el Guárico, el Caura, el Caroní, y otros muchos más que no alcanzo á enumerar, que se tienden en todas direcciones al fondo de las selvas seculares y cruzan las pampas ilimitadas, en cuya grama, y en cuyos morichales, se agita el viento, que sin solución de continuidad pasa del movible mar de ondas saladas al verde mar del llano inmenso.

»Acaso pasemos de cuatrocientos los hilos líquidos retorcidos en esa poderosa trenza que se pierde en el océano. Bástete saber que entre todos nosotros formamos para la humanidad una red de vías libres, de caminos abiertos, que, dispuesta longitudinalmente, casi vencería en la cifra de sus millas á la de los ferrocarriles que la mano del hombre ha construido en el continente americano. Sabe que por el Caciquiare y por el Negro nuestro sistema se comunica con el del Amazonas, cuya red de ríos es más poderosa que la nuestra. La Providencia destinó estas regiones cuando así les prodigó sus dones, para ser la base de un grande imperio, en donde la humanidad, libre y regenerada, establezca algún día sus reales, como vencedora de la tiranía y del abuso.

«Nosotros somos hermanos gemelos del tiempo, cuyos años pasan y pasan sin cesar á perderse en la eternidad, como pasan y pasan sin cesar nuestras ondas á perderse en el Océano. En el seno inconmensurable de los mares, nos damos cita nosotros los mensajeros de todos los continentes, y allí nos confundimos, los que del trópico ecuatorial arrancamos, los que vienen de las zonas templadas, los que en dirección al polo arrastran sus ondas á

través de las frías estepas de Rusia, y de las heladas llanuras de Siberia. Hermanos míos son todos ellos; los famosos en la historia de los hombres, como el Nilo, el Ganges, el Eufrates; los que apenas empieza á conocer la humanidad, como el Congo, cuyas aguas nacen en el centro del Africa ecuatorial.

»Ese grande imperio, para el cual formamos aquí la base, no podrá establecerse sino cuando el hombre haya vencido aquellas condiciones del trópico que hasta ahora lo han hecho apto tan sólo para la vida de comunidades compuestas de amos y de esclavos. La ciencia moderna que ha de suministrar los medios para destruir los miasmas, los microbios y los animales enemigos del hombre, que por medio de acumuladores ha de cambiar á voluntad las temperaturas, y por medio de rápidos vehículos ha de destruir las distancias, será la que permita una transformación que hasta ahora no hay derecho de esperar, dada la experiencia histórica. Y para ello, para lograr todo eso, suministramos nosotros la fuerza que el roce de nuestras aguas mismas produce en la omnipresente electricidad, aprovechable cuando el hombre haya aprendido á recogerla en todas sus fuentes. De nuestras lecciones de

moral, aprende la que consiste en la purificación de las cosas. Nosotros entramos á las ciudades y son limpias nuestras aguas; cuando salimos de ellas, arrastramos todas las impurezas y todas las substancias extrañas que son el producto y el residuo inevitable de la vida de las grandes agrupaciones humanas; mas á muy pocas leguas de distancia nuestras aguas se han purificado de nuevo, y son claras y limpias como lo fueron antes. Así mismo entran los hombres á la vida, limpios; y cuando de ella salen, van manchados las más veces, y siempre estropeados por la lucha. Á través del tiempo, las miserias individuales quedan olvidadas, las tristezas de la vida, los desfallecimientos del ánimo, desaparecen; y el hombre purificado se destaca sobre la página de la historia en la cual, cuando ha habido verdad y justicia, el vencido se convierte en mártir, el luchador en héroe y el pensador en apóstol. Puras son las aguas de los ríos que han atravesado las grandes ciudades después de recorrida cierta distancia; dígalo si no el Eufrates después de Babilonia, ó el Nilo, más abajo de Menfis y de Tebas. Trata de aprender de nosotros, la tolerancia y la ecuanimidad. Si tienes pesares propios piensa en la ley de la compensación y recuerda que muchas veces lo que los

hombres llaman desgracia, no es sino un cambio de vía que les hace entrar en un nuevo camino, en donde acaso tengan campo más amplio para el ejercicio de sus facultades; y recuerda sobre todo que para el hombre de energía y de buena voluntad, los obstáculos son fuentes de victoria, y que las derrotas aparentes, pueden convertirse en escalones para ascender más alto. ¡Cuántas veces, nosotros los ríos, después de una catarata, ó de vencer el contrafuerte de alguna montaña que nos obstruye el paso, hallamos tras de la lucha y la tormenta, hermosos valles que fecundar con nuestra corriente, y en donde rodar por luengas millas bajo el palio eterno de los cielos!

»No llores por la suerte de tu patria que es también la mía; recuerda que el poder de los infames no puede perdurar. Si contemplas mis aguas después de una tempestad, las hallarás cubiertas de fango, y de despojos de la selva; mas han de pasar, como pasa el reino de los malvados. Son esos los accidentes inevitables de la vida y de la naturaleza, á que todos estamos sujetos, hombres y ríos, cada uno en su esfera.

»Nosotros, los ríos de estas regiones, pudiéramos sentirnos envidiosos, si sólo en el mo-

mento presente pensáramos, al ver el abandono en que nos encontramos en relación con nuestros hermanos que en todos los demás países del mundo y á través de la historia, forman el centro de la vida humana.

»Roma sin el Tíber no hubiera sido Roma, como no fueran hoy lo que son Londres y París sin el Támesis y sin el Sena. Nosotros hemos marcado siempre el curso de la civilización. Los héroes y los conquistadores han levantado su tienda siempre á nuestras orillas, y la han reemplazado después con sus palacios y capitolios. Somos factor integrante de la historia humana. En el Eufrates se alzó Babilonia. Cuando las huestes y los caballos de Alejandro apagaron su sed en las sagradas ondas del Ganges, hijo del Himalaya, hacía ya mucho tiempo que el polvo gris de la tradición y de los siglos cubría los templos levantados á Brahma y á Budha en sus orillas. El Nilo, empapa, por decirlo así, las páginas de la historia humana. En sus orillas, el hombre ha hallado, buscando en los sepulcros y en las ruinas, el pensamiento inmortal de las generaciones idas, que ha vuelto á la vida, como la chispa brillante despedida del rescoldo removido á través de la ceniza. En este mismo continente, hoy día, desde el helado San Lorenzo al Missisi-

pí interminable, el Amazonas majestuoso, y el Paraná que atraviesa las pampas del Sur, todos esos ríos forman centro de la vida humana, y la civilización puebla sus orillas. Solamente nosotros, los ríos de la que fué la Gran Colombia, cuando en esta tierra nacieron y murieron los héroes sin dejar semilla inmediata ni generación que supiera comprenderlos, solamente aquí vagamos todavía perdidos, y olvidados, desconocidos en nuestras primitivas selvas, sin que las casas, los palacios ni los templos de los hombres, se reflejen en nuestras ondas, y sin que la vida agitada de la civilización las haga palpitar con sus pulsaciones y estremecimientos. Desde que los hombres blancos vinieron al continente, muchas veces los hemos visto agruparse en nuestras orillas. Hemos escuchado el fragor de sus combates; nuestras aguas se han enrojecido con su sangre, y los cuerpos mutilados de las víctimas, de sus luchas, solas muestras de su actividad en estas regiones, han rodado en nuestra corriente, y más cariñosos que sus compañeros, nosotros hemos dado sepultura á los muertos. Triste sería para nosotros la contemplación de este abandono, si nuestra vida tuviera fin tan cercano como la tuya; más ¿quién dice que estas llanuras y estas selvas, no fueran en otro tiempo también, el

centro de grandes civilizaciones, que pudieran haber levantado aquí sus pirámides, sus ciudades y sus catedrales? Tú no lo crees así porque en las páginas de la historia de los hombres nada está dicho acerca de ello; pero sabe que son más los hechos olvidados que los recogidos por la historia, y recuerda que si estas pampas fueron, como la geología lo indica, algún día, lecho del océano, que se retiró casi sin dejar huella de su paso, también pudieron ser grandes centros de la humanidad en época remotísima é ignorada. No son en verdad más duraderas las huellas de las muchedumbres que las de los mares; ondas de hombre ú ondas del océano, unas y otras á través del tiempo, pasan «como el humo en el aire ó la espuma en el agua,» ó como la memoria del bien en el corazón de los ingratos.

»Adelanta en tu peregrinación; entrambos llegaremos al océano, en cuyo férvido seno me he de perder yo, como tú te has de perder también en el agitado mar de la humanidad; y luego cuando te llegue el turno, tenderás el vuelo á regiones más amplias, á las regiones infinitas adonde no llega la materia, en virtud del privilegio concedido á los hombres y de que no gozamos nosotros.»

Si algo más dijo el río, no lo alcanzamos á oir. Su voz se perdió en el espacio, y cuando cesó de hablar, incorporados en la arena, advertimos que ya rayaba el día en el oriente, y que se acercaba á nosotros la curiara que había quedado atrás la noche anterior.

CAPÍTULO NOVENO

Si la navegación por el Túa, en gran manera participaba del carácter de anfibia, por lo que á veces era preciso arrastrar las canoas, la del Meta fué no solamente fluvial, sino casi marina. En efecto, este río gasta lujos de brazo de mar. El viento en él suele ser tal, que cuando sopla con fuerza se encrespan las aguas, y se estrellan con murmullo rayano en rugido en las orillas; además, es tan sostenido é invariable durante las horas del día, en cierta época del año, que se puede navegar á la vela, reemplazando el pesado canalete con la lona, que izada á proa en pequeños mástiles *ad hoc*, enclavados en las curiaras, semeja el ala blanca de un ave de poderoso vuelo.

Dadas nuestras embarcaciones, sólo podíamos aprovechar el viento cuando no soplaba con demasiada fuerza, pues eran tan pequeñas,

que corríamos peligro de zozobrar. Cuando estaba la atmósfera tranquila, adelantábamos á canalete limpio; en cada curiara había cuatro ó seis remeros á proa, y un patrón á popa, sentado en la *patilla*. Leal guiaba como timonero la curiara en que iban el equipaje y cargamento de víveres, sirviéndose para ello de un canalete de tamaño muy superior al de los usados por los bogas sentados á proa. No podíamos menos de admirar la habilidad con que manejaba aquel remo primitivo, cuya forma de hoja de rosa, á veces trunca ó roma, es la misma entre todos los pueblos salvajes del mundo. Lo hendía en el agua de punta, lo apoyaba con fuerza, y después de recorrido cierto espacio hacia atrás, lo sacaba al aire, derramando de él una especie de pequeña catarata, un espejo combo de agua, en el cual se irisaba la luz del día, y se reflejaba el paisaje.

Nuestro primer cuidado, una vez en el río Meta, fué el de buscar embarcaciones de mayor porte. Para obtenerlas, entramos á un caño llamado el Yucao, en cuyas dos márgenes se alzaban corpulentos árboles, revestidos de tupidas malezas. Allí vimos por primera vez la culebra llamada *macaurel* que se enrosca entre las ramas, y se confunde con la corteza de los árboles. Tanto nuestro marinero como R., ape-

nas divisaban uno de estos animales, disparaban sobre ellos, y eran tan abundantes, que en un trayecto de tres horas, aguas arriba, mataron más de veinte, algunas de ellas de más de dos metros de longitud. Su presencia en ciertos parajes de los caños y de los ríos, los hace en extremo peligrosos para la navegación, tanto más cuanto que es sumamente difícil distinguirlas entre las ramas y las hojas. Una sola munición que las hiera, basta para causarles la muerte, produciendo una solución de continuidad en el engranaje de roscas que componen su organismo, paralizándolas por completo, en tanto que se desangran rápidamente; causaba horror ver los anillos formados por el cuerpo del reptil á que servían de eje las ramas, dilatarse hasta que la feroz alimaña caía al agua desprendida á su pesar, manchando las ondas con sucios matices negros y tornasolados.

En el Yucao, cambiamos nuestras curiaras por otras de mayor porte, y continuamos el Meta aguas abajo, ora á la vela, ora á canalete, según el viento lo permitía, durante tres días más, hasta llegar á San Pedro del Arrastradero.

Observamos que seguían nuestras embarcaciones ciertos peces que resoplaban y parecían

dar botes sobre el agua, y al averiguar respecto de ellos nos informó uno de los marineros, diciéndonos: «esos son *Bufeos;* animales amigos del hombre. Cuando alguien cae al agua, ellos le defienden de los caimanes y le empujan hasta la orilla. Les agrada mucho el canto y la música, y por escuchar, se agrupan en torno de las embarcaciones y las siguen cuando quiera que en ellas se canta ó se toca algún instrumento musical. Entre nosotros y ellos hay cierta confraternidad, y cuando sucede que algún pescador saca un bufeo prendido de su anzuelo, inmediatamente le pone en libertad y le devuelve al agua. Su presencia se considera como de buen presagio.»

Nos sorprendió el reconocer en esos bufeos al delfín de los grandes mares. Estos peces remontan toda la corriente del Orinoco hasta llegar al Meta, suben después por las aguas de este río una distancia de muchas leguas, de modo que se les encuentra más allá del centro del continente, á cientos y cientos de leguas de su elemento primitivo.

Si era digna de causar maravilla la peregrinación de los delfines á tan larga distancia, no menos extraña y maravillosa nos pareció la peregrinación de una leyenda ó tradición helénica á través de los tiempos y de las genera-

ciones; desde las gloriosas épocas de la madre Grecia y del cerebro refinado de aquel pueblo elegante, culto y artista, hasta la mente escasa en conocimientos de los moradores del Meta, sencilla y avasallada por la fuerza de una naturaleza vigorosa y agresiva, como es la del trópico no domado por el hombre. Estos últimos conservaban en su esencia y prístino esplendor la idea poética de la leyenda de Arión, aquel músico sorprendente, inventor del ditirambo, rival de Orfeo y de Anfión, quien, al regresar de la corte de Peliandro, rey de Corinto, fué arrojado al mar por la tripulación del barco que lo llevaba, movida á tal crimen por la codicia de apoderarse de los ricos dones alcanzados del rey por el artista, como recompensa de sus méritos y talentos. Arión fué salvado de la muerte y trasportado á tierra por uno de los muchos delfines agrupados en torno del bajel á escuchar el canto postrero que los victimarios le habían permitido entonar. Refrescando después, en ocasión más propicia, nuestras ideas sobre este punto, no por medio de laboriosas excursiones en el campo de los escritores clásicos, sino por la vía fácil de consulta en algún diccionario de conversación, ó manual de mitología, hallamos que esta idea de la amistad de los delfines por los hombres, estaba

muy generalizada entre los griegos, según los cuales el cadáver de Hesíodo, arrojado al mar por sus asesinos, fué salvado de las aguas por los delfines, como fueron también salvados de la muerte Falanto, general de Lacedemonia, y Telémaco, hijo de Ulises. Así como el agua se infiltra á través de las montañas, las ideas vencedoras del tiempo y de la distancia se infiltran á través de las generaciones.

El Meta corre generalmente hacia el Nordeste; su cauce se tiende entre riberas altas, y describe grandes y majestuosas curvas; está perfectamente definido, de modo que aun en las épocas secas del año es navegable para barcos de vapor de un calado de metro y medio, y en la época de lluvias, para barcos de mayor porte. En sus márgenes se alternan tupidos bosques de árboles seculares con amplias y verdes praderas, cubiertas de pastos naturales, en las cuales pudieran pacer greyes innumerables. De uno y de otro lado, le llegan numerosos afluentes unidos entre sí por una red de caños, de manera tal, que puede circularse en todas direcciones en pequeñas canoas, como pudiera andarse en un carro sobre una superficie plana. Abundan los productos naturales del trópico, tales como el caucho, la zarzaparrilla, la zarrapia, las plantas textiles, las resi-

nas útiles y las maderas preciosas; y la fertilidad del suelo, al decir de los expertos, no es superada en parte alguna del mundo conocido. El clima, aunque caluroso, no es insalubre, y durante seis meses del año, la atmósfera es refrescada por las brisas que soplan todo el día, y que arrastran en sus alas los miasmas y las impurezas.

Constituye esta región una reserva de poderío y de grandeza para Colombia y para Venezuela, explotable cuando la energía aplicada hoy tantas veces á luchas fratricidas, trabe lid abierta con la naturaleza, la dome y la someta al imperio del hombre. ¡Grande y hermoso porvenir, pero porvenir lejano para la patria! ¡Cuán doloroso es pensar que acaso en la evolución del tiempo, y ante la inexorable ley de la selección, sean otras razas y otros hombres los que aprovechen tanta riqueza y tanto beneficio, puestos allí por la mano de la Providencia!

Al atravesar aquellas vastas y solitarias regiones tan pródigamente bendecidas, tan olvidadas por la incuria de nuestros gobiernos, pensamos en las muchedumbres agrupadas en los países de la remota Europa, en donde el sol y el aire son escasos para los ojos y para los pulmones de los hombres; pensamos que

la idea de patria, tal como ella es generalmente entendida, es una pura convencionalidad, que como todo lo convencional, entraba el criterio con cadenas que le impiden su armónico y justo movimiento. En efecto, la patria es un accidente geográfico, merced al cual hemos de considerar como compatriotas, es decir, como hermanos, á todos los que con nosotros comparten ese accidente; empero, ante la justicia y ante la razón, debe buscarse la patria, y se la debe hallar, no solamente en la comunidad de origen, sino en la comunidad de aspiraciones, en la identidad de ideales. Son nuestros verdaderos compatriotas en el campo de la historia, los lidiadores, vencedores ó vencidos, por los ideales que forman la meta de nuestras aspiraciones; son nuestros compatriotas y nuestros hermanos en el campo de la vida actual, todos aquellos que luchan por los mismos principios que nosotros profesamos. Ni el tiempo, ni la distancia, ni el suelo, ni el clima han de ser parte á romper esta cadena inquebrantable que ata las almas y que unifica la humanidad. Y no se crea que esto ha de disminuir nuestro amor al terruño que nos vió nacer, ni nuestro cariño por las glorias que á él ó á sus hijos pertenezcan. No es este modo de ver las cosas, sino una ampliación de la idea de la patria, que

permite al espíritu mayor vuelo para tender las alas, que dignifica el cumplimiento del deber, y que hace de la patria, no un campo geográfico restringido, del cual debamos aceptarlo todo como bueno, simplemente por ser suyo, aun hasta los errores ó las faltas de los hombres, sino que la marca y la define en el ámbito de la actividad humana, como el centro desde el cual nos toca ejercitar nuestras fuerzas, y que debemos fecundar con nuestro sudor ó nuestra sangre en defensa de ideales más grandes y más hermosos por pertenecer á toda la humanidad.

Los farsantes y los tiranos ocultan siempre sus móviles y sus actos, detrás de los nombres hermosos consagrados en la memoria y en la veneración de los hombres. En un momento solemne y terrible, Madame Rolland exclamó: «¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» Y el doctor Johnson, con su sal amarga de filósofo dispépsico, refiriéndose al patriotismo, dijo así en alguna ocasión: «El patriotismo es el postrer refugio de los pillos á quienes les ha ido mal en este mundo.» (Patriotism is the last refuge of unsuccessful scoundrels.)

Y como de la libertad y del patriotismo, así de todos los grandes ideales. Las ambiciones,

las codicias, los intereses sórdidos y mezquinos de los hombres, se adueñan de éstos, y los explotan en beneficio propio, y las muchedumbres engañadas creen servir á la patria, á la libertad, á la religión, cuando sólo sirven á las ambiciones humanas que tienen la habilidad y la audacia de apoderarse de las cosas venerandas, como ladrones que hurtan los vasos sagrados.

En un mismo campo de batalla chocan dos muchedumbres conducidas á la matanza como si fueran rebaños; á entrambas se les guía bajo el nombre sacrosanto de patria, y en esa lucha de muerte y de exterminio, una de ellas tiene que estar en el error. Acaso lo estén entrambas. Los poderosos mantienen vivas las convencionalidades que así les permiten dominar; destruyen ó ahuyentan la idea genuina, y la verdad de los hechos y de las cosas, y así se perpetúan. La verdadera idea de patria, representa algo amplio, algo grande, algo inconmensurable, en donde quepan todos los hombres de buena voluntad, cualesquiera que sea el suelo donde han nacido. Las limitaciones y demarcaciones territoriales han de servir para otros fines que no para la perpetuación de odios y de venganzas. Cuando así se entienda la grande idea de patria, no será posible ya el es-

pectáculo de las batallas, en el cual se pretende que hay justicia en dos corrientes opuestas de violencia, es decir, que cada una de ellas es justa, según el criterio de los hombres. Esto es tan absurdo, como sería en química el sostener que un mismo reactivo produjera sobre una misma substancia, y en idénticas condiciones, distintos resultados, porque en un caso esa substancia estuviera contenida en una vasija de cristal, y en el otro en una vasija de loza. La justicia en sí es principio abstracto, y cuando dos contendedores en lucha á muerte la reclaman ambos para sí, uno de ellos, ó ambos, están errados. Y si patria no es justicia ¿qué cosa es? La patria verdadera del hombre, está en la humanidad y en los grandes ideales.

Bien lo dijo Zenea:

> Mis tiempos son los de la antigua Roma
> y mis hermanos con la Grecia han muerto.

Toda esa hermosa región de llanuras, en parte cubierta de bosques, en parte de praderas interminables, tendida desde el pie de los Andes hasta el Océano Atlántico, surcada por innumerables ríos, sería inhabitable sin la frescura que le traen los vientos, y sin el benéfico influjo que ejercen purificando la atmósfera.

Así como la poderosa corriente del golfo lleva los tibios efluvios del trópico á los países del Norte, mitigando la temperatura y disminuyendo el rigor de los inviernos, así en el caso presente los vientos que cruzan el Océano, y que soplan sobre estas ilimitadas comarcas del Nordeste de la América del Sur, mitigan en ellas los ardores del trópico, y las hacen habitables para el hombre; de otro modo, esas pampas serían desiertos llenos de vida y de vigor orgánicos, merced á la abundancia de aguas corrientes, pero en ellos, le sería poco menos que imposible al hombre luchar con el clima y con las fieras. Esos vientos, que allí soplan, son los mismísimos alisios tan fijos como la revolución de la tierra alrededor del sol; procedentes de causas naturales é inmutables, cruzan todo el Océano Atlántico, siguen su curso á través de las llanuras y quiebran sus ímpetus en el inmenso baluarte de la cordillera que les cierra el paso hacia el Pacífico, y sobre la cual depositan su caudal de humedos vapores, que recogidos en ella son devueltos en las mil corrientes de agua que ruedan de sus flancos y se esparcen por las llanuras, devolviéndole así al Océano el tributo que las aguas rindieron á los vientos, los que en este caso nos parecían personificados en una inmensa ave blanca de

alas inconmensurables que después de atravesar los mares y las selvas, se alzaba sobre las montañas y venía á formar su nido en las graníticas cimas de los Andes.

Al tercer día de navegación por el Meta, llegamos á San Pedro del Arrastradero, llamado también San Pedro de Arimena. Allí resolvimos desviarnos para tomar el río Vichada. Nos era preciso recorrer una corta distancia por tierra hasta el caño de Caracarate, para llegar por éste al río Muco, tributario del Vichada.

Al abandonar las márgenes del Meta agolpáronse los pensamientos en nuestra mente. Pensábamos en que decíamos adiós para siempre á aquel hermoso río que arrancaba tan cerca de nuestra propia ciudad natal, que, sin duda, llevaba confundidas con sus aguas las de riachuelos ó arroyos compañeros de nuestra infancia en aquellos inolvidables días de vacaciones pasados en los pequeños pueblos del oriente de Bogotá, tales como Ubaque y Rionegro; días de bullicio, de alegría, días retozones como las aguas de aquellos riachuelos, perdidos en la memoria como los riachuelos mismos en la inmensa corriente del río, y como nosotros en la corriente de la vida. Pensábamos en los amplios horizontes de la naturaleza, y en las vastas posibilidades para la patria, entrevistas ó

reveladas por la sola contemplación de la majestad de las selvas imperiales y del caudal de las aguas. Pensábamos en el viajar de las cosas lejanas, en lo inexorable y solemne de su marcha hacia adelante; en los delfines que partidos del centro del Océano, penetraban al fondo del continente; en los vientos que desde el otro hemisferio cruzaban los mares y los valles, ascendían los montes y se posaban en sus cimas; pensábamos también en la idea poética del supremo poder del canto, germinada entre el pueblo vencedor de Troya, acariciada por los compañeros de Pericles, peregrina á través de los siglos y de las generaciones, y viva y palpitante entre los moradores de las agrestes selvas de la virgen América, y allá en el porvenir, como viniendo de muy lejos, también veíamos la idea de la civilización, vencedora de abusos, de errores y de tiranías presentes, batiendo su poderoso estandarte de libertad y de tolerancia en la cumbre mismísima de los eternos Andes, y cubriendo con su sombra bienhechora los montes y los valles, y los innúmeros pobladores de una patria grande y feliz.

CAPÍTULO DÉCIMO

En San Pedro de Arimena nos detuvimos dos ó tres días, el tiempo necesario para prepararnos á la navegación del río Vichada. Íbamos á penetrar en regiones exclusivamente habitadas por los salvajes, y muy raras veces frecuentadas por el hombre civilizado. Ya en el Meta habíamos tenido á la mano izquierda, cerca de nosotros, la región habitada por salvajes; á la derecha, sin embargo, se encontraban á grandes trechos algunas fundaciones de ganadería, último vestigio de la civilización en aquellos parajes. Los ríos Muco y Vichada, que íbamos á navegar, cruzaban regiones muy semejantes en su aspecto y condición general á las atravesadas por el río Meta. Los aborígenes que frecuentan sus orillas son de temperamento manso, fáciles de someter á la civilización, y de carácter dócil y humilde. No es este

el caso con los de la margen izquierda del río Meta, conocidos por su hostilidad á los hombres blancos; hostilidad no injustificada y producida por los tratamientos que los civilizados ó racionales, que es como allí los llaman, les dan á ellos. En vez de tenderles mano caritativa y de tratar de atraerlos á la civilización, los racionales los persiguen como si fueran bestias feroces y los matan como tales. Muchos de aquellos que tal hacen ó que toleran que en su nombre se cometan estos crímenes, figuran en nuestras ciudades como piadosos cristianos, y son llamados obreros de la civilización. El crimen del asesinato perpetrado en individuos tan indefensos que no tienen una voz que se levante en su favor, tan desvalidos que no tienen más refugio que el de las selvas primitivas, y que no saben siquiera ante quién ni dónde buscar amparo, es un crimen diario en aquellas comarcas, y no es secreto para nadie. La familiaridad con estos actos de barbarie ha hecho que las gentes se connaturalicen con ellos y que se los mencione como la cosa más natural del mundo. ¡Qué mucho, pues, que cuando los indios advierten ocasión propicia para atacar á los civilizados, caigan sobre ellos, los despojen y los maten! En San Pedro de Arimena vimos desde lejos á un indivi-

duo venido de la altiplanicie bogotana, á la cual había llegado de otra parte de la República, que se hallaba en el Llano ejerciendo las funciones de administrador de una bien conocida hacienda de ganado, quien se gloriaba y envanecía de haber matado con su propio rifle y con su propia mano más de una docena de indios en muy corto tiempo, y el patrón de este individuo, persona muy conocida en el país, renombrado por su fervor cristiano, lejos de censurarle tales actos, los había premiado. La conciencia del amo y la del servidor en este caso (ya que ellos venían ambos de regiones en donde el asesinato se considera siempre como crimen) habían adquirido la amplitud de las selvas, y por eso en ellas cabía todo.

Felizmente para nosotros los aborígenes del Vichada, que hasta ahora no han tenido ocasión de entrar en lucha con los civilizados, no presentaban estos peligros.

Pudimos informarnos detalladamente sobre el viaje que teníamos en proyecto con un individuo venezolano, D. Jesús Gondelles, establecido en San Pedro de Arimena y frecuente viajador, tanto en el río Meta, como en el Vichada.

Este señor nos facilitó nuevas curiaras para el proyectado viaje. Conocía perfectamente la

región del Vichada, en la cual había acompañado á algunos de los pocos misioneros que por allí han pasado.

Antaño, al misionero acompañaba el soldado, y las muchedumbres que el uno trataba de convertir eran las más de las veces destruídas por el otro. Don Jesús Gondelles, como acompañante de misión, no pudiendo ejercitar la labor evangélica de predicar la palabra divina, se había contentado con ejercitar un papel, si no evangélico, á lo menos bíblico, dando cumplimiento al precepto de crecer y de multiplicar. Con efecto: se decía que pasaban de ciento cincuenta los hijos suyos habidos en indias habitantes del río Vichada. Acaso este cambio en la labor perteneciente á los laicos acompañantes de misioneros, sea digno de aplauso y de estímulo.

Algunos de nuestros bogas contratados en San Pedro del Túa ó en sus cercanías, se devolvieron de San Pedro de Arimena. Con la tripulación así truncada podíamos adelantar muy lentamente. Empero tanto Leal como Gondelles nos informaron que sería fácil obtener los servicios de los indios, los cuales nos acompañarían por un cierto número de jornadas en cambio de un pañuelo, de una botella vacía ó de una baratija cualquiera, puesto que

la moneda no tiene curso ni valor entre ellos. En materia de moneda, íbamos provistos del papel-moneda colombiano, y comprendimos, más que por ninguna otra cosa, por el hecho de que á recibirlo como cosa preciosa se negaban los salvajes, lo profundo de su ignorancia y de su salvajismo, pues acabábamos de ver á lo más selecto y distinguido de la nación colombiana disputarse aquellos pedazos de papel litografiado, como cosa preciosa, demostrando así hasta dónde se puede llegar bajo una disciplina bien sostenida y suficientemente apoyada por la fuerza.

Lo que la investigación de siglos no obtuvo: el triunfo no alcanzado por la alquimia con retortas, reactivos, mezclas y combinaciones, lo ha realizado la simple voluntad acompañada de argumentos tan contundentes como el «Mauser» y el «Rémington!» ¡Y los salvajes del Vichada permanecían indiferentes ante tan glorioso y tan benéfico resultado, y preferían al papel-moneda en cuestión, un poco de sal ó una zarandaja cualquiera! Esto es para descorazonar á benefactores menos persistentes y tenaces de propósito que los que en buena hora le ha deparado la Providencia, en sus gobernantes, á la feliz y próspera Colombia.

Hacia el veinte de Enero comenzamos la navegación del caño Caracarate, por el cual en pocas horas llegamos al Muco, río de aguas muy claras y dulces, de márgenes bajas, de las cuales se extienden como árboles caídos las ramas de los manglares entre los cuales es peligroso navegar, tanto porque en ellas se esconden las culebras, como porque la intrincada red de sus raices detiene el paso de las canoas y á veces las vuelca. Las aguas de todos aquellos ríos son hermosas á la vista, pero peligrosísimas al contacto, pues además de las culebras, de las rayas y de los caimanes, se encuentra en ellas un pez llamado el *temblador*, anguila eléctrica, que puede descargar su electricidad al ponerse en contacto con otro cuerpo conductor. Los caballos y las reses cuando son tocados por este pez, generalmente caen al agua y se ahogan; y dícese que los mismos tigres sucumben á las veces al golpe de este inesperado enemigo que encuentran á su paso al cruzar los ríos. Abunda también en ellos un pez de pequeñas dimensiones llamado *caríbe*, voraz como ninguno, que busca en los cuerpos de los animales ó de los hombres el menor rasguño, y que ataca en enjambres tan numerosos que en pocos minutos causan la muerte de un caballo ó de un toro,

por la parte de su cuerpo que alcanzan á devorar.

Las playas arenosas, secas en aquella época del año, ofrecían abrigo contra todos estos peligros, pues en las márgenes, cubiertas de árboles y de malezas, había siempre el de encontrar culebras, víboras y otras alimañas.

Durante una de las primeras noches que pasamos en el río Muco, uno de los bogas nos mostró una estrella que dijo ser el lucero *terecayero*, llamada así, porque, según ellos, aparece en el cielo en la época en que ponen las *terecayes*, tortugas de pequeñas dimensiones, cuya carne es suculenta y cuyos huevos son de mejor sabor y menos aceitosos que los de la tortuga grande. El ojo de los llaneros y el de los bogas, habituados á estudiar los menores indicios de las aguas, de las arenas y del cielo, les permitía descubrir á nuestro paso, en las playas que quedaban á diestra y á siniestra, las huellas de las *terecayes*. Apenas las advertían, dirigían la canoa hacia la playa en donde las veían; marchaban al punto de donde ellas partían, y después de ahondar algunas pulgadas, desenterraban los nidos en que la *terecay* había puesto sus huevos á ser calentados por la mismísima arena, encargada de completar su labor de madre. Estos huevos

vinieron á ser una agradable adición á nuestros alimentos, como lo fueron también algunas *terecayes* que cayeron en las redes de nuestros pescadores.

Observamos que al saltar á las playas en donde debíamos pasar la noche, nuestros bogas, bien en soliloquio, bien dirigiéndose los unos á los otros, apuntaban á las huellas que se encontraban en la arena, diciendo así: «*terecay*, *chigüiro*, *marrano de monte*, *zahino*, *caimán*, *tigre*, *danta*, etc.» Esta enumeración indicaba que estaban frescas en la arena las huellas de los animales enumerados. Poca impresión nos había causado aquello, hasta que alguna noche en que el sueño no acudía á nuestros párpados con la presteza acostumbrada, tendidos allí sobre la arena, protegidos por la débil valla del mosquitero, á través del cual divisábamos el profundo y azulado combo de los cielos, marcado por innúmeras estrellas titilantes, mirando también la corriente mansa del río que se arrastraba á pocos pies de distancia de donde nos hallábamos, nos asaltó la idea de que aquellos mismos animales que durante el día habían pasado por las mismísimas arenas que cubríamos con nuestro cuerpo, podrían tener veleidades, deseos ó necesidad de visitar el lugar en donde durante

el día habían estado. Rápida como siempre lo es la imaginación, pero mayormente cuando el miedo la aguijonea, vimos una tropa infinita, un arca de Noé, multiplicada, como los descendientes de D. Jesús Gondelles en las márgenes del Vichada, desbordándose del confín del bosque y adelantándose hacia nosotros. El chigüiro, los marranos de monte, las dantas, poco nos preocupaban, pues merced á nuestros escasos conocimientos zoológicos, adquiridos en la misma época en que aprendimos los principios de Mitología que nos habían permitido discernir la leyenda de Arión en lo aplicado á los bufeos del río Meta, nos enseñaban que estas bestias no son carnívoras, y que lo probable, si nosotros no entablábamos relaciones con ellas, era que ellas tampoco las trabaran con nosotros. Pero otra cosa nos enseñaban esos mismos principios de zoología, y era que de los tigres y de los caimanes no era probable esperar aquel tratamiento, que entre hombres hubiéramos considerado despreciativo, pero que de parte de ellos habríamos agradecido en el alma.

Ya veíamos del lado de afuera de nuestro mosquitero reemplazado el brillo de las pálidas, titilantes y benéficas estrellas por el fosforescente cabrilleo de los ojos de un tigre, ó por

los mortecinos reflejos de la mirada de un caimán y sentíamos el resoplido de su aliento en el momento inmediatamente anterior á aquél en que el uno con sus garras y el otro con sus mandíbulas, vencieran la delgada pared de lino que de ellos nos separaba y trituraran nuestras carnes y nuestros huesos.

No era necesario hacer grandes esfuerzos ni concederle demasiadas alas al miedo para imaginarse tales cosas. La lógica se nos imponía con inexorable encadenamiento: tigre y caimán comen hombre; somos hombres, *ergo* somos comibles por el tigre y por el caimán. Tigre y caimán estuvieron aquí hoy, luego pueden volver; tigre y caimán pueden tener hambre, y aunque no la tengan, nuestras personas serán para ellos suculento bocado, ya que los racionales, gordos ó flacos, aquijotados de aspecto, ó asanchados de figura, deben ser cosa extraña en su minuta de manjares diarios. Por consiguiente, pudiendo venir es fácil que vengan, y una vez venidos seguro que nos devorarán.

Ante estas terribles consideraciones se nos pusieron de punta los pelos de la cabeza, y nos incorporamos. Ni tigre, ni caimán. El río continuaba arrastrando sus ondas en impasible majestad, como burlándose de nuestra inquie-

tud. Las estrellas, el combo azul ya mencionado, el bosque en el cual no se oía ni un murmullo, todo estaba lo mismo que antes; pero nada de esto fué parte á devolvernos la tranquilidad. La desesperante calma de la naturaleza de que habla Núñez de Arce, no nos calmó á nosotros. Sí nos calmó empero, el oir á nuestros bogas, tendidos cerca de nosotros, roncar á pierna suelta; bendito ronquido que indicaba la tranquilidad de ánimo de los que así dormían! Nos dijimos: estas gentes conocen estas playas y sus peligros; para cada uno de ellos es su propia vida tan valiosa como la nuestra para nosotros. Los bateleros del bajel que casi zozobró con César, cuando él les dijo que no podían zozobrar porque allí iba él con toda su gloria y su fortuna, á buen seguro que se creían, en cuanto á su propia vida pertenecía y para el efecto de salvarse, tan gloriosos y grandes como César, y así sucede en todo. Viendo que nuestros bogas, baquianos en aquéllas soledades, dormían y roncaban, volvió la quietud á nuestro ánimo, y nos tendimos en la arena á dormir y á roncar como ellos. ¡Fenómeno raro este de la humanidad: produce en nosotros mayor suma de confianza la comunidad del peligro, que la habilidad ó pericia ajenas, ó que la palabra empeñada. Con efecto,

los pasajeros de un vapor ó los de un tren, poco se preocupan de inquirir cuál es la habilidad del capitán ó la del ingeniero que guía la máquina: les basta saber que si hay naufragio el capitán ó el ingeniero son los primeros en perecer, y este convencimiento hace que cuantos viajan en tren ó en buque, lo hagan indiferentes y orondos, sin preocupación de los peligros posibles, como indiferentes y orondos nos tendimos nosotros sobre la arena. Para mayor abundamiento bastará un ejemplo. Los mismos pasajeros que sin investigación de ninguna especie sobre la pericia de los ingenieros ó empleados de un tren, ni sobre la calidad y condiciones de la vía, les confían su vida, embarcándose en el vehículo que ellos conducen, cuando se trata de darle dinero prestado á la misma Compañía, dueña y propietaria del ferrocarril, en la forma frecuente de obligaciones hipotecarias, verbi *gratia*, investigan, indagan, averiguan, y luego se aferran, se protejen y se garantizan por todos los medios que la desconfianza de nuestros semejantes y la prudencia y la experiencia han cristalizado en las leyes y en los códigos que reglamentan las operaciones comerciales entre unos hombres y otros. Por cierto que reflexionando sobre estas cosas y recordando la lucha cruel de codicias y de am-

biciones, supremas leyes entre los hombres, en medio de la selva hubimos de advertir que todavía nuestra civilización moderna no es sino un ligero barniz moral, bajo el cual apenas se oculta la contextura verdadera del género humano, semejante en sus instintos y en sus apetitos á los compañeros del hombre en aquel mentado paraiso terrenal, que en su estado primitivo pueblan las selvas y los bosques.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Siguiendo el curso del Muco, llegamos en pocos días, cinco ó seis, al Vichada, de porte mucho mayor, y cuyo caudal es comparable al del río Meta. Con frecuencia encontramos ora pequeñas canoas tripuladas por indios salvajes, ora poblaciones formadas por ellos á corta distancia de las orillas. Cuando por primera vez nos hallamos en contacto con los salvajes, experimentamos una sensación muy difícil de describir: parecíanos ver al hombre primitivo delante de nosotros; creíamos hallar en él un ser acabado de salir de las manos de la naturaleza y que si con nosotros compartía identidad de forma y de suerte común, difería de nosotros en la apreciación de la vida, en el conocimiento del mundo, en la intensidad de las necesidades, en el desarrollo de los atributos intelectuales y de las aptitudes físicas, á tal

punto que pudiéramos considerarle como un ser enteramente aparte. Evidentemente, es extraño el hallarse uno, como de manos á boca, con un ente que despierta los mismos sentimientos que un animal raro en una casa de fieras, y que, sin embargo, es nuestro semejante en su aspecto físico, y en la posesión de los mismos elementos naturales para la vida. Pero, como sucede respecto de toda cosa rara ó nueva, con el contacto frecuente en breve nos acostumbramos á aquellos pobres hermanos nuestros de piel bronceada, de cabello negro y lacio, de cuerpo desnudo, expuesto á la intemperie y á las mil plagas de animales que infestan aquellas regiones. Nuestra curiosidad y extrañeza cedieron el puesto á una profunda lástima por aquellos infelices, perdidos en esas soledades tan escasamente provistos de medios con que sostener la vida, y en lucha abierta con una naturaleza bravía y agresiva, en la cual las manifestaciones y las transformaciones orgánicas se suceden las unas á las otras, avivadas por el sol del trópico, como las burbujas en la superficie de un líquido en ebullición encerrado en una marmita, y sometido á la acción de un fuego intenso.

Aunque han transcurrido algunos años desde aquellos días hasta el en que trazamos estas lí-

neas, los recuerdos de todo lo que vimos y experimentamos durante ese viaje se mantienen aún en nuestra memoria, fijos, definidos y precisos como la línea y el color sobre el lienzo guardado largo tiempo en una galería, ó como la forma y el contorno que el cincel corta en el mármol, ó el buril esculpe en el bronce. A veces, á impulso de la voluntad, otras sin su concurso, los paisajes, los individuos, las palabras, los acontecimientos, comparecen delante de nosotros tal como si estuvieran vivos y palpitantes otra vez. Es que la memoria es guardia fiel, conservadora del pasado, tesoro en donde se guardan, como polvo de oro recogido á la orilla del camino, las impresiones del ayer. En esa inmensa galería, los recuerdos se siguen los unos á los otros, en impasible encadenamiento, y al pasarlos en revista nos parece que allá, en un punto lejano, separado de nosotros por el tiempo y por la distancia, punto al cual no podemos llegar, pero que sí existe, perduran todavía las cosas tales como nosotros las vimos. En esto, la memoria se parece á las creaciones del artista, el cual, apoderándose de un momento dado, lo fija y lo traslada al mármol ó al lienzo. Las auroras que recordamos nunca se obscurecen; la majestad del sol que vimos hundirse circundado de gloria tras los

lejanos horizontes, jamás decae. La palabra que nos llegó al corazón y lo hizo estremecerse, la mano que estrechó la nuestra en el adiós, ó en la bienvenida, la muchedumbre que se agitó como el mar sacudido, el llanto que corrió, la luz que vimos brillar en ojos ya apagados, todas esas manifestaciones del pasado, flores del jardín de la vida, tempestades del océano del mundo, que guardamos en la memoria, permanecen allí con toda su ser, con toda su alcance y toda su fuerza sobre nosotros cuando ya el tiempo ha «echado sobre ella sus años». Keats, aquel poeta de alma helénica, hablando de la urna griega, en la cual el artista supo esculpir el frondoso bosque y la gentil danza de pastores y de zagalas, agitándose al compás de los caramillos, y las guirnaldas en la cabeza de las doncellas y las flores que embalsamaban el aire, dice que son dulces las melodías oídas, pero que lo son más las de esos caramillos que nadie ha de oir jamás; que es hermosa la juventud que se vive, pero que lo es más la perenne juventud esculpida en esa urna; que es hermoso el verdor del bosque, pero que lo es más el de esos árboles que jamás han de decir adiós á la primavera y que nunca verán al otoño despojarlos de sus galas; que es bello el amor coronado por el éxtasis sublime de su

consumación; pero que es más bello el amor de esas doncellas, el de esos zagales que jamás conocerán el hastío, y que esas eternas bellezas esculpidas allí sobre la urna por la mano del artista, son el símbolo supremo de la vida, porque la belleza es la verdad, y la verdad es la belleza, y con esa solo ciencia deben estar contentos los hombres.

Todos llevamos en la memoria algo así como las esculturas de esa urna griega en los recuerdos de acontecimientos de que nos separa el tiempo, los cuales nos parecen destacarse en nuestro pasado como las figuras sobre el bronce tallado por el artista.

Debió de ser un momento de profunda tristeza, de desfallecimiento supremo, aquél en que la mente griega acogió la fábula de las aguas del Leteo que borraban la memoria del pasado. Las sombras errantes en el Averno que, para calmar sus penas, bebieran de ellas, en verdad que no harían más que añadir una negrura más á sus tinieblas. Si esas tinieblas eran tan densas que el espíritu ansiaba por borrarlas, nunca debieron serlo á tal punto que no quedara en ellas un recuerdo hacia el cual el alma quisiera tender el vuelo, con la tenacidad con que los ojos, en medio de la obscuridad de la noche, buscan una luz, ó una estrella. Á buen seguro

que si el Leteo corriera en medio de nuestra vida actual, muy pocos serían los mortales que bebieran sus aguas, ya que el olvido es hermano gemelo de la muerte, y que el pasado es más que la mitad de nuestra vida.

El recuerdo de esos días transcurridos en medio de aquella naturaleza espléndida, en regiones libres del imperio del hombre, en la contemplación obligada de los fenómenos de la naturaleza, vive siempre en nuestra memoria, y nos parece un oasis en la agitada lucha por la vida, tan ardua y tan azarosa. ¡Cuán tranquilos y cuán hermosos eran nuestros días! Mientras las curiaras adelantaban lentamente sobre la onda líquida, leíamos en alta voz algunos de los buenos libros que llevábamos; la poesía nos llegaba más hondamente al espíritu; las enseñanzas de la historia nos parecían más claras; las palabras de los filósofos y de los sabios, más pertinentes y luminosas; la historia de la antigua Roma militante, la de la madre Grecia, siempre joven y siempre bella, leídas otra vez, en medio de aquellas soledades, llenaban nuestra alma de entusiasmo y de fe por los grandes ideales. En esas amplias é ilimitadas regiones, nos parecía encontrar un templo digno del culto de la belleza y de la justicia. Consolaba nuestro espíritu, entristecido por es-

pectáculos recientes y dolorosos, el ver que no es raro en la historia de los hombres el advenimiento de los perversos y de los imbéciles á las eminencias del poder, de las cuales tarde ó temprano se despeñan, impulsados por las leyes superiores que rigen el desenvolvimiento de la raza y restablecen el imperio de la justicia. Pero volvamos á nuestra narración.

Estando escasos de tripulantes, con frecuencia arribábamos á las poblaciones que se encontraban á nuestro paso, y de entre los muchos indios que se acercaban á nosotros, tratábamos de obtener algunos que nos quisieran acompañar, sirviéndonos de marineros y aliviando el trabajo de nuestra tripulación. Generalmente, después de cierta dificultad, lográbamos entrar en trato con alguno de ellos, que se comprometía á servirnos durante tres ó cuatro días, en cambio ya de una prenda de vestido, ya de un pedazo de sal, ya de alguna baratija, como de un vidrio ó de una hoja de lata. Pronto aprendimos que el pago, es decir, la entrega de lo ofrecido por nosotros, no debía hacerse sino después de ganado el salario, pues el salvaje no tiene conciencia de la equidad, y en más de una ocasión, cuando aun éramos inexpertos, nos sucedió que nuestro tripulante contratado desaparecía entre el bos-

que apenas se había logrado adueñar del objeto codiciado por él. Esto nos enseñó á proceder con más cautela y á vigilar con gran cuidado los numerosos objetos que poseíamos, casi todos ellos desconocidos para aquellos infelices y que despertaban en ellos gran codicia, á tal punto, que sin nuestra vigilancia muy pronto nos habrían despojado de todo. Afortunadamente éramos bastante numerosos para inspirarles respeto, y nuestras armas, de las cuales nunca tuvimos necesidad de servirnos para efectos de defender nuestras personas ó nuestras propiedades, eran para ellos, como son también para los hombres civilizados, suprema razón y la más convincente para mantenerlos dentro de su deber é impedirles la violación de nuestros derechos.

No podemos menos de dejar constancia aquí de un incidente que nos indujo á meditar y que hizo vacilar nuestro juicio en cuanto á la decantada superioridad del hombre civilizado sobre el hombre salvaje.

Al caer de la tarde de uno de los primeros días después de nuestra entrada en las aguas del Vichada, cuando ya estaban arrimadas nuestras curiaras á la playa y se había empezado á preparar el campamento, llegó á la orilla en que nos hallábamos un indio en una pe-

queña curiara, tripulada por él solo. Era la curiara angosta y pequeña, apenas si tenía dos metros de longitud. El indio era esbelto, gallardo y joven. Tenía ceñido al cuerpo un *guayuco*, ó trozo de tela hecho de fibra de moriche, atado á la cintura y que apenas le cubría la parte media del cuerpo, algo así como la legendaria hoja de parra, tan cara á nuestro padre Adán. Su figura era escultural: nariz recta, ojos negros y rasgados, pelo negro también. Traía ceñida la frente con una pequeña corona hecha de plumas de distintos colores. Del cuello le pendía un pequeño saco, hecho también de fibra tejida, dentro del cual llevaba todas sus riquezas, consistentes en un pedazo de sal, algunas púas de pescar y un aparato especial hecho de pequeñas cañas que usan los aborígenes de esas regiones para sorber con la nariz una substancia llamada *ñopo*, con la cual se embriagan. En el fondo de la canoa tenía un arco y varias flechas. Estaba de pie, y usaba un largo remo, ó canalete, con el cual golpeaba el agua, unas veces de un lado, otras de otro de la curiara, haciéndola adelantar ó retroceder, con tal habilidad que se diría que formaba parte integrante de su cuerpo, y que como tal era movida directamente por sus propios músculos.

Atraído por nuestra presencia, se acercó al lugar donde estábamos é inmediatamente solicitó que le diéramos sal, carne y ropa. Aunque no hablaba castellano pudo entenderse con algunos de nuestros bogas que comprendían palabras de su dialecto. Como nos faltaban tripulantes y era evidente que él sería una magnífica adición á los que ya teníamos, y que podía prestarnos grandes servicios, le propusimos que nos acompañara durante algunos días, y que en cambio de su trabajo le daríamos no solamente lo que él deseaba sino aun algo más. Aquella propuesta de trato, aquella insinuación de que él diera algo en cambio de lo que pedía, y de que ese algo fuera trabajo para ayudarnos á seguir adelante, no fué comprendida al principio. En su punto de vista, él no se explicaba cómo unos hombres podían pedirle á otros el que les prestaran servicios de cierta naturaleza. Instintivamente rebelde á tal transacción, no se daba él cuenta de que para cosa tan natural como el buscarse la vía en medio de las aguas, unos hombres tuvieran necesidad de otros. Juzgando por sí mismo, creía que los demás debían bastarse á sí propios, y que así como él luchaba con los brutos y con las aves, en aquellas aguas y en aquellos desiertos, nosotros, que tantas riquezas poseía-

mos, nosotros, que para él éramos más que son los millonarios para los pobres entre las gentes civilizadas, deberíamos también bastarnos. Poco á poco y con mucha dificultad, llegó á comprender lo que se le proponía, y en su rostro de salvaje, no acostumbrado á disfrazar las emociones, se manifestó una expresión de asombro y acaso de desdén. Cuando llegó á convencerse de que no podía obtener nada sin prestar el servicio pedido, cuando perdió la esperanza de alcanzar lo que deseaba de otra manera, después de mirarnos fijamente, golpeó el agua con el remo, dió una vuelta á la canoa, y, erguido sobre ella, se alejó aguas arriba, con la majestad de un rey herido en su amor propio, prefiriendo su pobreza, su libertad y su orgullo inmaculado, á las riquezas que tanto codiciaba. Le vimos alejarse y perderse en una de las revueltas del río. El sol, que en el llano encuentra el mismo horizonte que en el mar, parecía una inmensa bola de hierro enrojecido botada sobre la pampa, como si los cíclopes y los titanes, empeñados en algún juego de pelota, la hubiesen dejado olvidada en el amplio y espacioso campo de la pradera sin límites. Todo el panorama hacia el horizonte reverberaba con matices rojos, que vestían al indio, orgulloso é indómito, como

con una especie de púrpura natural. Su figura se destacaba erecta y cada vez más lejana, hasta que desapareció como consumida en los fulgores del astro moribundo; y nosotros nos quedamos burlados y despreciados por aquel rey de las soledades, á quien muy pocas cosas bastaban, y que, solo, desnudo y sin armas, sobre un leño ahuecado, tenía el alma llena de valor, y mantenía su vida libérrima, no sujeta á trabas ni á convencionalidades de ninguna especie, en lucha con la naturaleza y con las fieras, y superior á las tentaciones de los hombres. Ese espíritu de libertad, ese amor á la propia dignidad, tal como él la entendía, más fuerte que la codicia, revelaba en aquel salvaje una naturaleza superior. ¡Qué lección aquella para nosotros, que rodeados de tantas ventajas, armados, vestidos, y con provisiones abundantes, todavía nos encontrábamos demasiado débiles y veníamos á solicitar ayuda del hijo libre de los bosques y de los ríos! Verdaderamente, pensamos, las ventajas de la civilización no tienden todas á mejorar la condición del hombre, ni á hacerle más fuerte, ni más digno. Recordamos cuántas veces en nuestra vida habíamos visto á los hombres sacrificar la dignidad, el orgullo y hasta el honor, por la satisfacción de codicias que nunca pu-

dieron ser tan intensas como la que atormentó el alma de aquel pobre indio que no quiso doblegarse á sus exigencias, y que prefirió su libertad y pobreza, á constituirse en esclavo temporal de otros hombres.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Tanto el curso del Muco como el del Vichada son en extremo tortuosos. Sus aguas describen curvas constantes, de modo tal, que después de navegarlas durante muchas leguas, sucede con frecuencia que se ha adelantado muy poco terreno. Los indios recorren los bosques y las praderas de las orillas, cubriendo la distancia á pie, con mucha mayor rapidez que las embarcaciones. Merced á esto, la noticia de que venía por el río una expedición de racionales, nos precedía adonde quiera que llegábamos. Leal, sabedor de ello y sin consultarlo con nosotros, guiado por el conocimiento que tenía de las conveniencias, había dicho á los primeros indios que encontramos, que éramos misioneros enviados para bautizar y convertir á los habitantes del Vichada á la religión de Cristo. Estos conservan

el recuerdo de las visitas de algunos pocos misioneros que por allí han pasado en otras ocasiones. Ansiosos como están de la civilización, cuando quiera que algún racional, sea él misionero ó no, llega entre ellos, inmediatamente piden el bautismo para sus hijos. Sería labor fácil la de someter á esas pobres tribus, enseñándoles el cultivo de las tierras, dándoles animales é instrumentos de agricultura, y mostrándoles las ventajas de establecerse en sitio fijo, abandonando la vida nómade que hoy llevan. Esta no sería labor perdida aun considerada desde el punto de vista puramente utilitario, pues los indios, así sometidos á algún régimen ó administración regular, prestarían incalculables servicios en la explotación de los frutos naturales que abundan de manera increíble en todos aquellos bosques. Empero la incuria de los gobiernos, nacida de indiferencia ó de ignorancia, jamás les ha permitido ocuparse en un deber tan elemental, y los pobres salvajes, cuando no son asesinados por acercarse á los centros de la civilización, ó saqueados por los pocos racionales que hasta ellos llegan, permanecen olvidados y abandonados en su estado primitivo. Estas consideraciones son aplicables á todas las tribus que ocupan la inmensa comarca formada por la hoya hidrográfica del

Orinoco, perteneciente á Colombia y á Venezuela. No proceden así los gobernantes de la Guayana inglesa. Por disposición oficial existen empleados especiales que se encargan de proteger á los indios, de procurarles ventas ó permutas ventajosas de sus productos, cuando quiera que ellos llegan á los pueblos ó fundaciones de los civilizados, y que, cuando los encuentran en sus propias chozas y aldeas improvisadas, les prestan toda clase de ayuda.

Antes de seguir adelante, conste, por lo expuesto arriba, que no tuvimos responsabilidad ninguna en aquello de aparecer como misioneros. Ya hemos indicado en algún capítulo anterior, cómo la voz pública—ó lo que, dadas las circunstancias, era lo mismo,—desde muy al principio de nuestro viaje le había asignado carácter episcopal á nuestra expedición, basándose para ello en la corpulencia y,—nos atrevemos á esperarlo,—en el reverendo aspecto de alguno de nosotros. El sino nuestro, pues, era el de vernos incorporados á la iglesia, sin que en ello tuviéramos arte, parte ni responsabilidad. En el Vichada y en el estado á que ya habían llegado las cosas, cuando advertimos lo hecho por Leal, hubimos de resignarnos mansamente á las consecuencias y á aceptar las ventajas del nuevo carácter ecle-

siástico con que él nos había investido. Conste todo esto—decimos—para que no se nos tache ni de irreverentes ni de usurpadores de títulos ú oficios que no nos pertenecían.

Dicen los norteamericanos que los hombres grandes tienen grandeza procedente de tres distintas fuentes: esto es, que unos nacen grandes, que otros adquieren la grandeza y que á otros la grandeza les es impuesta. En nuestro caso, el carácter eclesiástico nos fué impuesto, y conste también y además, que elevándonos á la altura de nuestra responsabilidad en toda ocasión, tanto en lo profundo y recóndito de nuestro ánimo, como en las exterioridades mundanas, hasta donde sobre ellas podíamos ejercitar dominio, no omitimos esfuerzo alguno para dejar bien puesto, y en toda su elevación, excelsitud y donaire, el carácter de que Leal nos había investido.

Pronto tuvimos ocasión de advertir que así como no es oro todo lo que reluce, tampoco hay dignidades que sean una absoluta sinecura; es decir, que no tengan cargos ó molestias inherentes á ellas.

Sucedió que un día, atadas las curiaras á una playa de pequeñas dimensiones, de las llamadas *poyatas* en el lenguaje de los navegantes de aquellos ríos, á la cual habíamos arribado á

la hora de preparar el almuerzo, tendidos ya los chinchorros de los robustos troncos de árboles del frondoso bosque que se avanzaba hasta el borde de la arena, mientras contemplábamos con ávidos ojos las fogatas sobre las cuales hervía con susurro tentador el sancocho que había de servirnos de almuerzo, nos vimos invadidos por una muchedumbre de indios de ambos sexos y de todas edades, salidos como por encanto de entre el agua y de la selva vecina. Con grande algarabía se acercaron á nosotros tendiendo las manos, pidiéndonos cuanto teníamos, y tocando todos aquellos objetos que estaban á su alcance, los cuales se hubieran llevado á poderlo hacer. A todo esto estábamos ya habituados, pero aquí comenzó algo desconocido.

La mayoría de los hombres entre los indios, vestía el mismo traje rudimentario de aquel que no había querido ceder á nuestras instancias, ni entrar en trato con nosotros; las indias, en lo general, llevaban una especie de camisas hechas de tela de algodón obtenida de los racionales, ó de tela de fibra ó de corteza de árboles, llamada *marimba*, pendiente de los hombros, y que les llegaba hasta la rodilla. Muchas de ellas traían niños de pocos meses en los brazos, y á su lado caminaban otros de pocos

años. Solamente un indio llevaba los pantalones reglamentarios entre los hombres que profesan la civilización occidental, y una camisa de lienzo como las que usan los trabajadores en las tierras cálidas de Colombia y de Venezuela. Este indio era el capitán ó jefe de la tribu. Hablaba algunas palabras de castellano. Hizo presente á Leal que deseaba obtener el bautismo para algunos niños. Leal le repuso que los misioneros, es decir, nosotros, reposábamos por el momento, y en verdad que no mentía, cosa que el indio podía ver por sus propios ojos, pues que en sendos chinchorros yacíamos tendidos á corta distancia de él. Díjole, además, Leal, que no debía molestársenos, pues acaso no dormíamos, sino que pudiéramos estar sumidos en alguna profunda meditación religiosa. No creemos que el indio comprendiera esta segunda parte de la exposición de Leal, y tememos que ese argumento no hubiera tenido fuerza para su alma de infiel; empero, como Leal para impedirle que insistiera, le hizo donación de un pedazo de carne, el fervor religioso del indio se calmó y no insistió. No sucedió así con una india, madre de tres niños que ansiaba para ellos el baño santo de las aguas bautismales. Acosado Leal por ella, y no hallando otro modo de salir del paso, con-

vino en que sus hijos fueran bautizados. Sin detenerse á más, le preguntó ella cuál de los tres misioneros debería desempeñar la ceremonia. Todo esto por medio de señas y de medias palabras. Aquí se repitió el mismo fenómeno apuntado antes en estas páginas: aquel mismo de nosotros á quien los labriegos de la altiplanicie en el viaje hacia el Meta habían confundido con alguna Monseñoría arzobispal peregrina y viajante, fué indicado á la india como el jefe de los misioneros. Dirigióse ella hacia él, y él, aunque poco experto en esa clase de achaques, se prestó gustoso á lo que se le exigía. Empero la india demostró ser prudente y hasta suspicaz, y no contenta con la palabra de Leal, ni con la buena voluntad del misionero á palos, ó á la fuerza, se acercó á él y le quitó el sombrero, pasándole la mano por la cabeza en busca de la tonsura eclesiástica. Al advertir que tenía una cabellera densa y tupida como las hierbas de un prado primaveral, arrojó el sombrero al suelo, como protestando contra el espúreo y falso misionero. Sus ademanes fueron tan elocuentes, que inmediatamente comprendimos todos de lo que se trataba, y que ella echaba de menos la tonsura. Ante este fracaso, que pudiera habernos acarreado desagradables consecuencias, pues si

bien el carácter de misioneros podía procurarnos ciertas ventajas, el de falsos misioneros también podía traernos consecuencias desagradables, nos preocupamos de subsanar el daño, y recordando que uno de nuestros compañeros, que yacía dormido en un chinchorro vecino, tenía en la cabeza tan poco pelo, que en realidad era calvo, le indicamos á la india irritada que ese era nuestro jefe. En confianza diremos á quien nos lea, con la exigencia de que á nadie sean repetidas nuestras palabras, que el cráneo de nuestro compañero estaba tan desnudo, como lo estaba Namouna, el héroe de Musset, cuando el poeta lo presenta á sus lectores; desnudo como la mano, desnudo como el muro de una iglesia, desnudo como el discurso de un académico.

La india se abalanzó sobre nuestro indefenso amigo, levantó el sombrero que le cubría la cabeza, y al encontrar una tonsura tan completa, comprendió, aun en medio de las sombras de su mente de salvaje, que ese misionero resarcía con creces todo lo que al otro le faltaba, y que, dado el tamaño de su tonsura, debería ser muchas veces misionero, ú ocupar el puesto más alto en esa jerarquía. Seguramente, analizado el sentimiento de veneración que la calva le inspiró, se encontraría que la india le ponía

á la altura, no de simple misionero, no de arzobispo siquiera, sino de algo más, y que le creía, por lo menos, papa en misión por aquellos bosques y por aquellas selvas. Nuestro compañero, víctima de este percance, tuvo que inmolarse de buen grado, y después de alguna consulta sobre lo que debiera hacerse, y sobre el modo como debieran ser bautizados los niños, consulta en la cual tuvimos oportunidad de lucir nuestra ignorancia sobre si el niño debía tenerse boca arriba ó boca abajo, y sobre otros mil detalles, consulta en la cual expuso Fermín que sin pila no había bautismo posible, apoyando su dictamen en que se dice «sacar de pila», en vez de bautizar, decidimos proceder con toda la reverencia y con todo el respeto que el acto imponía; y allí, á la orilla de aquel bosque y de aquel río, bajo el sol caldeante cuyos rayos reverberaban en las ondas y en las arenas casi metálicas y en las hojas brillantes de los árboles, celebramos la ceremonia con íntimo respeto y recogimiento.

Al serle devuelto el niño á la india, lo rechazó é hizo entender por medio de señas, que otro misionero que había pasado por allí, había practicado otras ceremonias. Mirándola atentamente, y tratando de comprender lo que decía, Leal acabó por entender que ese otro

misionero le había leído algo de su breviario, ceremonia sin la cual no convenía ella en que el niño estuviera bautizado. A falta de breviario, libro olvidado, no sabemos cómo, al hacer nuestra colección, sacamos el primero que encontramos, de la caja que la contenía, el cual resultó ser una Antología de poetas españoles. Abierto al acaso, el oficiante le leyó al niño un corto poema que, aunque no guardaba mucha relación con las circunstancias, fué declamado con la más perfecta entonación. La india, satisfecha, presentó sus otros dos hijos, que también fueron reverentemente bautizados, y á cada uno de los cuales se les leyó un poema no muy largo, con todas las reglas del arte. Empero, como resultaron ser nueve ó diez los candidatos traídos por otras indias, á los demás, después de bautizados, solamente les correspondió una estrofa á cada uno.

No hubo en todo esto entonces, ni lo hay al narrarlo ahora, el menor espíritu de irreverencia por una ceremonia tan sagrada entre los cristianos como es la del bautismo. Éramos víctimas de circustancias superiores á nuestra voluntad, y teníamos que amoldarnos á ellas.

Creíamos terminada nuestra labor y nos disponíamos á emprender la marcha, cuando advertimos que todavía no estaba perfeccionada

la ceremonia, y nuestros bogas, conocedores de las peculiaridades de aquellos salvajes, nos informaron que tenían ellos por costumbre el hacer bautizar á sus niños siempre que entre ellos llegaba algún racional, y que los racionales quedaban obligados á hacerles una donación. Distribuímos entre los niños bautizados algunos pañuelos, con los cuales sus padres quedaron plenamente satisfechos. Este incidente final nos desalentó algún tanto, no por el valor de los pañuelos, sino porque nos pareció entrever que el fervor religioso de los indios tenía uñas ó garras, como tiene muchas veces la caridad entre los civilizados. También recordamos haber leído en alguna parte que los bárbaros del tiempo de Clodoveo, pedían el bautismo, después del cual les era donada una túnica ó camisa blanca, la que tanto les agradaba, que no perdían ocasión de volverse á hacer bautizar para recibir una túnica adicional. ¡Cómo cambian las cosas! En el principio de ellas, los sacerdotes y los misioneros, aquellos, allá en los tiempos de la Galia antigua, éstos, acá en las orillas del Vichada, consienten en hacer donaciones á los que por medio de ciertas ceremonias logran incluír entre los creyentes, en el seno de la Iglesia. Andando el tiempo, las donaciones toman curso directa-

mente opuesto y van del fiel hacia el sacerdote, en corriente sostenida é inagotable, merced á la cual los pastores de las almas pueden cuidar de ellas sin que las necesidades los molesten ni preocupen, llegando en muchos casos no solamente á este punto, sino hasta permitirles la pompa y el lujo. Todo esto, empero, es poco, ya que merced á la labor y á las oraciones del clero, cuanto los hombres le den aquí en riqueza mundanal, les ha de ser devuelto con creces allende la tumba, en gloria y en bienandanza eternas. Mucho tendrán que cambiarse las cosas para que los indios del Vichada, desde el estado de recipientes en que hoy están en materias religiosas, según queda descrito, lleguen á aquel ambicionable, de contribuyentes, que constituye la base de las sociedades civilizadas. Esos dos grandes elementos de la libertad bien entendida, de la civilización, del progreso y de la prosperidad de las naciones, el clero y el ejército, benefician á los hombres en el más alto grado, procurándoles, éste, la paz y la tranquilidad en la tierra, y aquél, la dicha y la felicidad eternas, más allá de la tumba. ¡Loados sean tan benéficos instrumentos del Dios, llamado de los ejércitos, y felices los pueblos en donde, unidos ellos en estrecho lazo, bajo la dirección providencial de espíri-

tus congéneres con ellos, dominan y aplastan toda tentativa de rebelión de los perversos, inspirados, como todos lo sabemos, por el mismísimo Satanás, incansable y persistente en sus diabólicas labores!

CAPÍTULO DÉCIMO-TERCIO

Vaya con Dios», decía al arrancar de la orilla el patrón de la curiara sentado á popa «y con la Virgen», respondía el boga sentado más cercano á la proa, llamada *probero*. Estas mismas exclamaciones se repetían cada vez que la canoa detenida en alguna playa por cualquier motivo, volvía á emprender viaje.

Rodaban tranquilas y calmadas las aguas del Vichada, y siguiendo su curso rodaban también nuestras canoas y pasaban los días y los días, y las curvas del río parecían interminables.

Cansados nuestros ojos de la imponente majestad de la pampa abierta, que á veces se avanzaba hasta las orillas del río, ó de los bosques que sobre ellas se erguían, contemplábamos el hermoso panorama cuyos múltiples aspectos ya nos eran familiares, como cosa mo-

nótona y que escaso atractivo ofrecía. Nuestra ansiedad era la de llegar al Orinoco, que nos parecía remoto é inalcanzable como interminable el Vichada. Todos los días pescábamos en las aguas del río, ó cazábamos las aves de las orillas. Los rifles que llevábamos nos servían para dispararlos sobre los caimanes, que ora de uno en uno, ora en manadas, tomaban el sol perezosamente tendidos y con las inmensas mandíbulas abiertas, sobre las arenas de las playas y de los islotes. Los canaletes golpeaban el borde de la canoa con un ritmo igual adormecedor, y los bogas acompañaban sus movimientos con cantos.

Con frecuencia oíamos al caer de la noche rugidos lejanos que nuestros compañeros nos decían ser de tigres, en medio de la selva y siempre á esa hora oíamos también un rumor confuso producido por los innumerables animales que la poblaban. Fuera de los caimanes y de los zahínos, muy pocos animales de gran porte pudimos ver, salvo algunas *dantas* ó *tapires*. Las culebras no eran abundantes en el Vichada; sólo sí recordamos un inmenso boa que en el Llano llaman *guío*, descubierto cerca de una de las playas en donde nos detuvimos á almorzar. R, apenas lo vió le disparó la escopeta cargada con municiones gruesas, ce-

gándole, y produciéndole numerosas heridas en la parte delantera del cuerpo. Después le descargó los cinco tiros del revólver, y los bogas le atacaron con sus canaletes, dándole tantos golpes que el animal pareció quedar muerto. Atándolo con una cuerda, lo extendieron sobre la playa, y medido resultó tener cerca de cuatro metros y medio de longitud con un grueso correspondiente, que no pudimos precisar. Allí quedó olvidado el enorme reptil que creíamos muerto. Grande fué nuestra sorpresa cuando pocos minutos después le vimos arrastrarse pesadamente, guiado probablemente por el ruído y por el olfato, hacia la hamaca en que yacía uno de nosotros. Estos animales se envuelven en roscas alrededor del cuerpo de su víctima y la estrangulan estrechándola. Acaso, á no haber sido advertidos los movimientos del reptil de que hablamos, nuestro compañero hubiera sucumbido de la manera expresada. Los bogas cayeron sobre él de nuevo con los canaletes, y aunque pareció quedar muerto, cuando arrancaron las canoas de la playa, lo vimos caer al agua y revivir con su contacto. Esta fué la única entrevista seria que tuvimos nosotros cara á cara, por decirlo así, con los temibles animales que pueblan las márgenes de aquellos ríos.

La curiosidad que en un principio habían despertado entre nosotros los salvajes, como ya se ha dicho, bien pronto quedó satisfecha, y preferíamos preparar nuestro campamento nocturno y detenernos durante el día, en lugares á donde éstos no pudieran llegar con facilidad. Empero, en las visitas que hicimos á sus poblaciones y á las chozas levantadas por ellos cerca del río, pudimos advertir que son relativamente industriosos, y que sometidos á algún régimen y desciplina, podrían civilizarse fácilmente.

Los naturales del Vichada preparan grandes cantidades de *mañoc* y de *casabe*, que forman el único pan, ó lo que le suple, que se consume en todas las poblaciones del Orinoco y sus afluentes. La preparación del *casabe*, que vimos fabricar en más de una ocasión, se hace del modo siguiente: Se le extrae de la raíz llamada *yuca*, de la cual hay dos clases, la dulce y la venenosa, y es de mejor calidad el preparado de esta última. La *yuca* venenosa ó amarga, comida sin la preparación necesaria, causa la muerte, si no se recurre prontamente al antídoto del caso. Para preparar el *casabe*, la *yuca* es rallada sobre una tabla de *macana* preparada *ad hoc*, ó sobre una piedra áspera. La pulpa que así se obtiene, es introducida en un

largo cilindro, llamado *zibucán*, tejido de mimbre ó de esparto, de las muchas clases que crecen en los bosques. Estos cilindros son de distintos tamaños y diámetros, según la cantidad de casabe que se quiere preparar. Una vez repleto el cilindro en toda su capacidad, los indios atan la una punta de él á una viga colgada en lo alto y suspenden del extremo inferior un peso tan fuerte como les es posible. Esto estira el cilindro, produciendo naturalmente una contracción de diámetro que comprime la pulpa, y contribuye á extraer el líquido que aquélla conserva. Para mayor eficacia son retorcidos en distintos sentidos los extremos del *zibucán*, produciendo así un máximo de compresión que acaba de extraer todo el líquido. La pulpa se saca luego y se la moja con agua, y se repite la operación descrita, libertándola así de la sustancia venenosa, cuando se trata de la yuca amarga, y obteniendo una masa ó pulpa apta para el consumo. En este estado la pulpa, es amasada á mano y extendida luego sobre una piedra redonda y lisa de poco espesor, llamada *budare*, debajo de la cual arde un fuego lento. Después de cierto tiempo, la masa se seca, se cuece y se endurece: el *casabe* está hecho. Las tortas de casabe, así llamadas, son de distintos diámetros y espesor. Se las coloca unas sobre

otras, en montones, que á su vez son puestos en canastas especiales, llamadas *mapires,* de distintos tamaños y dimensiones. Las hay de media arroba, de una arroba y de más de peso. El casabe así preparado puede conservarse casi indefinidamente. No tiene sabor ninguno, y cuando por primera vez se le come, le parece á uno estar comiendo serrín ó virutas de madera seca. Poco á poco se aprende á comerlo, y aunque debe de ser muy difícil llegar á gustar de él, por lo menos sirve para reemplazar el pan, ó la galleta de harina de trigo. Resiste perfectamente la temperatura, y es sumamente nutritivo. Los indios, los bogas y los habitantes de aquellas regiones, no pueden pasarse sin este precioso alimento. El *mañoc* se fabrica de idéntica manera, hasta el punto de preparar la pulpa, sólo que, en vez de cocerlo inmediatamente sobre el *budare,* se le deja fermentar un poco, y en este estado se le cuece y se le reduce á un polvo ó harina menuda, que después se guarda en mapires de malla estrecha. El *mañoc* se consume mezclándolo con agua y con miel de caña, cuando ésta es procurable. Es tan alimenticio como el *casabe;* el líquido que se obtiene, diluyéndolo en agua, tiene un sabor un poco ácido y es muy refrescante.

Los indios del Vichada tejen unas hamacas finísimas, llamadas *chinchorros*, de distintas clases de fibra, entre las cuales las más usadas son las de *moriche* y *cumare*. Fabrican también canoas ó curiaras, talladas de un solo tronco de árbol; en su ejecución gastan largo tiempo, pues en lo general no disponen de otros instrumentos que de alguna hacha ó machete que logran obtener de los racionales. También fabrican teas ó antorchas de ciertas resinas que abundan en los bosques. Sírvense de las mismas resinas para calafatear las embarcaciones, lo que prueba que en grandes cantidades ellas pudieran ser sumamente útiles en la industria. Las principales de estas son el paramán y la caraña. Una antorcha de paramán iluminaba nuestro campamento todas las noches y nos servía para alumbrarnos cuando el fuego de las hogueras quedaba convertido en tizones.

Los racionales, tanto los del Meta como los del alto Orinoco, de San Fernando de Atabapo y de San Carlos de Rionegro, trafican con los indios del Vichada; pero es doloroso ver cómo estos infelices son engañados. Cuando los racionales penetran al Vichada, todavía les queda á los indios la esperanza de recibir algo en cambio de lo que tanto trabajo les ha costado; pero cuando, por desgracia, se acercan ellos á los

lugares habitados por los racionales, y en donde éstos tienen autoridad constituída, lo general es que los indios sean despojados, sin que nada se les dé en cambio de lo que llevan á vender. Para dar una idea de los valores, baste decir que en cambio de una canoa que representa el trabajo de varios meses, se le da á un indio una hacha, una camisa y un par de pantalones; y que por varias arrobas de *mañoc* ó de *casabe*, no se les paga mayor precio. Cuando algo reciben, los indios se dan por satisfechos; pero queda ya dicho que los racionales sólo pagan cuando no pueden menos, que en la mayor parte de los casos, validos de la fuerza y de las armas que llevan, saquean á los indios sin darles nada, absolutamente nada, en cambio de lo que les quitan.

Quince ó veinte días llevábamos de navegación en el Vichada, y todavía no sabíamos cuándo deberíamos llegar al Orinoco, pues los indios no tienen idea de las distancias; así era que de cada cual á quien preguntábamos, obteníamos distinta respuesta.

Uno de nuestros compañeros se sintió atacado de fiebre, y temiendo que ésta pudiera adquirir mal carácter, resolvimos detenernos durante algunos días en alguna de las playas, para poder prestarle mejores cuidados. En este

punto, tuvimos la fortuna de encontrarnos con un traficante venezolano, hombre honrado, excepción, según nos dijeron, de los que navegan en las aguas del Vichada; se llamaba Braulio Valiente, llanero experto y muy conocedor de aquellas regiones, quien nos manifestó que navegando dos días más, llegaríamos á la fundación abandonada de Santa Catalina, cercana á la confluencia del Vichada con el Orinoco, en la cual hallaríamos un antiguo *caney*, habitación de los fundadores de esa hacienda. Valiente no podía seguir con nosotros, pues aguardaba cierto cargamento de *mañoc* y de *casabe*, que debían traerle los indios de algunos caños afluentes al Vichada. Aceleramos nuestra marcha, resueltos á tomar posesión del *caney* que, como Valiente nos dijo, pudiera haber caído en poder de algunos salvajes, desde que él había pasado por allí, hacía algunos meses.

Dos días después de nuestro encuentro con el traficante venezolano, que dejamos mencionado, llegamos al punto indicado por él. Verdadero placer nos produjo el ver alzarse á cierta distancia de la orilla una construcción, en la cual, á pesar de lo primitivo y elemental de su aspecto, se advertían señales de haber sido erigida por manos civilizadas. Echamos de ver desde lejos que estaba habitada, y te-

miendo que estuvieran en posesión de ella indios hostiles, resolvimos á todo trance adueñarnos de ella, para permanecer bajo su abrigo algunos días.

Nuestra decisión era inquebrantable, pues temíamos que la fiebre de nuestro compañero pudiera tomar carácter maléfico, y comprendíamos que eran necesarios algunos días de descanso. Habíamos logrado aprender algunas palabras del dialecto de los indios, y resolvimos desembarcar y hacer uso de nuestro escaso vocabulario para obtener hospitalidad; y si esto era insuficiente, apelar á la última y más convincente de las razones humanas, es decir, á la fuerza. Empero, como esto nos halagaba poco, y nuestro natural pacífico se sentía más bien inclinado á las vías suaves de la diplomacia y de la contemporización, quisimos lucir tal aparato de fuerza desde un principio, que ante él cayeran todas las tentativas hostiles que pudiéramos encontrar.

Aquel mismo de entre nosotros cuya corpulencia le había valido ya varias veces la citada confusión con un Arzobispo metropolitano, resolvió encargarse de la expedición exploradora. Vistió una camisa de tartán rojo; ciñó sobre su abdomen protuberante un machete de grandes dimensiones, y dejó aparecer desnudo

y listo para cometer con él toda clase de atrocidades, un rewolver Smith & Wesson, hasta entonces virgen é inmaculado de toda violencia. Para complementar esto, terció sobre la oreja izquierda el enorme sombrero de jipijapa, con ademán de bandolero calabrés. Así saltó á la orilla, flanqueado por Leal, y por uno de los bogas, llevando éstos terciado sobre el hombro cada uno un rifle, y machetes al cinto. Además, compuso su faz hasta donde le fué posible, con aire marcial, enérgico y feroz, inspirándose en el recuerdo de los grandes ataques y de las resoluciones supremas de cuantos héroes de la historia ó de la fábula llevaba en la memoria, en los momentos de asalto de fortalezas ó de trincheras enemigas, y se adelantó resuelto á obtener posesión de aquella morada, por las buenas ó por las malas. Después de andar algunos metros, creciendo instante por instante su valor, en vista de que no había enemigo alguno, de improviso sintió que aquél empezaba á flaquear, al contemplar la figura que se le antojó ser de un indio descomunal que se adelantaba á recibirle. Ya era demasiado tarde para retroceder, cosa tanto más difícil cuanto que Leal y el boga acompañante seguían impertérritos. Haciendo de tripas corazón, como el soldado recluta que por primera

vez avanza en una carga á la bayoneta, siguió hacia adelante, y murmuró, no con voz tan estentórea y formidable como en su ánimo se lo había propuesto, ni con la entonación ensayada de antemano, las palabras indias que sabía. El momento fué terrible, pero la agonía de corta duración. En vez del grito de guerra que el indio debiera haber lanzado y que la imaginación, con la presteza y rapidez que le son características ya alcanzaba á oir, resonaron en el aire claras, distintas y bienvenidas, estas palabras: «Caballero, doy á usted la bienvenida, y beso á usted la mano.»

Nunca fué saludo más grato para el alma, ni jamás emoción de terror y de miedo se trocó por sentimiento de alegría y de tranquilidad con tal presteza y regocijo. En efecto, aquellas palabras en la pura lengua de Castilla, aquel saludo de tan galana cortesanía en esas salvajes regiones, á quinientas leguas de distancia del lugar civilizado más cercano, cuando lo que se esperaba era un ahullido de un indio salvaje y el silbar de flechas, acaso envenenadas, en el aire, al par que un consuelo, era una maravilla.

El aire marcial y el aspecto feroz, fueron depuestos y olvidados incontinenti. El machete y el revólver, que solamente habían servido para

estorbar la marcha, fueron entregados á Leal, y ya en todo su manso y rotundo esplendor de hombre civilizado, tranquilo y amigo de la paz y de sus dulzuras, el que de nosotros se había encargado de la misión conquistadora, lleno de asombro, contestó el saludo preguntando si había en el *caney* albergue para él y para sus compañeros, de los cuales uno estaba enfermo. El individuo que nos había saludado, replicó: «Poco tenemos que ofrecer, pero lo que hay aquí, y toda nuestra buena voluntad, están á disposición de ustedes. Vean en qué podemos servirles.»

Nos trasladamos inmediatamente al *caney*, sacamos todos nuestros efectos de las curiaras, y dijimos á los bogas que allí permaneceríamos algunos días.

En el *caney* nos manifestó nuestro interlocutor, que resultó ser un señor Aponte, de Caracas, que había venido á San Carlos de Rionegro como empleado del Gobierno venezolano, y que se hallaba en Santa Catalina en compañía de su hermana, que había venido á buscar la curación de cierta enfermedad de los ojos, á manos de los indios del Vichada, que poseen secretos para curar muchas enfermedades. No tenía por qué quejarse de su resolución, pues en un mes de permanencia que allí

llevaban, bajo el tratamiento de una india, que todos los días le lavaba los ojos con substancias vegetales preparadas por ella, había notado gran mejoría. Además del señor Aponte y de su hermana, estaba en el *caney*, un joven corso llamado Figarella, viajero por aquellas regiones, en las cuales había pasado muchos años de su vida, ejerciendo entre otras, la profesión de médico aficionado ambulante. Merced á sus conocimientos y á los cuidados que él y el señor Aponte y su hermana prodigaron á nuestro compañero enfermo, en tres ó cuatro días recuperó la salud, y así desapareció de nuestro horizonte la nube más negra, la única nube negra que le oscureció durante aquellos largos días, de tanto sol, de tanta libertad y de tanta tranquilidad de ánimo.

CAPÍTULO DÉCIMO-CUARTO

Dos días después de nuestro arribo á Santa Catalina, llegó Don Braulio Valiente con su cargamento de *mañoc* y de *casabe*.

En el dicho lugar quedaban todavía vestigios de la fundación de ganado en un tiempo establecida allí, y Figarella y Valiente, se encargaron de procurarnos una res. Nuestra provisión de carne se había agotado hacía mucho tiempo, y aunque la caza nunca nos había faltado, ya nos empezaba á hastiar. La res fué oportunamente cogida y muerta, y con indecible placer, vimos á Leal y á Valiente, quienes resultaron ser grandes amigos y antiguos compañeros, preparar un banquete análogo al que en el día de Año Nuevo había preparado para nosotros el primero de ellos, en San Pedro del Túa. Todavía nos quedaba algo de café. En cuanto al rón de Papares, solamente teníamos

el recuerdo de su excelencia. Suplímoslo pues con un trago de anisado que quedaba en el fondo de la última damajuana restante en nuestro poder.

Valiente nos anunció que seguiría él mismo para el Orinoco muy pronto, y como era muy práctico en esas aguas que Leal no conocía, resolvimos aguardarnos para seguir con él hacia Maipures, en el alto Orinoco, en donde debíamos buscar guías para pasar los raudales.

A principios de Marzo; como á los cuarenta días de salidos de San Pedro del Arrastradero, emprendimos viaje de Santa Catalina, y entramos en el río Orinoco.

Grande alegría nos produjo la contemplación de esa inmensa corriente de agua. Casi casi, nos parecía estar navegando ya sobre las ondas del océano; y, sea imaginación, sea verdad, podemos asegurar que sentimos que el aire era más puro, y la atmósfera más diáfana. Guiados por Valiente y por Leal, arribamos á Maipures dos días después de salidos de Santa Catalina. En Maipures debíamos encontrar autoridades venezolanas poco respetuosas, triste es decirlo, para con los misioneros y las gentes de iglesia. Sumisos á Leal y á Valiente, quienes conferenciaron sobre el asunto, al salir de las aguas del Vichada y entrar en las del Orinoco, depu-

simos en las del primero de estos ríos, como Elías dejó su manto en la tierra, al partir en el ígneo carro, nuestro carácter eclesiástico. Para evitarnos sinsabores y dificultades y con el fin de contestar á las preguntas que pudieran hacérsenos, asumimos el carácter de exploradores geográficos, en misión del gobierno colombiano (¡qué ironía!), enviados con el objeto de estudiar las tierras que en virtud del Laudo pronunciado por España, deberían pertenecer definitivamente á Colombia. En este subterfugio sí entramos consciente y voluntariamente, y nos preparamos á nombrar Alcaldes, Gobernadores y demás empleados oficiales, y á instituir toda clase de jerarquías militares, civiles y políticas, en nombre del apartado gobierno de Bogotá, dejando al Tesoro de este último, llegado el caso, el cargo de pagar los sueldos, las recompesas y las remuneraciones que nos pluguiera estatuir. Así, pues, al amparo de esta nueva invención, asumimos un carácter que no tuvo nada de cruento, y que en realidad no era más usurpado que lo es el de ciertas entidades que todos conocemos, las cuales deben su ser á la violencia, á la traición, y al abuso, que están manchadas de sangre, y que florecen y perduran «en el ejercicio del estrago.» Así penetramos en el territorio sometido toda-

vía á la jurisdicción de autoridades venezolanas.

Antes de llegar á Maipures, fueron nuestras canoas impelidas con suma velocidad hacia adelante por dos ó tres pequeños raudales ó chorros, heraldos, por decirlo así, de los raudales grandes y poderosos en que, más abajo, como en tormento, se retuerce el río. Gracias á Valiente, pasamos esos chorros sin dificultad alguna; para seguir río abajo, empero, era preciso obtener los servicios de algún práctico ó baquiano, conocedor de los grandes raudales, y bastante hábil y atrevido para lanzarse por ellos.

Antaño, parece que los gobiernos de Venezuela conservaban, tanto en Maipures, que es el primero de los grandes raudales, como en Atures, que es el último antes de entrar al Orinoco, libre y sin obstáculos, un empleado especial, encargado de pasar las embarcaciones de un lado al otro.

En la isla de Ratón, situada poco después de la entrada del Vichada al Orinoco, supimos que en Maipures no había práctico ninguno; pero que por aquellas márgenes andaba, recogiendo zarrapia, goma y otros productos naturales, uno de los más hábiles y mejor conocidos prácticos del río, llamado Gatiño, indio puro,

oriundo de esas comarcas, pero civilizado y muy servicial.

Guiándonos por las indicaciones que en Ratón nos fueron suministradas, pudimos arribar al punto preciso de la margen en donde Gatiño tenía amarrada su embarcación. Penetramos en el bosque, cosa de dos ó trescientos metros, y le encontramos asoleando zarrapia, en un pequeño campamento, en el cual no había más personas que las pertenecientes á su familia. Allí estaban su esposa, dos niños de catorce y doce años, varón el uno y hembra la otra, y dos pequeñuelos de cinco y seis, respectivamente. Preguntamos á Gatiño si quería contratar con nosotros la bajada de nuestras embarcaciones y personas al otro lado de los raudales. Convino en prestarnos ese servicio, exigiéndonos tan sólo que aguardáramos tres ó cuatro días en Maipures, mientras podía él llegar allá con algunos frutos naturales que tenía recogidos. Aunque hubiéramos preferido continuar sin demora, tuvimos que someternos á esta espera, ya que sin la ayuda de Gatiño era inútil pretender seguir adelante.

Cuando llegamos á Maipures, agrupación de diez ó doce casas, en donde á la sazón había una población no mayor de veinte individuos, el jefe político salió á la orilla á recibirnos.

Apenas nos hubo saludado, Valiente, de quien era conocido el citado funcionario, se adelantó á decirle quiénes éramos nosotros, y cuánto le importaba y le convenía el prestarnos todo auxilio y toda ayuda, ya que representábamos al gobierno colombiano, el que antes de muchos meses había de tomar posesión de aquellas regiones y enviar empleados suyos á ellas, ó acaso dejar en su puesto á los actuales. Estas indicaciones avivaron la cortesanía y buena voluntad que pudiera haber abrigado hacia extraños peregrinos el jefe político de Maipures, quien al punto se puso á nuestro servicio, y nos manifestó que nos ayudaría como mejor pudiera. A poco andar, tuvimos ocasión de advertir lo bien aconsejados que habían obrado Leal y Valiente al indicarnos el subterfugio de disfrazarnos de empleados oficiales colombianos en misión geográfica y exploradora. Con efecto: Carrillo, que así se llamaba el jefe político, nos enseñó una orden expedida por el gobernador del Territorio de Amazonas, fechada en San Carlos de Rionegro, por la cual se le ordenaba impedir el paso á toda persona que quisiera seguir Orinoco abajo y que no estuviera provista de salvoconducto firmado por él. Carrillo mismo arguyó: «Esto no tiene nada que ver con ustedes, ya que son empleados ofi-

ciales del gobierno de Colombia, y no están sujetos á la jurisdicción de Amazonas. ¡Qué tal, si á la falta de dicho pasaporte, que ya hubiera sido bastante para causar nuestra detención, se hubiera agregado el que conserváramos, bien nuestro carácter eclesiástico, poco simpático para aquellos irreverentes venezolanos, ó bien el de simples viajeros, el cual no hubiera bastado para libertarnos de la orden expedida por el arbitrario gobernador de Amazonas, quien desde tan remotas regiones tendía así sus redes para cerrarles el paso á los viajeros!

Carrillo nos condujo á su casa, que aunque pajiza, estaba construída con mayores pretensiones que las últimas que habíamos visto en el Llano de Colombia, y en la cual nos asignó una amplia y espaciosa pieza. Allí colocamos nuestros chinchorros, abrimos nuestros baúles para dejar secar los efectos que tanto tiempo habían permanecido encerrados dentro de ellos en aquella húmeda atmósfera, y nos dispusimos á pasar de la manera más cómoda posible los días que deberíamos aguardar á Gatiño.

Nos molestaban más que en ningún otro punto del viaje las plagas de *zancudos*, *mosquitos*, *gejenes* y *puyones*, y mil otras clases de alimañas aladas que infestaban el aire. Advertimos allí algo que hasta entonces no ha-

bíamos notado, á saber: que esos animales se turnan, y que se distribuyen el día y la noche, relevándose en el ejercicio de atormentar á los demás seres, con la regularidad con que lo hacen las guardias de una fortaleza. El *puyón* entraba en servicio activo al son de su propia trompeta, al caer el sol, y se mantenía en el desempeño de sus funciones durante toda la noche. Al rayar el día, cansado de su constante faena, se retiraba, cediéndole el puesto al *gején*, el cual, á su vez, permanecía de facción hasta eso del medio día, y era reemplazado por algún otro animal; y así en adelante, hasta que al caer las sombras, descansado ya y digerido el festín de la noche anterior, volvía el *puyón* á la carga. Carrillo nos explicó que esto no era siempre así, y que había épocas del año en las cuales la atmósfera estaba completamente libre de plagas. El único expediente para ahuyentar la plaga y poder permanecer fuera de los mosquiteros ó toldillos, era quemar boñiga de ganado reseca, el humo de la cual, nauseabundo como es, destierra á las aladas alimañas. Al principio, el remedio nos pareció peor que el mal; pues consistía en trasladar el tormento de la epidermis á los pulmones. Empero á pocas vueltas nos habituamos á respirar aquel aire impregnado de va-

pores amoniacales. De ahí en adelante, con tal tesón quemábamos la materia así convertida en útil y preciosa para nosotros, que llegamos á temer el convertirnos en arenques ó en jamones, ó al menos el asemejarnos á ellos.

En medio de todo esto, no decaía nuestro ánimo, y nos arrullaba, hasta dentro de la casa en donde nos albergábamos, el fragor lejano como el de una batalla en que arrojaran fuego y proyectiles cientos de piezas de artillería de grueso calibre, el rugido de las ondas del Orinoco, las que, encerradas en estrecho cauce, se revuelcan, como dicen que lo hacen los demonios encadenados, al atravesar la grieta por ellas mismas abierta en el seno basáltico de las montañas.

De boca de Carrillo y de la de algunos de los moradores de Maipures, oímos historias que nos dieron tristísima idea de la atmósfera moral, si así lo podemos decir, de aquellas regiones. Todos eran relatos de gobernadores venidos de la parte baja del río, investidos de autoridad suprema, y que, acompañados de algunos soldados, imponían su ley de codicia, de crueldad y de abuso en donde quiera que pasaban. Eran historias de indios fusilados, despojados de sus haberes, condenados á servir en las canoas y embarcaciones de sus amos,

como galeotes ó esclavos de cadena, sin más crimen que el de ser los más débiles y no tener á quién apelar. Eran recuerdos de revoluciones internas entre unos funcionarios y otros, procedentes de algún reparto del botín arrancado á los infelices. Eran memorias de muertes misteriosas y de desaparición de gentes, y todo formaba un cuadro trazado con sangre por la mano de la iniquidad. Estas narraciones dolorosas las ignora aún la historia contemporánea. Ellas apenas alcanzan á traspasar los límites de las densas selvas en donde han tenido lugar los hechos á que se refieren.

Si es que han llegado ó no á los oídos de quienes han tenido el mando ó poder y por consiguiente el deber de investigar la verdad y de hacer la justicia, no lo sabemos. Lo probable es que sin su colorido de infamia y de violencia, apenas consten en notas oficiales alteradas al sabor y conveniencia de los mismos responsables.

Un día después de nuestra llegada á Maipures, arribó allí, en una canoa, un individuo á quien llamaban Pedro el Margariteño, quien nos dijo venir directamente de San Carlos de Rionegro, en donde dos días antes de su salida, habían tenido lugar ciertos incidentes, los que resumiremos en pocas palabras: el gober-

nador, con quien estaban disgustados muchos de sus compañeros, porque decían que todo se lo usurpaba para sí, y que había hecho recogida de goma, zarrapia y chiquichique, en enorme abundancia, obligando á los naturales á tripular canoas y embarcaciones enviadas con esos productos. no por el Orinoco abajo, sino por el caño de Caciquiare al Amazonas, se había visto abandonado por ellos, quienes temiéndole por ser él hombre reconocidamente audaz y valeroso, se decidieron á asesinarle. Este gobernador no era otro que el mismo que había expedido el decreto que nos había enseñado Carrillo. Sabedor de la conspiración tramada contra él, se había encerrado en su casa, en compañía de una dama española de nacimiento, y según decían, antigua artista bailarina de algún teatro, venida con él desde Europa. Tenía á la mano varios rifles «Winchester» y abundancia de pertrechos. Los sublevados, en número de veinticinco, atacaron la casa al caer de la noche, y el gobernador solo, se había defendido durante seis ó siete horas, inspirando pavor á los que le atacaban y manteniéndolos á raya. Era un magnífico tirador, y donde quiera que asomaba un individuo á su vista, por corto que fuera el instante, lo hería la certera bala de su rifle. Su compañera le alentaba

constantemente y cargaba un rifle mientras él hacía uso del otro. Merced á algún ardid, uno de los sitiadores logró penetrar por la parte de atrás en la casa, desde donde disparó un tiro, que atravesando al gobernador por la espalda le tendió en tierra. Pocas horas sobrevivió á aquella herida, y según decía el Margariteño, aun después de herido y tendido en un catre, conservaba el revólver en la mano derecha, escondido debajo de los cobertores, y con él se hubiera defendido todavía, á no haberlo advertido en tiempo alguno de los sitiadores, y logrado arrebatárselo sin que él lo llegara á disparar.

No sabemos cuánto de exageración habría en la exposición de estos hechos, sólo sí pudimos advertir por la tranquilidad con que los recibían cuantos los oían, que esa clase de aventuras nada de nuevo ni de extraño tenían para ellos, y que todo cuanto habíamos oído acerca de la vida que por esos mundos llevan los civilizados ó racionales, desde los días de la independencia para acá, era la verdad en esencia, si acaso algunos de los detalles podían ser falsos ó exagerados. Así, pues, la suerte de los indios, en todos los parajes en que se encuentran con los *racionales,* ó civilizados, y salvo algunas excepciones que sin duda exis-

ten, bien sean ellos fundadores de hatos en los llanos de Colombia, bien sean ellos autoridades oficiales, no puede ser más cruel. Y, lo repetimos, no es de extrañarse que en las pocas ocasiones en que la oportunidad de un desquite ó represalia se les presenta, ellos la aprovechen.

No pasaron más de tres días sin que, de acuerdo con lo prometido, llegara Gatiño a Maipures. Sin detenerse á descansar, empezó los preparativos para cruzar los raudales de Atures á Maipures. Estos raudales están formados por dos secciones que interrumpen el curso del río por una extensión como de 70 kilómetros. El raudal de Maipures es el más grande, y cubre un espacio de 8 á 10 kilómetros. En seguida el río continúa su curso tranquilo y calmado durante 35 ó 40 kilómetros más, hasta encontrar otro salto ó raudal de menor importancia, más abajo del cual se halla el raudal de Atures. Después de éste el río sigue su curso libre y sin interrupción hasta llegar al Océano.

Gatiño tenía su propia embarcación, que era de las del género llamado *falcas*, especie de canoa más grande y de mayor calado que las usuales y más cómoda, de mayor capacidad, pesada para ir contra la corriente, pero muy

útil yendo con ella. Teníamos, pues, tres embarcaciones que trasladar al otro lado de Atures: la *falca* de Gatiño, y nuestras dos curiaras.

En conversación con nuestro práctico, nos explicó que él no tenía más hogar que su embarcación; y cuando le argüímos que esa vida nómade y errante no podía convenirle á su familia, nos explicó que él también preferiría instalarse en la margen de uno de los muchos ríos ó caños que le eran conocidos, en donde había parajes hermosos, adecuados para el cultivo, abundantes en caza y en pesca, libres de inundaciones en invierno, y visitados por brisas frescas y saludables, en verano; pero, añadió con voz entristecida, ¿«qué quieren ustedes? nosotros no podemos gozar de derecho alguno, pues á lo mejor del tiempo llega un blanco acompañado de tropas, se apodera de los pocos animales que poseemos, saquea nuestros pobres graneros, y á nosotros mismos nos recluta y nos lleva consigo, compeliéndonos á servicios que nunca son remunerados. A mí mismo me han *pegado el mecate*, añadió en su lenguaje peculiar, y me han obligado cuatro veces á *jalar* canalete, separándome de mi mujer y de mis hijos, durante largos períodos. Esto me ha decidido á apartarme de los ríos y caños conocidos, cuando quiera que hay ru-

mores de que andan por ahí expediciones de blancos. Los indios salvajes son bondadosos y yo me entiendo bien con ellos; pero á nada le tengo tanto horror ó miedo como á las autoridades que traen papeles de los gobiernos.»

Pegar el mecate, según nos explicaron, quiere decir, amarrar con lazo ó soga á las gentes, para obligarles á prestar servicios. Aquí encontramos pues un ejemplo del hombre obligado á llevar la vida nómade por aquellos mismos que debieran ayudarle á que se estableciera como poblador fijo en las ilimitadas márgenes de aquellos caudalosos ríos. Sorprendiónos hallar en aquel hombre desarrolladas en su más alto grado todas las virtudes que más honran al hombre de bien. Era padre y esposo amantísimo; cuidaba de su mujer y de sus hijos como el cristiano más cristiano de la ciudad más civilizada; ambicionaba para sus hijos mejor suerte que la suya, y al mayor de ellos, que á la sazón no tenía consigo, le había colocado en una escuela establecida en San Fernando de Atabapo, para él la única ciudad conocida. Si se tiene en cuenta que el número de casas de ese lugar no pasa de cincuenta, y que todas son pajizas, se comprenderá cuánta lástima y piedad, que nunca dejamos traslucir, nos inspiraba Gatiño, cuando hablaba de la «ciudad», y

del «colegio», en que tenía á su hijo estudiando. En ese colegio, según pudimos colegir, lo único que aprendían los diez ó doce niños que allí estudiaban, era á leer, acaso por ser este arte el límite de los conocimientos del maestro. Tuvimos además ocasión de saber, cuando ya estábamos del otro lado de los raudales, un rasgo de carácter honroso en alto grado para aquel pobre indio y magnífico práctico.

Alguno de los bogas que nos acompañaban se acercó á él y le dijo: «uno de esos blancos va enfermo, y todos llevan oro y valores; no hay más práctico que usted, y le pagarán lo que pida por llevarlos hasta más abajo de Apures. No diga que yo le he dicho nada, pero cóbreles mil pesos y se los darán.»

Gatiño nada dijo entonces. Nos cobró cincuenta pesos por pasarnos al otro lado, y solamente al despedirse de nosotros tuvimos conocimiento de este incidente y pudimos cerciorarnos de su exactitud. Damos cuenta de este hecho, por gratitud á aquel honrado y fiel compañero, á quien debemos servicios tan importantes. Lejos está ya él de nosotros, allá en el fondo de sus selvas vírgenes, en lucha contra la naturaleza bravía, mientras nosotros continuamos en la lucha por la vida en la selva humana. En el elemento de él, así como en el

nuestro, abundan las fieras. Acaso son más temibles, y seguramente son mucho más feroces, las que nosotros encontramos en nuestro camino, y cuyos ahullidos resuenan en torno nuestro en todas partes, que los tigres y las culebras que Gatiño encuentra en las regiones por donde él se mueve. Siquiera los instintos feroces de esas bestias y reptiles tienen límite, en tanto que los odios son ciegos y los rencores implacables entre algunos hombres. Pesando en la balanza absoluta de felicidad y de contento, no creemos que nuestra vida, ó la de cualquier otro hombre civilizado, contenga en definitiva mayor cantidad de verdadera felicidad y de verdadera dicha que las de que puede gozar Gatiño en su vida enteramente primitiva y absolutamente libre.

Para pasar al otro lado de los raudales era preciso ir primero hasta la boca del río Tuparro, llevando nuestros efectos y personas por tierra y arrastrando, unas veces por la orilla, otras dejándolas llevar por las aguas, las embarcaciones vacías. Todo esto requería mucho tiempo. Proseguimos pues con suma lentitud.

El primer salto que encontramos, y por el cual vimos descender la *falca* de Gatiño con él y cuatro marineros á bordo, nos llenó de pavor. Cerca de la orilla, una especie de canal

angosto encerrado entre la margen granítica y una fila de rocas, rebosaba en aguas rugientes y coronadas de espumas. Este canal tendría cosa de doscientos metros de largo, y parecía en su blancura de espuma enarcarse como la crin de un corcel de guerra. Nosotros estábamos en la orilla, á eso de la mitad del camino. Vimos á Gatiño hacer los preparativos para lanzar su *falca*. Hacia la proa estaban sentados cuatro bogas con el canalete listo para hundirlo en el agua, pero sostenido fuera de ella. A popa, sentado con absoluta tranquilidad como si bogara en lago mansísimo, Gatiño tenía también listo y fuera del agua el gran canalete que le servía de timón. La *falca*, atada con una cuerda, llamada *boga*, por la parte de proa, era contenida por medio de ella, en su marcha, por cinco marineros que iban corriendo por la orilla del río. La velocidad de la embarcación crecía instante por instante, y ésta misma parecía una pluma negra arrastrada sobre las blancas y férvidas espumas. Al llegar hacia el fin del canal, las aguas tenían un descenso repentino y formaban una pequeña cascada como de un metro ó poco menos de altura, sobre la cual caía ese torrente inmenso en sección de arco, en un tazón de bordes basálticos, hirviente y agitado. Directamente enfrente de la caída se

alzaba una inmensa roca, contra la cual parecían disparadas las aguas. Nosotros temíamos por la vida de Gatiño y la de sus compañeros, pues aunque lograran escapar de la corriente sin que su embarcación zozobrara, podría ser que el empuje de las aguas la estrellara contra la masa enorme que tenían enfrente. Los bogas que iban corriendo por la orilla, soltaron la boza cuando ya no les era posible contener el curso de la embarcación. Apenas cayó ésta al tazón, Gatiño dió la voz de mando diciendo: «¡dénle, muchachos!» Los cuatro bogas comenzaron á remar con golpes fuertes y sostenidos, aumentando así el ímpetu de las ondas, cual si quisieran acelerar el choque contra el muro en el cual debían estrellarse. Gatiño, impasible, no movía un músculo. Cuando nosotros creíamos perdida ya la canoa, él hendió el agua con un poderoso golpe, la arrolló con la paleta de su formidable canalete, é hizo girar la canoa como sobre goznes, de modo que resbaló intacta al lado de la roca contra la cual debiera haberse estrellado. Explicónos después Gatiño, que esta operación no presentaba el menor peligro, y que la había ejecutado en su vida cientos de veces. Los golpes de canalete de los bogas sentados á proa, tenían por objeto darle á la canoa fuerza propia, fuera de la pro-

cedente del empuje de las aguas. A pesar de que Gatiño nos aseguró una y mil veces que no había peligro, no quisimos arriesgarnos en ninguna de las otras ocasiones en que durante el paso de los raudales le vimos repetir la misma hazaña con mayor ó menor peligro.

El Orinoco, que hasta Maipures lleva una corriente más ó menos de Sur á Norte, encuentra allí un espolón de las montañas, lo que da lugar á una lucha de gigantes. El muro de basalto y de granito parece que en algún tiempo hubiera dicho al río: «de aquí no pasarás,» y parece igualmente que las aguas orgullosas recogidas en tantos montes y en tantos valles, hubieran insistido en su soberbio empeño. Trabóse tremenda lucha. De ella quedan todavia vestigios, como quedan despojos en un campo de batalla, como quedan brechas en el muro de la fortaleza invadida. Procediendo como simple pero tenaz gota, que al cabo horada la piedra, merced á su persistencia, la enorme masa de agua, tras una faena sin duda de siglos, acabó por abrirse paso por entre los montes. Su victoria empero no ha sido completa. Como sucede siempre cuando dos grandes fuerzas se contraponen ó tratan de vencerse la una á la otra, lo que se obtiene es una resultante. Y aquí ésta se manifiesta por la desvia-

ción del curso del río, curso que de los raudales en adelante es de Occidente á Oriente, hasta llegar á la mar.

La diferencia de nivel entre la parte alta y la parte baja del Orinoco, es apenas sensible. Los raudales son producidos por la circunstancia de que en partes la brecha abierta es sumamente estrecha, con lo que la inmensa y poderosa cantidad de agua se ve de repente encajonada y comprimida en espacio demasiado pequeño para ella. Las aguas se precipitan á través de esas hendiduras sembradas de ingentes rocas, trémulas, palpitantes y rugientes, y aunque logran pasar, van poblando el aire con su fragor. Diríase un ejército de vencedores que todavía experimentan los estremecimientos de la lucha, y que van llenando el aire con los gritos del combate. Atravesada una de estas grietas angostas, se abre el cauce en inmensos tazones, en donde las aguas hierven y adquieren poco á poco placidez y tranquilidad mayores que en ninguna otra parte del río. Parecen soldados que han vencido la primera trinchera y que se detienen á reponer las fuerzas y á limpiar las armas, pues á poco andar, algunos kilómetros más abajo, empiezan otra vez el cauce á estrecharse y las aguas á rugir hasta llegar al nuevo raudal, en donde

se repiten los fenómenos anteriores. Finalmente, al llegar á Atures, vencidos por completo los obstáculos presentados por las montañas, el río, como un león escapado de las redes que lo aprisionaran, salta rugiente á su nativa pampa. El río, sacudiendo, por decir así, al aire la imperial melena orlada de espumas, se lanza adelante en busca de su meta hacia el Océano, al cual llega después de atravesar novecientas millas más de camino, bajo el claro sol del trópico que se refleja en sus ondas cristalinas, cumpliéndose allí, respecto de él, la verdad encerrada en aquel hermoso símil en que Longfellow compara el curso de los ríos al de la vida de los hombres buenos, diciendo que, aunque lo obscurezcan las sombras de la tierra, él refleja siempre la imágen de los cielos.

CAPÍTULO DÉCIMO-QUINTO

Algunos diez días empleamos en el paso de los raudales. Teníamos que recorrer por tierra la parte en que era imposible servirnos de las embarcaciones. En tales casos ellas seguían vacías por la corriente, de la manera que ya queda descrita. Las márgenes en esa parte del río son altas y graníticas, y se extienden hasta perderse de vista en llanos cubiertos de la misma grama que aquellos por donde corre el Meta. Grande alivio tuvimos á la segunda ó tercera noche de salidos de Maipures, al notar la escasez de puyones. Estos, pocos días después, lo mismo que sus compañeros los gejenes y los zancudos, desaparecieron por completo. Teníamos que tendernos sobre la dura roca, y nos hacía falta ya el blando colchón de arena de las playas á que nos habíamos habituado; pero este inconveniente quedaba com-

pensado con creces por la pureza del aire y la ausencia de alimañas atormentadoras. Nuestros víveres empezaban á escasear; ya no teníamos café ni azúcar, ni otro pan que el casabe. Nuestra provisión de anisado se había agotado por completo, y lo habíamos suplido con algo que llamaban ron blanco, que era alcohol de caña apenas desinfectado, para beber el cual era preciso añadirle dos tantos de agua. También se habían agotado nuestros puros y cigarrillos, y fumábamos tabaco comprado en la isla de Ratón, cultivado allí, bien torcido por nosotros mismos á guisa de puros ó en cigarrillos hechos con papel de periódicos, forma en la cual consumimos más de un editorial y más de una alocución presidencial que de ninguna otra manera mencionable nos hubiera sido posible utilizar, ó en pipas manufacturadas con *tusas* de maiz ahuecadas y provistas de una pequeña caña á guisa de embocadura. Tampoco encontramos allí caza de ninguna especie, y nuestro alimento principal consistía en peces, tan abundantes como en todo el resto del río, y de variedades desconocidas para nosotros. Entre ellas recordamos en especial el *morrocoto*, de exquisito sabor, é igual en su finura y calidad á los mejores que hayamos visto en los restaurants de París, Londres ó Nueva York.

Aunque le faltaban la salsa de Marguéri ó las delicadísimas que preparan los artistas culinarios de Delmónico, era riquísimo bocado. En abundancia solamente teníamos sal y arroz. Carecíamos de manteca, de aceite y de mantequilla. Por todo esto se verá que si hubiera sido Cuaresma, habríamos cumplido «velis nolis» con las prescripciones de la Iglesia, en cuanto á no comer carne. Como habíamos olvidado la fecha exacta de las fiestas movibles, y no sabíamos si ya era entrada la época santa, á fin de aprovechar nuestra forzada dieta, la ofrecimos con la intención, y esperamos que esto nos haya servido para borrar algunas de nuestras muchas faltas, siquiera sea el venial pecado de habernos dado por enviados oficiales del Gobierno de Colombia. La dureza de las camas por un lado, y lo claro y puro del ambiente por otro, nos inducían á largas veladas, durante las cuales conversábamos con Gatiño y con nuestros marineros, sentados cerca del río oyendo su tronar lejano que acompañaba, como los bajos de un órgano ingente, la voz de los narradores que nos informaban de las costumbres de la vida en aquellos parajes y de las aventuras á que están sujetos sus moradores.

La conversación de Gatiño en especial era interesante é instructiva. Conocía los ríos que

entraban al Orinoco antes de su confluencia con el Vichada, y los caños que los entrelazan unos con otros. Tal era su versación en la topografía de aquellos lugares, que en dos ocasiones, según nos refirió, huyendo de funcionarios oficiales que le buscaban para obligarle á servir de práctico, y teniendo que remar él solo, había logrado ocultarse en su *falca* con su familia, en algún caño ó laguna desconocida de todos, de donde sólo volvía á salir cuando por informes habidos de los salvajes, sabía que el peligro había pasado por completo. Conocía también el caño del Casiquiare, el Rionegro, y había visitado el Amazonas en su parte alta. Preguntámosle si en los ríos afluentes del Orinoco había encontrado *cauchales*, ó bosques de árboles de goma, comparables á los que crecen en el alto Amazonas, en el Putumayo, en el Napo y en el Yarabí. Según Gatiño, la riqueza de caucho en los ríos afluentes del Orinoco es tan grande como lo es en los tributarios del Amazonas. Dijo que podría llevarnos á más de un río ó de un caño en donde, ya en las orillas ó ya en islas tendidas en la corriente, se encontraban densos bosques de caucho, tan ricos y numerosos que un solo hombre, con poco trabajo, podía extraer desde una hasta dos arrobas de goma por día. Conocía también

una extensísima región de «veinte vueltas», de un caño, cubierta toda ella de palmas de chiquichique. Á falta de otra medida contaba él como cuentan todos los racionales que navegan por esos ríos, por vueltas; es decir, por curvaturas del río. Veinte vueltas pueden ser cinco, diez, veinte kilómetros ó más; pero en todo caso forman una extensión muy considerable. Conocía además bosques abundantes en zarzaparrilla, zarrapia, y en las plantas que producen las resinas llamadas peramán y caraña. Él mismo explotaba en la medida de sus propias fuerzas esas riquezas, y estaba dispuesto á guiar á su vez á quien le inspirara confianza. Se advertía en su conversación que comprendía que su conocimiento de todo esto era peligrosísimo para él, pues en más de una ocasión los traficantes habían tratado de apoderarse de su persona para obligarle á la fuerza á conducirlos á esos parajes tan abundantes en valiosos productos naturales. Á nosotros nos dijo al despedirse que si volvíamos y queríamos valernos de él, nos serviría de guía ó práctico, por cuanto le habíamos tratado bien y habíamos demostrado cariño y humanos sentimientos para con él y su familia; pero que jamás haría tal cosa con aquellos que sólo se le acercaban por la codicia, los cuales segura-

mente se valdrían de sus conocimientos sin darle á él remuneración ni pago alguno.

Comprendimos que cuanto él decía era verdad, pues corroboraban sus aseveraciones algunos de nuestros bogas que conocían parte de aquellas regiones.

La razón por la cual el Orinoco y sus tributarios en la parte alta que queda aguas arriba, más allá de los raudales, no han sido explotados, es que esos mismos raudales sirven de valla y de impedimento para el ascenso de las embarcaciones y para el transporte de los frutos. Antiguamente, tanto en la margen derecha como en la izquierda, existían caminos carreteros para el transporte de los frutos de uno á otro lado de los raudales. Empero, de esas vías sólo quedan los vestigios, y para restablecer el tráfico sería necesario abrirlas de nuevo. Esto no es lo más difícil. El obstáculo principal se encontraría en los ríos y caños que entran á los raudales, en varios puntos, los que exigirían un servicio de embarcaciones para atravesarlos; nosotros mismos tuvimos ocasión de observar esto más de una vez, cuando, viajando por tierra, nos adelantábamos á nuestras canoas y nos veíamos detenidos por algún río. Sobre todo recordamos un incidente ocurrido á la orilla del río Cataniapo, hermosa corriente

de aguas claras que entra al Orinoco, arriba de Atures. Llegamos allí á medio día, bajo un sol de fuego, y nos vimos detenidos por el río, sin poderlo cruzar. En la margen opuesta á la nuestra se veía una curiara atada al tronco de un árbol, sin que tuviéramos modo de alcanzarla. Todos esos ríos están infestados, como ya lo hemos dicho, por un sinnúmero de animales peligrosos. Mientras discutíamos el modo mejor de abrigarnos del sol, en la espera de nuestras canoas, que podían llegar ese día ó al siguiente, oimos el golpe de un cuerpo que caía al agua, y dirigiendo la vista hacia la parte de donde el ruído procedía, vimos á Leal, que, con el machete entre los dientes, braceaba en el agua, cubriendo á cada golpe una distancia igual á la longitud de su cuerpo. Nos estremecimos al pensar en el peligro que corría, pero felizmente tardó pocos instantes en llegar á la orilla opuesta. Con el machete, cortó las amarras, y embarcándose, remó hacia el punto en donde nos hallábamos, impasible y tranquilo, como si se hubiera tratado de tomar un baño en un estanque de natación. Quisimos reñirle amistosamente por su imprudencia, á lo cual repuso que haciendo ruído no había gran peligro del caimán, y que sobre todo iba preparado, pues llevaba su machete y tenía el ojo

listo. «*Ojo de garza*, patrón», añadió. Esto dará idea del temple de alma de nuestro hombre. La frase que usó de ojo de garza, que varias veces habíamos oído de boca de él y de Valiente, nos hizo creer en alguna metamorfosis de aquella otra, «ojo de argos», pues aunque vean mucho las garzas, no creemos que hayan tenido ellas ocasión de contárselo á nadie. Atravesado el río Cataniapo, Leal y los bogas que nos acompañaban transportaron al otro lado, en la canoa, nuestros enseres y efectos sacados de la *falca* y de las curiaras que habían quedado con Gatiño y que venían vacías, aguas abajo. Como allí no había árboles, con unas pocas varas y con los encauchados formamos un toldo, á cuya sombra nos sentamos. Mientras conversábamos, tratando de pasar el tiempo lo mejor posible, tuvimos ocasión de ver el único tigre vivo que se mostró á nuestros ojos durante todo aquel viaje. Uno de los bogas exclamó: ¡un tigre!, y con efecto, allí, á cosa de treinta metros de nosotros, sobre una roca baja, que pudiera servir de bebedero, vimos la forma de un tigre grande y en pleno desarrollo. Sin duda había llegado allí ignorante de nuestra presencia. Nos vió y al momento se preparó á huir. Leal, que estaba tendido en tierra, dió un salto hacia el lugar en

donde se hallaban las armas, tomó uno de los rifles «Spencer» y emprendió carrera hacia el tigre, el cual desapareció entre la maleza. Vimos dos saltos: el del tigre para escapar, y el de Leal en su persecución, y ambos se perdieron de nuestra vista detrás de la roca sobre la cual había aparecido el animal. Un minuto después oímos un disparo, luego volvió Leal mohino porque el bicho se le había escapado, aunque con una bala en el cuerpo. Esto disgustó mucho á nuestro guía; empero nosotros le manifestamos que, dadas nuestras ideas y pacíficas tendencias, no podíamos menos de agradecerle á aquel hermoso animal el que al vernos en sus playas, y probablemente en el mismísimo sitio en donde él apuraba sus libaciones de agua pura, con cortesía un tanto abrupta hubiera abandonado el campo, dejándonos en posesión de él.

Antes de caer la noche llegó Gatiño con las demás embarcaciones, y siendo ya tarde, resolvimos formar nuestro campamento para aprovechar al día siguiente las claras aguas del Cataniapo y darnos un baño en ellas, no en la forma en que Leal lo había tomado, sino con nuestra prudencia característica, de pie sobre la orilla. Con Gatiño llegó también Valiente, cuyas dos curiaras habían seguido de cerca á las

conducidas por Gatiño. Entre nuestros efectos se hallaban nuestras sillas ó galápagos de montar, que habiendo permanecido hasta entonces guardados, no habían sido vistos por Valiente. Ese día los habíamos sacado de las envolturas que los cubrían. Apenas los advirtió nuestro amigo, se puso á examinarlos con la atención de un experto y con el cariño de un aficionado. Tomó el galápago de uno de nosotros, galápago de canónigo, blando, mullido, hecho por un hábil artista inglés para algún John Bull, panzudo y acaso gotoso. Admiró el trabajo de talabartería, y volviendo á nosotros con toda ingenuidad y sin el menor asomo de ironía, nos dijo:

—Esta silla es muy buena y muy bonita, aunque es más bien de hembra que de hombre. Supongo que á usted le gusta mucho.

—La hallamos muy agradable, -contestamos—, y tiene la ventaja de que no lastima á las bestias, por pesada que sea la persona que las monte.

—Esa es una ventaja, —respondió Valiente, pero cuando usted cruza los ríos á nado ¿no la halla muy pesada en la cabeza?

No comprendimos al principio lo que Valiente quería decir. Pronto recordamos que el llanero tiene por costumbre, cuando atraviesa á nado algún río, llevar la silla en la cabeza, po-

niendo sobre ella cualesquiera otros efectos que constituyan su ajuar. Al recordar esto, creímos que Valiente se burlaba de nosotros, pues bastaba echar un vistazo á nuestra persona para comprender que ni aun perseguidos por un cuadro de cosacos nos lanzaríamos nosotros á la corriente de un río, con ó sin silla á la cabeza; pero como comprendimos que la pregunta era inocente, contestamos con toda seriedad:—Eso es cuestión de costumbre; le aseguramos á usted que nunca nos ha causado esa silla molestia ninguna en la cabeza, al atravesar ríos á nado;—y en verdad que no mentíamos. Lo que omitimos decirle á Valiente fué que nunca habíamos cruzado, y lo que es más, que nunca pensábamos cruzar río alguno de tal manera.

Valiente, al oir nuestra respuesta, contestó:

—Pues bastante tardaría yo en acostumbrarme á esa silla tan pesada; sólo sí me gustaría tenerla, no para usarla en trabajos de baquia, ni en los corrales, sino para pinturear un tantico en los pueblos.

Aquel día no hubo tiempo de pescar, y nuestra cena consistió en arroz hervido con sal y en casabe mojado en el caldo así obtenido. Tal era nuestro apetito, sin embargo, que aunque el manjar, como es fácil de juzgarlo, no había

quedado muy suculento, satisfizo ampliamente nuestra hambre, y lo consideramos, si no como cena apetecible, por lo menos como muy bien venido.

Gatiño nos refirió que no lejos del punto en que estábamos, cerca de Atures, se hallaban ciertas montañas cortadas casi á pico, en las cuales, á una altura de doscientos metros, se destacaban, talladas en la roca viva, figuras de animales, un enorme caimán, y figuras de hombres de colosales dimensiones. El caimán tiene, según pudimos averiguarlo después, más de doscientos metros de largo, y es difícil comprender de qué instrumentos se valieron los escultores para tallarlo, y de qué andamiaje complicado hubieron de servirse para poder trabajar á tan grande altura.

Estas huellas humanas, estas expresiones mudas, estas palabras ó pensamientos perdidos, de generaciones muertas, que se destacan allá en medio de la selva y que marcan el paso de hombres fuertes y numerosos, en época tan remota de que solamente ellas sobreviven, no pueden menos de inducir á la contemplación de lo pequeña, lo vana, lo efímera que es nuestra vida individual.

La magnitud de los trabajos ejecutados demuestra que en esas mismísimas comarcas, hoy

desiertas, en donde la naturaleza ha recuperado todo su imperio, y en donde el hombre tiene que abrirse paso con suma dificultad, en medio de la selva y del bosque, en apariencia primitivos, hubo en otro tiempo grandes agrupaciones educadas en ciertas artes, que tuvieron que ser ellas mismas eslabones de una cadena de otras, pues no podían existir aisladas, y que de todas esas muchedumbres, no queda nada fuera de esos pensamientos incomprensibles para nosotros. ¿Son cientos, son miles de años los que han pasado desde que allí, sobre la granítica roca, fueron talladas esas figuras? Nadie lo sabe, y seguramente nadie lo sabrá jamás.

El pensamiento, peregrino que atraviesa el tiempo y la distancia con tal rapidez que unifica lo pasado y lo remoto con lo presente, nos transportó á las pirámides de Egipto, á las ruinas de Nínive y de Babilonia, á las ciudades exhumadas de la selva y del bosque allá en Ceilán, á las descubiertas en la península de Yucatán, y á muchas más, en todas las cuales los modernos buscan el espíritu de las generaciones muertas. Y ese cocodrilo tallado en la roca á orillas del Orinoco, nos hizo pensar también, volviendo á los tiempos presentes, en aquel hermoso león moribundo, esculpido por

el artista danés en la roca granítica de las orillas del Lago de Lucerna, león que simboliza la lealtad y la fidelidad á la palabra empeñada de los compatriotas de Guillermo Tel, muertos por una causa juzgada y castigada en la mente de los hombres y en las páginas de la historia; y uniendo unas ideas con otras, pensamos también que un día puede llegar en que, así como, según Macaulay, algún habitante de las islas del Pacífico pueda contemplar los arcos derruídos de los puentes que hoy cruzan el río Támesis, también llegue día en que otro de las regiones hoy desiertas del Orinoco, al navegar sobre las aguas del lago de Lucerna, al preguntarle á la roca muda lo que quiere decir ese león moribundo con la garra tendida sobre el escudo flordelisado, encuentre el mismo silencio impasible de la roca; silencio que se presta á mil interpretaciones, todas verosímiles, pero ninguna de ellas marcada con el sello de la certidumbre absoluta. Es que los esfuerzos de los hombres no se pueden eternizar ni aun cuando escojan lo ingente, lo enorme en la naturaleza para que les sirva de pedestal.

El tiempo pasa y con él llega el olvido; y la obra del orgullo, de la lisonja, de la gratitud, ó el emblema de la gloria, todo queda ignorado y sin sentido. Geroglíficos egipcios, figuras es-

culpidas en monolitos ó en pirámides, ó en la roca viva de las montañas, al trascurso de lo que para la vida del mundo son unos instantes, todos se confunden y se vuelven tan vagos y tan indefinibles los unos como los otros. El investigador que los encuentra, bien en las candentes arenas del desierto, bien cubiertos con los troncos y el follaje de la naturaleza reivindicadora y agresiva, bien en las calvas cumbres de las montañas, no sabe si tiene delante de sí la expresión de la soberbia humana, ansiosa de perpetuar su memoria, ó el testimonio de la lisonja con que el servilismo rinde tributo á los poderosos, ó la ofrenda de la gratitud de los pueblos á sus héroes y benefactores, ó el emblema de alguna religión tan olvidada ya que hasta sus símbolos misteriosos han perdido el místico poder que les diera vigor y los animara en vida.

CAPITULO DÉCIMO-SEXTO

Durante aquellas largas veladas á orillas de los raudales, recordábamos el mundo civilizado á que pertenecíamos y que, á través de la selva y de la distancia que de él nos separaban, se nos antojaba como ficción que alguien nos hubiera narrado, ó como recuerdo de una vida anterior; tan cierto así es que el hombre es animal de hábito y que bien pronto se amolda á las condiciones del mundo ambiente. Así se explica la facilidad con que algunos hombres civilizados se salvajizan viviendo entre los salvajes. Ya nos habíamos habituado á la vida nómade de las últimas semanas de nuestra existencia. No echábamos de menos ni el techo sobre nuestras cabezas, ni el mullido colchón bajo nuestro cuerpo. El ruido y el tráfago de las ciudades tampoco nos hacían falta, y salvo la inquietud natural producida

por los afectos vivos y tenaces, parte integrante de nuestro ser, y vida del corazón, habíamos perdido el interés por las cosas del mundo. Envueltos en olímpica indiferencia, no comprendíamos aquella ansiedad en que arden los hombres civilizados por saber lo que en todas partes se está haciendo, diciendo ó pensando. Solamente de vez en cuando algún deseo material nos hacía pensar en lo que no teníamos. Día hubo en que nos solazáramos, como en la contemplación de cosas lejanas, si no del todo imposibles; en el recuerdo de una mesa cubierta con blanco mantel y con rica vajilla, sobre la cual veíamos en límpido cristal brillar vinos de transparencia arrebolada, ora el amarillo amatista del amontillado, ora el tibio y rojo color del Borgoña. También teníamos en el oído algo así como hambre de melodías y de cantos; y hubiéramos querido ser suficientemente poderosos y artistas para encauzar en corriente melódica y armoniosa los mil ruídos distintos que constantemente resonaban en torno nuestro, desde el rugir de las fieras y el tronar de los ríos hasta el canto de las aves, los estridentes gritos de los grillos y el murmullo misterioso que formaban los vientos al agitar la cimera de los corpulentos árboles, como susurrándoles al pasar algún

secreto íntimo que hubiéramos querido adivinar.

Aunque por semanas no más se contaba el tiempo de nuestra separación de las ciudades, merced á un espejismo mental de fácil explicación, dada la inmensidad que nos rodeaba, la cual imponía el sello de sus amplias proporciones á todas las impresiones del ánimo, nos parecía que habían transcurrido muchos años desde que así vagábamos peregrinos en las orillas de los ríos, al amparo de los bosques, en comunión íntima con la naturaleza. Y así como al viajero á larga distancia, ausente del nativo hogar, ó al marino que en altas horas de la noche escudriña las estrellas sobre el puente de su barco, los recuerdos de nuestro mundo nos causaban especial deleite, y nos entregábamos á ellos, discurriendo con exquisita fruición sobre personas y hechos conocidos.

Estábamos libres de correos, de telégrafos, de periódicos y de las numerosas formas, grandes ó pequeñas, que la curiosidad y la chismografía humanas han inventado. Las cosas pasadas tenían por el momento algo de fijo, ya que los hechos recientes que pudieran afectarlas, no nos podían ser conocidos. Todo esto explicará el que, durante nuestras veladas, con frecuencia nos diésemos á contarnos, los unos

á los otros, cosas que todos sabíamos, y el que nos turnásemos en las narraciones, de las cuales, para ser verídicos en esta humilde crónica, repetiremos algunas aquí, comenzando por lo que alguno de nosotros refirió la noche de aquél mismo día en que con la presencia del tigre, enfrente de los raudales, tan de manifiesto se nos puso el hecho de hallarnos en un centro absolutamente primitivo y salvaje, por decirlo así. El narrador calificó su relato de

«REMINISCENCIAS TUDESCAS»

y ese relato fué el siguiente:

Lo que voy á narrar no alcanza á ser una historia ni un cuento, es una simple exposición de ciertos hechos que muy poco interés general tienen, aunque acaso sí puedan servir para dar una idea de un mundo especial y de una clase de vida poco conocida entre nosotros los latino-americanos.

En Leipsique, aquella ciudad famosa antaño y ogaño entre las gentes de estudios, en donde florece esa Universidad tan renombrada en todo el hemisferio occidental, habíamos constituído entre algunos hispano-americanos y latinos de otras procedencias, una asociación que se llamó «Sociedad Hispano-Americana.» Nos

reuníamos, como es de rigor para toda asociación de estudiantes de universidades alemanas, en el hospitalario salón de una taberna, amplio y capaz. El estudiante alemán asiste á las conferencias de los profesores durante el día, y mientras el sol brilla en el cielo, si es asiduo y se propone ganar sus cursos, dedica casi todos sus instantes á la ciencia; pero apenas entra la noche, se traslada á su taberna, en donde, unas veces oficialmente, otras sin tal carácter, pasa largas horas fumando la luenga pipa característica de los teutones, y bebiendo la incomparable cerveza del país. Ningún estudiante que se respete deja de pertenecer á alguna asociación, sea ésta un *Corps*, una *Verbindung*, ó una *Burschenschaft*, que son los nombres de las principales clases de clubs en que se constituyen los hijos de las universidades. Cada uno de estos clubs tiene un salón especial de reuniones para celebrar en ellos sus *justas*, valga la frase, de cerveza, llamadas *Kneipen*. Durante cada semana, todo club tiene una, y á veces dos noches de *Kneipe* oficial. Las otras noches se pasan más ó menos de la misma manera, pero sin el formulario requerido en las primeras.

Con la plasticidad inherente á la juventud, la Sociedad Hispano-Americana de Leipsique,

seguía el ejemplo de los demás clubs estudiantiles, y celebraba sus Kneipen con tanto fervor como si sus miembros, en vez de ser nacidos en países en donde el cielo es azul y tibios los aires, y en donde suena el *sí*, hubiesen venido á la vida en las brumosas regiones de la Alemania del Norte, donde ruge el Báltico y vuelan gaviotas; ó en las comarcas que producen la cebada y el lúpulo, con los cuales se prepara aquella soberana cerveza de Baviera, cuya corriente ha invadido el mundo entero con idéntica tenacidad y eficacia á la que demuestran los tudescos para adueñarse del comercio extranjero y para popularizar su ciencia, su industria, y en muchos casos su habilidad para meter gato por liebre, como puede comprobarse con los vinos de Burdeos inocentes de uva, hechos en Hamburgo, con las especias confeccionadas con cartón, y con los artículos de París fabricados en Nuremberg.

Pero no divaguemos.

La taberna consabida, que sin duda existe y florece todavía, porque la Alemania es el país de las viejas catedrales y de las tabernas imperecederas, como lo atestiguan, entre las primeras, la de Colonia y la de Strasburgo, y entre las segundas, la de Auerbach en Leipsique, y el Bremer-Keller en Bremen, para no

nombrar más, se llamaba «la casa de los siete hombres» *Sieben Männer Haus*, y estaba anexa á la estación del ferrocarril de Baviera. El salón de las reuniones quedaba debajo del suelo, no por falta de espacio encima de él, sino porque aquello de penetrar á las entrañas de la tierra, en donde diz que los vinos y los líquidos fermentados se conservan mejor, tiene atractivo especial para los descendientes de Arminio, quienes con predilección se complacen en pasar largas horas en sus sótanos, llamados Keller, bien entendido que no para entregarse á la meditación sobre la nada de las cosas humanas, sino para consumir grandes cantidades de cerveza y de tabaco. En el centro de la estancia se veía una larga mesa, alrededor de la cual cabían hasta cuarenta personas. Contra los muros se hallaban las sillas ó taburetes indispensables, todo de antigua encina, sencilla y sin talladura de ninguna especie. Dos de las sillas tenían brazos y estaban destinadas á los funcionarios ó dignatarios de los clubs. A la entrada, sobre el portal, se destacaban estas palabras:

«EN EL FRESCO SÓTANO ME COMPLAZCO YO»

y sobre los muros, á diestra y siniestra, y en el fondo, podían leerse otras citas tomadas to-

das ellas de cantos populares, en su mayor parte de los preferidos por los estudiantes, quienes á la tarea de beber y de fumar añaden la de entonar á voz en cuello sus hermosas y sentimentales canciones, en las que se respira el aliento tradicional de las razas teutónicas. Entre otras, veíanse allí las siguientes frases:

«Allí donde los cantos pueblan el aire, allí me tiendo yo.
Los malvados no tienen cantos»

Otra

«Ceñid con laurel el grato y rebosante bocal
y apuradlo íntegramente, apuradlo sin cesar»;

y otra,

«En el Rhin en el Rhin, allí crecen nuestras vides,
en toda Europa no hay un vino que con el suyo se compare»;

y otra,

«Cebada y lúpulo Dios los conserve»

Et sit de ceteris.

Entre los miembros de la Sociedad Hispano-Americana, los había de casi todos los países latinos de América. No faltaban algunos españoles; y como el espíritu de sus fundadores había sido cosmopolita, también pertenecían á ella individuos de otros países, italianos, rumanos, griegos y algunos pocos alemanes. El lenguaje usado en las sesiones, era el de Castilla. En él se pronunciaban los discursos y se

sostenían las frecuentes discusiones sobre asuntos de ciencia ó de literatura, tratados en las conferencias, ó ensayos leídos por muchos de los miembros. Como había estudiantes de todas las facultades, resultaba de ahí una grande é interesante variedad de temas; y el hecho de que sólo en castellano se hablaba contribuía en gran manera á atraer á estudiantes para quienes ese idioma no era lengua nativa, y que querían aprenderlo. El reglamento era amplio y hospitalario. Para ser admitido como miembro bastaba presentar una solicitud á la junta directiva, acompañada del comprobante de ser miembro de la universidad quien la hacía. Los derechos de admisión eran tan pequeños que no merecen mención alguna. En las noches de kneipe cada cual contribuía su cuota-parte para el pago de la cerveza y del alquiler del local.

El tesoro de la Sociedad consistía en las buenas prendas de sus miembros, en las esperanzas que para el porvenir abrigaban y en muchas otras cosas preciosas, pero intangibles, que no requerían ni caja fuerte para ser depositadas, ni guardas que las vigilasen. Había entre los miembros de la Sociedad, como los hay en todas las universidades, unos pocos estudiantes ricos ó acomodados, y una gran porción de pobres y luchadores. Entre estos

últimos, algunos bohemios en cuanto á sus tendencias y modo de contemplar la vida. El bohemio es planta abundante en todas las universidades. En la época de la juventud, cuando el hombre todavía no ha contraído compromisos con el mundo, cuando su fe en la humanidad no ha sufrido desengaños y cuando aún brillan los ideales en su primitivo esplendor, el ser bohemio, es decir, el tomar la vida tranquilamente, sin pensar en el día siguiente, contentándose con el goce de hoy para llenarla, sin permitir que enturbie el vino, ni la luz del día, el temor del mañana, es cosa fácil y llevadera; es casi natural. Después, á medida que los años avanzan, cuando los desengaños empiezan á amontonarse en la memoria, y la fe en los hombres y en el bien padece sus primeros quebrantos, la persistencia en ser bohemio indica en el individuo algo incompleto, alguna falta de aptitud para la lucha práctica, y es indicio seguro de fracaso y de ruina inevitables, salvo en aquellos rarísimos casos en que el genio suministra fuerzas de compensación.

Á la hora de los cantos, el idioma alemán se imponía, pero no del todo; hacíanle competencia las canciones en latín que forman parte del repertorio de los mismos estudian-

tes alemanes, tales como aquella que empieza: *Gaudeamus igitur juvenes dum sumus*, ó aquella otra que en su comienzo dice: *Edite, bibite colegiales, post multa secula, pocula nulla.*

También resonaban con frecuencia, unas veces, las seguidillas y malagueñas españolas, otras, las habaneras cubanas, los bambucos colombianos, los galerones de Venezuela y los cantos populares de Méjico y de otras partes de la América española.

Los estudiantes alemanes, que formaban parte de la Sociedad, aprendían el idioma castellano con esa maravillosa facilidad característica de los nacionales de ese país para aprender las lenguas extranjeras, no tan grande empero, como la que tienen los rusos y los polacos.

Llegó una vez á la Sociedad un individuo, estudiante de Teología, que sorprendió á los circunstantes por lo arcaico y anticuado del castellano que usaba al hablar. En su boca, todas las palabras que hoy día solamente en libros se ven, sonaban con frecuencia: magüer, asaz, cabe, etc. Explicaba él con una sencillez que al principio pareció afectada, pero que después resultó ser genuína, que teniendo necesidad de estudiar las lenguas orien-

tales, el hebreo y el sanscrito, para obtener su grado, se había aficionado á las familias romances de las lenguas indo-germánicas, y que siendo poseedor del latín, base ineludible de los estudios universitarios para cualquiera facultad, no había hallado tropiezo alguno para proseguir sus investigaciones en las lenguas congéneres, de las cuales, en pocos años, había resultado profundo conocedor. «De paso», decía él, había echado una ojeada sobre el rumano, el catalán, el gallego y los varios dialectos del Sur de Francia y del Norte de Italia, además del italiano, el portugués, el español, etcétera. Como no había podido salir de Alemania, sus conocimientos eran todos adquiridos en los libros, y no en la literatura moderna, sino en la antigua. Moreto, Calderón, Cervantes, Lope de Vega, Góngora, Ercilla y los demás clásicos españoles habían sido sus maestros; de aquí el que hablara en lenguaje de libro, y de libro antiguo. El contacto con los miembros de la Sociedad le sirvió para adquirir la lengua moderna, y después de algunas sesiones nos leyó una sapientísima conferencia sobre el desarrollo de las lenguas romances, desde su primer origen hasta sus múltiples ramificaciones en su estado actual. Debemos confesar que aquel escrito fué uno de los

pocos que no suscitaron discusión ni contradicción de ninguna especie; pues la ciencia de su autor era tan evidente, y la ignorancia de los que le escuchábamos tan palpable y abrumadora, que aceptamos como contundentes sus razones, y como incontrovertibles y exactos, respectivamente, sus argumentos y sus deducciones.

Nuestro hombre se llamaba Karl Müller. Era versadísimo en filosofía y en teología, y se preparaba para obtener el grado de pastor luterano. Si lo que precede fuera lo único característico de él, á buen seguro que su recuerdo, ó se habría borrado de nuestra memoria, ó no se destacaría en ella con la nitidez y la frescura de un hecho reciente. Empero, Karl Müller tenía peculiaridades que le distinguían de los demás hombres, y son ellas las que nos hacen hablar de él en especial. Era gran consumidor de cerveza, y fumaba tanto, que su cabeza estaba constantemente envuelta en nubes de humo. Hombre de aforismos y de frases, sostenía que ni la lengua germánica ni la historia de los pueblos teutones podían estudiarse con provecho sin tener al lado un vaso de cerveza con que refrescar el cuerpo y el ánimo de trecho en trecho. Acorde con Bretón de los Herreros, sostenía

también que el único bien positivo que á Europa trajo el inmortal Colombo, había sido el tabaco. A pesar de la carrera para la cual se preparaba, era enteramente escéptico é incrédulo en cuanto á las religiones positivas; sin que fuera posible adivinar si sus creencias eran panteísticas ó si acaso no tenía ningunas, sí era fácil advertir que no era ateo; pues hablando de Dios, del Supremo Hacedor ó de la causa primera de las cosas, se notaba en sus palabras algo como una innata reverencia, como una veneración orgánica, que reconoce lo que no puede explicar á su propia satisfacción, venerándolo siempre.

Trataremos de recordar la explicación que algún día nos dió á varios de sus amigos cuando alguno le preguntó cómo era posible que siendo tan incrédulo, se dedicara á la carrera de la Iglesia. Más ó menos se expresó él en los siguientes términos:

«Nosotros los hombres somos, lo mismo que todos los entes y que todas las cosas en este bajo mundo, resultantes de fuerzas anteriores y superiores, que nos modelan, nos impulsan y nos arrastran, sin que la propia voluntad pueda hacer más que modificarlas ligerísimamente. Á esa ley inevitable obedece el que yo, con mi modo de ver las cosas, me

halle forzado á prepararme para el servicio de una religión positiva, cuyos símbolos no me inspiran respeto, cuyo culto y ritual me parecen un cúmulo de convencionalidades artificiosas, cuyos dogmas no puedo considerar ni como eternos ni como verdaderos, y cuyas tendencias, en vez de parecerme divinas, creo que son simplemente resultado de combinaciones hechas por una clase de hombres para su provecho y beneficio personales, por medio de la explotación de los demás hombres. Creo con Proudhon, que cuando algún hombre le habla á otro de Dios, es porque piensa atacar la bolsa ó la libertad de ese otro; y me he convencido de que todas las instituciones humanas, laicas ó religiosas, no tienen más objeto que la explotación de la humanidad en beneficio de los que las forman y las dirigen.

»A pesar de que veo estas cosas con perfecta claridad, tengo que ordenarme de ministro, y después tendré que ejercer las funciones de párroco en mi pueblo natal. Me juzgarán ustedes duramente; creerán que soy farsante. Antes de fallar, oigan mis razones:

«Soy nacido en una pequeña aldea situada en el Rhin, la cual forma parte de un antiguo condado, en donde aún perduran muchas tradiciones y costumbres feudales. La casa que

habita mi familia es la misma que, desde hace diez ó doce generaciones, ha servido de abrigo á mis antepasados. El primero de ellos que la habitó, vino á ella á raíz de la Reforma, como clérigo luterano, antiguo monje escapado de algún convento católico, quien, valido de los privilegios de la nueva secta religiosa, tomó mujer y fundó una familia. Los señores del condado, que lo son también de la tierra en que está la aldea, y en cuyas manos está el nombrar párrocos ó pastores religiosos, para que desempeñen el ministerio eclesiástico entre los habitantes de su condado, se afiliaron desde muy al principio en la causa de la Reforma. Durante todas las generaciones anteriores á mi padre, mis antepasados tuvieron la suerte de que les nacieran varios hijos, y uno de ellos, por lo menos, fué siempre destinado á la carrera de la Iglesia, para que después pudiera suceder á su padre en el desempeño de sus funciones ministeriales, y adquiriera así el derecho de conservar para la familia la casa paterna. Por desgracia para mí, mi padre tuvo nueve hijas pero sólo un hijo, que es este humilde servidor de ustedes. Bien se comprende, muy bien, por lo que dejo expuesto, que en mi caso no hubo desde mi infancia ni siquiera un día de vacilación respecto de cuál sería mi

ocupación en este mundo; puede decirse que yo nací ordenado, y que los estudios de preparación posteriores han sido simple fórmula para completar lo que en mí pudiera calificarse como perteneciente y orgánico á mi persona.

»Basta pensar en el cúmulo de memorias, de tradiciones y de cariño de ocho ó diez generaciones de una misma familia, encerrado dentro de los cuatro muros de aquel modesto hogar; basta pensar en que los señores del condado no creían tener mejor derecho á su título y á su propiedad que los miembros de mi familia al hogar en donde por tanto tiempo vivieron sus antepasados, para explicarse la agonía, la ansiedad y el temor en que vivían mis padres cuando, año tras año, tan fiel como las cosechas en los campos, venía un nuevo descendiente á su hogar, resultando, por siete veces consecutivas, que el recién llegado era una niña, y que toda esperanza de conservar el techo paterno se alejaba y casi se perdía. Desde el fondo de sus almas de creyentes, mi padre y mi madre elevaron preces al Señor, cuyo oído creían ellos atento á sus plegarias, para suplicarle el envío de un hijo que pudiera reemplazar oportunamente al padre, cuyos años ya empezaban á declinar, en el desempeño de sus tareas ministeriales, conservando para la fami-

lia lo que le pertenecía desde hacía muchas generaciones. Así, pues, cuando vine al mundo, tanto los míos como los extraños, juzgaron que Dios se había apiadado, y vieron en mí el salvador del paterno techo. Nací, pues ordenado, sin ambaje ni metáfora de ninguna especie en la expresión.

»Mi infancia se pasó entre cuidados y mimos especiales. Cuando llegó la época de asistir á la escuela, los demás niños me daban el título de reverendo, y en mi propio ánimo jamás hubo ni asomo siquiera de rebeldía contra destino tan manifiesto. Posteriormente tocóme venir á la Universidad, y la ciencia y los conocimientos aquí adquiridos son los que me han hecho contemplar la profesión á que se me destina como un oficio humano, y no como una misión divina. Hubiera hablado con claridad, pero esa franqueza habría tenido por resultado el destruir las esperanzas de mis padres, y el privar á mis hermanas del hogar que es suyo y que de otra manera no puedo procurarles yo. Largo tiempo debatí la cuestión conmigo mismo. Yo no podía ni puedo ponerle diques al torrente explorador de mi pensamiento, que ha inundado todos los ámbitos de la investigación humana, hasta donde el tiempo y las fuerzas me han alcanzado. Yo no po-

día ni puedo cortarle las alas á mi espíritu y marcarle estrecho espacio para que dentro de él vuele, é impedirle que se remonte á alturas desde donde se vean más claramente las causas de las acciones de los hombres; pero sí podía conservar para mí, y dentro de mi propio pecho todo lo que veía, y sin faltar á la verdad ni á mis compromisos, obrar de modo de no causar daño á quienes todo lo esperan de mí.

»Digo á ustedes, que son profanos en la materia, y lo digo después de diez ó doce años de estudio concienzudo y tenaz, que si hay algo en que abunde y prevalezca lo fofo, lo engreído, lo convencional y á veces hasta lo ridículo, es lo que los hombres con arrogancia llaman Teología, la ciencia de Dios, como si estuviera al alcance de ellos. Á poco andar, advierte el más lerdo que penetre en ese campo con intención de analizar cuanto á su paso se le presente, que si á los teólogos se les quita la muletilla de la fe, todo su edificio cae por tierra. Huyendo de la tristeza y de la melancolía que estos descubrimientos infundieron en mi ánimo, quise refugiarme en el estudio de algo positivo, en que la verdad y la razón pudieran ejercer su imperio libre de trabas convencionales, y me dediqué al estudio de la filología. Complacióse mi ánimo en seguir el des-

arrollo del pensamiento humano, cuyas huellas van claramente marcadas en la historia de las lenguas muertas y las vivas. Las palabras, que son las partes componentes de las lenguas, son al pensamiento lo que las alas para las aves, le permiten tender el vuelo del centro de donde nace, que es el cerebro individual, para llegar á otros cerebros, y para unir al hombre, así, en cadena solidaria de ideas, con el resto de sus congéneres. Y siguiendo mi símil, diré que representando al pensamiento provisto de palabras como un ave alada, en esa sublime ornitología, las modificaciones de las palabras marcan el desarrollo de la especie, como los matices y la forma de las plumas contribuyen también á indicarlo respecto de las aves que pueblan el espacio; sólo sí que los ámbitos en que se mueven las ideas son infinitos, en tanto que son limitados aquellos que se abren á las alas materiales. Por ahí comprenderán ustedes el profundo, intenso placer que he experimentado estudiando las lenguas, merced á lo cual tengo también el de estar aquí con ustedes.

«Una vez que me posesioné del hecho de que lo que de mí se exigía era el llenar ciertas funciones que estaban á mi alcance, resolví equiparme de modo de hacerlo sin dejar nada que desear. Estudié á tarde y á mañana todos los

autores y expositores del credo que me ha cabido en suerte, y al hacerlo tuve que empaparme en las múltiples teorías de otros credos análogos ó antagónicos, de suerte que llegué á adquirir un conocimiento bastante extenso de las distintas formas de religiones que se profesan en nuestro país.

«A ustedes, que son todos hombres de mundo y estudiantes, es decir, analizadores, les diré lo que á oídos de gentes timoratas y no acostumbradas á apreciar las cosas en su verdadero valor, pudiera parecer irreverente y acaso hasta blasfemo.

«Yo podría desempeñar perfectamente en la aldea á que me vinculan tantos lazos y á la cual pronto he de volver, el ministerio protestante luterano y el curato de la iglesia católica. Conozco á fondo todo lo bueno que cada una de esas iglesias dice de sí misma; todo lo malo que cada una dice de la otra y de todas las demás. Me sería fácil dogmatizar y anatematizar desde el uno ó el otro de los dos púlpitos, apoyándome en textos evangélicos, en citas de los Santos Padres, en comprobaciones históricas; en una palabra, haciendo en cada caso uso y aplicación de todas las armas de los respectivos arsenales. Y creo que para desempeñar esas tareas me hallo mejor preparado, mejor

apertrechado, por decirlo así, que la mayoría de los ministros protestantes ó de los curas católicos que andan por esos mundos de Dios. Ojalá la tolerancia de las gentes y el espíritu de ellas fueran suficientemente amplios para permitirme desempeñar los dos oficios á un mismo tiempo, cosa perfectamente realizable en el hecho, ya que merced á la escasa población de mi pueblo me alcanzaría el tiempo para ello. Al fiel, en realidad, lo que le importa es la exposición clara de lo que él cree, la defensa de eso mismo con los mejores argumentos y comprobaciones que se conozcan para el efecto, y el ataque á la teoría ó la doctrina enemiga, con toda la forma de ira ó de pasión usual y que mejor éxito haya tenido. Poco ó nada en realidad tiene que importarle al feligrés lo que en el fondo de su ánimo sienta el individuo que predica. De lo que él necesita es de una voz que hable, que resuene en los oídos, repitiendo lo que los creyentes consideran ser la verdad. Si es la verdad lo que suena para esos oídos, poco importan los labios que la pronuncian, así como importa poco quién imprimió el libro, si el texto es verídico, ó tenido por tal. Ya me veo yo sosteniendo una cosa á mediodía, la contraria por la tarde, y riéndome á mis anchas y á mis solas de una y de otra

manifestación, por la noche. Nada de esto será posible; y tampoco me sorprenderá que, andando el tiempo, la fuerza del hábito venza á mi razón y á mi conciencia, y resulte yo dogmatizando y anatematizando desde mi púlpito con todo el ardor de un creyente. Lo único que quiero que conste, por ahora, es que son razones superiores á mí, razones de nacimiento, y la suprema fuerza que obliga á los hombres á tantas cosas, el hambre, y no el hambre propia, sino el hambre de los seres queridos, lo que me obliga á representar algo que tiene tan grande aspecto de farsa, pero que en mi caso no lo es, porque yo me comprometeré tan sólo á exponer un credo tal como los que me han de escuchar lo creen y lo han creído. Nadie me ha exigido que crea yo también, y felizmente el silencio sobre este punto me deja toda mi libertad. Lo que se busca es un artífice, un obrero que haga cierta labor, y esa labor la realizaré con más mérito que el que, creyendo, la ejecute á medias. Mis futuros feligreses pueden estar seguros de que jamás habrán tenido sus antepasados, entre los míos, un predicador mejor enterado ni más al corriente de todo lo que debe decirles y de todo lo que debe callarles.»

Esta sola conversación sirve para dar una idea del carácter y del temperamento de Karl

Müller. Sus palabras no dejaron de producir asombro en todos sus oyentes y pavor entre muchos de ellos, á quienes les parecía inaudita tanta irreverencia y familiaridad tan poco respetuosas con las cosas venerandas para ellos desde su infancia. Karl Müller cumplió su palabra. Un año después presentó un grado lucidísimo. La tesis que escribió que fué sobre algún punto de los más abstrusos de la teología luterana, hizo raya y fué altamente encomiada por el clero de esa iglesia. Karl se retiró á su pueblo, del cual, como lo supimos algunos años después, pudo salirse á ejecutar labores más simpáticas para él que la de predicar sobre dogmas en que no creía.

Abierta por el gobierno inglés á la competencia universal la cátedra de sanscrito, en alguna universidad de la India, de entre varias decenas de candidatos que se presentaron á solicitarla, armados de los trabajos requeridos, como prueba de idoneidad, Karl fué elegido por unanimidad por el consejo de profesores, y trasladado á Calcuta ó á Bombay ó á alguna otra ciudad de la península indostánica, en donde lo probable es que á la sazón se halle aprendiendo «de paso» los muchos dialectos que se hablan en la India, bebiendo la cerveza de Baviera y fumando tabaco en la

larga pipa tudesca que rara vez soltaba de la boca.

En cuanto á la casa, en su pueblo natal, sabemos que con sus primeros ahorros la compró para su madre y para aquellas de sus nueve hermanas que todavía no se han casado.

Este incrédulo, este pensador profundo y honrado, aunque poco reverente con tantas cosas que otros hombres veneran y adoran, tenía un fondo de cariño y de afecto inagotables; sabía cumplir con sus deberes para con todos, y guardaba en el alma caridad suficiente para ablandar el corazón y las preocupaciones de cientos y cientos de ministros luteranos. Su gran tema era el de la tolerancia y el perdón de las ajenas faltas, y repetía con frecuencia aquel proverbio francés que encierra tanta verdad y tanto cariño «*Tout connaître c'est tout pardonner.*» Conocerlo todo, es perdonarlo todo; ó mejor dicho, quien conozca el fondo de las cosas, es decir, las causas que mueven á los hombres ó sean las fuerzas de que ellos son resultante, sabrá perdonarles sus faltas.

CAPÍTULO DÉCIMO-SÉPTIMO

No fué una reminiscencia tudesca, sino un recuerdo americano lo que formó el tema de otra de las narraciones ó conversaciones de aquellas largas veladas. El narrador habló de acontecimientos ocurridos en Nueva York, centro y emporio de la civilización norte americana. He aquí su relato:

Corrían los principios de la octava década de este siglo, hoy ya moribundo y pronto á entregar el resumen de su vida en las páginas de la historia. Vivíamos en la ciudad de Nueva York, que si por lo laboriosa y atareada es comparable á una colmena, por lo agitado y mudable de su vida, lo es más bien á un campamento. A esa ciudad, cosmopolita como ninguna otra en el mundo, llega la corriente humana de la vieja Europa, ora para quedarse allí, ora para invadir el resto del país. Cada

vapor del antiguo continente que toca en esa playa trae á su bordo innúmera muchedumbre. Allí llegan los judíos, rusos y polacos, que van huyendo de la tiranía y del hambre de que son víctimas en su propio suelo; los alemanes, que buscan nuevo campo á su industria, en donde poder ejercitar su labor con mayor eficacia; y, como ellos, allá llegan también los húngaros, los bohemios, los suecos, los noruegos, los italianos, los irlandeses, sin que falten ingleses ni franceses. Puede decirse que en la población que circula por las calles de la metrópoli americana se encuentran individuos de todas las procedencias del globo.

Sabido es, sin embargo, que el anglosajón, fundador de la nación norteamericana, si bien se modifica en cierto grado con el contacto de las otras razas, acaba por imprimir á cuanto toca su propio sello y por amoldarlo á sus leyes y á sus costumbres. De aquí resulta que la conglomeración neoyorkina obedece, más que á ningunas otras, á las tendencias anglosajonas, y que así como el idioma que prevalece es el inglés, enriquecido con giros y frases provenientes de los demás idiomas, así también las tendencias de vida y las aspiraciones que allí prevalecen son las de los anglosajones.

El estudio de estos fenómenos, de estas modificaciones y de este amalgamamiento, por decirlo así, forma una de las fases ó manifestaciones más interesantes de la vida moderna. Dicho estudio es demasiado vasto para nuestras fuerzas. Nosotros aludimos á él de paso, como cuando, antes de beber de las aguas de un manantial, uno advierte que ellas vienen rodando de peña en peña por los escarpados flancos de altísima montaña.

Cruza la babilónica ciudad de que venimos hablando, casi hacia el centro de ella, una ancha y espaciosa avenida que se llama la calle Catorce. En la parte de ella que se extiende desde la plaza llamada de la Unión hacia la Tercera avenida, se encontraba por ese entonces una muestra de la ciudad, que compendiaba muchos de los aspectos de la vida pública y social. Bancos, casas de comercio, salones de conferencias, clubs políticos, uno ó dos teatros, tiendas de ventas al por menor, salones de conciertos, y una inmensa abundancia de tabernas. Todo aquello agrupado en un recinto relativamente estrecho, limitado hacia un extremo por el hermoso Parque de la Unión y hacia el otro por la Tercera avenida, cruzada en su superficie por los tranvías de sangre y en lo alto por las dos líneas paralelas interminables

del puente llamado ferrocarril elevado, sobre las cuales pasaban sin cesar, en opuestas direcciones, cargados de humanidad afanada, rapidísimos trenes, lanzando al aire el silbato estridente y el blanco penacho de sus locomotoras.

Allí se agitaba entonces, como sin duda se está agitando ahora mismo, una inmensa muchedumbre de gente de todas las nacionalidades conocidas. Á la entrada de la plaza, sobre un alto pedestal, se ve la estatua de Wáshington, el Padre de la patria, á quien el artista ha representado con la diestra levantada en lo alto, en actitud, según se dice, de implorar perennemente las bondades del cielo para su país. Esa actitud la explican otros, diciendo que esa mano está levantada así, aguardando, para caer al lado del cuerpo en posición natural, á que del renombradísimo club político, llamado de Tammany, salga al fin un hombre siquiera patriota, ó al menos honrado. Agregan los que así explican las cosas, que la estatua lleva ya cincuenta años de espera; pero que pasarán muchas veces otros cincuenta años sin que se le presente la ocasión de bajar la mano.

En esa misma calle había por aquel tiempo un salón de conciertos á estilo alemán; era el

de «Theiss», llamado así del nombre de su propietario. El salón ó jardín de conciertos era amplio y capaz para contener trescientas ó cuatrocientas personas. La entrada era libre. En el fondo, sobre un estrado levantado á cierta altura, se veía una orquesta de músicos alemanes, que por la tarde y por la noche ejecutaban música, tomada de los compositores más populares de su país. Solamente los domingos no era permitido esto; pues según las leyes puritanas que aún rigen, llamadas *leyes agules*, la música alegre ó que no sea netamente religiosa, es considerada como violatoria de la santidad del día sagrado. Alrededor de los cientos de mesas de madera que llenaban el salón, se veían instalados, consumiendo cerveza, numerosos aficionados de uno y de otro sexo, los cuales venían allí á solazarse, bebiendo al compás de las melodías que poblaban el aire, melodías pocas veces del género clásico, pero que eran generalmente ejecutadas con maestría y con sentimiento artístico.

Allí nos reuníamos con frecuencia, después de las faenas del día, varios hispanoamericanos. Entre ellos, mencionaremos á Pérez Bonalde, el traductor de Heine y del «Cuervo» de Poe, cantor del Niágara, hombre de habili-

dades múltiples y de versatilidad maravillosa; poeta de corazón, artista de sentimientos clásicos, vivía perennemente en una especie de Olimpo, en donde habitaban las deidades de la poesía, de la belleza y del amor. Hablaba ocho idiomas con tal perfección, que al escucharle aquellos para quienes cada uno de ellos, según el caso, era lengua nativa, creía conversar con un compatriota. Sus versos son reconocidos como de poeta genuíno, vaciados en molde clásico. Hay en ellos, ora relámpagos en que brilla la luz del cielo azul de Grecia, ora notas de tristeza que parecen ecos remotos de la lira del Dante, ora esas vaguedades y melancolías indefinidas peculiares de los poetas alemanes y escandinavos. Á más de esto, era escritor de prosa elocuente, robusta y frondosa. Mas no se crea que aquí paraban sus habilidades; pues sentado al piano, sabía arrancarle á ese instrumento melodiosísimos acordes, y ejecutaba en él con igual facilidad y siempre con profundo sentimiento artístico, ya una sonata de Beethoven, ya una fuga de Bach, ya una danza cubana, ó un canto netamente hispanoamericano. Con el pincel había logrado demostrar gran talento en algunos pequeños cuadros y acuarelas, pintados en sus ratos de ocio. Para cerrar la enumeración de

sus habilidades artísticas, debe hacerse mención de que era un admirable cocinero ecléctico y cosmopolita, que con igual acierto preparaba un arroz á la valenciana, una matelotte de anguila, como aquella en cuya preparación se complacía Alejandro Dumas, ya un manjar de alta cocina, ya un plato humilde de su país, como una *carauta* frita ó un zancocho de gallina. Item más: con la pistola ó el rifle en la mano, tenía una puntería tan certera, que le era vedado por los dueños de los establecimientos respectivos, que ya le conocían, entrar en competencia en aquellos casos en que al vencedor se le adjudicaba un premio de dinero; y como floretista, no tenía rival conocido en toda la isla de Manhattan.

Por ese entonces, Bonalde completaba la traducción del Cancionero de Heine, y siempre que llegaba á la mesa, alrededor de la cual nos reuníamos, sacaba del bolsillo un ejemplar del texto alemán, y las cuartillas en que había escrito las últimas traducciones.

Otro de los circunstantes era José Martí, hombre de genio y, como los hechos posteriores lo han demostrado, perteneciente á la raza poco numerosa de los fundadores de nación, cuyos hombros, como los de Atlas, para soportar el mundo, tienen la fuerza para so-

brellevar todo el peso del dolor acumulado de muchas generaciones y para realizar las empresas redentoras. Pérez Bonalde y Martí, ambos eran poetas, y como tales, soñadores; sueño más grande y más sublime el del último. El primero soñaba con la gloria; el segundo con la libertad. Además de estos dos hombres superiores, nos reuníamos en torno de la mesa muchos otros, que admirábamos y venerábamos en ellos la sublime inspiración.

Uno de los individuos más simpáticos y de corazón más tierno y sensible de cuantos allí llegaban, era otro poeta, llamado Roberto. Tanto Martí como Pérez Bonalde, que eran, por decirlo así, los supremos sacerdotes en aquel pequeño cenáculo, le profesaban especial cariño, y escuchaban con deferencia y con acatamiento sus opiniones en cuestiones de arte y de literatura. Si el tiempo nos alcanzara, ¡cuántas relaciones interesantes pudiéramos hacer de discusiones ocurridas alrededor de aquella mesa, en medio del ruido del cristal sobre la madera y en aquella atmósfera impregnada por el acre olor de la cerveza y del humo del tabaco encerrado en estrecho recinto, palpitante con los ecos de la música! Mas para ello no es ésta la ocasión, y acaso no haya llegado el tiempo de hacerlo todavía.

Queremos solamente referir un incidente, que demuestra la ternura de corazón de Roberto y la enorme facilidad que poseía para encerrar dentro de los límites de una estrofa, como preciada joya en pequeño estuche, una nota genuina de sentimiento, nacido en el fondo del corazón.

A esa misma mesa, á la cual nos sentábamos, se acercaba casi todas las noches una florista, muchacha de veinte á veintidós años de edad, bella y graciosa, que ofrecía sus ramilletes de flores en cambio de unos pocos cobres. ¡Pobre niña! En la dura vida que llevaba, expuesta á todos los huracanes del mundo, ella había sucumbido, y sus flores, ¡triste es decirlo!..., no eran su única mercancía. La contemplación de estos ángeles caidos inspira siempre profunda tristeza á quien para mientes en su suerte Sucede, sin embargo, que en el tragín del mundo ese espectaculo es tan frecuente, que nos familiarizamos con él, y no alcanza nuestra piedad en todas las ocasiones para cubrirlo, como no alcanza el dolor en un campo de batalla para todos los muertos tendidos á diestra y á siniestra, víctimas de la insana violencia. Acompañaba generalmente á la florista su hermana, niña de quince años, pura como las flores que vendía, más pura

que ellas todavía, y era de verse cómo aquella otra hermana, ya caída, defendía la suerte de su compañera, y cómo, conocedora ella misma de los dolores y de las tristezas de la vida, quería evitarle el que cayera por la misma terrible pendiente, en la misma terrible ruina.

Los que á nuestra mesa se reunían, se complacían todos en comprar flores á la hermana mayor y en hacer pequeños regalos demostrativos de cariño á la hermana menor. Tomábamos un interés por ella como si fuera cosa propia. Hacíamos vaticinios tristes y dolorosos sobre el ineludible curso fatal de su existencia, y pobres de bolsa como éramos, en nuestros sueños de fortuna, al contar los millones imaginarios que habían de ser algún día nuestros, destinábamos siempre generosamente una suma bastante para mantener intacta é inmaculada esa pureza que nos parecía tan en peligro en aquel mundo en que se movía, como las alas de la mariposa que revolotea cerca de la lumbre. En especial Roberto profesaba á la niña una ternura infinita, y en más de una ocasión, pensando en las tinieblas del porvenir que á ella le aguardaba, se le llenaban los ojos de lágrimas y se advertía en él, á ese respecto, una amarga rebeldía contra la impotencia en que su suerte de hombre pobre

le mantenía, rebeldía que jamás dejaba él entrever respecto de cosas suyas propias.

Sucedió que un día, siguiendo la ley inexorable de ganarnos el pan diario, los compañeros que nos reuníamos á aquella mesa nos vimos dispersados por el viento del destino. Bonalde emprendió un largo viaje á Rusia en servicio de la casa comercial, para la cual trabajaba. Lo propio, en distintas direcciones de América y de Europa, nos sucedió á otros. Roberto fué el único que quedó en New York; pues Martí había empezado su grandiosa peregrinación, cuyo término, en apoteosis, en la mente de los hombres que amen la libertad, es ya conocido de todos. Roberto no quiso volver á aquel lugar en que tantas veces nos habíamos reunido.

Pasaron dos años, y el caprichoso giro de nuestras existencias nos reunió una vez más, á todos, en la metrópoli norteamericana. Alrededor de la mesa de antaño, sonaban las mismas músicas; los criados se agitaban llevando en cada mano tal número de vasos de cerveza, que á no verlo como hecho cumplido, nadie lo creería posible al oirlo descrito. Las gentes entraban al recinto y salían de él. De las dos floristas no tardó en presentarse la menor. La hermana mayor había sucumbido á una tisis

galopante durante el invierno que había seguido á nuestra separación, y la menor, desprovista de su protectora, había continuado el mismo oficio. Casi ni nos acordábamos de ella, pues en la vida diaria se aglomeran las imágenes, los acontecimientos y las personas de tal manera que, salvo que posean rasgos característicos muy marcados, ó que haya razones especialísimas que los graben en nuestra mente, todos pasan como las nubes por el cielo. Cuando la florista llegó á nuestra mesa, revivieron los días anteriores. Ya el libro de Bonalde estaba terminado; ya la labor de Martí empezaba á germinar, y acaso hubiera podido advertirse de el a un rumor tenue y lejano, como el de los primeros truenos remotos que anuncian la tempestad inevitable. Teníamos dos años más de vida, y muchas más tristezas que antes en el alma.

Cuando Roberto advirtió la presencia de esa niña, comprendió, como comprendimos todos de un sólo golpe de vista, toda la tristeza de su situación, todo el dolor de aquella pobre víctima inmolada por las necesidades de la vida, en que el hambre representa el papel de hacha, y la humanidad y sus convencionalidades, el del verdugo que la esgrime. Ya no era la niña de antes. ¿A qué describir el cambio que

todos comprendemos? ¿A qué pormenorizar sus manifestaciones?... ¿Quién se detiene á enumerar las variaciones que se advierten en el lirio que comienza á marchitarse, arrancado ya del tallo, y en el cual tienen lugar las transformaciones inexorables? La niña, recordando el cariño de Roberto, creyó encontrar en él, en el nuevo estado de cosas, una acogida más complaciente que en ninguno de los circunstantes, y se acercó á él. Hablaron; no oímos lo que decían. Él la trató con cariño y con dulzura. Ella se alejó, al parecer, enojada. Los ojos de Roberto se llenaron de lágrimas. Tomó un lápiz y escribió algo en una cuartilla de papel, sobre la cual mantuvo la mano. Apuró el vaso de cerveza que tenía delante de sí, á cuyo fondo rodaron dos candentes lágrimas, y levantándose de su puesto se alejó despidiéndose de nosotros sólo con un ademán. En la cuartilla había escrito estas líneas:

«De tu virtud é inocencia
dime, florista, ¿qué hiciste?
Bien lo dice tu presencia:
eran flores, las vendiste.»

Al leer la estrofa nos sentimos todos conmovidos, y sin previo acuerdo abandonamos el salón, en el cual resonaba el golpe de los vasos de vidrio sobre la mesa y los ecos de un

walse de Strauss, intitulado «Los compañeros alegres.» En el número de esos compañeros nos contábamos nosotros. De entonces á ahora, Bonalde, Martí y Roberto, tres grandes y genuínos poetas, han rendido la jornada de la vida. Nosotros seguimos todavía en ella, empeñados en la lucha por el pan diario. ¡Quiera Dios que ésta nunca nos obligue á vender, á nuestro turno, las escasas flores de nuestra existencia que todavía son nuestras!

CAPÍTULO DÉCIMO-OCTAVO

Llevado de la mano por el recuerdo, si así lo podemos decir, el espíritu recorre la ilimitada y silenciosa galería del mundo, depositario de los hechos, de los pensamientos, de las esperanzas, de las tristezas, de las ambiciones y de todo lo que constituye la vida en el pasado. Y es una bendición especial de la Providencia el que, merced á la palabra ajena, nos sea permitido seguir el pensamiento ajeno en esas mismas galerías, y aumentar el propio caudal de recuerdos ó refrescarlo con lo que en su propia mente guardan otros seres.

Otra de las narraciones escuchadas en la ocasión de que venimos ocupándonos nos transportó desde las orillas solitarias del magno río en donde nos hallábamos, á la propia patria, á la ciudad natal. Fué ella la siguiente:

Por los años de 1860 á 70, Don Restituto Guardiola, acaudalado comerciante de Bogotá, hecha ya su fortuna, decidió trasladarse á Europa con toda su familia, buscando allende los mares campo más extenso á sus operaciones comerciales, y país en donde la vida fuera más agradable que en el terruño propio. Aunque su establecimiento era bien conocido, se destacaban sobre su entrada, en ángulo que invadía el espacio casi hasta la mitad de la calle, dos inmensas tablas, adheridas cada una de ellas al muro por uno de sus extremos y sostenidas desde el vértice del ángulo por medio de una varilla de hierro enclavada, á guisa de bisectriz superpuesta, al tejado del edificio mismo. En esas tablas se veía en grandes letras realzadas el nombre de la casa comercial, que parecía la bandera de aquella institución. Desde muy lejos podían ver las gentes los reflejos del sol en el dorado letrero que decía:

«RESTITUTO GUARDIOLA Y C.ia»

Don Restituto, con la energía que le caracterizaba y lo metódico de todos sus procederes, venía preparando su proyectada peregrinación desde hacía mucho tiempo, así que cuando llegó la hora de partir todo lo tenía tan

arreglado como el balance de sus libros, ó el inventario de sus existencias. Empero, cosa rara, de algo se había olvidado, y era del bendito letrero sobre el cual brillaba la razón social de su casa, ya extincta y transformada, el cual, por ende, no tenía ya aplicación. En medio de todos sus arreglos, don Restituto se había olvidado de él, y no cayó en la cuenta sino la víspera misma de su partida, cuando era ya imposible hacer con las aludidas tablas algo útil y provechoso. Era don Restituto comparable á esos trapiches de caña que dejan el bagazo perfectamente seco, de modo que en él no queda ni pizca de materia sacarina; pues á todo asunto, á todo negocio y á todo hombre que á él se acercaba ó que se ponía en contacto con él, le hacía dar todo el jugo posible.

Aunque mucho le disgustó el olvido, era tarde para remediarlo, y lo único que pudo don Restituto hacer, fué regalar las tablas honradas con su triunfante nombre comercial á un sobrino suyo que quedaba en Bogotá, el cual recibió la donación sin saber á ciencia cierta lo que pudiera hacer con las benditas letras; pero siempre las aceptó, más bien como una imposición que como una dádiva.

Dicho se está que las tablas consabidas y las letras puestas sobre ellas habían salido de ma-

nos del artífice más afamado en la ciudad para esa clase de obra. Era él un artesano laborioso y honrado, carpintero artista ó de alta categoría, como dirían en dialecto de circo. A más de tablas ó letras para almacenes, fabricaba muebles de todas clases y dirigía un taller en que empleaba muchos obreros. Entre estos últimos figuraban algunos de sus hijos, uno de los cuales, llamado José, era amigo del supracitado sobrino receptor de las generosidades del tío rico y emigrado voluntario. Ya es tiempo de decir el nombre de este sobrino. Era Manolo.

De su excelsa posición en las alturas de las cosas humanas, descendieron las tablas tantas veces mencionadas, plegando su orgulloso ángulo, á ser arrinconadas en el solar de la casa de Manolo, solar que, como todos los de las casas bogotanas, se hallaba en la parte de atrás de ella, y era usado, entre otras cosas, para la cría ó depósito de unos tantos pollos y gallinas, de algunos pavos destinados á ser engordados é inmolados en holocausto, algún día de natalicio ó de fiesta de Nochebuena, ó en alguna otra, en el hogar paterno. Manolo era muchacho listo y emprendedor. Eran escasos sus haberes mundanales, pero fértil su imaginación en la creación de arbitrios para procurarse el necesario é indispensable metal, sin el cual son

tan reducidos los placeres en este bajo mundo que habitamos. La posesión del regalo del tío invadió el cerebro de Manolo, en el cual se sucedían unas ideas á otras, todas en persecución de algún método merced al cual las inútiles tablas y letras, pudieran emplearse para algo mejor que para arder, y dejaran de ser dormidero de aves irreverentes y sucias, que dejaban constantemente huellas de su paso sobre los hermosos caracteres representativos de la acreditada razón social cuya memoria vivía en la mente de compradores y consumidores, no solamente en la ciudad sino en todas las comarcas vecinas.

Como que de la meditación y del análisis íntimo suelen brotar grandes descubrimientos, sucedió que, merced á este medio, apareció al fin en la mente de Manolo, con los resplandores y promesas de una aurora, una idea que llamaremos luminosa. Vino ella á su mente cuando aun se hallaba en el lecho. Era, pues, fruto de la consulta con la almohada, que tanto suele ayudar en la solución de los grandes problemas de la vida. Desde que esa idea entró en su imaginación no volvió á cerrar el sueño los párpados de Manolo, tal era su ansiedad de someterla á la prueba y de hallar sus posibilidades prácticas.

En las primeras horas de la mañana, apenas abierto el taller de que ya hemos hablado, dirigía Manolo sus pasos hacia él. Entre los muchos obreros buscó el banco sobre el cual, cepillo en mano, José se ocupaba en pulimentar la dura superficie de una tabla de roble.

—¿Cómo estás? le dijo Manolo.

—Ahí vamos.

—Tengo que conversar contigo.

—Sí, pero no podrá ser ahora, porque si mi papá te ve, te mandará salir, y me reñirá á mí.

—Pero es que lo que tengo que decirte es importante.

—Aun cuando lo sea, aquí no podemos hablar.

Diéronse cita para el momento de recreo. Fueron largas y cargadas de impaciencia para Manolo las horas que hasta ese instante transcurrieron. Cuando por fin llegó, fué reanudada la conversación más ó menos en los términos siguientes;

—Dime, José, ¿tu papá hace letras para letreros?

—Por supuesto, y las mejores que se hacen en Bogotá, porque papá no usa sino maderas secas que no se cuartean como las de los Ruices y los Uruchurtus, que por eso las pueden dar más baratas que nosotros.

—Bueno, ¿y cuánto vale un letrero?

—No seas bestia; ¿cómo quieres que te conteste eso, sin saber de qué clase es el letrero, de qué tamaño, y de qué forma han de ser las letras?

—No te enfades. Te hago estas preguntas porque nos conviene saberlo. ¿Qué cuesta un letrero en letras grandes y de las más bonitas?

—Eso depende también del número de letras. Si son grandes, las hay también de varias clases.

—Entonces lo que quiero que me expliques es más ó menos cuánto puede valer cada letra.

José, creyendo entrever la posibilidad de una venta, tomó aire profesional y le dijo:

—Los precios de las letras varían. Si son de línea recta, son más baratas; las que tienen *buche* ó *barriga*, son más caras; la N, la M ó la A, cuestan menos que la O, la B ó la P. Además, si se quiere que tengan bordes dorados y biselados cuestan más que cuando no los tienen. Tambien aumenta el costo el color que se les dé. Son más baratas las barnizadas de rojo, de blanco ó de azul; ó las negras sobre fondo blanco, pero eso no es de buen gusto. Lo elegante, lo *chic*, como dicen los que han estado en París, es usar letras doradas con bordes biselados y de tamaño grande. Esas son las más

caras. Las hacemos de veinte, de treinta, y hasta de sesenta centímetros, según las quieran pagar; de modo que las letras doradas, biseladas y de sesenta centímetros, son las más caras, y cuando mandan hacer un letrero así, mi papá hace un promedio del costo por letra, para poder dar el precio del letrero que se solicita.

—Eso es casualmente lo que yo quiero.

Conocedor José del parentesco de Manolo con don Restituto, creyó que venía tal vez en comisión de alguno de sus parientes para averiguar el precio de alguna nueva tabla de flamante letrero para adornar el frente de su almacén, y esta creencia hizo que aumentara su amabilidad y condescendencia. Preguntó:

—¿Cuántas letras necesitas?

Manolo, con diplomacia innata, contestó:

—Lo que necesito es saber el precio medio de las letras de un letrero grande que reuna todas las condiciones que has explicado, y que sean del tamaño, por ejemplo, de las que tenía mi tío Restituto encima de la entrada de su almacén.

—Muy bien, repuso José. Ese letrero lo hicimos nosotros, y puedo averiguar lo que costó; pero te debo advertir que de entonces para acá la madera ha aumentado de precio y que

la hoja de oro para el dorado está ahora carísima, así es que hoy costará un poco más.

—Está bien; lo importante es que me digas el precio, que después nos arreglaremos.

Entre esos dos compañeros, merced á la conversación transcrita, se había establecido ya, en cuanto á José, una nueva relación: la que existe entre el comprador y el vendedor, y el interés despertado en este último había aumentado en él el caudal de cortesía, plasticidad y condescendencia.—Siéntate, que estarás cansado. Aguarda un momento, y te traeré la razón.

Dirigióse hacia la puerta del interior del taller en donde su padre se ocupaba en labores finas y de mayor arte, y después de una consulta, volvió á donde estaba Manolo con esta razón:

—Como no sabemos exactamente qué letrero deseas, no te podemos dar sino el precio por letra. Mi papá dice que por ser ustedes, se resuelve á hacer el letrero aún más barato que el de tu tío Restituto. Nos traerá pérdida, pero entre amigos no hay que pensar en estas cosas. Te podemos dar las letras, tanto las de línea recta como las *buchonas*, una con otra y sin limitar el número de estas últimas, que como te dije son mucho más caras, biseladas con triple dorado, en tablas finas, y muy bien

cepilladas y barnizadas, á diez pesos cada letra.

Aunque nunca se había distinguido como buen estudiante en ninguna de sus clases, Manolo hizo un esfuerzo supremo, apeló á sus recuerdos de la tabla de multiplicación y con la certeza de un Newton hizo el siguiente cálculo, para el cual acaso traía ya alguna preparación: Restituto Guardiola y Cía., se dijo á sí mismo: veintidós letras; pero como son dobles, por ser dos las tablas, son: 2×22=44. Ahora, continuó raciocinando mentalmente: 44×10 son 440 pesos. Al llegar á este punto, ante la enormidad de la suma, que á él le hubiera hecho más rico que á Monte Cristo los tesoros de la isla de marras, no pudo contenerse, y dijo en voz alta, en tono de júbilo: ¡CUATROCIENTOS CUARENTA PESOS!

—¿Qué es eso de cuatrocientos cuarenta pesos? preguntó José.

—Pues que la tabla vale cuatrocientos cuarenta pesos.

—¿Cuál tabla?

—La de mi tío Restituto.

—No señor; esa le costó quinientos, pero se la dimos puesta y con la varilla, la cual le costó á mi papá cincuenta pesos, más la postura.

En este estado las cosas perduraba aún la deferencia de José para con Manolo, aumentada por el grito revelador que José había interpretado no como el resultado de un cálculo que indicaba á Manolo las posibilidades de su fortuna, sino como la cifra explicativa de una posible venta. No queriendo perderla, agregó José: si quieres ven, y habla con mi papá para dejar el asunto terminado.

Manolo repuso: No, quiero hablar contigo. Según me acabas de decir, las letras hechas para mi tío Restituto hoy costarían mucho más que cuando él las compró; están nuevecitas, y tú me dijiste que esas letras valían por lo menos, unas con otras, á diez pesos. Fíjate en que hay muchas *buchonas*, como tú las llamas, y en que todas están biseladas. Pues bien, te las vendo á ocho pesos.

José miró á Manolo, primero con asombro y luego con ira.

Nunca hubo caída de tan alto, en ánimo humano, como fué aquella, de la altura beatífica y agradable de vendedor presunto y casi asegurado, á la de comprador solicitado y molestado.

—Qué ocho pesos, ni qué diablos, si nosotros vendemos letras, pero no las compramos.—No te enojes; te dije que era cosa que nos podría convenir. Escúchame.

José en un principio se negó á ello. Se sentía casi como traidor á los intereses del taller de su padre, permitiendo que vinieran á hacerle así competencia sus propios artefactos. Sin duda en su ánimo debió experimentar algo análogo á lo de aquella águila de que hablan los literatos, que advirtió que el dardo que le causaba la muerte estaba adornado con plumas de sus propias alas.

Así pues, no es extraño abrigara además algún resentimiento en consideración de tanta cortesía, deferencia y amabilidad malgastadas. Casi con ira, se dirigió á Manolo diciéndole: — No me molestes, que no tengo tiempo de oirte.

Empero Manolo tenía la persistencia y la obstinación, sin las cuales ninguna empresa magna se lleva á cabo, ni es grande con eficacia ningún hombre. Soltó entonces una frase vencedora, comparable á aquellas cargas de caballería que en los momentos de indecisión y de semi-derrota desvían el curso de la victoria y la traen atada á los pies del hábil capitán que sabe darlas. Manolo se expresó, así: «Es que si le vendemos á tu papá las letras de mi tío Restituto te doy tu parte.»

Como por encanto vinieron á tierra las resistencias de José; desaparecieron los escrúpulos relativos á la competencia que pudiera así ha-

cérsele á la labor paterna, cuyos resultados irían directamente en contra del pan de la familia, y el yo supremo y avasallador se irguió en su pecho con todas sus ambiciones y deseos no satisfechos. Merced á aquellas frases, Manolo hizo de José un compañero, un aliado, si se quiere un cómplice. José discurrió así:

—Lo que es ocho pesos, mi papá no te los da, porque las letras cuestan mucho menos. Tampoco sé si las querrá comprar, porque las tales tablas, tan grandes, no tienen ninguna elegancia, oscurecen la calle y no gustan. Las casas serias mandan hacer un letrero pequeño que no invada el espacio, y que no moleste á la vista. Sin embargo, tal vez logremos algún inocente á quien metérselas, combinándolas en otro letrero y dándole todo barato. Si quieres, se las ofrezco á mi papá á seis pesos, pero me toca la mitad.

Ya no eran diez pesos por letra; ya no era aquel Pactolo inagotable de cuatrocientos cuarenta pesos lo que se ofrecía á su insaciable sed de oro, lo que Manolo tenía delante. Era cosa mucho menor. ¡Qué diferencia! ¡Qué disminución tan dolorosa! Sin embargo, tres pesos multiplicados por cuarenta y cuatro daban el resultado de ciento treinta y dos pesos, suma enorme para poseída, nunca soñada siquiera

por Manolo. Así pues, con la rapidez de hombre superior que le caracterizaba, dijo: acepto, pero á tí te toca obtener que nos paguen al contado.—Por supuesto, repuso José: y tú me guardas el secreto, porque si mi papá se pone en que á mí me toca algo, ya sabes que me lo hará deplorar. Tiene una mano más pesada que el mazo con que golpea el escoplo. Bueno, vete, y no vuelvas por aquí. Yo te buscaré esta tarde después de las seis y te daré la razón.

Comenzaron de nuevo las horas de impaciencia y de angustia para Manolo. Ora subía su mente en el hermoso globo de los ciento treita y dos pesos que le habían de corresponder, á todas las eminencias de la dicha, ora caía de esas alturas á los más profundos abismos de la melancolía experimentada por la contemplación de su fortuna tangible, que era la suma cabal de nueve reales y medio. A veces esos nueve y medio reales le parecían despreciables. Otras, sintiéndose náufrago en el mar de sus esperanzas, se acogía á ellas como á una tabla de salvación. Llegó por fin la hora ansiada y se presentó José. Sin que hablara una palabra, Manolo comprendió el desastre. José le dijo: en buen lío me has metido; cuando le propuse el trato á mi papá, y se lo expliqué, me dijo que bien se había supuesto que

nada bueno podríamos estar tramando tú y yo; y cuando traté de argüirle, me dió un soplamocos que todavía me duele. Quema las letras, y no te vuelvas á acercar á mi lado, para que no se le vuelva á antojar á mi padre repetir el agasajo de hoy, del cual te daría yo tu parte de buena gana.

Aquí hubieran terminado las cosas que acabamos de narrar, sin lo que una fatalidad rencorosa y amiga de poner á prueba las grandes almas como la de Manolo, ocasionó uno ó dos días después de los hechos ya expuestos en el presente verídico relato. Entre las labores que se ejecutaban en el taller del padre de José se encontraban las de arreglar y envolver muebles para almacenarlos, de modo que sus dueños pudieran dejarlos en depósito cuando quiera que, ausentándose por largo tiempo de sus casas, querían dejarlos en lugar seguro y protegidos en lo posible de «la cruda mano del tiempo, que todo lo desvirtúa», según el dicho popular bogotano.

Llegó al taller, uno ó dos días después de que en él había estado Manolo con su castillo de ilusiones tan cruelmente derruído por el feroz padre de José, otro rico comerciante que también pensaba emprender viaje á Europa. Era él, aunque no tan rico como don Restituto,

acaudalado, acreditado, y gozaba fama de hombre muy severo, muy estricto y muy serio. Había pasado treinta ó cuarenta años de su vida detrás de un mostrador, por un tiempo vendiendo al menudeo, y después alcanzando la categoría de expendedor por mayor. Ya en sus libros las partidas eran por cientos y por miles de pesos, y la vara de medir sólo se conservaba sobre el mostrador, aunque no se la usaba, como aquellas armas anticuadas de una guerra ya pasada, de que habla el poeta, que ya no tienen aplicación en las faenas actuales. Era de aquellos hombres especiales cuyo corazón y cuya mente se han calentado y encendido, respectivamente, al calor que puedan dar ó poseer las telas llamadas domésticas y zarazas. En la opinión del público, ó de una parte de él, este método de vida y esta clase de ocupación, cuando el éxito viene á coronarla, dan á un hombre no solamente las cualidades de probidad y honradez, sino otras muchas. Se les atribuye, tanto en Bogotá como en Medellín, algo así como una ciencia infusa. Se les llama comerciantes, como serían llamados los grandes combinadores de cambios entre los pueblos quo allá en tiempos remotos fundaron á Tiro y á Cartago, y que en los modernos han creado emporios tales como Manchester,

Nueva York ó Hamburgo. Cierto es que en todo el tiempo que lleva el país de vida independiente, ellos no han realizado ninguna obra magna; que merced á ellos no se ha construído ningún ferrocarril, ninguna vía de comunicación nacional, y que las cosas del comercio se han desarrollado tan lentamente, que al penetrar en el país, viniendo de cualquiera otra región extranjera, cree uno llegar á una tierra en donde todavía no han transcurrido los siglos que nos separan del décimo-cuarto de la Era cristiana. Conste, empero, que como sostenedor de la rutina, el gremio sí merece aplauso. Los mismos métodos, los mismos sistemas, en los cuales la innovación consiste sólo en la recrudescencia en algunos casos, para suplir el algodón en la trama de las telas con goma, ó el de preparar libras de once, diez ó menos onzas, en las cuales, el bulto suple al peso. Pero todas estas son divagaciones inútiles, que á nada conducen. Baste decir que este caballero era un gran comerciante, según lo entienden muchas gentes en Bogotá, en Medellín, en Bucaramanga y en otros puntos de la República de Colombia.

Al verle entrar en su taller, el padre de José se dirigió á él con zalamería:

—¿Cómo está el señor don Cirilo? le dijo con sonrisa afable. Tome usted un asiento. ¿En qué puedo servirle, don Cirilo?

Después de sentarse y de tomar la posición seria, altiva y condescendiente que cuadraba á un hombre de sus campanillas, dijo con voz lenta y solemne:

—Sabrá usted, don Anacleto, que pienso irme para Europa. No sé si me instalaré allá, ó si he de volver á esta nuestra pobre tierra. En todo caso, como aquí no habrá quien pueda comprar mi mobiliario extranjero, el mismo que usted arregló para mis salones, desearía que usted lo envolviera y empacara de modo que lo pueda dejar en un depósito sin que se estropee, ni lo dañe la polilla.

Don Anacleto, que así se llamaba el padre de José, entró en detalles de lo que era preciso hacer, y á pocas vueltas se entendieron. Esta conversación tenía lugar delante de José.

—¿Y cuándo piensa irse el señor don Cirilo?

—No lo sé á punto fijo, ni quiero que se sepa exactamente, porque necesito comprar bastantes letras de cambio, y si en esto se ponen los vendedores, las harán subir de precio; así es que guárdeme usted el secreto.

Al oir esta conversación atravesó por la mente de José una idea diabólica, y con ade-

mán respetuoso se acercó á don Cirilo en el momento en que éste, después de haberse despedido de don Anacleto, se alejaba del establecimiento, y le dijo:

—¿El señor don Cirilo necesita letras?

Don Cirilo miró al chico de pies á cabeza, como asombrado de su audacia, y dijo:

—Sí; ¿y eso qué le puede interesar á usted?

—Es que un amigo mío tiene unas, y las da baratas.

Aunque del tan humilde esfera saliera esta aseveración, la palabra barata aplicada á un artículo que él deseaba comprar, sonó gratísima en el oído de don Cirilo.

—¿Y quién es ese amigo?

José le indicó el nombre del tal amigo, llamándole Manuel, y haciendo resonar el apellido Guardiola.

—¿Y de quién son esas letras? pues ese joven no puede tener ningunas propias.

—No, señor, no son de él. Son de su tío don Restituto Guardiola, que se las dejó para que se las vendiera.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Por que somos amigos y se lo oí decir anoche.

—¿Y por qué suma son?

—No sé, señor, son bastantes. Lo mejor es que el señor don Cirilo vaya él mismo á casa de Manuel, y arregle el asunto.

Don Cirilo salió del taller y se dirigió á la casa que habitaba Manolo. Muy extraño se le hacía que don Restituto hubiera encomendado una cosa tan importante como la venta de letras suyas á persona tan insignificante como su sobrino. Cavilando sobre las razones que pudieran haber movido á aquel potentado á proceder de tal manera, pronto creyó don Cirilo haber hallado la verdadera; y en soliloquio mental se dijo así: ese Restituto siempre fué miserable y cicatero, y seguramente para evitarse el pagar un corretaje ínfimo de 1 2 ó 1 %, le ha dejado las letras á ese muchacho, corriendo el riesgo de que le engañen, ó quién sabe qué otra cosa, pues entiendo que el chico no es de lo mejor. Por otra parte, ya que la ocasión se me presenta, veamos si hago un buen negocio, pues la firma de Guardiola, con su avaricia y todo, es de primera clase. Se dirigió á la casa de Manolo, tocó á la puerta, y preguntó por el joven don Manuel. La criada, que conocía á don Cirilo, le hizo subir al piso superior, en donde estaba el salón, y rogándole que se sentara, se fué á buscar á Manolo, cuyo ánimo era todavía presa del doloroso y

triste desengaño de tan reciente ocurrencia. Advertido que fué por la criada de que don Cirilo le buscaba, se maravilló del motivo que pudiera traer á ese señorón á su casa. Dióle mil vueltas en la cabeza á la consideración de ese asunto, con la rapidez mental que permite acumular en un momento raciocinios que no pudieran narrarse en una hora, y subió lleno de asombro y curiosidad al salón en donde don Cirilo le aguardaba:

—Buenos días, mi amigo ¿cómo está usted?

—Para servir á usted, señor don Cirilo. ¿Y usted cómo se encuentra?

—Ahí vamos. Los achaques de la edad ya empiezan á molestarme. ¡Feliz usted que está joven todavía!

A esto siguió una pausa.

Me ha dicho José que usted tiene unas letras para vender y yo estoy dispuesto á comprarlas, pues entiendo que son de su tío Restituto.

Imagínese quien esto lea, cuáles serían la dicha y la alegría de Manolo al oir aquellas palabras. Con esa misma rapidez de pensamiento de que acabamos de hacer mención, atravesaron por su espíritu instantáneamente todas estas intenciones; á éste se las vendo á diez pesos, y serán míos todos los cuatrocientos cuarenta. En este punto, la gratitud espontánea,

elevada en alas del primer movimiento, voló hacia José. El rencor que Manolo le guardaba por el fracaso, del cual, sin razón para ello, en parte le hacía responsable, desapareció, y la nobleza de ánimo y la lealtad innata, todavía en un estado análogo á aquel que los químicos llaman en los gases estado naciente, en el cual tienen ellos el grado mayor de intensidad en las cualidades que los caracterizan, le hicieron sentir á Manolo que de esa suma fabulosa de cuatrocientos cuarenta, la mitad le debería corresponder á José. Contestó:

—Sí, señor; tengo unas letras de mi tío Restituto, y tendría mucho gusto en vendérselas á usted.

—¿Cuántas son?—preguntó don Cirilo.

A esto repuso Manolo:

—Mejor es que usted venga y las vea.

Don Cirilo se levantó, y precedido de Manolo, bajó las escaleras. Escalón por escalón fué descendiendo Manolo, y á medida que bajaba al piso inferior, se transformaba también, y..., ¡triste es decirlo!, alcanzaban límites más bajos y más vulgares sus intenciones. Raciocinaba así:

«A José le corresponde algo; pero no hay razón para darle la mitad, porque en puridad de verdad él no ha hecho nada en este asunto,

y mi tío Restituto me regaló las letras á mí. Por supuesto que yo siempre le doy algo, pero será la tercera parte. Otro escalón, y más deducciones mentales del presumido lucro; pero ¿por qué la tercera parte? Eso es mucho. Sobre todo, me trató mal, y si por él fuera, no se habrían vendido las benditas letras. Por bien satisfecho debe darse con la cuarta parte, que sí se la doy, para que vea que soy caballero y hombre decente. La cuarta parte de cuatrocientos cuarenta son ciento diez. ¡Qué va a hacer José con ciento diez pesos! Hasta daño puede causarle una suma tan grande, porque los jóvenes de su edad no deben tener tanto dinero. Y, sobre todo, mi conciencia no me lo permite, porque ¡sabe Dios en qué podría emplear José tanto dinero y qué consecuencias de su mal uso pudieran sobrevenirle. No, no: le doy cincuenta pesos, y que se contente con eso; y si no le basta, que se queje *al mono de la pila*. Y así en adelante, al tocar al fin de la escalera, la participación de José en el ánimo de Manolo había quedado reducida á ¡DIEZ PESOS! ¡Gracias á que no había más escalones, que á haberlos habido, la dicha participación habría quedado eliminada por completo!

Al advertir don Cirilo que Manolo, en vez de dirigirse á las piezas principales de la planta

baja de la casa, atravesaba el patio, supuso que la habitación de este último estaría situada á la parte de atrás, y le siguió sin hacer observación alguna; empero, cuando hubieron franqueado el último tramo de la casa y se encontraban en la puerta de algo que no podía ser sino el solar, D. Cirilo, ya desconfiando, dijo:

—Pero joven ¿á dónde me lleva usted?

Manolo repuso:

—Pues á mostrarle las letras.

—No voy más abajo—dijo D. Cirilo.

En ese momento Manolo abría la puerta, y con aire triunfante, y sin detenerse, agregó:

—Allí, de aquel lado, están contra la pared. Se ven un poco sucias. Se las entregaré á usted lavadas. En cuanto á las señales que han dejado las gallinas, eso no quiere decir nada. Último, último, llévaselas á diez pesos cada una, por ser para usted...

Creyéndose víctima de alguna mistificación ó de alguna pesada chanza, D. Cirilo lanzó una mirada furibunda hacia el letrero.

La extinguida razón social de su rival, allí se podía leer todavía con perfecta claridad:

«RESTITUTO GUARDIOLA Y COMP.ª»

Al sentimiento de asombro siguió el de indignación y el de ira, y sin poderse contener exclamó D. Cirilo:

—Es usted un insolente; con pretender burlarse de un hombre que pudiera ser su abuelo, demuestra la mala educación y los malos sentimientos que tiene.

Manolo no volvía en sí de su asombro, y á poco exclamó:

—¿Y usted, por qué viene á mi casa á insultarme y á burlarse de mí?

D. Cirilo no escuchó más razón, giró sobre sus talones y se retiró en su majestad ofendida.

Esta confusión de letras de aviso ó muestra, y de letras de cambio, pudiera haber tenido más graves consecuencias, acaso consecuencia cruenta, si José no hubiera tenido la precaución de permanecer en lo más recóndito del taller paterno durante muchos días, durante los cuales Manolo anduvo rondando la casa de José, armado de tamaño garrote, con el cual pensaba explicar él á su amigo, que no hay razón para aprovecharse de las ambigüedades y equivocaciones á que se prestan ciertas palabras del lenguaje, para burlarse de los buenos amigos. La ira de Manolo con el tiempo se calmó; pero muchos años des-

pués, todavía cuando quiera que en su presencia alguien hablaba de letras de cambio, fruncía el ceño. José, por lo menos, nunca las menciona en presencia de su antiguo amigo.

CAPÍTULO DÉCIMO-NONO

HACIENDO referencia á la abundancia, si no de poetas, por lo menos de versificadores, que caracteriza á Bogotá, fué hecho el siguiente relato como simple repetición de lo que á alguno de nosotros le había expuesto en ocasión muy distinta de la en que entonces nos encontrábamos, un poeta ó versificador bogotano llamado Joaquín. Cedemos la palabra á Joaquín, quien se había expresado más ó menos así: «Quien quiera que haya perpetrado versos en su vida, sabe que de las muchas sensaciones que el autor de ellos experimenta, ninguna hay tan irresistible, ninguna adquiere el carácter de deseo tan punzante como la tendencia á buscar un auditorio, es decir, una persona, algún ser ó entidad paciente sobre quien verter los tesoros de nuestra inspiración. Apenas hemos terminado nuestro primer so-

neto, nuestras primeras décimas, nuestra elegía primera ó nuestro primer canto á la luna, al mar, al Niágara, ó al Tequendama, según el caso; á nuestra patria, á nuestra madre, ó á los héroes de la independencia, lo primero que hacemos es constituirnos en nuestro propio auditorio, y ya en el retiro de nuestra alcoba, ya en la soledad lejos del bullicio del mundo, ya en medio de la muchedumbre, cuando el ruido de la vida en nuestro derredor ahoga nuestra voz, nos recitamos á nosotros mismos la bendita composición. De esa manera perfeccionamos la entonación, fijamos los puntos en que es preciso ahuecar ó alzar la voz, determinamos las pausas, y, en una palabra, aprendemos á declamar á nuestra entera satisfacción lo que, en nuestro sentir, es siempre una obra maestra. Á poco buscamos otros seres á quienes hacer partícipes de tanta belleza. Arremetemos con las personas más humildes que nos rodean; los criados de la casa, el cartero, el sirviente ó portero de la casa vecina, son alternativamente los pacientes de nuestras efusiones poéticas; y así continuamos hasta que logramos obtener un auditorio más crecido, ó bien hasta que adquirimos tal fama, que huyen de nosotros nuestros amigos y conocidos, y tenemos que refugiarnos en el seno de la familia, y abusar

de la paciencia de nuestra madre ó de nuestra abuela, siempre dispuestas á acatar en nosotros unos genios desconocidos. Uno de esos genios fuí yo, y lo que acabo de establecer en abstracto es un simple resumen de lo que á mí mismo me aconteció. Recuerdo haber visto en algún periódico ilustrado de Nueva York un cuadro que resumía perfectamente, en la escena que en él se representaba, lo que acabo de decir. La escena tenía lugar en un elevador ó ascensor de hotel, en el cual se veían, sentadas ó de pie, quince ó veinte personas de todas clases, sexos y condiciones. Según lo escrito al pie del cuadro, sabía el lector que entre el décimo y undécimo piso, es decir, á una altura de más de cincuenta metros sobre el suelo, se hallaba el ascensor detenido por algún trastorno en la máquina impulsora. Asustados los circunstantes al verse allí, suspendidos sobre el abismo y rodeados del muro sólido de la casa por todos lados, sin poder salir de la jaula en que se hallaban encerrados, pidieron al conductor del ascensor que averiguara lo que sucedía. El tal conductor, merced á cierta señal, logró llamar la atención de algún otro empleado del hotel, quien á poco informó que no había el menor peligro; solamente sí que era preciso que las gentes que estaban en el ascensor

tuvieran paciencia, pues antes de tres horas sería imposible componer la máquina de modo que el ascensor pudiera moverse sin riesgo ni dificultad. Apenas resonaron estas palabras, levantóse de su asiento un joven pálido, melenudo, mal vestido, flaco y de aspecto insignificante, y en quien nadie había fijado la atención. Se dirigió hacia el centro del estrecho recinto, y sacando del bolsillo del pecho un rollo de papel, exclamó: — Ustedes me permitirán que les lea algunas de mis composiciones poéticas. La Providencia me ha deparado, merced á esta ocasión, lo que nunca he podido obtener antes, á saber, un auditorio que no se desbande inmediatamente que empiezo á leer mis versos. ¡Tableau!

Comprendo perfectamente la acción de ese joven; y si en los primeros años de mis crímenes pseudopoéticos se me hubiera presentado una ocasión análoga, seguramente que me hubiera aprovechado de ella.

Una vez compuse un canto al libertador Simón Bolívar. Como yo le tenía miedo á la rima obligada, por un lado, y como, por otro, me sentía superior al asonante, resolví ejecutar esa mi obra maestra en silva, á *lo Quintana*. Con esto lograba libertarme de la cadena de la rima, adquiría el derecho de usarla siem-

pre que la hallara fácil y espontánea, ó siquiera posible, y le daba á mi verso el carácter grandioso de esa forma de composición, en la cual han cantado los más grandes poetas de nuestra lengua. Cuando mi silva quedó terminada, no diré que me la leí á mí mismo varias veces, pues la sabía de memoria, lo cual no impedía que para recitármela sacara del bolsillo las cuartillas en que, en mi mejor letra y con mis mejores mayúsculas al principio de cada renglón, constaban mis hermosos versos. Mi madre y mis hermanas fueron las primeras á quienes leí la composición, y después de ellas se la disparé á quemarropa á cuantos miembros de la familia y amigos me fué dado hacerlo. Esto no satisfacía mi ambición. Quería un auditorio numeroso y selecto, y no me resolvía á publicar mi composición en alguno de los periódicos de la capital, que acaso la hubieran acogido, por temor de que las gentes no supieran leerla ó interpretarla debidamente. Para popularizarla la llevaba siempre conmigo y esperaba la ocasión de recitársela á todo mortal indefenso que cayera en mi camino.

Por aquel entonces, un respetable y acomodado caballero de Bogotá, hombre ya de alguna edad y amigo de las letras, daba en su casa periódicamente ciertas veladas literarias á las

cuales asistían los principales literatos del país, algunos poetas genuinos y otros individuos pertenecientes al gremio aquél que hizo exclamar á Coleridge: ¡muchos cisnes humanos deberían haberse muerto antes de haber cantado! Amén, de esto, muchas gentes de sociedad de lo más selecto y granado de la ciudad. Cuantos extranjeros notables venían al país, eran invitados á aquellas reuniones ó veladas literarias, en las cuales siempre eran leídas numerosas composiciones en verso ó en prosa, por sus mismos autores, á quienes con persistencia digna de tan hermosa causa, daba abundante y frecuente ejemplo el dueño de la casa. Logré hacerme invitar á una de estas veladas literarias, y una vez introducido en la casa, obtuve que el hospitalario amo de ella me extendiera una invitación permanente para todas sus veladas, las que tenían lugar cada diez ó quince días. Mi intención era fija; me había propuesto antes de mucho ser llamado á la tribuna, y tener, á mi vez, oportunidad de leerle á aquel público selecto y entendido mi hermoso canto al libertador de la patria. Como había adquirido ya cautela y prudencia, nada de esto dije en un principio, y asistí con perseverancia y con paciencia á varias de aquellas veladas, en las cuales escuché mucha prosa y

mucho verso, de todo lo cual nada diré, sino que me producían en lo general sopor, y que parecían producirlo también en los demás circunstantes. A eso de las doce de la noche, después de las lecturas, era servida una suculenta cena bogotana, durante la cual revivía el espíritu de las gentes adormecido por la literatura; estallaban las conversaciones alegres, y el chiste y el *esprit* peculiares de la ciudad parecían reivindicar sus derechos, en lo general casi preteridos en las piezas de prosa y de verso desgranadas durante las horas anteriores. Poco á poco el dueño de la casa fué alargando las horas de literatura y retardando la hora de la cena, de modo que desde la quinta ó sexta velada á que me tocó asistir, la cena no sobrevenía, sino á eso de las dos y media de la mañana.

Pensaba yo: ¡á cuántos sacrificios nos mueve el amor á las letras! Desde las ocho hasta las dos de la mañana transcurrían seis largas horas, que me aguantaba yo escuchando cosas en mi sentir insulsas, tontas y molestas. Esta labor es más ruda que la de un mozo de cordel que lleva fardos á la espalda, y sin embargo, en seis horas ese mozo de cordel puede ganarse perfectamente con que comprar dos cenas, tan buenas como la que aquí se nos da; y lo que sirve de soborno para que toda esta

gente ó la mayor parte de ella se aguante tanta literatura, es la esperanza de la cena. Por mi parte, apenas logre leer mis versos, no volveré á ninguna sesión.

Habléle al dueño de la casa de mi deseo de leer una composición, y él me manifestó que pondría mi nombre en la lista de candidatos y que haría que se me presentara la ocasión apenas me llegara el turno. Halagado por esta esperanza, continué asistiendo á las veladas. Empero, ya no pasaba todo el tiempo dentro del recinto en que los lectores ú oradores lanzaban al aire sus producciones. Me escabullía al corredor contiguo al salón, al que solían escaparse también muchas personas, á discurrir en voz baja sobre asuntos muy agenos de literatura, de arte y de poesía. Afuera, se escuchaba un cuchicheo animado: dentro, resonaba la voz del orador. Apenas cesaba ésta, los primeros en aplaudir con estrépito eran precisamente los que afuera habían pasado todo el tiempo, y que nada habían oído.

A pesar de los halagos de la cena, y de la buena voluntad y amabilidad del anfitrión, el número de fieles ó devotos de aquel templo de la literatura y de las musas, disminuía notablemente. Quedábamos algunos empecinados, que asistíamos á todas las reuniones.

Desde hacía algún tiempo, venía notando yo la presencia de José María, quien observaba procederes muy análogos á los míos. Llegaba con los primeros; hacía acto de presencia; conversaba con el anfitrión y con su estimable señora, y apenas empezaban las recitaciones, se refugiaba en el corredor consabido, á fumar y á conversar sobre los temas del día con quien primero encontraba. Era evidente que José María no se divertía, y sin embargo asistía con persistencia. En esto tenía que haber un misterio; mas con ceguedad análoga á aquella de que habla la Escritura, que nos hace ver la paja en el ojo ajeno, y no advertir la viga en el propio, nunca llegué á comprender cuál pudiera ser la causa de tan misterioso modo de obrar por parte de José María.

Con el objeto de reanimar el expirante interés que en sus veladas demostraba el público, el anfitrión organizó una velada esencialmente patriótica, en el aniversario de alguna de las batallas por la independencia. En el programa que se había anunciado figuraban los nombres de uno ó dos grandes escritores y los de algunos poetas afamados en el país. El esfuerzo hecho en tal sentido produjo los mejores resultados. Hasta el postrer momento me había halagado la esperanza de poder yo recitar mi com-

posición. El dueño de la casa me había dicho que ella vendría muy bien, dado el tema que yo había elegido, en aquella noche dedicada á las glorias de la patria; y que con seguridad me tocaría el turno. Bien fácil es de comprender el entusiasmo con que me dirigí al sitio en donde debería tener lugar mi primer triunfo público. Vestíme y acicaléme con más rigor que de costumbre, y delante de un espejo, en mi propia casa, y á puerta cerrada, recité por la centésima vez mi hermosa silva. Precisé los ademanes, las pausas, la entonación de voz y todo lo necesario para una perfecta declamación; y una vez en la calle, me fuí repitiendo mentalmente los trozos más hermosos de mi poesía. Llegué un poco tarde: ya las recitaciones habían comenzado. Ocupaba á la sazón la tribuna un conocido poeta, de edad avanzada, hombre de genuino estro, de cuyos labios fluía, como de una fuente el agua benéfica, la rima opulenta de inspiración y de sentimiento. Le siguió un orador en prosa, cuyo tema fué la vida y martirio de algún prócer de la independencia. Á éste siguió otro poeta con la descripción en romance octosílabo de alguna batalla. Así fueron sucediéndose en la tribuna varios otros ingenios. Me fué imposible ponerme á la voz con el dueño de la casa, y desesperado y

lleno de ira, cansado de oir á los venturosos que habían logrado tomar la delantera, me trasladé al corredor de marras, desierto aquella noche en que todos los circunstantes permanecían dentro del salón, como encadenados á él por el interés que en ellos despertaban los versos y las oraciones que se estaban recitando y leyendo, y halléme frente á frente de José María, quien parecía presa de torturas muy parecidas á las mías.

Nos hallábamos en plena atmósfera patriótica, bajo el influjo de los magnos recuerdos de los grandes días en que nuestros mayores habían logrado erigirse en Nación libre é independiente, y á nosotros mismos nos fué imposible sustraernos al sentimiento predominante, de modo que nuestra conversación, en vez de rodar sobre temas locales de la política ó de la sociedad, versó sobre la cuestión entonces palpitante allí.

¿Qué opinas, me dijo José María, de la idea de nuestro anfitrión de reanimar el interés público por sus veladas literarias, por medio de una sesión dedicada exclusivamente á las glorias de la patria?

—Magnífica idea, le contesté. Sin embargo, hablándote con franqueza, te diré que, salvo ciertas honrosas excepciones de los maestros

reconocidos en el arte de escribir prosa ó verso entre nosotros, la mayoría de los que han ascendido á la tribuna no han sabido tratar el tema como se debe.

—Estoy enteramente de acuerdo contigo; y aun en esos mismos maestros de que tu hablas, noto yo algo de cansado. Diríase que con el peso de los años, las alas de su inspiración no tienen el arranque de los antiguos días, y que á sus versos les falta el ímpetu que el tema requiere.

—Sí, le repuse; si se habla de batallas, de la victoria en las luchas sostenidas, y de la energía indomable que desplegaron nuestros próceres, de la organización de la paz, se necesitan versos candentes, cláusulas de fuego, rima armoniosa y un conjunto en el cual parezca resonar el estallido del cañón, el tumulto de los caballos en carga frenética, los gritos de los tercios que, rodilla en tierra, aguardan el ataque; se necesitan matizaciones de ritmo, frases que correspondan, por decirlo así, á los reflejos de la luz en los aceros, y á las caricias del sol en los pendones flotantes. Pero todo eso sólo puede hallarse en la musa joven, agresiva y audaz, la musa guerrera, la musa libertadora. Esta musa no es probable que esté todavía al servicio de hombres de cierta edad, en quie-

nes el frío de los años tiene que haber helado también la inspiración y traídola al raciocinio, ó reducídola á la contemplación.

—Veo que has estudiado el tema, le dije—proseguía Joaquín—y en este momento cruzó por mi mente una idea salvadora. Ya que no me era posible leer mi composición al auditorio de las gentes encerradas en el salón, ya que el anfitrión me olvidaba, aquí me venía como deparado del cielo, un hombre que si bien es cierto no era más que un individuo, valía más por lo ilustrado y lo recto de su criterio, que toda esa agrupación, que no hacía sino seguir como los carneros de Panurgo en pos de reputaciones establecidas, sin darle una oportunidad al genio nuevo para lucir delante de ella sus esplendores y sus galas. No quise proceder imprudentemente, y para cerciorarme aún más de los conocimientos y habilidad de José María, cuyas opiniones hasta ese momento habían estado tan de acuerdo con las mías, le dije, teniendo en mientes mi composición:

—Observarás que hemos escuchado esta noche prosa y verso. La prosa me parece fuera de lugar en una reunión como esta, y el verso debe obedecer á ciertas reglas, y cristalizarse en ciertas formas que son las más adecuadas á la grandiosidad y majestad del tema. Hemos

oído décimas, romances y hasta seguidillas patrióticas. ¡Qué profanación! El único metro digno del tema épico en castellano es la silva libre, espontánea, armoniosa, llena de majestad, de sobriedad y de pompa.

—Permíteme que te contradiga, replicó José María; creo, como tú, que el verso es lo que el tema pide; pero difiero de tu opinión. No es la silva la forma requerida; lo es la octava real consagrada por los grandes maestros, la del Tasso, la de Ercilla. En ella, las ideas marchan ordenadas como los cuadros de batalla de un ejército; tiene forma propia definida. En las octavas reales se destacan las ideas unas en pos de otras, así como los diamantes de una corona imperial, que cada uno sería por sí solo preciadísimo solitario, y que se reunen para ceñir la sien de los ungidos del Señor.

Eso está muy bien dicho, pero no quita el que las exigencias de la rima y del metro en la octava real, sometan el pensamiento á ciertas trabas y cadenas que pueden impedirle toda la amplitud y libertad de su vuelo. La octava real puede llegar á ser monótona en unos casos, y en otros á convertirse en cauce demasiado estrecho para el torrente de la inspiración en tanto que la silva se envuelve alrededor de la idea, como la veste flotante de Palas Atenea,

sobre el hermoso cuerpo de la diosa; sigue sus movimientos, revela la gracia y habilidad de ellos, encubre las formas, y contribuye al mismo tiempo á realzarlas y á hacerlas más bellas. Nada hay tan grandioso como la silva: díganlo si no Quintana y Fray Luis de León y Góngora y Lope, allende el mar; y aquende, Heredia, Bello, Andrade, José Joaquín Ortiz y tantos otros.

Todo este tiempo sentía yo algo así como la inminencia de un peligro desconocido. José María me había puesto la mano sobre el hombro, y poco á poco me había llevado cerca del muro, debajo de la única lámpara que iluminaba aquel corredor. Al terminar mis últimas palabras, me hallaba yo con la mano de José María puesta sobre mi pecho, y reclinado sin saber por qué contra el muro, bajo la luz de la lámpara. Casi, casi me sentía como insecto de colección entomológica, siendo el brazo de José María el alfiler que me clavaba.

Así como Monte Cristo, en un solo momento, merced á las palabras del Abate Faria, comprendió toda la negrura del crimen que contra él se había perpetrado, así en aquel momento me expliqué yo la conducta de José María en las muchas veladas anteriores, y comprendí lo que él trataba de hacer. Dijo entonces José María:

—Mira, en esta clase de cosas lo mejor es el sistema objetivo. La demostración se hace con la cosa misma, y con tu permiso y para aclarar mejor lo que te he dicho, mientras allá dentro sigue perorando ese orador que ocupa la tribuna desde hace hora y media y que no lleva trazas de acabar, voy á mostrarte aquí unas octavas reales que me había prometido, de acuerdo con nuestro anfitrión, leer en la tribuna esta noche, lo que ya veo no sucederá.

Viéndome aprisionado en mis propias redes, resolví hacer un acto heroico de defensa propia, y en el mismo instante en que José María con la mano que tenía libre sacaba del bolsillo interior de su casaca un legajo de papeles, saqué yo también del bolsillo de la mia, otro idem, y blandiéndolo sobre mi cabeza, como el jugador de sable que para un golpe, y olvidándome del tuteo, prorrumpí en esta frase, que resultó salvadora:

—Vea, don José María, ¡si me lee, le leo!

Ambos envainamos nuestras armas y nos transigimos por el mutuo silencio, tanto respecto á nuestras composiciones como con relación al incidente ocurrido.

Cuando llegamos al salón, el orador que ocupaba la tribuna empezaba el Canto sexto de su ya larga composición. El único rostro

animado y despierto era el del benévolo anfitrión. Las demás gentes parecían extáticas, con los ojos cerrados ante la hermosura del verso. De tal manera las tenía hipnotizadas aquel torrente de inspiración, que sólo parecieron estar despiertas cuando, habiendo terminado el poeta, llegó la hora de la cena, la cual, siendo en memoria de los próceres de la independencia, fué aquella noche más animada y más bulliciosa que en ninguna otra.

Yo nunca volví á asistir á aquellas veladas; y desde entonces, habiendo adquirido más calma y más prudencia, llevo mis versos en el bolsillo, no ya como antaño, con el objeto de descerrajárselos á quemarropa y sin provocación ninguna á cualquiera que caiga en mis manos, sino más bien como un arma defensiva, para esgrimirla contra quien quiera que pretenda leerme los suyos.»

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Nuestros compañeros Leal, Valiente, Gatiño y los marineros, poca atención prestaban á las relaciones de que hemos tratado de dar muestra en los capítulos anteriores. Escaso interés tenían ellas para sus oídos. Los incidentes y las circunstancias narrados no se referían á asuntos con los cuales tuvieran ellos la menor familiaridad. Hijos de esas selvas primitivas, solamente habían llegado á su espíritu como ecos remotos de regiones ideales ó fantásticas. De la civilización tan sólo conocían aquellas nociones que habían logrado vencer las extensas soledades en donde la vida de ellos se había movido desde su niñez. En cambio, la inmensidad de la selva, la majestad de los ríos, los innúmeros fenómenos de la naturaleza y las múltiples manifestaciones de ella en todas las estaciones del año, eran para ellos cosa pro-

pia y á que estaban perfectamente habituados. Tanto Leal como Valiente eran llaneros de sangre pura. Habían pasado su vida en las fincas de ganado, y eran hábiles y expertos en todas las faenas relacionadas con la cría y el manejo de éste. Pudiera decirse que habían nacido á caballo, y que nunca habían conocido el temor que el hombre civilizado tiene á la intemperie, á las bestias feroces á los peligros de la selva, de los ríos, y á la pobreza.

Leal nos refirió alguna noche que sobre ello le preguntamos, algo acerca de los hábitos de los tigres. No pretendemos transcribir su lenguaje, ni conservar de él siquiera la frase corta ni la descripción exacta, la cual tenía algo de nervioso. Mucho será si logramos dar una idea ó resumen de su discurso.

El tigre, decía Leal, es el enemigo principal que tiene el ganadero. Se le encuentra en grande abundancia en las fincas cercanas á los grandes ríos y especialmente en las del Orinoco y del Meta, en las partes cubiertas de bosques. El ganadero lo considera como su enemigo natural, y existe entre él y el tigre guerra abierta y permanente. Si la vigilancia de los becerros y reses menores estuviera encomendada solamente á los *cuidanderos*, es seguro que las pérdidas serían mucho mayores; pero

sucede que, por instinto natural y por una especie de sentimiento innato, las reses se juntan, se mantienen unidas y se protegen unas á otras, las fuertes á las débiles, cuando quiera que advierten la proximidad del tigre. La escena que entonces tiene lugar presenta un bellísimo ejemplo que debieran seguir los hombres. Cuando sucede que en un hato que se halla en medio de la pampa, las reses otean la proximidad del tigre, se agrupan de la manera siguiente: los becerros y las reses más tiernas forman el centro; alrededor de ese centro vienen las vacas mayores; los toros padres se pasean, como centinelas enfrente del portal de una fortaleza ó de un cuartel, aguardando á que el tigre llegue. Cuando éste se presenta, lo hace de improviso y tratando de saltar sobre la espalda de alguna res que no lo esté mirando de frente. El toro más cercano arremete con él y entre los dos se traba tremenda lucha. El tigre se esfuerza por desgarrar al toro, sin dejarse coger en sus astas. El toro, guiado por su instinto, agacha la cabeza y trata de esquivar el cuerpo. Como el tigre es más ágil y como puede saltar á gran distancia, sucede con frecuencia que logra dar un fuerte manotón al toro en la columna vertebral, quebrándosela muchas veces. Si yerra el golpe, el toro le cla-

va, y lo general es que sucumban entrambos. En más de una ocasión me ha sucedido encontrar por la mañana, lado á lado, los dos enemigos muertos; el toro con el cuerpo destrozado y el cuello abierto, y el tigre con las entrañas afuera y regadas por el suelo, los dos animales en medio de un charco formado con su propia sangre. Desgraciadamente el ganado no siempre puede prepararse á la pelea; y cuando el tigre logra atacar una manada de becerros ó de vacas que están sin protección, ejecuta en ella terribles destrozos. En más de una vez, recuerdo, en una sola noche había descuartizado el tigre diez, quince ó más becerros.

Cuando las reses van á los bebederos y el tigre ha logrado encaramarse en algún árbol ó en alguna roca que esté en el camino, salta sobre una de ellas de improviso, la degüella con las garras, y tomándola por la nuca entre las mandíbulas, la arrastra á larga distancia al centro del bosque y allá la devora.

El tigre hambriento es mucho más feroz para la pelea que el tigre ya harto. Los cazadores saben que es más fácil matarlo después de que ha devorado algún animal; y muchas veces suelen valerse del ardid de ponerle alguna presa fácil, como un becerro atado, para que

lo devore y sea así menos peligroso al atacarlo. Esto se hace generalmente con los tigres cebados, los cuales son de caza difícil; pero en lo general, el llanero de buena ley prefiere habérselas con el animal en guerra franca y sin valerse de tales subterfugios.

El tigre vive exclusivamente de la caza, añadía Valiente, cuyos conocimientos sobre la materia eran tan abundantes como los de Leal. Á más del ganado, caza todos los demás cuadrúpedos de la selva, los cuales en las regiones en donde no hay ganado vacuno forman su alimento exclusivo. Los ciervos, las dantas, los zahinos, son su alimento predilecto, pero la tal alimaña gusta de *golosinas*. Entre éstas, prefiere la tortuga. Es tal la fuerza del tigre, que de un manotón aplasta la concha de una gran tortuga, la cual devora inmediatamente. Las tortugas también le tienen miedo, y cuando le sienten venir se mueven con cuanta rapidez les es posible, para lanzarse al agua en donde ya el tigre no les puede hacer daño alguno. En materia de ferocidad, tiene el tigre de rival al caimán, con el cual empeña la lucha en donde quiera que se encuentran. La pelea entre estos dos animales resulta generalmente en favor del tigre, si es en tierra, y en favor del caimán, si es en el agua. La tendencia del tigre

es á voltear al caimán sobre la espalda, ó á ponerlo por lo menos de medio lado, de modo de poderle clavar las garras en la parte blanda del cuerpo, que es la que ese inmenso lagarto arrastra contra el suelo. En el agua el caimán, que es mejor nadador, por medio de tremendos golpes de cola trata de sumergir al tigre, al cual clava sus poderosas mandíbulas en el cuerpo, abriéndole por mitad y causándole así la muerte. La lucha en tierra entre estos dos animales es un espectáculo de horripilante atractivo.

Sabedor el tigre de la enemistad que le profesa el caimán, y temeroso de encontrarse con él en el agua, se vale de un ardid especial cuando quiera que se propone atravesar algún río. Ese ardid es el siguiente: el tigre se sitúa en la orilla del río, en un punto dado, y puebla el aire con sus rugidos durante largo espacio de tiempo. Atraídos por esos rugidos, los caimanes se congregan en el agua cerca del punto en donde oyen esas voces de su enemigo. Cuando éste cree haberles llamado la atención suficientemente, se traslada á grandes saltos, con toda la rapidez que le es posible y siguiendo siempre por la orilla, hasta media legua ó más de distancia, aguas arriba, y por ese nuevo punto atraviesa el río á nado. Dos cosas son aquí dig-

nas de llamar la atención: la una, el ardid del tigre para congregar á sus enemigos, dándoles, por decirlo así, una falsa alerta; la otra, su habilidad en irse aguas arriba, obligando así al caimán á nadar contra la corriente. Esto demuestra que el tigre no solamente es feroz sino que posee instintos de táctica militar.

Tanto Leal como Valiente se extasiaban en las narraciones referentes al ganado, al cual consideraban como representante de la civilización y complemento indispensable de la vida. Donde hay ganado, decía Leal, hay leche, hay carne, hay queso; allí se facilita el cultivo de los campos y se ahuyentan las fiebres. Lástima que las reses tengan tantos enemigos, pues á más del tigre, que tantos males causa, están los tábanos, los nuches y muchos otros insectos dañinos, y los boas ó güios, que se apostan cerca de los bebederos, aguardando la llegada de alguna res para enroscársele en el cuerpo, estrangularla y comérsela luego.

Todas estas narraciones, de las cuales sólo damos un resumen muy sucinto, nos causaban grande admiración á nosotros, pero aún la causaban mucho mayor á nuestro compañero Fermín, antioqueño de nacimiento é inclinado á creer que esas historias eran invenciones de Valiente y de Leal. Decía él, en su modo de

expresarse, que eran *cañas*. Tuvimos que insistir con todo el peso de una veracidad que él conocía como inquebrantable, para que se persuadiera de que aquello era la verdad exacta y desnuda. Empero, Fermín se sentía empequeñecido al oir hablar de todas estas cosas, sin tener él por su parte nada que contar. Bueno es que digamos aquí algunas palabras sobre este fiel compañero de nuestra peregrinación.

Era oriundo de Medellín, «del propio marco de la plaza», como él decía, y había pasado la mayor parte de su vida en Antioquia, su provincia natal, la que había recorrido en todas direcciones. Había desempeñado varios oficios, siendo unas veces sastre, otras soldado voluntario de alguna causa que poco le importaba, pues de política no se cuidaba. *Voluntario*, eso sí, como el nombre se usa generalmente en Colombia, en donde toda la ironía de la palabra queda resumida en aquel telegrama renombradísimo de un alcalde á otro, que decía así: «Señor alcalde, van hoy cien voluntarios; devuélvame los lazos.» Así había sido el *voluntariato* de Fermín. No es extraño, pues, que su carrera militar no hubiera sido ni larga ni gloriosa.

Apenas terminó la revolución que le puso á su servicio, volvió á sus labores prosaicas de

sastre. Empero, gustaba de leer cuantos libros de literatura y poesía venían á sus manos. De ese estudio vino á arraigársele la tentación de dar rienda suelta á su amor por las bellas artes.

Andaba por ese entonces, náufraga en Colombia, una compañía de zarzuela española, de la cual quedaban tan sólo algunos restos, los que, unidos á varios artistas y aficionados del país, dieron por resultado la formación de la afamada y bien conocida compañía lírico-dramática llamada «Los Tunches».

Fermín entró á formar parte de ella. Estudió con asiduidad varios papeles y logró alcanzar señaladísimos triunfos y meritísimos lauros en los efímeros escenarios levantados *ad hoc* para aquellos peregrinos artistas en Guarne, Andes, Jericó, La Ceja, Itagüí, Guatepé, Ituango y en otras poblaciones de Antioquia. Antes del viaje que estaba haciendo con nosotros, esas peregrinaciones resumían todos sus movimientos sobre el orbe terrestre. Nos había acompañado á Bogotá, deseoso de conocer la capital de la República, y acaso con una secreta ambición de perfeccionarse allá en el arte dramático, para volver después á su tierra á asombrar y deleitar á sus coterráneos.

Tenía la labia suelta, el decir listo, y la réplica oportuna; además poseía aquel *esprit* po-

pular, consistente en la exageración extremada, característico de los antioqueños, y usaba todas aquellas frases que sorprenden al viajero que por primera vez visita aquella comarca. Hablando de la inutilidad de uno de los bogas, decía: «ese es tan maula, que no puede ni con unas saludes». Con referencia al famoso animal mular negro, mencionado en uno de los primeros capítulos de esta narración, decía: «que el mundo le quedaba chiquito para potrero, y que si lo dejaran suelto, sería capaz de subirse por los montes hasta poder relinchar en las puertas del cielo y despertar al Padre Eterno».

Nos sorprendió oírle decir que él también conocía en su tierra animales maravillosos. Esto lo decía después de haber oído á Leal y á Valiente hablar de los tigres agresivos, los toros hidalgos, y de las mil voraces y temibles alimañas; pues sabíamos que él no conocía más animales que los domésticos. Empero, dejémosle la palabra para que él mismo se justifique de su aserto: «Pues yo, decía, antes de venir aquí no había visto tigres, caimanes ni boas, sino en pintura, y aun me sospechaba que no había tales animales; pero como ahora ya los he visto cara á cara y los he oído tantas veces, me he convencido de que sí los hay

de veras. En Antioquia estoy seguro de que hay de todo eso, pero yo no lo he visto. Sin embargo, voy á contarles algo que me pasó una vez y que demuestra que los animales sorprendentes no están circunscritos á esta región.

«Hace algunos años, cuando viajaba yo por Antioquia, fuimos por los lados de Remedios y de Zaragoza, á orillas del Cauca. Allá hace tanto calor como aquí, y dan unas fiebres tremendas. Abundan todas las plagas que hemos visto en el Vichada, y lo que aquí llaman *puyón*, allí lo llaman *zancudo*. Los hay de todos tamaños, y aun mucho más grandes que por acá. Pita más recio que ningún otro *zancudo* de por aquí; pero lo maravilloso que sucedió es lo que sigue. Andábamos por esos pueblos con «Los Tunches», dando dramas y zarzuelas. La zarzuela que más gustaba era la de *Los hijos del Capitán Grant*, que tiene muy bonito verso y muy bonito canto. Una noche que estaba la compañía hospedada en la misma enramada en que habíamos dado la función, casi no podíamos dormir por la abundancia de *zancudos*. Picaban y pitaban que aquello era un gusto. Una de las artistas que nos acompañaban profesaba la doctrina de que no hay derecho de matar á ningún animal, y

argüía respecto de los *zancudos*, que si esos pobres animalitos nos picaban, era porque Dios así lo mandaba. Era ella enemiga de derramar sangre, aunque fuera sangre de *zancudo*, que generalmente no es propia de él, pues que él se la ha chupado á algún cristiano. Como, por otra parte, quería defenderse, tomaba cuantos *zancudos* podía, de los que se le posaban sobre las manos y la cara, y los arrojaba á una jofaina, en la cual, para impedir todo riesgo de incendio, los fumadores habían botado los fósforos de palo con que encendían sus puros y cigarrillos. Á pesar de la plaga, el sueño nos venció á todos y logramos dormirnos. Pasado algún tiempo, uno de los compañeros se despertó, y oyendo algo extraño, despertó á los demás. Pronto estuvimos todos alerta, oyendo algo como una música ó como un rumor lejano, que no sabíamos de dónde procedía. Los *zancudos* parecían haberse ausentado todos; la noche estaba tranquila, y brillaban hasta dentro de la enramada los rayos de una luna clara, hermosa y redonda como un queso. En el aire diáfano se oía una música tenue, algo así como el cantar de caramillos lejanos. Si nos salíamos del recinto en que estábamos reunidos, no la oíamos más, y al entrar en él, la música volvía á empezar,

siempre remota. Al fin me decidí á investigar el misterio yo mismo, y guiándome por el oído, noté que el ruido salía de entre la mismísima jofaina. Me dirigí á ella, y, con efecto, noté que á medida que á ella me acercaba, eran más claros y más distintos los sonidos de la música. Llamé á mis compañeros, que esa misma noche habían ejecutado conmigo la zarzuela, antes mencionada, de *Los hijos del Capitán Grant*, y figúrense ustedes cuál sería nuestro asombro al ver lo que sucedía, que aseguro á ustedes es la pura verdad, como que estoy aquí, y como que lo vieron estos ojos que se ha de comer la tierra. Los benditos *zancudos* arrojados por la compasiva artista á la jofaina, la cual estaba medio llena de agua, habían logrado reunir varios de los palillos de fósforo botados al agua por los fumadores, con los cuales habían formado una especie de balsa ó plancha flotante. Como tenían las alas mojadas, no podían volar, pero subiéndose sobre la balsa se habían salvado de ahogarse, y allí reunidos continuaban pitando y aguardando, sin duda, á secarse para poder volar. Y aquí viene lo maravilloso: esos *zancudos* resultaron tan hábiles, que con una sola audición habían aprendido un canto, de modo que pudimos oir distintamente la melodía co-

rrespondiente á este verso, ejecutada con maestría y con sentimiento. Adviértase, si no lo apropiado de ella, á la situación en que se hallaban los *zancudos:*

«No hay placer mayor
que el de navegar;
nunca en tierra se gozó
de tan grato bienestar.»

Ya ven ustedes, prosiguió Fermín, que si en Antioquia no tenemos ni tigres, ni boas, ni tortugas, ni toros que pelean, tenemos un *zancudo* que aprende á cantar, maravilla que compensa todas aquellas de que carecemos.

CAPÍTULO VIGÉSIMO-PRIMERO

Abajo del raudal de Atures, en un punto denominado Puerto Real, nos informó Gatiño que ya podíamos poner todos nuestros efectos y enseres en las canoas, y seguir por el Orinoco, abierto y sin interrupción, bien á La Urbana ó á Caicara, ó bien hasta ciudad Bolívar. Contaba él con que antes de muchos días hallaríamos algún campamento de zarrapieros con quienes nos fuera posible obtener embarcaciones de mayor porte que las que llevábamos.

Leal consideraba cumplida ya su misión. Estábamos en Venezuela, en las orillas del gran río, teníamos vencidos ya los raudales y nos hallábamos en manos de un práctico hábil y experto. A pesar de nuestras instancias para que siguiera con nosotros hasta ciudad Bolívar y volviera al interior de Colombia por la vía

marina hasta Barranquilla, decidió volverse de allí mismo; y con gran pena tuvimos que despedirnos de él. De nuestros marineros ó bogas los pocos que quedaron con nosotros, lo hicieron con la intención de volver á Colombia por el río Meta. Leal y los demás pensaban remontar los raudales y desandar por el Vichada todo el largo trayecto que habíamos recorrido. No sin pena nos separamos de aquel inolvidable y nobilísimo compañero, á cuya pericia, previsión y constante cuidado debimos la salvación de nuestra vida y de nuestras propiedades en medio de aquellas selvas vírgenes y de tantos peligros como nos rodearon durante los noventa días que él nos acompañó. Para dar una idea de lo singularmente afortunados que anduvimos, baste citar este hecho, del cual sólo tuvimos noticia muchos meses después, cuando estábamos ya en París, rodeados de todas las ventajas y comodidades de la civilización más avanzada. El recuerdo de nuestra peregrinación á través de las vírgenes soledades de la América intertropical, nos parecía ya sueño de nuestra imaginación, y no una realidad, un hecho positivo acaecido en nuestra vida. Alex, vuelto á Colombia, nos escribía de Bogotá, más ó menos, lo siguiente:

«Acabo de recibir una carta de Leal, fechada en San Pedro del Túa. Él se separó de nosotros en Puerto Real acompañado de doce ó quince de los marineros que nos llevaron por el Meta y por el Vichada. Me dice que ese mismo día en que al rayar el alba él y los suyos emprendieron marcha, ascendiendo los raudales, en tanto que nosotros seguíamos la corriente del Orinoco hacia su desembocadura en el Atlántico, á pocas horas de haberse separado de nosotros, una de las canoas que llevaban tropezó con un tronco y se volcó. Había en ella siete marineros. Todos habilísimos nadadores; al caer al agua se dirigieron hacia la canoa que, arrastrada por la corriente, pudiera haberse perdido si no era alcanzada. Llegaron á ella, y en breves instantes lograron enderezarla y ponerla otra vez á flote. Cuando estaban embarcándose fueron atacados por dos enormes caimanes, los cuales se empeñaban en volcar de nuevo la canoa, asestándole terribles golpes con sus poderosas colas. Uno de los marineros fué herido en la cabeza de un colazo, y antes de que sus compañeros pudieran protejerlo, el otro caimán le había tronzado por mitad del cuerpo, de modo que el infeliz fué devorado en presencia de los demás que ya habían logrado sentarse en la canoa.»

Al leer este tétrico relato, se nos heló la sangre en las venas, y con un pánico análogo á aquel que se adueña de quien ve estallar el rayo á poca distancia, ó de aquel que siente silbar cerca de su cabeza el plomo disparado de arma mortífera, nos estremecimos de pavor recordando las muchísimas noches que pasamos en las márgenes de aquellos ríos solitarios; las muchas ocasiones en que nuestras canoas chocaron ya con las rocas ó con troncos escondidos á flor de agua, ya contra las raíces que pudieran haberlas volcado. Entonces comprendimos que fué dispensación especial de la Providencia lo que nos salvó de tanto peligro, y con la cándida fe de los primeros años, planta inmortal que renace en el hombre á través del tiempo y de la duda, germen bendito puesto en el corazón por nuestra madre en los primeros días de la infancia, voló nuestro espíritu hacia la que por nosotros en toda época y en todo tiempo y con más ahinco en esos días de peligro, había elevado sus preces al Señor, y reconocimos que fuerzas superiores nos habían protegido, y nuestra alma se elevó también en acción de gracias, por merced tan grande y tan señalada.

Disminuídos en número, continuamos viaje hasta Aguamena, punto cercano á la desem-

bocadura del Meta en el Orinoco, en donde debíamos encontrar un campamento de zarrapieros.

Si hablando del Meta dijimos que era un brazo de mar, el Orinoco diremos que es un mar interior. Tiene oleaje mucho más poderoso que el del Meta; sobre él soplan las brisas y se agitan los huracanes; sus espumas se estrellan con fuerza en las orillas, y el color de sus olas cambia como el de las ondas marinas. El viento alisio de que ya hemos hablado en otra ocasión, sopla allí con mucha más fuerza que en la región del Meta, á donde diríase que llegan sus alas algo cansadas de tan larga peregrinación. Ni las pequeñas ni las grandes embarcaciones se atreven á navegar en rumbo opuesto á la dirección de esos vientos cuando soplan con toda su fuerza. En cambio las que los tienen de popa ó de costado, izan la parda lona y surcan el líquido elemento con la rapidez de aves marinas. Nosotros aprovechábamos las brisas de la mañana y las de la tarde, que son menos poderosas, para adelantar camino, dando bordadas con el viento de proa; pero perdíamos la mayor parte del día arrimados á la primera playa que encontrábamos, cuando empezaba á arreciar, y veíamos pasar las horas, lentas y pesadas, interminables como

el curso de las aguas, y penosas por la impaciencia que teníamos de llegar al punto de nuestro destino. Y no era esto lo peor: los vientos levantan una gran cantidad de arena que alcanza á elevarse á dos y á tres pies de altura sobre el nivel del suelo, lo que hace imposible el sentarse, pues la respiración no podría sostenerse en aquel elemento tan denso, aire saturado, si así se puede decir, de partículas de arena. Tampoco es posible cocinar, y la única posición en que uno se encuentra bien, es, ó sentado sobre algún punto alto, ó de pie. Recordamos especialmente que al segundo ó tercer día después de salidos de Puerto Real, nos fué preciso amarrar de nuevo las canoas media hora después de haber salido.

«Tendremos brisote largo», dijo Gatiño, y nos explicó que, según el aspecto del cielo, la brisa se sostendría veinticuatro, treinta y seis y acaso cuarenta y ocho horas. Intentamos *soplar candela*, que es la expresión consagrada en aquellas regiones para indicar hacer fuego. Esto fué imposible, porque la arena apagaba la llama y el viento desparramaba los troncos encendidos. Fué imposible preparar alimento de ninguna especie, y tuvimos que contentarnos, para calentar el cuerpo, con tragos de ron blanco y con casabe seco. Á las

seis de la tarde la situación no había cambiado; estábamos fatigados de permanecer en pie, y, finalmente, para tener algún descanso, tuvimos que internarnos en la orilla, hasta un punto en que encontramos árboles, de los cuales guindamos los chinchorros y pudimos tendernos. Ni aun allí fué posible preparar alimento alguno, pues aunque era escasa la arena en dicho punto, la levantaba el viento en suficiente cantidad para frustrar toda tentativa culinaria. Á las veinticuatro horas calmó la brisa, y antes de emprender viaje, lo primero que hicimos fué preparar algún alimento. Estas detenciones tuvieron lugar varias veces, antes de nuestra llegada á Ciudad Bolívar. No podemos menos de narrar un incidente ocurrido durante una de ellas, que demuestra los arbitrios á que se ve uno forzado para pasar el tiempo y engañarse á sí mismo en las circunstancias difíciles en que las fuerzas se agotan y el individuo se ve reducido á dejar que las cosas sigan su curso naturalmente, sin tratar de oponer resistencia y sin pretender guiarlas en manera alguna.

Varias veces habíamos notado que nuestros marineros prestaban atento oído á nuestros cantos, lecturas y recitaciones, sobre todo cuando estas últimas eran de poesía. Habían

aprendido las canciones bogotanas que R. entonaba acompañándose con el tiple, y nos habían suplicado la recitación de algunos versos de poetas colombianos, cuya música y cuyo sentimiento les llegaban al alma. Esto explicará el incidente de que pasamos á ocuparnos.

En alguna ocasión en que el brisote nos había detenido desde por la mañana en una playa arenosa y desierta, en la cual no encontramos árboles de que colgar los chinchorros como en la primera en que nos habíamos hallado en análoga situación, desesperados por el hambre, de un lado, y del otro, avivado nuestro espíritu por las frecuentes libaciones del ya mencionado ron blanco, ocurriósenos á R. y á quien esto escribe una muy peregrina idea, cual fué la de representar allí delante de aquel auditorio que no podía escapársenos, sino prefiriendo la muerte á la demostración de nuestros talentos artísticos, un drama, una comedia ó una ópera. Si es cierto que por una parte nos faltaban los medios, el talento y la habilidad, por otra parte nos sobraba la audacia y teníamos asegurado nuestro público. Después de cavilar y de discutir detenidamente, resolvimos representar delante de nuestros marineros un drama lírico, de música y palabras nuestras, adaptadas de reminiscencias de cuantas mú-

siças habíamos oído, y el todo bordado sobre el anjeo del recuerdo que en la memoria teníamos del «Ruy Blas», de Víctor Hugo. Explicamos á nuestros compañeros de lo que se trataba, dijímosles que les íbamos á dar una gran función seria, ópera y drama á un mismo tiempo. Probablemente ellos no se dieron cuenta del exacto significado de esas palabras, pero acogieron con gusto la idea de que se trataba de algo que sería poesía y que sería canto. Distribuímonos entre los dos únicos actores, no sólo el desempeño de los personajes, sino el de los instrumentos de música. El tiple formaba toda la orquesta, y nosotros dos éramos los únicos cantantes. A guisa de overtura, entonamos, con acompañamiento de los marineros, dos ó tres canciones bogotanas, que maldito lo que tenían que ver con el proyectado drama, el que, como queda dicho, era el «Ruy Blas», de Víctor Hugo. Luego, al explicarles á nuestros oyentes la parte que no representábamos por medio de diálogo, ensayamos hacerles concebir aquello de que se trataba, más ó menos, así:

«Este es Ruy Blas, un hijo del pueblo, nacido poeta y soñador, con la mente en las estrellas y los pies en la tierra. Anda siempre con los ojos fijos en lo alto y en lo lejano, y no es ex-

traño que sus pies tropiecen con los abrojos de la vida. Sueña con las grandes damas, con las duquesas, con las reinas y con las princesas; piensa en las bellas y grandes acciones, en los ideales hermosos, en los horizontes lejanos; cree en la gloria del pasado, cree en el porvenir y en la grandeza de la patria. Como que es el hombre que sueña, por consiguiente también el hombre que llora, es el hombre que sufre.

»Este es D. César de Bazán, el compañero alegre, el camarada leal, firme como el acero de su espada, valiente como ese mismo acero, generoso como la lluvia que riega todos los campos ó el sol que inunda todos los ámbitos. Tiene una mano abierta para dar, quien la estrecha, encuentra en ella la pulsación de un corazón noble y generoso. No sabe lo que es el miedo, no sabe lo que es la preocupación. La previsión es palabra que no entra en el catálogo de su vida. Mira el porvenir sin temor; no piensa en el pasado ni en el vino apurado ya; goza del sol, de la aurora, de las brisas, de la primavera, de las sonrisas de la mujer y del perfume de las flores, sin preocuparse del mañana. Es el hijo mimado de la dicha, porque en su corazón no hay campo para el engaño, ni para el dolor, y en su mente no caben la

duda ni la tristeza. Es un hombre hecho de vértebras de alegría, las cuales le forman una espina dorsal de lealtad y de nobleza.

»Este es D. Salustio, el Villano envejecido en la intriga, en la bajeza y en el vicio; el egoísmo personificado; la senilidad que se siente cercana de la disolución final que avivan la codicia y la lujuria y que convierte en ferocidad el egoísmo. No ha tenido un cariño ni un sentimiento de ternura. Los demás seres humanos han sido para él simples instrumentos de placer y de ambición; y si le fuera preciso degollar á su propio hermano para lograr sus fines, no vacilaría en hacerlo. Ha nacido poderoso y grande según las convencionalidades; no ha ejecutado una acción buena, no recuerda el número de sus acciones malas. No tiene criterio moral; es su propio Dios; es él para sí mismo, el único ser adorable y digno, y no vacila ni ante la inocencia, ni ante el dolor, ni ante el crimen.

«Esta es la reina que viene de lejanos países á la España de la Edad Media; trae en su alma toda la poesía soñadora del norte; ha jugado en su infancia con los niños del pueblo, ama las violetas y las baladas y las nubes vagas que se disipan ante el sol de la mañana. Traída á un mundo en donde la farsa priva, vese abru-

mada por las exigencias de etiqueta de la corte española, y su corazón, ansioso de lealtad y cariño, se muere como una flor á la que el sol le falta. Barajados estos elementos unos con otros, resultan circunstancias en virtud de las cuales don Salustio el Villano, se ve proscrito de la corte por orden de la reina. Sucede también que él usa de los últimos instantes de su poder moribundo para colocar á Ruy Blas en la corte, en la cual le hace personificar á don César de Bazán. Ruy Blas, así encabado, halla favor; siendo lacayo ama á la reina, amor advertido por don Salustio, quien le convierte en dogal para estrangular al lacayo y á la reina. Coadyuvan las circunstancias á la realización de tan negros planes. Aquel lacayo que sabía amar, sabía también pensar, y aquel pensador era también hombre de acción. Protegido por la influencia poderosa é invisible de la reina, asciende con rapidez vertiginosa. Su voz suena vibrante en el consejo de estado, y su palabra, cargada con el anatema para los traidores y especuladores con el tesoro público, despierta odio y sed de venganza. Sólo en un oído, que es el de la reina, repercute como la palabra que anuncia la salvación de la dinastía. Para esa reina y para ese lacayo está tendida una terrible red, merced á los ardides de don Salustio.

En noche sombría y en sitio apartado, atraídos por el engaño, la reina y el lacayo llegan á encontrarse juntos, en el punto en donde éste, caído ya de su alto poder, arrojado por la misma mano que le había encumbrado, se preparaba á morir. En aquel instante solemne y pavoroso y en aquella estancia silenciosa, se presenta don Salustio ante sus víctimas aterrorizadas. Trata de convertir á la reina y al lacayo en cómplices de un crimen, y con toda la ferocidad de la bestia que se prepara á desgarrar su presa, hace advertir á la reina que está deshonrada. Pone en su conocimiento que el hombre á quien ella ha encumbrado no es don César de Bazán sino simplemente un lacayo. Arranca á los labios de éste la confesión de que esa es la verdad, y gozándose en su triunfo, le dice: Señora, me habéis proscripto porque honré con mis atenciones á una de vuestras doncellas. Yo os doy por esposo á mi lacayo. Aquí tenéis dinero; la frontera de Portugal no está lejana. Si no huís estáis perdida. El lacayo escucha estas palabras; advierte que hay sólo una puerta para salir de aquella estancia. La cierra, y quita la llave. Luego, acercándose por detrás á don Salustio, y sin que éste lo advierta, le arrebata la espada, y blandiéndola en la terrible diestra, le apostrofa así: sois un co-

barde. Habéis insultado á una reina, habéis ultrajado á una mujer. Como que sois un noble, un grande de España, no podéis batiros con un lacayo. Los grandes no deben batirse con los pequeños, por ende, yo os aplastaré como vil reptil que sois. La reina permanece muda. Sonle concedidos unos instantes á don Salustio, y allí, en presencia de aquella majestad insultada, la de la mujer, más excelsa que la de la reina, delante de esa reina ultrajada, muere el gran villano, el grande de cuna, por manos del lacayo erigido en verdugo voluntario, agente de la justicia innata de las cosas, sorda é inexorable. Ruy Blas saca del bolsillo un pomo que contiene veneno, lo apura, y al caer en tierra recibe el perdón de manos de la reina, y más que eso, la confesión de que ella también le ama.»

Ese drama, cantado, narrado y descrito allí sobre la arenosa playa, al compás del viento que agitaba las encrespadas ondas, grande como ellas mismas, poderoso como esos huracanes, eco de la voz del poeta, relámpago de la luz de su inspiración, dió á nuestros pobres labios elocuencia y un raudal de palabras que se confundían en el rumor de la noche y de los vientos, como las notas de los instrumentos que forman armonías. Nuestros compañeros

no entendían gran parte de lo que decíamos.

Lo que precede apenas puede dar una escasa idea de lo que allí pasó. Recordamos también que el más atrevido de los marineros, al ver caer á R., que representaba el papel de don Salustio, atravesado á guisa de espada por un remo que le habíamos introducido entre el brazo y el cuerpo, recibiendo así por manos del lacayo el castigo que merecían sus infamias, dijo acentuando sus palabras con la más enérgica y más universal de las interjecciones españolas: Bien hecho que lo mate por canalla, opinión en que concurrieron todos los demás.

Ningún actor en el mundo ha recibido aplauso más genuino. Diga quien esto lea que fué el ron blanco que todos habíamos bebido; diga que fué un cumplimiento lisonjero por parte de aquellas humildes gentes. Nosotros insistimos en creer que en la poesía hay un poder y una fuerza tan grandes que, aun así, en pequeña cantidad, tan diluídos y tan imperfectamente manejados sus poderosos elementos, cuando de ellos algo queda en la memoria, ella conmueve el alma y estremece el corazón.

CAPÍTULO VIGÉSIMO-SEGUNDO

Uno de los frutos explotados con mayor ventaja y más pingües rendimientos de cuantos crecen en las orillas del Orinoco y sus afluentes, es la *sarrapia* ó haba tonga, usada en grandes cantidades en la perfumería y en la farmacia. El árbol de la sarapia es muy semejante al del mango, solamente que sus hojas son más pequeñas. La fruta misma se parece también al mango, tiene la misma forma que aquél; la pulpa es más dulce y menos abultada y cubre una nuez, dentro de la cual se encuentra una almendra llamada haba tonga ú sarrapia. En la época de la cosecha, la cual tiene lugar en los meses de Febrero, Marzo y Abril de cada año, los sarrapieros, que vienen ya del interior de Venezuela, ya de Caicara, Mapire, Ciudad Bolívar y demás puntos habitados del río Orinoco, se internan en los bos-

ques y recogen el fruto caído por tierra. El precio de la sarrapia, una vez preparada para la exportación, fluctúa según la localidad y no alcanza alguna normalidad sino en Ciudad Bolívar, en donde se rige por el que se obtiene en los mercados europeos ó en el de Nueva York. Para dar una idea de la importancia de este artículo, baste decir que no es extraño vender la sarrapia á razón de cuatro dollars ó veinte francos la libra. El procedimiento empleado para preparar la sarrapia, es el siguiente: las partidas de sarrapieros se dividen en recogedores de fruta y trituradores de nueces. Los primeros alzan la fruta, que se halla en grandes montones debajo de los árboles, y la llevan en canastos ó en sacos *ad hoc* á los trituradores, quienes á golpe de piedra parten la nuez y sacan la almendra. Una vez extraída ésta, se la pone al sol en cueros de res, secos, ó en pedazos de tela de algodón ó de cáñamo, y cuando ha alcanzado el grado de sequedad conveniente, en lo cual tarda algunos días, se la empaca en sacos especiales. En algunas ocasiones se procede á rociarla con alcohol, aunque este tratamiento es generalmente reservado para llevarlo á cabo en Ciudad Bolívar, al darle una preparación final al artículo. Los bosques de sarrapia, como ya queda dicho, se encuentran

no solamente á orillas del río Orinoco, sino en el Caura y en varios otros de los afluentes del río principal. La legislación vigente para su explotación parece que es muy complicada y que cambia frecuentemente. Hasta donde puede juzgarse por quien va de paso, rige allí la ley natural del más fuerte. Este explota no solamente los bosques sino á los que los han explotado antes que él. Con efecto, se observa que algunos individuos provistos de fuerzas, y á veces de títulos oficiales, obligan á los recogedores de sarrapia de más humilde casta y de menor alcance, á venderles á ellos, á precio bajo, el artículo que han recogido. Empero, no podemos suministrar datos precisos sobre estos asuntos, porque no tuvimos ocasión ni deseo de estudiarlos.

Habían transcurrido varios días desde habíamos pasado los raudales. La distancia recorrida por nosotros era relativamente corta, pues el brisote nos había detenido en más de una ocasión. Nuestros víveres estaban poco menos que agotados y llevábamos ya algo más de tres meses de aquella vida enteramente primitiva. En este estado de ánimo fácil le será á cualquiera comprender nuestro alborozo cuando vimos á lo lejos, en una de las orillas del río, una especie de campamento formado por tol-

das blancas, una aglomeración de canoas cerca de la orilla y numerosas gentes que iban y venían en todos sentidos.

Gatiño nos informó que nos hallábamos en el campamento sarrapiero de Aguamena, y que allí encontraríamos, sin duda, toda clase de provisiones y de mercancías extranjeras, si acaso algunas queríamos. Instamos á nuestros remeros para que impulsaran nuestras embarcaciones con la mayor rapidez posible. Nos parecía lento su andar, tal era la ansiedad que teníamos de ver caras nuevas y de hablar con gentes venidas del mundo civilizado, de quienes pudiéramos obtener noticias acerca de lo que en ese mundo hubiera sucedido durante nuestra larga ausencia de él. Pero nuestra dicha subió de punto cuando divisamos en medio de las canoas un pequeño bajel de mucho mayor porte que la más grande de ellas, sobre el cual se erguía gallardo mástil, que se nos antojó ser de descomunal altura. Era una balandra perfectamente equipada, con su palo mayor y su trinquete de proa, arreglados para llevar tres ó cuatro velas, y de gran capacidad en comparación con las embarcaciones de que nos habíamos venido sirviendo. La contemplación del *Great Eastern*, tan afamado en su tiempo, no nos hubiera causado

mayor satisfacción. Decidimos en lo íntimo de nuestra alma que á todo trance y á toda costa había de continuarse nuestro viaje aguas abajo en aquel hermoso barco.

Nuestra llegada al campamento no llamó al principio la atención de nadie. Se imaginaron los que allí estaban que éramos sarrapieros venidos de más arriba, y esto no tenía nada de extraño; pero cuando tuvieron ocasión de saber desde dónde veníamos, fuimos objeto de la curiosidad general. Nos entendimos con uno de los principales individuos de los que allí se encontraban, dueño de varias canoas que despachaba en todas direcciones en busca de sarrapia, y dueño también de la citada balandra. Permanecimos allí un día, reponiendo las fuerzas, conversando con las gentes, hallando sumo placer en platicar con personas distintas de las que nos habían rodeado durante tantos días, y discutiendo el precio que debíamos pagar por la balandra para que nos llevara adelante. Por fin logramos entendernos, y después de haber puesto á bordo todos nuestros enseres, el patrón de la balandra desplegó al viento, que nos daba de proa, las tres velas de su embarcación, y dando grandes bordadas descritas en líneas majestuosas sobre el límpido espejo de las aguas, continuamos nuestra travesía hacia

abajo, pareciéndonos que nos llevaba en su vuelo un águila; tan grande era el porte de nuestra nueva embarcación, comparado con el de las canoas que habíamos dejado, sin tener en cuenta la ventaja de no experimentar ya el temor, que constantemente teníamos en las nuestras, de zozobrar á lo mejor del tiempo.

En el campamento de sarrapia logramos surtirnos de algunas provisiones, aunque los que las tenían allí no quisieron darnos muchas de ellas, porque ellos mismos las necesitaban, y porque yendo nosotros hacia los centros en donde era fácil obtenerlas, no había razón para que las tomáramos en grande abundancia.

Á la segunda tarde de andar en la balandra, arribamos á un islote que se tendía en medio del río, islote arenoso y árido, denominado «La Playa de la Manteca.» Allí nos esperaba un espectáculo enteramente nuevo, y del cual, aunque algo se nos había dicho, no habíamos podido formarnos idea precisa. Esta playa es llamada así, «Playa de la Manteca», porque á ella acuden todos los años, en la época correspondiente, decenas de miles de tortugas á depositar sus huevos, siendo tal la cantidad de éstos, que el gobierno, á quien pertenece el islote en cuestión, vende por metros cuadrados

la superficie de él, para que la exploten, á los traficantes que se ocupan en el comercio de huevos de tortuga y del aceite sacado de éstos. Apenas comienza la estación en que ponen las tortugas, llega á la playa en cuestión un resguardo militar, encargado de vigilar la mensura de la superficie y la explotación, tanto de los huevos, como de las tortugas mismas. Éstas llegan al islote en enjambres. Del agua pasan á la arena, y se van internando, seguidas por otras y otras muchedumbres, de modo tal, que las primeras que llegan se morirían y no podrían volver al agua, pues les sería imposible pasar por encima de sus compañeras, si los agentes, puestos allí por el gobierno, no les facilitaran la vuelta al río á las que no se reservan para su comida. No son más abundantes las piedras en el empedrado de una calle que lo son las tortugas en aquel islote en la supradicha época del año. Estos animales depositan, según su edad y tamaño, desde cincuenta hasta trescientos ó cuatrocientos huevos. Los cubren con la arena, encargada de completar su labor de madres empollando los huevos, y emprenden la retirada hacia el agua. Los agentes del gobierno escogen las tortugas que desean aplicar al consumo y las voltean sobre la espalda, con lo cual queda el

animal completamente imposibilitado para trasladarse de un lugar á otro.

Para dar una idea de la cantidad de tortugas, citamos el siguiente cálculo, hecho por un viajero francés.

Según los años, la cosecha de huevos alcanza para producir de ocho á diez mil damajuanas de aceite, sea de setenta á ochenta mil galones. Para cada damajuana se necesitan de cuatro á cinco mil huevos; así, pues, el total máximum de diez mil representa de cuatro á cinco millones de huevos; sea de cuatrocientas á quinientas mil tortugas que llegan á estas playas cada año á depositar sus huevos.

Cuando nuestra balandra se detuvo enfrente de «La Playa de la Manteca,» estaba la estación en su apogeo, y pudimos surtirnos de tortugas vivas y de huevos de tortuga tan abundantemente como nos plugo. Nuestros marineros se encantaron ante el prospecto indefinido de comer tortuga frita, asada, en carapacho y de las mil maneras en que puede ser preparado ese animal; y cuando nosotros los vimos devorar huevos de tortuga sin más preparación que la de hervirlos en agua-sal, método por el cual se conservan buenos durante mucho tiempo, comprendimos que la capacidad humana para la asimilación de materias extrañas es mucho

mayor de lo que uno puede imaginarse. Llegamos á convencernos de que hay casos en que el contenido es mayor que el continente, aunque la cosa parezca una paradoja ó una exageración. Con efecto, nuestros marineros se sentaban enfrente de un montón colosal de huevos de tortuga, y á poco andar el montón desaparecía dentro del hombre, sin que éste se hinchara ni hiciera explosión. Dejamos apuntado este fenómeno para que lo profundice algún sabio naturalista junto con los otros muchos que le será dado observar á quien se dé á recorrer aquellas remotas é ignoradas regiones.

Dicen que la tortuga tiene carne de siete especies, y que sabiéndola preparar, da rostro de carnero, carne de ternera, filete para beefsteak, carne de gallina, carne de ciervo, carne de cerdo, y, naturalmente, carne de tortuga, con lo cual se completan las siete especies. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la carne de este animal tan raro en su forma, según la parte del cuerpo de donde se la tome tiene muy distinto aspecto, contextura y sabor; y que en manos de un hábil cocinero puede prestarse á distraces muy parecidos á las carnes mencionadas. Lo cierto es también, sin embargo, que todas esas variedades tienen idéntico sabor latente,

como tienen idéntico exponente las ecuaciones de un mismo grado.

Nosotros compramos varias tortugas, las cuales, según el método de la localidad, que parece ser el mismo usado en todo el mundo para tratar á estos anfibios, fueran puestas boca arriba en el fondo de la balandra, á hacer estudios astronómicos forzados, con la cara vuelta siempre hacia el cielo, mientras les llegaba el turno de muerte. Fermín, habilitado de cocinero permanente por nosotros, bien pronto se hizo experto preparador de la carne de tortuga, y nos la propinaba á tarde y á mañana, siempre con distintas denominaciones.

A los varios días de esta alimentación, nos sentimos hostigados por ella, y Alex interpeló á Fermín manifestándole que preferiríamos comer arroz hervido y cazabe mojado en agua, como ya nos había sucedido, á volver á comer tortuga. A esto replicó Fermín que la tortuga se había acabado. El día siguiente trájonos lo que él nos dijo ser suculento guiso de carne de marrano de monte. Satisfecho el primer ímpetu del hambre, hallándonos ya en situación para poder apreciar más desapasionadamente el verdadero sabor del manjar, se apoderó de nosotros la sospecha de que la carne servida era de tortuga, con un nuevo dis-

faz. Puesto Fermín en confesión humildemente dijo: la verdad es que es carne de tortuga, pero preparada de un modo nuevo. Alex lo amenazó con fusilarlo si alguna vez en su vida se permitía volver á darnos tortuga, ó siquiera hablar de ella. Agotadas las tortugas y las provisiones que habíamos comprado en Aguamena, caímos de nuevo en el régimen ya conocido, de cazabe, pescado y arroz. En vano buscamos en esas orillas alguna hacienda o fundación de ganado. Aunque el bosque era poco abundante y á diestra y siniesta se tendía la verde pradera en interminables ondulaciones hasta perderse en los lejanos confines del horizonte, no encontramos durante varios días huella humana ninguna. Finalmente, no distantes de La Urbana, población que en un tiempo fué de bastante importancia comercial en el Orinoco, arribamos á una fundación de ganado, de la cual volvió Alex con un botín que por entonces nos pareció regio. Con efecto, traía consigo gallinas, huevos, miel, manteca, café y todo el costado de una res, muerta y salada expresamente para nosotros, item más, ron bebible.

A las gentes remilgadas, artistas y de gusto muy delicado, si acaso algunas de ellas llegan á leer estos mal trazados escritos, causaráles

desagrado la mención de cosas tan vulgares y la narración de incidentes tan triviales. Esto es tanto más de temerse cuanto que lo seguro es que quien llegue á juzgar de lo que acabamos de exponer, lo haga con el estómago satisfecho y redeado de comodidades. Nadie hay tan severo con los desmanes del hambre ajena como el filósofo que repantigado en su silla, hace la lenta digestión de opíparo festín; ni hay virtud más exigente que la que jamás ha sido puesta á prueba. Los inmaculados y los Catones de invernadero, por decirlo así, que deben su pureza y rectitud á haberse guardado siempre bajo cristales, inspiran muy poco respeto y no merecen ningún acatamiento.

Fuera mejor, ya que de un viaje por aquellas regiones nos ocupamos, el tener una pluma pincel, capaz de trazar pinturas que hicieran desfilar ante los ojos del lector una por una ó en conjunto las innúmeras, sublimes, grandiosas manifestaciones de aquella naturaleza. Fuera mejor el poder encerrar dentro de la palabra escrita, como dentro de la esencia el perfume de la flor, algo que transmitiera á otros seres la impresión que en el nuestro propio produjo la selva inmensa con su muchedumbre misteriosa, el viento invisible, cuyas alas tantas veces tocaron nuestras frentes,

la agitada pulsación de las ondas peregrinas, aprisionadas en cauce para ellas estrecho, el infinito azul diáfano del cielo, que se tendía sobre nuestras cabezas, los ruidos, tenues unas veces, otras rugientes, de la selva y del bosque, y todo ese conjunto maravilloso de un mundo libre todavía de la civilización, pero lleno de una vida eternamente renovada en gestaciones orgánicas permanentes, en las cuales el encadenamiento de la vida que se alimenta de la muerte, como sucede en toda la naturaleza, se hace perceptible á cada instante y en mil distintas manifestaciones.

Felices seríamos nosotros si de toda esa vida y de toda esa armonía hubiéramos podido trasladar á estas páginas una palpitación ó una nota. ¡Vanos deseos! Como las sombras de las aves, que pasan bajo el sol en esas soledades, pasamos nosotros, sin dejar en ellas huella ninguna; y aunque ellas sí dejaron en nuestro espíritu la impresión sublime de su grandeza, y aunque á veces advertimos que nuestra alma se pierde bajo las bóvedas de esos bosques, en las honduras de esos ríos, en las profundidades de esas montañas, y que nuestro espíritu parece palpitar con el recuerdo del ambiente fresco, del aire puro, de todas esas regiones, cuando queremos trasladar al papel lo que sen-

timos, para que otros lo entiendan, la imagen se desvanece, la palabra falta, y apenas si un eco muy remoto de nuestro pensamiento llega á grabarse en la blanca página. Es que el don de ver y de apreciar, y el don de resucitar lo visto y lo apreciado, de modo que lo comprendan los demás, es dado sólo á los pocos y á los escogidos. Después del Creador, que saca las cosas de la nada, viene, creado por él también, el genio, el artista, que de la obra suprema é infinita sabe escoger alguna parte, iluminarla con luz imperecedera, de modo que la vean otros ojos y la sientan otros corazones.

¡Dichosos aquellos mortales á quienes el Supremo Hacedor ha dado una chispa siquiera de esa imperecedera luz, por medio de la cual pueden mostrarse á los demás seres los pensamientos íntimos del alma!

Nosotros tenemos que limitarnos á un relato común y corriente de la vida diaria que llevábamos en aquella época, y como estas páginas no están escritas sino con ese objeto, bastante habremos logrado en nuestro humilde libro, si algún lector se forma idea de lo que fué aquella peregrinación.

Volviendo al acopio de provisiones traídas por Alex, tenemos tan sólo que agregar que ellas nos bastaron con creces hasta La Urba-

na, punto en el cual nos separamos de la balandra.

En La Urbana obtuvimos otra embarcación de menor porte que la balandra, pero suficientemente grande para seguir adelante, y en ella nos dirigimos hasta Caicara, en donde, según todos los informes que pudimos recibir, encontraríamos los barcos de vapor que hacen la travesía de Ciudad Bolívar á San Fernando de Apure.

CAPÍTULO VIGÉSIMO-TERCERO

Sin incidente de ninguna especie vencimos la distancia que nos separaba de Caicara, y al saltar de nuestras canoas en aquel puerto, abrigábamos la esperanza de que desde ahí hasta Ciudad Bolívar seguiríamos en alguno de los vapores que ya en ese punto surcan el río Orinoco.

Fuimos muy bien recibidos por los habitantes de aquel lugar, y nos causó no poca sorpresa ver que, á pesar de haber transcurrido más de ocho semanas desde que en Maipures habíamos tenido nosotros la noticia de los acontecimientos ocurridos en San Carlos, en Caicara no se sabía nada todavía acerca de ellos. Apuntamos este incidente como elocuente muestra del abandono en que yacen las comarcas de aquella inmensa y poderosa vía de agua, que si estuviera en manos de otros gobiernos que

los de Colombia y de Venezuela, á buen seguro que tendrían servicio permanente de vapores y comunicaciones fijas y bien establecidas.

Nadie pudo informarnos con precisión acerca de la época en que pudiera pasar el tan deseado vapor, y prefiriendo lo seguro, aunque lento, á lo contingente, como era el aguardar á quien no había prometido llegar, resolvimos continuar en canoa de Caicara hasta Ciudad Bolívar.

Ya esta vez, al entrar de nuevo á nuestras débiles embarcaciones, empezaba á apoderarse el descontento de nuestro ánimo. No es que se nos hiciera dura la vida que llevábamos, ni que en manera alguna nos causara molestia esa existencia nómade, en que, sin ser caballeros andantes, no comíamos pan á manteles ni nos tendíamos entre sábanas, ni teníamos techo sobre nuestras cabezas, amén de otras abstinencias privativas de la andante caballería, á las cuales también estábamos sujetos. Era que ansiábamos llegar al fin de nuestro viaje, sobre todo para podernos comunicar con los nuestros, que, sin duda, serían presa de grandes inquietudes en vista de lo prolongado de nuestro silencio. Esto era lo que principalmente nos atormentaba, que por lo de-

más, nos habíamos connaturalizado tanto con el sistema de vida que llevábamos, que al tendernos en nuestros petates sobre la arena, soplara ó no el brisote, bramara ó no el río, dormíamos tan bien como en nuestras propias camas. Remando unas veces, á la vela otras, continuamos el viaje hasta Ciudad Bolívar.

A la segunda ó tercera noche de la última etapa de nuestro viaje, cuando según los cálculos de nuestros marineros, necesitaríamos aún doce días, siempre que el brisote lo permitiera, para llegar al fin, en el momento en que preparábamos nuestras camas para tendernos sobre la arena, experimentamos una sensación indecible de gozo al oirle decir al nuevo patrón que habíamos contratado en Caicara, y cuyo nombre era Braulio, estas palabras: «ahí viene un vapor». Aunque nada se veía en el horizonte ni se oía ruido alguno perceptible á nuestros oídos, él insistió y á poco hubimos de convenir en que tenía razón. Con efecto, tenue al principio y creciente poco á poco fuese oyendo el resoplido peculiar de la máquina. Nos sentimos como prisioneros á quienes se les da cuenta de que va á ponérseles en libertad. La distancia, que pesaba sobre nosotros como una cadena, pareció quitársenos de encima, y nos sentimos ya libres y felices. Por el temor de

que no oyeran nuestro llamamiento, desde la orilla, Alex hizo descargar del todo una de las dos canoas que llevábamos, y entrando á ella con cuatro marineros, remó hacia el medio del río, hasta el punto por donde, según el cauce de éste, debería pasar el vapor. Bien pronto lo pudimos ver que se adelantaba con majestuosa rapidez. Disparamos nuestras armas y gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones. Lo propio hicieron los que estaban en la canoa. Fuimos perfectamente vistos y oídos, tanto por el capitán como por los tripulantes... mas nuestro desengaño fué terrible y grande nuestra amargura cuando nos vimos despreciados, y observamos que el vapor seguía impertérrito hacia adelante sin parar mientes en nosotros. Nos quedamos sin comprender el motivo ó la razón de egoísmo que no permitió á aquellas gentes recogernos. Acumulamos mentalmente sobre la cabeza de los responsables lo que no queremos repetir aquí. Nunca pudimos explicarnos tan extraño proceder. Ese vapor debería llegar, como en efecto llegó, á Ciudad Bolívar, veinte horas después, y durante los diez ó doce días más que pasamos navegando á vela y á remo en aquella parte del río á cada instante más amplia y más peligrosa, fueron muchas las veces en que recor-

damos al vapor, al capitán, al dueño y á los tripulantes, y debemos consignar que no elevamos al cielo oraciones ni plegarias por ellos. Hoy ya hemos olvidado aquello por completo en cuanto á sentimientos de amargura; empero en un principio nuestra decisión fué la de quejarnos públicamente de aquel acto de lesa humanidad. En prueba de que sí hemos perdonado de veras, no hacemos constar aquí el nombre del vapor ni el del capitán.

A medida que nos acercábamos al término del viaje crecía de punto nuestra impaciencia. Durante los largos días pasados en la navegación del Vichada, en los raudales ó en el trayecto hasta Caicara, jamás nos había faltado la paciencia. No habíamos sido presa de inquietud ninguna. Ahora, cuando ya era cuestión de poder calcular con poco riesgo de error la fecha del fin de aquel viaje, cada obstáculo, por pequeño que fuera, nos causaba desagrado; mas como todo tiene término en este mundo, también había de tenerlo aquella peregrinación, y por ahí hacia el 20 de Abril llegamos á un pequeño caserío distante tres horas de Ciudad Bolívar.

La proximidad de una ciudad hizo renacer en nosotros el sentimiento de vanidad en cuanto al aspecto de nuestras personas. Teníamos

luengas barbas hirsutas y cabellera bastante enmarañada. Nuestros trajes no hubieran resistido examen ni aun del más indulgente crítico. Eran además escasos, pues la mayor parte de nuestra ropa había pasado á poder de los indios que nos habían ayudado en el Vichada, y lo que quedaba de ella no había mejorado con la humedad del clima y la falta de cuidado. Queríamos llegar á Ciudad Bolívar del modo más presentable á nuestro alcance, y al hacer un estudio de nuestra ropa, ¡oh irrisión de la suerte! hallamos que el único traje que nos quedaba en relativo buen estado, era nuestro traje de frac, hecho en Londres de acuerdo con las reglas sartorias de aquella exigente metrópoli. Á pesar de la necesidad, comprendimos que no era conveniente presentarnos en traje de etiqueta al saltar á tierra, después de un viaje de varios meses de duración en los ríos Vichada y Orinoco.

Olvidábamos hacer mención de nuestra estancia en las Bonitas, población situada abajo de Caicara, en la cual se encuentran los hatos del general Crespo. Algún individuo que allí encontramos, jefe civil del lugar, nos manifestó que en las inmensas dehesas naturales pertenecientes al citado general, pacen más de doscientas cincuenta mil cabezas de ganado. Sea

de ello lo que fuere, sea esta cifra exagerada ó no lo sea, el hecho que pudimos averiguar fué que de esos hatos salían para Trinidad, anualmente, treinta mil novillos. Los expertos en esta clase de negocios podrán calcular cuál debe ser la magnitud de hatos capaces de resistir semejante exportación anual.

El último día de la navegación, soplaba una brisa fuerte. No queriendo detenernos por ella, resolvimos adelantar, arrastrando la canoa de la *boza* (á la *espía*, según el término consagrado) desde la orilla, y así pudimos ver poco á poco cómo la ciudad iba surgiendo del fondo del horizonte y destacándose cada vez con más nitidez á nuestros ojos. Aparecía sentada en forma de anfiteatro, con sus blancas casas y sus rojos tejados y grises azoteas, en una alta colina, en el mismo punto en donde el río, que muchas veces habíamos visto de más de dos leguas de ancho, se recoge en un cañón que apenas mide un kilómetro de anchura. La vista de la aglomeración de tejados, de edificios; la animación de aquel nuevo centro de vida, después de tantos días de selva y de bosques vírgenes, interrumpidos tan sólo por las escasas agrupaciones de chozas insignificantes, nos produjo gratísima impresión. Pudimos entonces comprender el alborozo que debió apo-

derarse de Colón y de sus compañeros cuando, después de su larga peregrinación, el vigía les gritó desde lo alto del mástil: «¡Tierra, tierra!» Nosotros también ya podíamos exclamar: «¡Tierra, tierra!» En efecto: el problema estaba resuelto. La lucha estaba ganada por parte nuestra. Río, selva, raudales, fiebres, alimañas, caimanes, culebras, salvajes que no han sido civilizados, salvajes civilizados en uso del poder, revestidos de convencionalidades oficiales, feroces en sus odios y en sus pasiones, arbitrarios, imbéciles y pequeños en todos sus actos, todo eso quedaba atrás, como el polvo del camino vencido por nosotros, como las espumas de las aguas apagadas en la arena de las orillas. Merced á la protección de Dios y á nuestra buena suerte, ya íbamos á llegar á tierra, en donde nuestra libertad sería respetada, y de donde podríamos ir á cualquiera parte del mundo civilizado, sin que los inconvenientes que habíamos vencido pesaran más sobre nosotros, ni fueran otra cosa que un incidente en la vida, incidente no desprovisto de enseñanzas ni de atractivo.

Al saltar á tierra, como que éramos muchos y de extraño aspecto, llamamos algún tanto la atención de las gentes. En breve nos trasladamos á un buen hotel, que nos pareció sun-

tuoso. Los espejos, los sofás, las mesas y todos los adminículos y enseres de la civilización se nos antojaban antiguos amigos perdidos de vista hacía largo tiempo; y cuando aquel día nos sentamos á la mesa, al principio experimentamos cierta dificultad en el manejo del cuchillo y del tenedor. El hombre primitivo había reivindicado en nosotros, en gran parte, sus derechos, y tuvimos que hacer bastante esfuerzo para volver á los hábitos y costumbres de cortesanía ciudadana. Tan pronto como pudimos, nos pusimos en manos de un barbero hábil, quien, después de mucho trasquilar y cortar, disminuyó un tanto la ferocidad de nuestro aspecto, realizándose en nosotros lo que en latín macarrónico expresaba así cierto Fígaro oriundo de Francia y establecido en Bogotá: «Quod natura non datur peluqueribus donat.» Solamente que en nuestro caso era «Quod natura datur peluqueribus quitat.» Nuestras ropas fueron lavadas y remendadas de la mejor manera posible, y á las veinticuatro horas de hallarnos en Ciudad Bolívar, todo lo acontecido en los meses anteriores nos parecía un sueño, respecto de cuyos pormenores platicábamos tranquilamente, sentados en las sillas mecedoras del hotel, desde cuyo balcón veíamos la poderosa co-

rriente del Orinoco rodar delante de nosotros.

Desde la primera autoridad del lugar, el gobernador, general González Gil, hasta las gentes más humildes con quienes vinimos en contacto, nos dieron muestras de simpatía y de interés. Entre otros, nos demostró marcada deferencia el Sr. D. Antonio Liccioni, cónsul y representante del gobierno de Colombia en aquel lugar, caballero estimabilísimo y servicial en el más alto grado.

No queremos recargar estas páginas narrando las atenciones públicas y privadas de que fuimos objeto, por carecer ello de interés para el público, y porque pudiéramos incurrir involuntariamente en omisiones que deploraríamos. Dejamos, eso sí, constancia de nuestro sentimiento, de profunda gratitud por la hospitalidad generosa y franca que se nos dispensó en Ciudad Bolívar.

A más de ser el fin de nuestro viaje, despertaba también aquella simpática ciudad en nosotros un sentimiento análogo al del que visita un lugar sagrado, cuyo nombre ha existido en su memoria y le trae recuerdos venerandos.

El nombre solo, que es el de Libertador de la patria, hace grata esta ciudad para los naci-

dos en nuestros países. Además, la cuna de la libertad rodó á orillas de aquel río, y sobre esa mismísima roca en donde está la ciudad, tuvo lugar el Congreso de Angostura en 1819. Los grandes acontecimientos suelen dejar en el lugar en donde se han cumplido huellas que llegan al corazón y al espíritu. Cree uno cuando por primera vez llega á esos lugares respirar un aire especial, y la mente se puebla con todas las grandes memorias del pasado, que parecen adquirir entonces más vigor, más intensidad y más precisión y nitidez.

Al visitar el Museo de Ciudad Bolívar y el salón de sesiones del Congreso, recordamos los días magnos de la patria, las heroicas luchas de sus fundadores. El ímpetu generoso que de victoria en victoria llevó la libertad desde las orillas del Atlántico hasta Junín y Ayacucho, y que paseó triunfantes las banderas por todo el continente. ¡Ay, cuán triste es que en ese cuadro glorioso hubiera un punto tan negro y tan oscuro como el del fusilamiento del vencedor en la batalla de San Félix, aquel general Piar, víctima infausta de pasiones no justificadas, y cuya muerte será siempre un borrón en la gloria de los que le sobrevivieron, y que llevaron á cabo la obra á la cual él en el momento crítico había prestado servicios que tal

vez la salvaron de ruina y de fracaso absoluto!

Después de su larga peregrinación, el río recoge sus aguas y parece envolverse en ellas como el guerrero en su manto, al desfilar enfrente de la roca en donde se levanta la hermosa ciudad. Apenas pasa por enfrente de ella se ensancha de nuevo su curso y por seiscientos kilómetros más rueda entre pampas feraces hasta llegar al Océano. Su profundidad normal es de ciento veinte metros, y en la época de las lluvias su nivel se levanta diez ó veinte metros más. Su caudal de aguas es inmenso. Las cifras nada dicen á la mente. Baste decir que por ese cauce viene un Océano de agua dulce recogida en todo el ancho pecho de la inmensa llanura del Norte de la América, tributo que rinden las tierras al mar de Atlante. Nosotros acabábamos de recorrer la parte principal y la más extensa de ese mar peregrino y viajante; le habíamos contemplado en sus tempestades y en sus calmas; habíamos visto la aurora dorar sus ondas y el crepúsculo ennegrecer sus horizontes; habíamos escuchado el murmullo de las brisas y el rugir del huracán en sus orillas; habíamos visto sus monstruos, admirado sus titánicos juegos en los raudales, su reposo en los basálticos tazones, su corriente furiosa en los

cañones, y ahora le veíamos destrenzarse majestuoso delante de nosotros hacia el Océano. Nosotros, sobre todo y ante todo, le debíamos un sentimiento de gratitud, porque nos había servido de vía franca para llegar al mundo libre, al mundo abierto; y pensábamos que si á nosotros, solos y desvalidos, nos había prestado tan grande servicio, esa arteria palpitante de vida debería prestárselo alguna vez á la patria; y que esa arteria, en vez de estar abandonada y desierta como lo está todavía, debería llegar á ser eslabón vivo para su unión con el mundo. Pensábamos que esas selvas y esos bosques encierran riquezas abundantes para remunerar todos los esfuerzos del hombre, y soñábamos finalmente con el día en que gobiernos ilustrados y enérgicos hagan surcar esas aguas por raudos bajeles que lleven la civilización de una orilla á la otra y establezcan en esos bosques, en donde hoy impera una naturaleza bravía y agresiva, centros de civilización y de libertad. ¿Cuándo llegará ese día?... Nadie lo sabe; pero él no puede tardar indefinidamente, porque el progreso y la civilización no pueden ser detenidos por las pequeñeces ó las pasiones de los hombres.

CAPÍTULO VIGÉSIMO-CUARTO

No estarán de más, al terminar esta narración de viaje, algunas observaciones relativas á la posibilidad del aprovechamiento comercial é industrial de la vasta región recorrida por nosotros. Esas observaciones ocurren á la simple contemplación de los valiosos elementos que yacen ahí inexplotados y que serían fuente segura de riqueza para los individuos y de grandeza y de progreso para las naciones dueñas de la hoya hidrográfica del Orinoco. Esas naciones son Colombia y Venezuela. Ninguna de ellas ha parado mientes en lo que posee. Una rápida enumeración de los elementos de que hemos tenido ocasión de hablar, basta para comprobar lo exacto de nuestra aseveración.

El Orinoco se considera como el tercer río del mundo. Más largo que él es el Missisipí;

pero en caudal de agua tan sólo le superan su hermano el Amazonas, que baña también el Continente sudamericano, algunos grados de latitud más al Sur, y el río misterioso del Africa, el caudaloso Congo, del cual hasta hace muy poco nada sabía la humanidad, y en cuyas orillas ya empieza á hacerse sentir la mano de la civilización, domadora del bosque y vencedora de la naturaleza. La corriente del Orinoco se halla interrumpida, como sucede casi siempre con los ríos que recorren una larga extensión por raudales. Los que cortan el Orinoco lo hacen entre Atures y Maipures y tienen una longitud de sesenta kilómetros aproximadamente. Á uno y otro lado de esos raudales la navegación es fácil, no solamente en la arteria principal hacia la cual confluyen innúmeros tributarios, sino en muchos de éstos y en los afluentes de ellos, así como también en los caños ó canales naturales que entrelazan las corrientes mismas. Más aún; por el caño de Casiquiare, el Orinoco se comunica con el Amazonas, de modo que la red de aguas aprovechable para la navegación tiene ramificaciones ilimitadas y permite la explotación fácil de millares de kilómetros cuadrados de territorio feraz, repleto de riquezas naturales. Ciñéndonos al Orinoco, ya que del Amazonas no nos toca

ocuparnos aquí, veamos cuál es el estado actual de la navegación.

Desde la embocadura del río hasta Ciudad Bolívar circulan con frecuencia barcos de vapor de alto bordo, que ora hacen travesía trasatlántica, ora visitan á Trinidad ó alguna de las otras islas adyacentes. También hay algunos buques costaneros que hacen el comercio de cabotaje. De Ciudad Bolívar, aguas arriba, hay un escaso servicio de vapores, que periódicamente surcan el Orinoco hasta el Apure, por el cual ascienden á San Fernando del mismo nombre y que en la época de cosecha de la sarrapia suben hasta el Caura el caño de Aguamena, ó hasta el punto del río en donde formen su campamento los sarrapieros; pero siempre más abajo del raudal de Atures. Además de esto hay un vapor que hace el servicio desde Ciudad Bolívar por el río Meta hasta los puertos de Orocué y la Cruz, distante este último menos de ciento cincuenta kilómetros de Bogotá. El servicio pues de Ciudad Bolívar aguas arriba, es sumamente escaso; y lo que es del otro lado de los raudales, los ríos permanecen intactos y desconocidos para la navegación por vapor. Los raudales han obrado como especie de muralla invencible, y ante ellos se ha detenido el desarrollo del progreso.

Aguas arriba del otro lado de los raudales, se encuentra el mayor número de tributarios del Orinoco. Algunos pertenecen enteramente á Venezuela, otros tienden todo su curso á través de territorio colombiano, y los demás pertenecen á entrambas naciones. Empero ni la una ni la otra han demostrado interés mayor por el desarrollo de esas riquísimas comarcas. Baste recordar el hecho de que un acontecimiento tan grave como la muerte violenta del gobernador de una importante provincia venezolana, no llegó á conocimiento de las autoridades venezolanas establecidas en el punto más cercano del río Orinoco, aguas abajo de los raudales, sino por la casualidad de haber tenido nosotros noticia de él. Baste recordar esto, decimos, para poner de manifiesto el olvido y el abandono en que yacen esas regiones. La sola importancia natural de estas vías de comunicación debería bastar para que de ellas se hiciera ordenadamente uso por los gobiernos, sin más consideración que la de establecer el precedente y facilitarle á la iniciativa individual el valerse de los medios oficiales, á fin de crear así poco á poco poblaciones y riquezas nuevas.

Palpable es la utilidad de los ríos en el universo entero. Las naciones adelantadas que adquieren dominio sobre alguna corriente de

agua, se apresuran á beneficiarla, seguras de obtener con ello muy buenos resultados más ó menos inmediatos. En el caso presente podrían aducirse otras consideraciones, aunque acaso no faltarían quienes las calificaran de sentimentales, tales como lo importante que es para países débiles el reforzar su derecho por medio del persistente uso de él, que para esos ríos y esas márgenes deban aprovecharse y no dejarse en olvido. Debería hacerse circular por ellos constantemente la bandera nacional. En todo lo posible las pulsaciones de la vida de la República deberían hacerse sentir en esas selvas. Fuera de estas consideraciones hay otras de peso, mejor dicho, de pesos, ó sea pecuniarias ó de lucro inmediato, á las cuales se quiera prestar más general atención.

Como queda dicho, tanto en las márgenes de los ríos como en los bosques vecinos abundan productos naturales de fácil salida en los mercados extranjeros. Descuellan, en primer lugar, por la cantidad en que se les encuentra y por el valor y la fácil venta que alcanzan, los siguiente: el caucho ó goma elástica, la sarrapia y el chiquichique. Al primero de estos artículos se le hallan en la industria nuevas aplicaciones todos los días. Lo propio puede decirse en el campo de la farmacia y de la perfumería, res-

pecto de la sarrapia. En cuanto el chiquichique conviene dar alguna explicación de lo que es. Llámase así una fibra que brota de cierta palma en forma de gruesa trenza ó barba y que retoña nuevamente cada año. Con esta fibra, sin necesidad de otra preparación que el retorcerla, se hacen cables que tienen la inapreciable ventaja no sólo de no sufrir con el contacto del agua, sino más bien de mejorar con ese contacto. Se le emplea también para tejer esteras y escobas, y para los mil otros usos que pueden hacerse de una fibra resistente y flexible. El chiquichique se exporta hoy en grandes cantidades del alto Amazonas y del África y se le conoce en el mercado europeo también con el nombre de *piazaba*. Su precio medio alcanza, para las buenas calidades, hasta treinta libras esterlinas, ó sean ciento cincuenta dollars la tonelada. Los precios de la goma fluctúan; pero desde hace varios años van en constante aumento, á causa del enorme desarrollo que ha tenido el consumo de este artículo para las llantas de los vehículos de lujo y para los tubos neumáticos de las bicicletas. A más de este artículo deben citarse, aunque en escala inferior á él, pero siempre como de importancia muy grande para el comercio, el palo de aceite y las resinas, así como muchos productos medicina-

les, los cuales requieren conocimientos especiales para su explotación.

Los tres artículos principales mencionados no presentan dificultad ninguna. El árbol de sarrapia arroja él mismo su fruto al suelo; el de goma sólo requiere que se le haga una incisión, por la que deja escapar el precioso jugo, el cual se seca y se coagula al contacto del aire; y sometido después á la acción del humo, se consolida aun más y queda en punto para la exportación. El chiquichique tampoco requiere preparación; de un machetazo se le corta al árbol la barba, la que suele tener hasta un metro de longitud y á veces más. El espesor de esta barba varía según la edad del árbol desde una hasta tres ó cuatro pulgadas. La fibra del árbol así cortada, se dispone longitudinalmente en mazos superpuestos, de modo de formar bultos fáciles para el acarreo, los cuales se atan con torzales hechos de la misma fibra. Ni el agua, ni la humedad, ni el sol dañan esta fibra. Lo propio puede decirse de la goma elástica. En cuanto á la sarrapia; sí es preciso resguardarla.

En los ríos afluentes del alto Orinoco, tales como el Guaviare, el Casiquiare, el Humea, el Ilírida, el Tuparro y el Zipapo, y en muchos que sería largo enumerar, hay lugares en

donde el árbol de goma se encuentra formando él solo verdaderos bosques, de modo que un trabajador puede con poco esfuerzo recoger de veinticinco á treinta libras diarias. La cantidad de chiquichique que puede obtenerse es prácticamente ilimitada. Hay en esas regiones verdaderas selvas, extensiones de muchos kilómetros cuadrados formados por esta palma. Lo propio puede decirse de los bosques de sarrapia no explotados todavía, casi todos ellos desconocidos por hallarse del otro lado de los raudales. A solicitud nuestra, tanto Gatiño como Leal, después de separarse de nosotros, hicieron una exploración especial en comarcas que ellos no habían visitado ni visto de los mejores lugares para la explotación, tanto de la sarrapia, como de la goma y el chiquichique. De los informes recibidos de ellos, hemos sacado la convicción de que en este caso lo difícil será decidir cuál localidad es mejor que las otras, pues son muchas aquellas en que concurren todas las condiciones necesarias para una fácil y provechosa explotación en escala muy grande.

Ocurre preguntar ¿por qué, siendo esto así, no ha habido hasta ahora quien se aproveche de tanta riqueza y quien explote estos artículos de exportación? Esto sorprende más si se tie-

ne en cuenta que otros artículos americanos que habían obtenido ventajosa venta en Europa, han disminuído en importancia por la terrible competencia que á la América tropical le hacen la India inglesa y las demás colonias orientales insulares ó continentales de Europa. En esos países que gozan de todas las ventajas de un gobierno serio y estable y de leyes no sujetas á mutaciones arbitrarias, se tiene además la facilidad de obtener un trabajo esclavo, abundante y barato. La razón de esto está ya dicha: los raudales han obrado como una muralla infranqueable. Detrás de ellos esa riqueza ha permanecido ignorada casi por completo, y apenas conocida de aquellos que la han explotado en pequeño ó de otros que no han estado en situación de explotarla.

La mayor parte de los escasos productos explotados en esos ríos situados en la parte alta del Orinoco, en vez de seguir el curso aparentemente natural para ellos, que sería el del Orinoco aguas abajo, toman por el caño de Casiquiare y salen al exterior por el Amazonas, de modo que aparecen como frutos naturales pertenecientes á las orillas de este último río. ¿Qué es necesario para facilitar la explotación de esas comarcas? ¿Cuál sería el plan de acción eficaz y preciso para resolver este pro-

blema? Como una indicación de las posibilidades que nosotros vemos, y que sometemos á la consideración de los hombres patriotas, tanto en Colombia como en Venezuela, para que otros más inteligentes le den forma final, hacemos las siguientes.

Lo importante es aprovechar las vías de comunicación, es decir, poner en ellas vehículos fáciles y baratos. Esta labor deben ejecutarla los gobiernos. Convendría la formación de una compañía provista de una concesión colombiano-venezolana, que se comprometiera á lo siguiente:

Á establecer la navegación periódica, por vapor, quincenal por lo menos, desde Ciudad Bolívar hasta Puerto Real, punto en donde termina el raudal de Atures;

Á reconstruir la vía terrestre que hasta hace treinta años, más ó menos, existió á lo largo de los raudales;

Á construir dentro de un corto número de años un ferrocarril que recorra toda la extensión desde Atures hasta Maipures, en reemplazo de la dicha vía terrestre. Este ferrocarril sería de muy poco costo, pues, como queda dicho, las márgenes son planas y sólidas, no habría trabajos de nivelación de ninguna importancia y el de banqueo sería insignificante;

A establecer servicio de vapores periódicos por los ríos Vichada, Guaviare, Casiquiare y Atabapo, y

Á establecer lanchas de vapor pequeñas que pudieran surcar los demás ríos que confluyen al Orinoco, más arriba de Maipures, según fuera requiriéndolo el desarrollo del comercio.

Además, esa misma compañía debería establecer navegación periódica también, por el río Meta hasta el puerto de la Cruz.

Los colombianos no deben olvidar que el Meta es solamente una de las muchas poderosas corrientes de agua que bañan la región oriental de la República, y que desembocan en el Orinoco.

Si á los pueblos y á los gobiernos no se les ha de exigir por razón de sentimentalismo sino el menor número de esfuerzo posibles, á los capitalistas y á los hombres de dinero, no se les puede exigir ni un solo esfuerzo por razones sentimentales. El plan que queda expuesto no pasaría de ser un sueño más ó menos lírico, si no entrañara elementos remunerativos para el capital que su desarrollo requiere.

¿Cuál sería el costo del desarrollo del plan citado? Para el servicio del bajo río y del río Meta bastarían al principio cuatro vapores que, puestos en Ciudad Bolívar, podrían evaluarse

á 10.000 libras esterlinas cada uno; sean 40.000 libras esterlinas.

La construcción de los sesenta kilómetros de ferrocarril de vía angosta, incluyendo los puentes que sería preciso construir sobre los tributarios que entran á los raudales, puede calcularse á razón de 2.000 libras esterlinas el kilómetro, sean 120.000 libras esterlinas.

Para el servicio de los ríos citados, más arriba de los raudales, bastarían diez lanchas de vapor de capacidad de treinta y cuarenta toneladas, avaluables, puestas en el lugar en donde se las necesita, en 2.000 libras esterlinas, sean 20.000 libras esterlinas.

Tenemos pues, 180.000 libras esterlinas de capital efectivo requerido para la planteación completa de toda esta empresa.

Las cifras precedentes no son cálculos alegres. Por el contrario, tanto en el precio kilométrico del ferrocarril, como en el precio de los vapores y de las lanchas, se ha dejado amplio margen para toda clase de contingencias.

La Compañía así establecida, tendría el monopolio de los transportes en los ríos de esas regiones. Para impedir que ese monopolio degenerara en tiranía opresora, bastaría fijar de antemano reglas para el establecimiento de tarifas. Y para que la Compañía, á su vez, no

quedara á merced de arbitrariedades futuras, deberían el Gobierno de Colombia y el de Venezuela garantizar, por un período de años dado, un interés conveniente sobre su capital. Si en el Congo ha habido atractivo suficiente para que se construyan en sus orillas ferrocarriles hasta de doscientos kilómetros de longitud, ¿no sucederá lo propio en el Orinoco y sus afluentes, cuyos valles no son ni menos feraces ni menos ricos, y sí mucho más sanos? Además, el Congo queda perdido allá en el centro del África; sus márgenes están pobladas de tribus salvajes, agresivas, en tanto que el Orinoco y sus afluentes quedan cerca de los centros poblados de Colombia y de Venezuela, y las numerosas tribus que allí se encuentran son mansas y servirían de poderoso auxilio para el trabajo y para la industria. Esta sola consideración bastaría para demostrar en globo la posibilidad mercantil de la formación de una Compañía como la que dejamos apuntada.

Al hacer la exposición precedente hemos calculado la solución completa de todo el problema, de acuerdo con los métodos modernos más adelantados. Pero no debemos proseguir sin indicar que en un principio bastaría establecer un camino carretero en los raudales, y dejar la construccion del ferrocarril para cuando ya el

tráfico lo exigiera. Ese camino carretero sobre terreno plano y duro, como es el de las márgenes en los raudales, en vez de costar las 120.000 libras esterlinas presupuestas para el ferrocarril, podría construirse con 10.000 libras esterlinas, con lo cual tendríamos nuestro presupuesto reducido á 70.000. Más aún; este mismo plan podría desarrollarse paulatinamente, reduciendo el número de embarcaciones á la mitad.

El interés del 5 %, con un fondo de amortización acumulativo del 2 % anual, sobre libras esterlinas 180.000, nos daría 12.600 libras esterlinas anuales, suma fácil de garantizar conjuntamente por los dos gobiernos de Colombia y de Venezuela, y que bastaría con creces para darles vida y para traer bajo el imperio de la civilización á esas inmensas regiones. Una vez que existieran los transportes fáciles y baratos, acudirían tanto de las regiones pobladas de Colombia como de las de Venezuela, las gentes á explotar esas riquezas que hoy permanecen abandonadas.

Las concesiones que entrañan privilegio exclusivo para la explotación de determinados frutos ó de determinadas regiones, sólo tenderían á cercenar la libertad y á coartar y entrabar el desarrollo de la industria individual. Los

gobiernos deben mirarse mucho en esto. Lo que á ellos incumbe es facilitar los medios de transporte, y abrir las puertas amplia y francamente, á fin de que nacionales y extranjeros penetren en esos bosques, en esas selvas y esas montañas, de modo que antes de muchos años queden al servicio de la civilización, y no sean como son hoy un reproche y una prueba de la incuria y del olvido de los pueblos sudamericanos respecto de sus vitales intereses. ¡Ojalá estas líneas caigan bajo los ojos de hombres patriotas é influyentes, tanto en Colombia como en Venezuela, para que esta idea pueda ser semilla de bien para las dos naciones, de modo que, así, todos los elementos que ellas poseen entren en un mismo cauce en beneficio de ellas; y no se vayan dando disgregados en concesiones particulares, como beneficios palaciegos y dádivas á favoritos, hábiles en la lisonja y en la mentira! La cuestión es de importancia nacional para los dos países; ella tiene alcance trascendental en el desarrollo de ellos, y los dos gobiernos y los dos pueblos deben unir su esfuerzo para que ella sea apreciada en toda su amplitud y en toda su grandeza, y para que sea atendida como lo merece.

Sería cosa fácil, sobre las bases indicadas, es decir, sobre la de una garantía efectiva de in-

terés, la formación de una compañía europea que realizara la labor que dejamos apuntada, y para terminar esto haremos aquí una observación.

Supongamos que los resultados pecuniarios son tales que durante algunos años, durante muchos, si se quiere, los gobiernos tuvieran que pagar de su Erario el interés mencionado. ¿Qué importaría eso? ¿Acaso la vida de las naciones y la labor política del patriotismo deben estar sujetas á criterios tan poco elásticos como la vara de medir, la camándula de rezar el rosario, ó el machete del revolucionario?

Una consideración final: Tiene de llegar siempre un momento en que ciertas labores han de ser ejecutadas, y cuando aquel á quien le corresponde ejecutarlas, las olvida ó las abandona, otro se presenta y las ejecuta. El mundo tiene, cada día más, necesidad de esas regiones y de las riquezas que ellas encierran. Si por razones de cualquier género, los gobiernos de Colombia y de Venezuela no cumplen con su deber, llegarán otros gobiernos que los pondrán á ellos á un lado y que ejecutarán esa labor. Los agentes de esos gobiernos bien pueden venir de allende el Atlántico, con la mira ó la pretensión ó la excusa que encubra el deseo de reivindicar conquistas perdidas por naciones

que fueron incapaces de retener el dominio; ó á guisa de lobo envuelto en la piel de carnero, pueden venir del Norte en la elástica y precaria doctrina Monroe. El hecho es que no está lejano el día en que el Orinoco y todos sus afluentes dejen de ser ríos majestuosos, peregrinos, solitarios y olvidados, perdidos en la inmensidad del desierto, para convertirse en corrientes vivas, al servicio de la civilización y del progreso humano.

CAPÍTULO VIGESIMO-QUINTO

En uno de los últimos días del mes de Abril de 1894, después de corta permanencia en la ciudad que lleva el nombre del Libertador Bolívar, nos embarcamos en el vapor que debía llevarnos á Puerto España, en la isla Trinidad. Subimos á bordo después de despedirnos de los numerosos y galantes amigos que tanta bondad y simpatía nos habían demostrado y que quedaban en aquel lugar tan lleno de recuerdos históricos, y para nosotros tan hospitalario.

Pocos instantes después de hallarnos á bordo, pitó el barco, giraron las poderosas ruedas con pausado movimiento, estremecióse con trepidación progresiva que bien pronto llegó á ser sacudimiento perceptible, toda la estructura, y con majestuosa tranquilidad la enorme mole empezó á ponerse en marcha, rompiendo lige-

ramente el límpido espejo de las aguas del río, cuya corriente era apenas manifiesta, á pesar de ser bastante rápida en realidad. A poco, el corte de la quilla quedó definido en dos rastros blancos, dos crines de espuma que á babor y á estribor se extendían como las líneas divergentes de un ángulo. El acesar de la máquina, semejante al de un caballo de carrera, se acentuó, y de las dos altas chimeneas y del tubo de escape de vapor se alzaban á cortos intervalos, á impulso de los resoplidos, penachos blancos de agua vaporizada y grises negruzcos de hollín y de humo que se perdían en el claro y límpido azul de aquel cielo tropical. Adelantóse la nave poco á poco hacia el centro del río, describiendo una curva. Allí enderezó su curso poniéndose en pleno cauce, y como caballo situado ya en mitad de la pista, despidió al golpe de las paletas de sus ruedas, resbalando con la velocidad de veinte nudos á la hora, hacia el Océano.

Desde la popa contemplábamos el panorama que quedaba atrás. A un lado, la aldea de Soledad, enfrente de Ciudad Bolívar, entre la cual y la ciudad se veían surcar numerosas embarcaciones, impelidas por pequeñas y blancas velas, las unas; y las otras, por los remos y los canaletes tan familiares ya para nosotros.

Veíanse en ellas ora pasajeros que iban de un lado á otro, ora cargamentos de víveres, de mercancías de todo género y de animales llevados de la aldea á la ciudad y viceversa. En la margen derecha, tranquila, blanca y sonriente sobre su colina, la ciudad misma, en cuyo centro se destacaban las dos torres de la catedral. En los tejados, en las azoteas y en los cristales de muchos balcones se veía reverberar el sol en rayos multicolores formados por la luz quebrada y descompuesta; y á medida que nos alejábamos, el panorama se envolvía en velo indistinto y vago que cubría toda la ciudad, como preparando la disolución final de ella en el lejano azul del horizonte, hasta que al fin quedó de nuevo delante de nosotros tan sólo el río con su poderoso caudal de aguas limitadas en las márgenes, ora por la altiva selva y sus árboles corpulentos, ora por sus praderas inmensas, ora por sus desiertos arenales, tendidos unas veces á lo largo de las márgenes y otras en mitad de la corriente.

No tardamos muchas horas en llegar al puerto de San Félix, que es el que sirve á la región minera de El Callao, hasta hace muy pocos años tan famosa por los pingües rendimientos que dejó la mina de ese nombre, una de las más ricas que se han descubierto en el siglo presente, y

cuya veta, perdida después de haber enriquecido á sus dueños, ha causado la ruina de muchos de ellos; pues el hilo de oro, en su curso descendente, ó se agotó, ó se perdió en las entrañas de la tierra. Esas minas se hallan situadas no lejos del lugar de las antiguas misiones del Caroní, en tierra espléndida, feraz y hermosa, y yacen hoy casi del todo abandonadas. Alguien nos dijo que cuando estaban las minas de El Callao en plena producción, una rica compañía europea había pedido privilegio para la construcción de un ferrocarril desde el río hasta la región minera. Sucedió, según la voz pública, que, en cambio de ese privilegio, le fué exigida á la Compañía una fuerte suma de dinero, como dádiva, para alguna personalidad influyente, sin cuya autorización el ferrocarril no podría construirse. La Compañía estaba dispuesta á dar algunos millones en esa forma y para ese objeto, pero no tantos como le eran pedidos. Por esta diferencia el ferrocarril no se construyó. Hoy sería imposible, ó poco menos, encontrar quien suministrara los recursos para esa obra costosa, pues las minas de El Callao y sus espléndidos rendimientos son más bien un recuerdo que un hecho presente. Lo que antes era ciento, hoy se ha convertido en diez. Por otra parte, si el ferrocarril

hubiera sido construído, no es exagerado asegurar que la suerte de aquellas comarcas, sanas y feraces, hubiera podido ser muy análoga, *mutatis mutandis*, á la de las regiones californianas y las del Oeste de los Estados Unidos. Allí, el oro hallado en las entrañas de la tierra, fué motivo y causa de grandes inmigraciones, y de la construcción de vías férreas y de medios de transporte que han servido al desarrollo agrícola, desarrollo más permanente y más beneficioso para las naciones que la explotación de los metales preciosos, porque él perdura y se sostiene en ellas cuando ya las minas se han agotado. En verdad que el pueblo venezolano, en general, y los habitantes de aquella región tienen muy poco que agradecerle á quien, en su sed de acumular millones y no contento con los ya acumulados, impidió, por millón más ó millón menos, que se realizara, en el momento único y preciso en que podría realizarse, una obra de tan trascendental importancia para esa región, la cual, después del auge que le dió la inmensa producción de oro, permanece ya olvidada y separada del mundo por inmensas extensiones de terreno, á través de las cuales, ora en carreta, ora en mulas ó bueyes, lentamente se arrastra el viajero, y con mucha dificultad

lleva los artefactos y productos indispensables para la vida. Alguien nos agregó que al lado de los ricos filones de oro libre que formaron la riqueza de las minas ya abandonadas, hay otros muchos de minerales refractarios que requieren para su explotación maquinaria é instalaciones tan pesadas, que no puede pensarse en llevarlas sin la ayuda de ferrocarril; pero que si éste hubiera sido construído, habrían sido puestas en explotación, y habrían permitido la continuación de la industria minera, con gran ventaja aun después de agotados los minerales de oro libre.

Da tristeza ver cómo la codicia de un solo individuo, omnipotente durante un tiempo dado, vino así á ponerle dique, desviándola, á la corriente del progreso en regiones tan aptas para ser centros de la vida civilizada. La codicia y los apetitos de los *providenciales* de hispano-América, ya se enmascaren de liberales progresistas, ya de conservadores ultramontanos, imponen sacrificios á los países, les causan daños y les ocasionan pérdidas de trascendencia, hasta el punto que los pueblos continúan padeciendo de sus consecuencias cuando ya el providencial respectivo ha quedado reducido á mera mancha sucia en la página de la historia, página que hace ruborizar á los

coterráneos del providencial y que avergüenza á la humanidad entera.

Acaso en lo que nos fué narrado á nosotros, y que con todas las salvedades del caso hemos transcrito, haya alguna exageración. Empero la voz pública á este respecto nos pareció enteramente unánime.

Á medida que avanzábamos en la corriente, advertíamos que el río, después de haberse estrechado en la angostura, extendía su cauce más y más. Estábamos cercanos al mar, y no sabemos si sería por motivo de las ideas que llevábamos en la mente, ó porque, en realidad, así fueran las cosas; pero pareciónos que el río atemperaba el curso de sus aguas, como presintiendo su cercano fin, y como queriendo llegar al mar, adonde había de perderse, con calma y con majestad. Á uno y otro lado se veían de vez en cuando lagunas formadas por los desbordes de las aguas, y en algunas partes el sol poniente iluminaba de soslayo, con sus rayos casi paralelos al haz de la tierra, todo el panorama. Brillaba á lo lejos, á través de la selva, sobre manchas ó parches de agua formados por una serie de lagunas que reflejaban su luz por entre el follaje y la maleza, como petos de bruñido acero cubiertos por el encaje de las ramas y de las hojas.

En más de una ocasión nos encontramos en angostos caños escogidos como más cómodos para la navegación. En uno de ellos, cuando ya el sol comenzaba á hundirse y cuando de su disco solamente se percibía la mitad sobre el borde del horizonte, como la faz de un hombre bueno del cual sólo los ojos se pudieran ver, por tener el resto de su rostro oculto, el capitán nos advirtió que pronto pasaríamos por un lugar en donde abundaban las garzas rosadas, y que era posible que éstas se despertaran con el silbato del barco. Dijo la verdad; á poco llegamos al lugar mencionado. El buque pitó, y al punto de entre la maleza que se hallaba á orillas de la laguna vecina y cuyas ondas veíamos nosotros perfectamente más allá de la margen del río, se levantó una inmensa bandada de garzas rosadas, las que por un momento extendieron entre el sol poniente y nosotros una especie de cortinaje rosado con parches rojizos ó amarillentos, formados por los huecos, á través de los cuales penetraba la luz del sol; cortinaje que pasó delante de nuestros ojos y se perdió en lo alto del aire. Á poco andar ya el sol se había ocultado por completo, y la noche, tan rápida en imponer su imperio de sombras en las regiones ecuatoriales, se había adueñado de todo.

En el combo del cielo empezaron á destacarse; y bien pronto tachonaron por completo el infinito azul, las constelaciones familiares á nuestros ojos. Reinó la calma en lo alto, en tanto que de las orillas venían el ruído y los murmullos innumerables del trópico á esas horas del día. El vapor proseguía su curso hacia adelante en medio de aquella oscuridad azulada en que las sombras luchaban con el brillo de innúmeras estrellas que se difundía con facilidad en esa diáfana atmósfera; mas no fué largo el imperio de las sombras, pues antes de mucho tiempo se alzó majestuosa en el éter la luna, la misma brillante luna compañera nuestra desde los primeros días del viaje; nuestra misma simpática protectora en el bosque, en el llano y en el río, y que, en aquella última noche de nuestra peregrinación en las selvas del continente americano, venía á bañar las aguas, á vestir los bosques con su luz misteriosa, á iluminar como antorcha gloriosa la marcha del barco en el cual adelantábamos hacia el Océano. Así como los guerreros de la antigua Grecia ó los de la Roma conquistadora erigían un templo á la Deidad propicia, á cuya protección habían encomendado las empresas en que habían salido triunfantes, así nosotros, sin ser paganos, pero ni siquiera griegos ni romanos, sino sim-

ples individuos de una agrupación cuasi anónima en las luchas del siglo XIX. habríamos querido erigirle á la luna un templo, porque tantas veces nos había prestado su luz, porque tantas veces había iluminado con sus rayos, en medio de esas soledades, las profundidades de nuestra alma, y había dorado las imágenes de recuerdo ó de esperanza que se habían alzado delante de nuestro espíritu, y había matizado los lejanos horizontes hacia los cuales éste tendía el vuelo, y tranquila y majestuosa en su ascenso en medio de los espacios infinitos, nos había dado el ejemplo de la calma, de la tranquilidad y de la fe en los ideales.

Muy avanzada la noche, nos retiramos. Habíanos retenido sobre cubierta el panorama que ahora se nos presentaba de distinta manera, arrastrado como la tela de una linterna mágica delante de nuestros ojos.

El río se dividía y se subdividía, en todas direcciones, en un sinnúmero de caños. Diríase que antes de decir adiós al continente, deseaba estrecharlo y cubrirlo en el mayor número de puntos posible, así como los hombres se abrazan para decirse adiós; ó como la mano extiende y separa sus dedos — que dedos extendidos de una mano parecían los caños for-

mando numerosas deltas—para mejor coger y retener un objeto dado.

Bien temprano estuvimos de pie. Apenas rayaba el sol en el Oriente. Atrás, muy lejos, se veía como una línea indistinta la lejana costa. Aunque estábamos ya varias leguas mar adentro, el agua sobre la cual navegábamos era agua dulce, porque el potente caudal del Orinoco se mantiene unido por gran trecho después de entrar al Océano, y solamente desaparece y se confunde con las salobres ondas después de haber marcado las huellas de su curso y establecido, por decirlo así, su individualidad. Estábamos ya en pleno mar. Habíamos llegado al punto deseado durante tantos días. Libres como las aves que surcaban el espacio, podíamos enderezar el rumbo hacia el lugar y región que mejor nos pareciera. Dimos gracias á Dios por merced tan señalada. Advertimos que los pendones que flotaban en lo alto de los mástiles eran, el uno, el de la República norte-americana, nación á la cual pertenecía el barco, y el otro, el nuestro, el tricolor colombiano, representante allí de la República de Venezuela. Esos pendones eran agitados y sacudidos por el viento que soplaba hacia tierra, de Oriente á Occidente. Nosotros reconocimos en ese viento á nuestro viejo amigo, al viento

alisio del Meta, del Vichada y del Orinoco, que algunas veces había ayudado á impulsar nuestras embarcaciones, que otras, convertido en brisote, nos había detenido durante luengas horas en los desiertos arenales. Nuestro espíritu emprendió el vuelo en pos de ese viento amigo, y con la rapidez del pensamiento, para la cual son lentos los aquilones y los huracanes, recorrimos todo el espacio que quedaba atrás. Vimos otra vez el río con sus múltiples embocaduras al Océano, con sus lagunas formadas por los desbordes, su angostura como en marcha triunfal delante de la ciudad, en donde se reunió el primer congreso de la Gran Colombia; sus vueltas y revueltas, ora majestuosas, ora rápidas, embravecidas, encrespadas de espuma; sus remansos, grandes como océanos y tranquilos como lagos; su encuentro con los innúmeros tributarios que al paso le salen y con él se confunden; la lucha terrible con el granito y con el basalto, allá en los raudales; el hervir de las aguas en los tazones; la calma después de los rugientes saltos y estertores, y más arriba de los rápidos, la corriente otra vez calmada, los innúmeros afluentes extendidos en todas direcciones y perdidos en lo misterioso de las selvas vírgenes y seculares. Nos parecía también ver al viento batir sus

alas en los lugares consagrados por la lucha, y recoger en ellos el aliento guerrero; no por el espíritu de violencia y de sangre, que ese aliento siempre entraña, sino por la idea de dignidad humana que le trajo á la vida y lo manifestó en hecho en las épocas en que la libertad libró sus batallas y coronó sus triunfos en esas ilimitadas comarcas. Allí estaba el recuerdo de todas esas faenas, desde la batalla de San Félix, en el bajo río. En mil lugares encontraba la memoria las sangrientas huellas; unas famosas en la historia, como las Queseras del medio y Carabobo; otras, no menos heroicas pero perdidas en el sinnúmero de memorias guerreras, como los héroes anónimos que caen de las filas y que son cubiertos por la tierra sobre que no se levanta ni una losa ni una cruz. Por fin le vimos llegar al muro infranqueable que forma la cordillera, y allí detenerse un momento; pero esa detención nos parecía que era simplemente la del viajero que detiene su marcha para tomar aliento antes de empezar la nueva etapa de su ruta.

Seguía nuestro espíritu descendiendo de aquellas alturas á las planicies y á las montañas que del otro lado quedan, y nos parecía que así como el viento había libertado el ambiente de los miasmas y las impurezas, en toda la in-

conmensurable extensión que desde la costa oriental del Atlántico se tiende hasta el pie de la cordillera, con nuevos ímpetus y fuerza nueva, así también, vivificado en las frescas cimas de los altos Andes, emprendía la tarea de purificar la atmósfera en las regiones pobladas que hacia el Occidente de esa cordillera se extienden, llevando su impulso benéfico hasta las costas del Pacífico.

Se nos ocurría que esa labor no podía estar lejana; que para ella están maduras las cosas; que el día debe de llegar, y llegar pronto, y que el pensamiento animado también de cientos y de miles de espíritus, cristalizado en deseo vehemente, en razones incontestables, en decisiones invencibles, enardecería á todo el pueblo colombiano y movería los brazos de todos los hombres resueltos á ser libres, en un mismo sentido y para una misma idéntica labor, haciendo revivir en todas las conciencias el recuerdo de los magnos tiempos en que fué fundada la patria y fueron sentadas de una vez para siempre las bases de la República.

El mar tranquilo apenas sacudía sus inmensas ondas sobre las cuales, como la cuna de un niño, se mecía la nave que nos llevaba. El sol naciente reverberaba sobre las aguas con aquel grato *tremolar dell'onde* de que habla el

poeta florentino. En cada pliegue menudo de la ola inmensa se reflejaba una aurora. El viento nos refrescaba el rostro y traía la esperanza á nuestro espíritu. Las paletas de las ruedas golpeaban con persistente esfuerzo las salinas ondas. A cada embate de la quilla se quebraban las aguas en cascadas de blancas, irisadas espumas que saltaban á lo alto y mojaban la cubierta. El horizonte parecía ensancharse y crecer á cada instante á medida que el sol lo iluminaba y que en el azul del cielo se perdían las blancas nubes que había dejado olvidadas la noche y el palio azul del infinito redondeaba su combo bajo el cual flotaba el barco como un punto perdido en el espacio.

ALGUNAS OPINIONES

DE LA PRENSA INGLESA Y NORTEAMERICANA

SOBRE EL LIBRO

DOWN THE ORINOCO IN A CANOE

THE DAILY CHRONICLE (de Londres).

Noviembre 3-1902.

A TRAVÉS DE DESIERTOS ACUÁTICOS

Suelen llegarnos á intervalos débiles rumores de guerras y de revoluciones de esa grande é indefinida región llamada Sud América, de la que tan poco sabemos la gran mayoría de nosotros. Ya se trata de una batalla ocurrida en algún lugar que lleva nombre desconocido en nuestros textos de geografía, ya los partidarios del general Fulano han vencido á los del presidente Zutano; ya una armada, formada por algún desvencijado remolcador, ha estado haciendo de las suyas en algún ancladero ignorado.

Pero los hechos mencionados se yerguen aislados y sin explicación, y los aspectos personales de las palpitaciones de aquella tierra de la intranquilidad permanecen, por lo general, ocultos á nuestros ojos.

Aquí tenemos un libro encantador que trae á nuestra presencia el interés humano que existe bajo las convulsiones políticas de tan escaso significado para nosotros. Allá muy lejos, en los Andes Orientales, á dos millas de altura sobre el nivel del mar, se extiende una hermosa llanura como un tazón bordeado de picos de montañas; allí está la antigua y extraña ciudad de Santa Fe de Bogotá, capital de Colombia. El camino más corto desde este paraíso en la altura, al mundo exterior, sigue un ferrocarrilillo de juguete de unas pocas millas, y luego más de ciento hasta el puerto del río Magdalena, de donde parten vapores hacia el mar. El camino no es lo que pudiera llamarse cómodo, pero es el único que puede hacerse, requiriendo cosa de una semana para ello. Supongamos que se tiene necesidad de salir de Bogotá en busca de otros climas, y que uno no se atreve á

seguir el camino usual, ¿qué hacer en tal caso? Tal fué el problema que hace algunos años se le presentó al hijo de un antiguo presidente liberal de la República, en momentos en que su vida ó su libertad estaban en peligro; era un hombre culto, inteligente y joven, bien educado en varios países, poseedor con igual perfección de muchos idiomas; pero su gusto y otras causas físicas le habían hecho literato ó diplomático más bien que soldado y aventurero, y, sin embargo, emprendió un viaje que desde los tempranos días de los primeros exploradores, muy pocos hombres blancos han intentado. Recorrió á caballo la cima de los montes y descendió por los flancos gigantescos de los Andes á la interminable llanura que se extiende hacia el Oriente. Seguido de unos pocos compañeros, recorrió en botes abiertos el laberinto de vías de agua que se desgajan de las montañas para alimentar el potente Orinoco, y luego, siguiendo el gran río, llegó al mar y se puso así en salvo.

Por tres meses por lo menos, en canoa, de río en río, siguieron los viajeros lentamente su camino á través de inexploradas soledades. Con una buena suerte maravillosa y con la bondadosa cooperación de los indios habitantes de las orillas, estos caballeros civilizados durmieron durante varias semanas sobre el mismísimo suelo, sin más techo sobre sus cabezas que el estrellado cielo tropical, rodeados en todas direcciones por bestias feroces de tierra y de agua.

Con bríos que nunca desmayaron y un buen humor á toda prueba, atravesaron las soledades, que en nada habrán cambiado desde que hace trescientos años Raleigh siguió de igual manera el canal de los brazos inferiores del mismo gran río.

El Sr. Pérez Triana había ya narrado su viaje en castellano, y el libro inglés de que tratamos, no es meramente una traducción; en puridad de verdad es una nueva versión del mismo viaje.

El recuento de aventuras, nada tiene de sorprendente, ni que haga coagular de espanto nuestra sangre; pero la narración está hecha con tanto *esprit* y con tanto brío, que se la

lee con gusto desde el principio hasta el fin. El Sr. Cunninghame Graham escribe un prólogo característico para el libro de su amigo, y es curioso observar la gran semejanza entre la sátira semicómica, cáustica y algo melancólica que constituyen su don distintivo y lo que es peculiar del señor Pérez Triana mismo. Por ejemplo, esto que citaremos del Sr. Pérez Triana, pudiera ser escrito por nuestro propio Cunninghame Graham. «Pensé: estas tierras y estos vastos continentes vírgenes, en el sentido de que la humanidad no los ha explotado todavía, ¿habrán de llegar á ser el último escenario de esa impostura rancia y criminal que ahora se llama civilización? ¿Habrán de llegar aquí los hombres por millares y por millones á estas llanuras y á estas montañas para establecerse en las orillas de estos ríos, trayendo consigo sus antiguas preocupaciones, sus antiguos convencionalismos tiránicos, los odios que han manchado la Historia de sangre á través de los años? ¿Habrán de levantar en estas nuevas tierras las antiguas iniquidades, llamándolas Patria, bautizando sus crímenes con palabras santas y asesinando en nombre del patriotismo?»

El Sr. Pérez Triana se entusiasma, con justicia, ante las ilimitadas potencialidades del continente sudamericano, y en especial de Colombia y Venezuela: se expresa con igual grado de indignación contra las iniquidades practicadas por los gobiernos pseudo civilizados de las repúblicas en las provincias más remotas.

El libro en verdad vale muy bien la pena de ser leído desde cualquier punto de vista que se le tome, ya como un recuento animado de viajes en lejanas tierras, lleno de buenas cosas y de curiosas historias, ya como una descripción seria de tierras vírgenes, capaces de alimentar y de vestir por siglos enteros al exceso de población del mundo occidental, ya como un producto revelador del alma de una personalidad atractiva y llena de *esprit*.

THE WESTMINSTER GAZETTE (de Londres).

Octubre 29-1902.

UN LIBRO DE VIAJES NOTABLE

Seguramente no fué el hecho menos patético de la vida de cierto poeta que declaraba su anhelo por «un albergue en alguna vasta soledad», el que ese mismo poeta fuera el hombre más doméstico de toda la raza humana. Sin duda que muchos han ansiado viajar de entre los que están vinculados irrevocablemente á la árida rotación de las cosas que para ellos constituyen la vida civilizada. Aquí tenemos, sin embargo, un libro de escaso volumen, para lo que son los libros de viajes en general, llamado «Down the Orinoco in a Canoe» por el señor Pérez Triana, que nos ofrece un encantador alivio para aquellos que se sienten heridos por las indefinibles é insoportables molestias y fastidios de la civilización.

El señor Cunninghame Graham, que escribe un prólogo característico, observa que el autor no es de la clase de hombres que generalmente se aventura en esos viajes: tampoco se parece en el menor grado á nuestros exploradores del día. Fué una revolución lo que le movió á hacer ese largo viaje á través de las montañas, desde la capital colombiana Bogotá), á las aguas superiores del Orinoco y de sus tributarios y por ahí al Atlántico.

Lo que principalmente interesaba á este viajero raro, observa el señor Cunninghame Graham, era «la extraña belleza de los vastos espacios en las interminables vías de agua, la brillantez de la luna, los mil ruidos de la noche en el desierto, los pájaros brillantes, los peces kaleidoscópicos, el encanto de un mundo remoto, de todo aquello que hace la vida soportable á los hombres modernos de espíritu bien reglamentado.»

A nosotros nos llaman más la atención otras singularidades del señor Pérez Triana. Su simpatía por la Naturelaza

primitiva en las vastas soledades, está notablemente expresada. Los indios salvajes solamente despiertan sentimientos de bondad en su pecho. Aunque iba bien armado y equipado, no mató ni oprimió á nadie. En esto no se parece en nada á los exploradores civilizados. La relación de su viaje por los ríos Meta, Bichada y Orinoco, trae á la memoria aquellos maravillosos viajes en ríos imaginarios de Shelly—el viaje por el Alastor, por ejemplo.—La belleza de esos bosques salvajes, pródigos, misteriosos, es perfectamente comprendida por lo que nosotros llamaríamos la simpatía elemental de este escritor, una especie de poesía instintiva que es la antítesis precisa de los métodos laboriosos de los llamados pintores de la palabra.

No causa menos impresión su descripción de los episodios y las narraciones que intercala el señor Pérez Triana. Nos cuenta del indio solitario en su canoa del Orinoco que, aunque duramente tentado por las riquezas que se le ofrecen, no quiso desprenderse de su libertad por un sólo dia para trabajar como remador; nos cuenta de otro indio que le servía de guía por el Orinoco: este hombre, Gatiño, supo por uno de los marineros que podría cobrar mil ó dos mil duros por su trabajo, porque los viajeros tenían dinero, y uno de ellos estaba enfermo; no sólo no quiso cobrar más de lo mandado, sino que nada dijo de la tentación.

Causa maravilla pensar cuál será la suerte de aquellos indios cuando esas opulentas regiones sean explotadas por los Gobiernos de Colombia y de Venezuela.

THE STANDARD (de Londres).

Noviembre 27-1902.

Es un recuento animado de viajes, escrito por D. Santiago Pérez Triana, al que el Sr. Cunninghame Graham le ha puesto un prólogo que nada tiene de convencional. El señor Pérez Triana partió en bote de Bogotá, capital de la

República de Colombia, con dos amigos, un criado y un guía, haciendo su camino desde el centro del continente hasta el mar. Bajaron el río Meta; atravesaron el territorio ocupado por tribus nómadas indias hasta llegar al Bichada, otro tributario del Orinoco, surcaron el gran río hasta Ciudad Bolívar en Venezuela y desde allí al mar abierto. El Sr. Pérez Triana dice muchas cosas interesantes de los caimanes, de las serpientes, de los tigres, y no poco que es nuevo, de las costumbres de los indios, de los métodos empleados por ellos para curar enfermedades y heridas. Los indios pretenden, no sólo conocer las plantas que curan las mordeduras de los animales y los antídotos para los venenos de esa región tan abundante en serpientes, sino que pretenden conocer las que producen una especie de inmunidad. Los indios del Vichada curan las cataratas de los ojos con el jugo de ciertas hierbas, que hasta ahora no han querido divulgar cuáles son. Los indios de las orillas del Orinoco poseen las más limitadas nociones de agricultura y sólo se dedican á ella en muy pequeña escala, confiando principalmente para su subsistencia en su habilidad como cazadores y pescadores. Son muy expertos en tejer hermosas hamacas de fibras, que son tan suaves como la seda; estas hamacas son más duraderas que cualesquiera otras, y se doblan de modo de ocupar muy pequeño espacio. Las canoas de los naturales son de trabajo muy cuidadoso y en algunas de ellas caben cómodamente veinticinco hombres.

El Meta, el Vichada y el Orinoco forman un triángulo, del cual este gran río es la base, y en muchos lugares se hallan inmensos bosques cubiertos de riquezas en sus orillas.

Las aventuras son para los aventureros, y no faltaron incidentes interesantes en aquel viaje cuya fascinación se trasmite admirablemente por el libro al lector.

Notas de buen humor realzan el atractivo de una narración pintoresca y substanciosa.

THE DAILY NEWS (de Londres).

Diciembre 9-1904.

EL GRAN RÍO DE VENEZUELA

Debió de ser un trabajo de amor sincero para Mr. Cunninghame Graham escribir una introducción á este raro libro de viajes. En su prólogo explica que más bien por su buena suerte que por esfuerzo personal suyo, sabe con algún grado de certeza en dónde cae Bogotá, ciudad de la cual el Sr. Pérez Triana emprendió su viaje de aventura, y que la dicha ciudad no está construída sobre el mar. «Mi abuelo — dice el Sr. Cunninghame — fué llamado á mediar entre Bolivar y el general Paes, y creo que llenó su cometido al más completo descontento de los dos.» Mr. Cunninghame, sin embargo, conoce la vida que se lleva en las regiones recorridas por los viajeros, y siente simpatía con el Sr. Pérez Triana y con su punto de vista para contemplar las cosas. Mr. Cunninghame explica cómo ocurrió el viaje, y las razones que para hacerlo tuvo el Sr. Pérez Triana. Es un libro fascinador de viajes el que ha escrito este viajero por extrañas regiones; es cierto que escribe tan fácilmente como otras gentes hablan; para decir la verdad, escribe con mucha mayor facilidad de la que habla la mayoría de la gente. Las aventuras que tuvo fueron sorprendentes por lo escasas.

Bastaría una cita del libro para mostrar cómo vió el autor la belleza de esas extrañas escenas que atravesó. Por ejemplo, la descripción de un viaje de cinco días á través del bosque primitivo: «. . . . . .»

Cuando los viajeros, por fin, llegaron á la orilla de los ríos, bajaron por los tributarios antes de llegar al Orinoco. Estuvieron en contacto con muchas tribus de indios aborígenes, y la narración de sus relaciones con ellas está llena de interés, pero lo que el Sr. Pérez Triana dice de los re-

cursos inexplotados de esas regiones es de la mayor importancia, si se tiene en cuenta el deplorable estado de ciertas repúblicas sudamericanas. «. . . . . »

Su libro vale la pena de ser leído, aunque no fuera sino por la solución que sugiere de los problemas de la explotación de esas inmensas riquezas y de la apertura de esos territorios á la civilización.

THE SOUTH AMERICAN JOURNAL (de Londres.)

Noviembre 1-1902.

Hace cosa de cinco años tuvimos el gusto de leer y de escribir una revista sobre la obra en castellano de que está tomado el libro «Down Orinoco in a canoe», que no es una simple traducción como pudiera suponerse. Entonces expresamos el placer que habíamos encontrado, no sólo por razón del contenido, que era muy interesante y á veces divertido, sino también por los primores del estilo literario. Ahora tenemos que hacer idéntica labor respecto de la obra en inglés. El autor parece ser maestro en cualquier idioma en que escriba, y sabemos que posee por lo menos cuatro. El señor Pérez Triana es muy conocido de muchos de nuestros lectores por haber vivido en Londres muchos años, en donde ha tenido la posición de Encargado de Negocios de la República del Salvador. Es colombiano de nacimiento. é hijo de un ex-presidente de la República de quien se dice que fué uno de los mejores gobernantes que su país ha tenido. En 1893, por razón de las complicaciones políticas que constantemente ocurren en aquel desgraciado país. el señor Pérez Triana fué reducido á prisión por el partido triunfante, y naturalmente hizo cuanto pudo por escaparse. Las vías ordinarias para viajar de Bogotá á las costas estaban vigiladas, y el viajar por ellas hubiera sido imposible. El autor y sus amigos tomaron la atrevida decisión de atravesar el continente por caminos enteramente desconocidos

de los hombres civilizados. Era una empresa atrevida, pero afortunadamente el valor de los viajeros fué coronado con el éxito completo. El libro es importante como contribución á la ciencia geográfica; describe regiones remotas y poco conocidas, pero aparte de esto muchos lo leerán por el placer que siempre producen las descripciones gráficas del paisaje.

Pérez Triana posee el don, que dista mucho de ser común, de darle á un libro de viajes grande interés por los datos que contiene, sin hacer resaltar para nada la personalidad del escritor, error en que incurren muchos viajeros. Tal vez ha llevado esta impersonalidad más lejos de lo que debiera, puesto que no da explicación ninguna de las causas que motivaron el viaje ni de las condiciones en que realizó su empresa, de las que el lector no tiene idea, á menos que como nosotros esté bien enterado de los asuntos sud-americanos. El prólogo de nuestro amigo Cunninghame Graham suple estas faltas. Al hablar de este escritor debemos felicitarle por el método humorístico de que se ha valido para escribir su prólogo, en el cual resalta aquel estilo característico que tan grande reputación le ha procurado. Hemos dicho que esta obra no es traducción del libro castellano, aunque eso hubiera sido perfectamente aceptable si lo fuera; el autor ha eliminado muchas cosas de interés especial para los que tienen conocimientos locales del país y los pasajes que hubieran perdido el buen humor que los anima al ser traducidos. Ha puesto en cambio gran cantidad de datos geográficos necesarios para la clara inteligencia de la narración por aquellas personas poco conocedoras de la parte del continente sud-americano por donde el viaje tuvo lugar.

Contiene un resumen histórico muy interesante de la fundación de Bogotá por los españoles y un capítulo que será leído con especial interés sobre el lugar sagrado de Guatavita.

Tenemos mucho gusto en recomendar este libro á la atención de nuestros lectores.

THE MORNING POST (de Londres.)

Octubre 16-1902.

DIGNO DE SER LEÍDO

El encanto de los prólogos del Sr. Cunninghame Graham á los libros de sus amigos, nunca falla; la verdad es que no tiene rival en el ejército de aquellos cuyos nombres adornan las páginas iniciales de los volúmenes producidos por otras plumas. Confiesa que ha falseado la práctica usual de los introductores, hasta el punto de leer la relación del Sr. Pérez Triana de un viaje de escapada, intitulado «Down in the Orinoco in a canoe», y las referencias que hace al texto, comprueban que sí lo ha leido. Por eso, cuando dice hablando del autor que «su fuerza, su valor y la fertilidad de su cerebro en momentos de peligro, junto con su paciencia superior á la de los faquires indios, no son infligidos sobre el desconcertado lector como es de usanza en tales casos», nosotros, que también hemos leído el libro y hemos gozado al leerlo, aplaudimos el arte delicado que de este modo hace resaltar el hecho de que el Sr. Pérez Triana, por su propia confesión, es deficiente en aquel desprecio valeroso del peligro y de las privaciones que todo autor de viajes, según su propia versión, debe de poseer». «No estoy hecho de la arcilla de que se hacen los heroes», declara el Sr. Pérez Triana, y agrega, que hubiera emprendido la retirada cuando un extraño, que pudiera haber sido un indio se le acercó. El ver que un tigre era auyentado por la mera vista de los viajeros, de tal modo impresionó su imaginación, que ese día quedó marcado en su memoria como el día del tigre. Estos tigres, que creemos debieron haber sido jaguares, son mencionados con frecuencia y es curioso observar que en tanto que un lugar nos dice que su atrevimiento y ferocidad son grandes, en otro nos asegura, sobre la autoridad de buen cazador, que el tigre le teme hasta á un gozque.

La descripción del paisaje y de los incidentés es vívida, aunque en parte dañada por el esfuerzo constante del autor para darle sabor literario á su narración. Se encuentran frases de Shaskespeare y de Keats, y reflexiones que el uso ha convertido en lugares comunes, se hallan en todas las páginas.

A veces no sabemos si el autor ha visto personalmente ó no las maravilas de que habla, como por ejemplo la enorme escultura en una de las caras de una montaña vertical, descrita el día del tigre, escultura que trajo á su mente el león de Lucerna y casi dos páginas moralizantes en que aparecen Guillermo Tell, el habitante de Nueva Zelanda de Macaulay, los jeroglíficos de Egipto y la vanidad del orgullo, de la lisonja y de la gloria humana. La narración de la partida de la última estancia y del equipo consistente en libros, guitarras, vajillas de vasos, copas, tirabuzones, machetes y artículos cuyas dos terceras partes quería abandonar el guía, nos hacen recordar el viaje de Mark Train y de Harris para ascender al Mater Horn, y la frecuente presentación de joyas descriptivas como este: «el sol mismo en el suelo Occidental, parecía una inmensa bola de hierro enrojecido, como si los cíclopes y los titanes después de jugar la hubiesen abandonado sobre el pecho infinito de la llanura tranquila como el mar en calma» añadida á los adornos literarios de que ya hemos hablado, hacen una mezcla curiosa de informes de positivo valor, de sentimientos sinceros y de chistes conscientes é inconscientes, que caracteriza éste muy atractivo volumen.

El Sr. Cunninghame Graham está ciertamente justificado al asegurarnos que se sale de lo ordinario en materia de libros de viaje.

THE GRAPHIC (de Londres.)

Febrero 21-1903.

Aunque las circunstancias que produjeron la aparición de este libro nacieron de una revolución, el libro está exen-

to de esas aventuras emocionantes y maravillosas narrativas que generalmente se esperan en libros de esta especie. Por el interesante prólogo del señor Cunninghame Graham sabemos que el señor Pérez Triana es hijo de un ex-presidente de Colombia, y que la consuetudinaria revolucion bienal puso á sus enemigos en el poder, lo que le movió á abandonar el país con toda rapidez. Aunque las costas del Pacífico están más cerca de la capital, Bogotá, como los puertos estaban vigilados, el autor y dos de sus compañeros resolvieron atravesar las montañas y embarcarse en canoa por los tributarios del Orinoco en vía á Ciudad Bolivar. El viaje á través de las montañas y por los bosques fué en extremo fatigoso. Los «caminos reales» son meras sendas que siguen las que en su tiempo tenían los indios, y cuando un indio quería atravesar una cordillera de montañas, en lugar de buscar la cima más baja, escogía el pico más alto.

El autor hace una narración muy interesante de la vida de los llaneros ó habitantes del llano, uno de los cuales le sirvió de guía.

. . . . . .

El libro es lectura en extremo agradable y sin pretensiones de ninguna especie.

THE DAILY MAIL (de Londres).

Diciembre 9-1902.

EL GRAN RÍO DE VENEZUELA

El Sr. Cunninghame Graham ha escrito un prólogo característico á «Down Orinoco in a canoe», por el Sr. Pérez Triana. El libro es un recuento excelente de un viaje sin aventuras. El encanto principal del autor es su acertada observación de la naturaleza.

Véase el siguiente extracto...

SCOTSMAN (de Glasgow).

20 de Octubre 1902.

De Bogotá, capital de la República de Colombia, colgada en lo alto de las planicies andinas, en punto de difícil acceso, y del cual no es fácil alejarse, el Sr. Pérez Triana tuvo por conveniente retirarse, después de una de esas revoluciones bienales que sirven para dar variedad á la vida política del país, y que casualmente trajo á sus enemigos al poder. Acompañado por dos amigos, por su criado y por un guía experto, llamado Leal, bajó el río Meta, atravesó los territorios ocupados por indios salvajes y pacíficos, llegó á otros tributarios del Orinoco y siguió ese gran río hasta Ciudad Bolívar en Venezuela; tuvo un viaje feliz é interesante por entre márgenes cubiertas de bosques tropicales, ríos llenos de caimanes, y selvas en que abundaban las cascabeles y los boas conscriptores y otros desagradables habitantes de aquellas regiones, en que los españoles durante tanto tiempo buscaron el Dorado.

El Sr. Pérez Triana tiene mucho de idealista, de observador y de admirador de la Naturaleza en los grandiosos aspectos que ella presenta en las regiones del Orinoco.

Su libro está lleno de frescura, de originalidad y de cualidades literarias de la mayor finura.

El Sr. Cunninghame Graham es un espíritu que fraterniza con el del Sr. Pérez Triana, y ha escrito un prólogo característico y apropiado á este libro, que puede clasificarse entre las más notables obras de viajes sobre la América española.

THE FIELD (de Londres).

Noviembre 16-1902.

El autor de este libro, hijo de un ex-presidente de los Estados Unidos de Colombia, á consecuencia de las frecuen-

tes revoluciones que tienen lugar en aquel país, halló que sus enemigos estaban en el poder, y que á él le convenía alejarse con toda la rapidez posible. Como los puertos estaban vigilados, determinó escaparse al Atlántico, haciendo un viaje en canoa Orinoco abajo. Con tal fin, el Sr. Pérez Triana, con dos compañeros, salió de Bogotá en una noche de Diciembre y empezó su larga jornada á caballo hasta San Pedro del Túa, pueblo situado en los llanos. En ciertas épocas del año sirve de punto de reunión para los ganaderos y traficantes en ganado; pero en la época en que el autor llegó con sus compañeros estaba casi desierto.

Allí terminó la larga jornada á través de las montañas, y durante cinco días por los densos bosques tropicales. Tuvieron la fortuna de poder contratar los servicios de un hombre llamado Leal, gran cazador y conocedor de los caminos fluviales de Colombia á Venezuela. Durante todo el viaje, este hombre fué sumamente útil al Sr. Pérez Triana y á sus amigos. Ninguno de ellos parece haber tenido la menor experiencia en asuntos de caza ó de viajes por tales ríos, y no puede comprenderse cómo hubieran logrado acabar el suyo sin la ayuda de Leal. Por consejo de éste no perdieron tiempo en preparar su viaje en canoa; el autor y los dos amigos, como la mayor parte de los exploradores inexpertos, se habían recargado de gran cantidad de artículos, que eran enteramente innecesarios, cuyo transporte, especialmente teniendo que hacerlo por tierra en los raudales, hubiera necesitado muchísimo trabajo. Tenían muchos fusiles, rifles y revolvers, y solamente uno de los del grupo parece haber sabido cómo se usaban. Sin embargo, poniéndose en manos de Leal, lograron emprender viaje en dos canoas por el río Túa, afluente del Meta, al que llegaron en cinco días. En este último río viajaron cuatro, y luego, por razones que no están explicadas, decidieron abandonarlo por un afluente del Vichada, recorriendo cosa de una milla para hacerlo. Las únicas razones que pueden darse para este cambio, que necesitó un viaje mucho más largo y el atravesar los raudales, era que en la boca del río Meta había tro-

pas colombianas, y que hubiera sido posible que el autor y sus compañeros fueran detenidos, ó acaso se sintieron deseosos de explorar el Vichada, región apenas conocida. Pero si así hubiera sido, es lástima que ninguno de los viajeros tuviera competencia para estudios geográficos sobre los sistemas de los ríos de esos países inexplorados. Esto puede verse por la descripción que hace el Sr. Pérez Triana de los conocimientos científicos suyos y de sus compañeros, dice: «Viajábamos sin más objeto definido que llegar al Atlántico: fuera de eso, no nos permitíamos investigar con demasiado nimio cuidado las maravillosas y misteriosas manifestaciones de la Naturaleza; las tomábamos como se presentaban á nuestros limitados medios de observación y de comprensión, sin pretender ver nada más allá.» Por esto, aunque la relación del viaje es interesante no agrega nada á la ciencia geográfica, fuera de una exposición general del aspecto del país recorrido por los viajeros, y algo en cuanto á las costumbres de las gentes que encontraron.

A su debido tiempo los viajeros llegaron á Ciudad Bolívar y allí terminó el viaje en canoa. Aunque el autor se limita á la narración de sus viajes, es interesante, pero es muy dado á moralizar, y el mejor consejo que podemos darle á nuestros lectores es que no se ocupen de esa parte de su libro.

Resulta de sus propias declaraciones, que el Sr. Pérez Triana es un hombre muy tímido y que se alarma á la vista de la menor provocación, y parece en extremo afortunado que la dirección de la expedición fuera puesta en manos de Leal, cuyos servicios fueron obtenidos en San Pedro del Túa.

THE ACADEMY (de Londres.)

Diciembre 9-1902.

El autor de este libro, hijo de un ex-presidente sud-americano, como observa en su prólogo el señor Cunninghame

Graham, por razón de la acostumbrada revolución bienal, halló conveniente dejar á sus enemigos en posesión del país.

Estando vigilados los puertos determinó llegar al Atlántico por vía del Orinoco. Así nació la obra. Es sin duda un buen libro en su clase. Su principal interés nace del hecho de que la mente del escritor es esencialmente moderna. Es una especie de filósofo en canoa, y de vez en cuando toca con mano ligera en los dominios de los clásicos, entre una comida obtenida al azar y una cacería de tigre. Echamos de menos el verdadero espíritu de aventura en este libro. Advertimos que fué un viaje de necesidad respecto del cual le ha parecido bien al autor escribir una narrativa pintoresca.

VANITY FAIR (de Londres.)

Enero 15-1903.

Este libro tiene una introducción escrita por el señor Cunninghame Graham. Es un prefacio excelente á un libro excelente también. El señor Cunninghame observa que el autor es un verdadero hijo de Bogotá que escribe con tanta facilidad como otros hablan, á lo que añadiremos que escribe mucho mejor que lo que hablan la mayor parte de las gentes. El libro está exento de las notas de egoísmo que encontramos tan á menudo en los libros de viajes y de aventuras.

A nosotros nos parece la obra de un hombre modesto é inteligente.

Los que no lean «Down Orinoco in a canoe», porque no saben en dónde está el Orinoco y porque nunca hayan oído hablar de Bogotá, dejarán por esas dos malas razones de gozar de la lectura de un buen libro.

RECORD (de Filadelfia. E. U. de A.).

6 de Marzo de 1903.

«Down the Orinoco in a canoe.» «Para dar una idea de lo revueltas que andan las cosas españolas ó sudamericanas, se cuenta que el Apóstol Santiago, patrono de España, habiendo sido admitido á la presencia del Creador, imploró y obtuvo de Él para la tierra de España y de su pueblo, todas las bendiciones imaginables: fertilidad maravillosa para el suelo, riquezas naturales de toda especie en el seno de las montañas y de las selvas, abundancia de peces en los ríos y de aves en el aire, valor, templanza y todas las virtudes viriles para los hombres: belleza, encanto, gracia para las mujeres. Todo ello fué concedido: pero al alejarse el santo se dice que le pidió á Dios que concediera también á España un buen gobierno. La súplica fué negada, porque dícese que el Señor exclamó: en tal caso los ángeles abandonarían el cielo para irse á España. La anécdota no ha perdido su sal en los tiempos que corren.»

Citamos esta anécdota del libro del Sr. Pérez Triana titulado «Down the Orinoco in a canoe», porque ella indica indirectamente la causa de la publicación de este libro de viajes verdaderamente valioso y notable. El Sr. Pérez Triana es oriundo de la región sudamericana de Colombia. Su padre fué en un tiempo Presidente de aquel país.

Las incertidumbres — para valernos de una expresión suave — á que el gobierno pudiera haberle sometido, indujeron al Sr. Pérez Triana á hacer este viaje. Si así no hubieran pasado las cosas, no habríamos tenido el placer de leer las páginas de esta obra interesante.

La verdadera causa de sus dificultades políticas no está explicada por el autor, porque su libro no es de bandería ni de política, y el lector debe contentarse con saber que hace algunos años, él y dos compañeros vinieron á hallar que les convenía salirse de su tierra nativa para buscar abrigo en regiones europeas...

En vista de los hechos importantes que actualmente se están cumpliendo, relacionados con aquellas regiones (Colombia y Venezuela), y dado el interés que toman los Estados Unidos en todo lo que allá acontece, este libro ha venido á ser publicado muy oportunamente. No arroja sino una luz muy indirecta sobre los asuntos políticos de esos países, pero, en cambio, contiene informes muy valiosos sobre sus condiciones industriales y naturales. Por otra parte, absorbe nuestro interés con la narrativa de una serie de aventuras que sorprenden á los habitantes de estos nuestros países en que estamos acostumbrados á ferrocarriles, líneas de vapores, líneas telegráficas y telefónicas, y las mil y una aplicaciones del progreso del siglo XX, ante las cuales la narrativa del Sr. Pérez Triana parece tomada de los tiempos de Cristóbal Colón...

«Si el camello es el buque del desierto, la mula es el globo de la montaña»; así se expresa el Sr. Pérez Triana...

Pérez Triana no es explorador ni hombre científico, pero claramente se ve que tiene algo de filósofo, de hombre de *esprit* y de ensayista. Su libro no es, pues, una simple narración de peligros vencidos, de torrentes cruzados, de bestias salvajes y reptiles venenosos, muertos, de salvajes dominados, de hebres sufridas y curadas. Hay mucha reflexión filosófica, mucha intención poética en el libro, y una amplia consideración de los grandes problemas que les será preciso más tarde ó más temprano afrontar á los países de la América latina.

Pérez Triana es colombiano y patriota; parece entrever un día en que su patria y las regiones cercanas puedan llegar á ser el hogar de una humanidad incontable que á ellas llegue de las regiones congestionadas del mundo. En primer lugar muestra las condiciones políticas y económicas de la América del Sur; luego explica las dificultades con que el desarrollo de ese país tiene que tropezar. Debe hacerse constar que el patriotismo del Sr. Pérez Triana no le ciega á los defectos de sus compatriotas. No vacila en revelar la codicia y la crueldad de algunos de los altos funcio-

narios que explotan á los pobres indios, como pudo él verlo varias veces durante su viaje; no vacila tampoco en darles una voz de alarma sobre las consecuencias inevitables que sobrevendrán, si no se remedian los males que apunta.

Expresamente nos hemos abstenido de dar cuenta del viaje mismo, porque la narracion del autor debe leerse ella misma, y nos bastará decir, para resumir nuestro pensamiento, que este libro es digno de la atención de toda clase de lectores, tanto de los que se preocupan por las narraciones de aventuras, como por aquellos que buscan informes verídicos é interesantes sobre una region del mundo muy poco conocida hasta ahora.

THE TIMES (de Londres).

Octubre 17-1902.

«Down the Orinoco in a canoe». El autor de este libro es D. Santiago Pérez Triana, hijo de un ex-presidente de Colombia...

El Sr. Pérez Triana escribe bien, tanto en inglés como en castellano.

La narración de su viaje por el Orinoco, vía por la cual se escapó durante la «acostumbrada revolucion bienal», es de un observador fiel y de un viajero que ama la naturaleza, que el ha conocido en regiones poco visitadas del mundo.

MANCHESTER GUARDIAN (Manchester).

Diciembre 21-1902.

«Down the Orinoco in a canoe». El autor de este libro es el Sr. D. Santiago Perez Triana. Describe en excelente inglés un viaje hecho por el por un camino rara vez seguido

por otros viajeros, desde los Andes hasta las costas del Atlántico. El viaje se hizo necesario por alguna revolución que tuvo lugar en la República de Colombia. Los asuntos políticos no están tratados en este libro, que se preocupa principalmente con el paisaje y en el cual abundan las anécdotas.

EVENING POST (Chicago. Ill. E. U. de A.)

Diciembre 21-1903.

«Down the Orinoco in a canoe». Este libro es una encantadora narración de un viaje en canoa á través de la parte Norte del continente sud americano, desde Bogotá á la boca del gran río Orinoco.

El autor, Sr. Pérez Triana, es un caballero de gran cultura que posee un temperamento poético y un amor genuino por los montes, los prados, los ríos y los animales que los pueblan. Posee además la facultad, en verdad muy rara, de hacer sus narraciones de una manera sencilla, y al mismo tiempo llenas de interés. Es una narración que no tiene datos técnicos. Está contada desde el punto de vista del artista y del filósofo, y aunque es el aspecto estético de ella lo que encanta, hay suficientes pormenores para hacer el libro de interés práctico. Como muchos otros de los hispano americanos de la clase más elevada, el Sr. Pérez Triana demuestra una amplia cultura obtenida por medio de una educación europea y norte americana. Se encuentran citas de Longfellow, Keats, Macaulay y Gautier, y frecuentes alusiones á la literatura de la Biblia...

Con una apreciación artística rara, describe el paisaje y las riquezas de aquella región tropical. De vez en cuando se destaca un trozo de filosofía que acaba por darle un sabor personal á la narración. El libro recuerda por su índole el «Viaje tierra adentro» de Stevenson, y despierta el mismo encanto que aquella obra. En vista de este libro,

ocurre esta pregunta: ¿cuántos de nuestros ciudadanos pueden exhibir un conocimiento tan vasto de nuestra literatura, como este caballero colombiano, que salió huyendo de la ira de uno de esos tiranos de ópera cómica, ó cuándo esos mismos ciudadanos nuestros habrían visto como él las bellezas de la naturaleza y les habrían dado tan acertada descripción?

SHEFFIELD DAILY TELEGRAPH (de Inglaterra.)

Noviembre 19-1902.

«Down Orinoco in a canoe.» El Sr. Graham nos cuenta que el Sr. Pérez Triana es hijo de un ex presidente de Colombia, que habla español é inglés con igual fluencia, que es hijo de Bogotá, y que escribe con tanta facilidad como hablan otras gentes. También nos dice que este libro fué publicado primero en castellano y que se ocupa de un viaje entre la capital de Colombia y el Atlántico, ocurrido hace nueve años. La introducción de Graham es uno de esos agradables ejercicios de ironía sutil que siempre podemos esperar de él sin riesgo de ser chasqueados.

Pero ¿quién es el Sr. Pérez Triana? Perez es nombre bogotano y se nos dice que hay ciertas orquídeas llamadas «trianenses» en memoria de un miembro de la familia Triana. La cosa rara es que S. P. T. se parezca tanto á Mr. Graham y nos sentimos inclinados á creer que el mismo traje sin cambio de ninguna especie pudiera servirles á los dos. ¿Quién, por ejemplo escribió lo siguiente?: «Por mi parte yo no entiendo ni pretendo explicar en dónde se halla la justicia de muchas guerras, pero ciertamente se las hace con buenos y honestos fines porque los grandes y los poderosos dicen que los fines de ellas son buenos y honestos, que la civilización y el Cristianismo están servidos por ellas y debe ser así porque ellos lo dicen y ellos, como Bruto, son hombres honrados. Demos gracias, pues, porque vivimos

en una época de justicia y de equidad universales entre los hombres.»

Los párrafos que preceden no están en la introducción sino en el capítulo tercero del que es responsable el señor Pérez Triana. Si Pérez Triana y Graham no son una misma persona, se lo debemos á una generosa duplicidad de la Providencia... La narración está llena de atractivo y quien quiera acompañar á la expedición hecha por el Sr. Triana y sus compañeros pasará ratos muy agradables.

EVENING POST (de Nueva York. E. U. de A.)

Marzo 14 1903.

«Down the Orinoco in a Canoe.» Este es un libro muy agradable que tiene un encanto personal muy difícil de definir. Ha sido escrito por D. S. Pérez Triana. El autor se vió comprometido en algún embrollo político en sud América y por ello también vino á verse obligado á salir de Colombia y á penetrar en Venezuela, por región desprovista de caminos. Fué un viaje á través de países salvajes, que sin duda entrañó más peligros y más incomodidades de las que confiesa el Sr. Pérez Triana en su escrito ..

No es solamente como narrativa de viaje que el libro entretiene aunque hay trozos muy hermosos de descripción y algunos datos informativos de estadística, adquiridos con penosa experiencia; lo que encanta es la revelación que el autor hace de sí mismo y esa es una revelación deliciosa y encantadora y los asuntos triviales que le impresionan á él llaman también la atención.

El libro en verdad vale la pena de ser leído. Es una serie de cuadros como de linterna mágica de aquellas soledades. Entre ellas se hallan lucubraciones poéticas y el autor se ocupa de su viaje y de sus dificultades y trabajos como pudiera hacerlo un robusto muchacho rebosante de vida y de buen humor.

BROOKLYN EAGLE (de Nueva York. E. U. de A.)

Abril 4-1903.

Mucho hemos oído en los últimos meses respecto de Venezuela. Pocas son las gentes que tienen idea definida de la extensión de ese país; es un territorio de cosa de 600.000 millas cuadradas; tiene una área más grande que los Estados de Texas, Quentuquy, Alabama, Missisipi, Luissiana y Arcanxas; sin embargo en el mapa que generalmente se ve de la América del Sur apenas se advertiría este hecho.

El Orinoco es uno de los grandes ríos del continente Sud Ameri ano y su curso se extiende casi todo á través del territorio venezolano. Cuando se piensa en este gran sistema fluvial que tiene una h oya de 400.000 millas en el cual hay cerca de .000 millas de ríos navegables se experimenta el deseo de tener algún libro que diera alguna idea de los recursos y de las potencialidades de esa region maravillosa. El Sr. Pérez Triana, hijo de Colombia, levanta una punta del velo que cubre esa region en su libro recientemente publicado por la casa Thomas Y. Crowell & C.ª que lleva por título Down the Orinoco in a Canoe...

El Sr. Pérez Triana hace su narrativa con singular modestia, hasta el punto que deja de mencionar cosas que uno quisiera conocer. Hay tantas cosas maravillosas en esa región que parece raro que una narrativa de un viaje de dos mil millas, que duró más de cuatro meses, pueda hacerse en 250 páginas, en las cuales hay mucho dedicado á la fantasía. Tal vez muchas cosas que á nosotros nos hubieran parecido extrañas eran familiares para el autor del libro, pero de todos modos nos deja entrever una región maravillosa, un país lleno de novedades y muy interesante para los amigos de las aventuras y de los viajes. No faltan los peligros para aquellos que los buscan, en aquella región apenas conocida de algunos traficantes que la visitan de vez en cuando, pero que no ha sido sino en raras ocasiones visitada por viajeros civilizados.

HSAm
P43887d

357481

Pérez Triana, Santiago
De Bogotá al Atlántico. Ed.2.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED